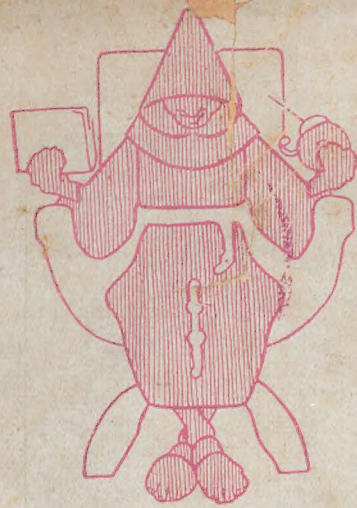




Fray Mocho



Nº. 914

“LA MAJA DE LOS CLAVELES”

Por José Pinazo Martínez

Nuevos ases de la pantalla



María Alba, gentil actriz española
cuya belleza y relevantes dotes para
la escena admirarán los públicos
hispanoamericanos, en algunas im-
portantes obras de la Paramount,
habladas en español, que en breve
serán ofrecidas por medio de cintas
parlantes.



Ramón Pereda, agusto actor es-
pañol de la Paramount que ha in-
terpretado los principales papeles
en diversas cintas parlantes en
castellano.

Fundado el
3 de Mayo
de 1912



Dirección, Redacción
y Administración
CERRITO 607

Año XIX

Buenos Aires, mayo de 1930

No. 914

SUMARIO

PAGINAS

PAGINAS

LA MUDANZA, por Jorge Rodenbach	4 y 5	EL RECUERDO, por Curro Vargas	30
POR QUE CEGO CUPIDO, por Rogelio Pérez Olivares	6	LA TUMBA DE HIELO, por E. W. Masson	31 a 33
QUIMERAS Y REALIDADES, poesía por Manuel Camacho Beneytez	6	RUMBOS DISTINTOS, por Rosa Río	48
LA REINA DEL ISLOTE DE RAGNHILD, por Selma Lagerlof	7	EL RELOJ, por Sebastián Gomila	49
VIAJE DE JUVENTUD, poesía por Juan González Olmedilla	8	EL COLLAR, por Guy de Maupassant	50 y 51
UN CORAZON DE MUJER, por Georges Pourcel	9	LOS PINTORES CELEBRES: MISTRETT	52 y 53
ASUNTO CONCLUIDO, por Estéban Tomorkenyi	10 y 11	ISLAS DEL DELTA, poesía por Félix B. Visillae	53
LO QUE VIO LA REINA DE FRANCIA, por Emilio Carrere	12	CRONICA MUNDIAL	54 y 55
INDEPENDENCIA, por Alberto Ghiraldo	13	LA PRINCESA Y EL AGUILA, cuento infantil	56 y 57
UNA DUCHA, por A. Erhard	14	LA PAGINA MEDICA	58
CANCION DE MAYO, poesía por M. C.	15	MISTRAL, por Oreste Ciattino	59
25 DE MAYO DE 1810, por Juan A. Pradere	15	UN IDILIO EN LA NIEBLA, por G. Gramacini	59
LA POBRE LELIA, por Rafael Angel Troyo	17	LA VENGANZA DE FELIPE, por M. Proskauer	60 y 61
CANCION DEL PRINCIPE REBELDE, poesía por Alberto A. Cienfuegos	18	CURIOSIDADES	62
EL VIEJO ZORRO	19 y 20	PAGINA POETICA	63
LA CONQUISTA, por E. Gómez de Baquero	22 y 23	FABULAS Y APOLOGOS	64
UNA MUJER MODERNA, por Sara Insúa	23	LA VIDA TRISTE Y HEROICA DE MILTON, por Juan López Núñez	65
EL TRITON, por Julián Fernández Piñero	24	LA LEYENDA DE LA SEDA, por E. G. F.	65
EL AGUA VIVA, poesía por Fernán Félix de Amador	24	EL NAPOLEON ROJO, por Samuel Cahán	66 y 67
LA PROFECIA, por José Romero Cuesta	26	LOS SUICIDIOS DE PANCREAS, por Henri Meguin	66
EL DERECHO DE ASILO, por Juan Balaguer	26	EL MILAGRO, por L. F. Churrugarín	68 y 69
INTERMEZZO DE OTOÑO, poesía por Santos Aguilera	27	LUIS XI DE FRANCIA, por E. González Fiol	70
AL MARGEN DE LA VIDA Y DE LA MUERTE DE FIGARO, por José Montero Alonso	28	UN HOMBRE EN UN "TAXI", por René Lehmann	71
		EL NATURALISTA FRITZ SARASIN, por Rafael Alvarez	72
		LA CARIDAD, por Henri Duvernois	73
		EL OCASO DEL CANIBALISMO, por H. G. Fowler	74
		UNA TORPEZA, por Roger Regis	74
		ANIMALES QUE VEN CON LAS OREJAS O CON LA NARIZ	75
		EL INCENDIO, por Maurice Guillermon	75
		ENTRETENIMIENTOS	76
		MISTERIO DE LA MONA QUE NO ERA MONA	77
		DELITOS DE ENVENENAMIENTO, por la Doctora C.	77
		PAPEL Y TINTA	78



LA MUDANZA

Por Jorge Rodenbach

Nunca olvidaré la impresión de la última mudanza.

Los que cambian frecuentemente de casa ya se acostumbran y no sienten ese dolor de arrancamiento y de adiós. No tienen tiempo de ligarse, de consagrarse a los lugares donde viven. Pero yo había vivido allí diez años. Toda una parte de mi vida que iba a desaparecer y a hundirse en la eternidad. ¡Cuántos recuerdos suspendidos en marchitas guirnaldas sobre las paredes! ¡Cuántas ilusiones de juventud desdoradas al propio tiempo que las molduras de los salones, ya viejas! Y los rostros, hoy día muertos o ausentes, que se miraron en aquellos espejos, y que iba a ver surgir por última vez, como si para mí ya no pudieran existir sino en aquel sitio.

Fué en el pleno calor de Julio. Yo me encontraba un

poco enfermo y predispuesto a emocionarme como una sensitiva. Aquella mudanza fué para mí como una pequeña muerte, como un ensayo de entierro.

Quise aprovecharla para ordenar un poco mis papeles; toda la clase de manuscritos y cartas, acumulados hacía tantos años y al azar en los cajones. Sobre todo, las cartas, esa marea cotidiana venida hasta mí.

Había que destruir una parte, escoger otra y clasificarla. Y, por consecuencia, releerlas todas: ¡ah, las cartas que se releen! Todo el pasado se levanta, reaparece, incoloro y como empapado de lágrimas. El papel amarillento tiene el color de la ropa vieja. La tinta empalidecida, parece desear por sí misma el retorno a la nada. ¡Ah, las viejas cartas! ¡Canastilla

del niño muerto! ¡Equipo de boda encontrado a la viudez, y que duerme entre sus pliegues!

Iba relejendo... ¡Cuántas cosas por las cuales nos apasionamos, nos exaltamos, y que ya son tan vanas y tan lejanas como si nunca hubieran existido! ¡Y las cartas de amor? Se sentía uno dichoso de amar, y, sin embargo, no eran nada más que alarmas, inquietudes, reproches, dolores. En ellas, si la tinta es pálida, parece que fueron las lágrimas que robaron su color. ¡Realmente es el amor esto? ¡Son así todos los amores? Y en la misma caja, ridículas reliquias: una cinta, una sortija, una rosa seca, fantasma de flor.

Y más cartas todavía incesantes, inacabables. Y siempre este deseo de releerlas, que es como una pequeña fiebre donde las mejillas se mustian. Parece que queremos reconstruir el pasado con todas estas cartas, como un castillo de papel.

Al poner en orden uno de los cajones, encontré todos mis recuerdos familiares, toda mi infancia; sobre todo, retratos. Los míos primeros: aquél hecho a los siete años, aquel otro de los quince años: y también otras facies mías—¡oh, la de primera comunión!—, es decir, otras almas mías. Luego, los retratos de mi padre y de mi madre. ¡Cómo me rehundieron en el dolor de su muerte! Volví a verlos, vivientes, felices, en la apartada casa provinciana, y me veía a mí, niño, cerca de ellos.

Todo esto había terminado, había concluido en un cementerio de barrio, con su nombre, mi nombre, sobre la piedra de una tumba.

Y otros recuerdos más lejanos aún: papeles de familia, genealogías; la hoja de servicio del abuelo que fué soldado; títulos de condecoraciones; actas notariales; manuscritos de libros; tantas existencias del pasado que encontraba ahora, que reconstituía pieza por pieza, en sus regocijos, sus honores y sus duelos.

Y yo pensaba: también mi hijo llegará un día en que removerá a su vez todo esto — tan poca cosa subsistente de muchas agitaciones—, y en el montón habrá algo que será mi propia vida en unos cuantos papeles. ¡Qué poco sitio ocupa una vida! Y me dí cuenta exacta de ello cuando vi que todo lo salvado de aquel amplio conjunto, apenas llenaba un maletín. Y que el maletín no pesaba más que el cadáver de un niño.

* * *

Mientras hacía los preparativos de partida, observé que en un balcón de la casa de enfrente había una muchacha llorando. Muchas veces la había visto, como entonces, rubia y dulce, pero feliz al parecer. Y pensé entonces: "nadie es feliz". También ella debía tener penas, puesto que lloraba.

Por la tarde tuve la explicación de su llanto. Próximo el crepúsculo, la volví a ver, siempre bañado el rostro en lágrimas, asomada al balcón, y con ella, dos o tres personas de la numerosa familia que habitaba el cuarto. Todos tenían entre las manos coronas funerarias, ramos de flores con lazos de crespón, que iban a colgar al aire libre para conservarlos.

¿Quién de los suyos había muerto? Iba a dormir frente a ese muerto, y la idea de semejante hecho me llenó de angustia. Pensé en el entierro próximo. ¡Con tal de que no coincidiera con mi mudanza!

Al día siguiente vi cubierta la puerta frontera con cortinas blancas. Por fortuna, era para hoy el tierro. No coincidía con mi mudanza, señalada para mañana.

Volví de nuevo a clasificar y a arreglar los papeles, los libros, los manuscritos, los periódicos. Mis viejos artículos, mis viejos versos; toda la serie de cosas empezadas, abandonadas y condenadas a no tener término. Y más cartas todavía. Cartas indiferentes que romper y cartas de amigos que guardar, para acordarse después o para consolarse en la hora de las traiciones y de las rupturas inevitables.

¡Cuánto dura un amigo querido? ¡Ah, qué triste es la vida! ¡qué triste es la muerte! Ahora la veía claramente, a

través de mi ventana, ya sin cortinas.

Habían colocado el féretro en el portal. La hora del entierro se acercaba. Vi en la calle la nube blanca de las niñas vestidas con trajes de primera comunión. Y entonces recordé detalles borrados de mi memoria, como, por ejemplo, una pequeña tos que oía a veces, seca y bronca, y de la cual pensé, oyéndola: "Mala tos es esa". Recordé también una tarde de la primavera anterior, que hubo un banquete numeroso en la casa de enfrente. Me fijé en él porque la mayoría de los convidados eran muchachitas vestidas de blanco, y entonces dije: "Debe ser una comida de primera comunión". La miré largo tiempo: era un suave espectáculo aquellas muselinas bajo el fulgor de las lámparas al otro lado de la calle.

Ahora volvían las muchachas vestidas de blanco. La muerta era, sin duda, la niña cuya primera comunión festejaron la tarde de la pasada primavera.

El cortejo, todo blancuras, se puso en marcha bajo el sol estival. Blanca era la estufa, blanco el ataúd. Y toda una floración de ramos blancos, de coronas pálidas, como de un claro de luna, lo cubrían, mientras que en torno suyo ondulaban como cisnes las virgencitas. Detrás, un tropel negro: los crespones oscuros, todo el sombrío dolor de los parientes, de los que ya conocen el sabor de la vida.

Algunos minutos después, el coche verde de las pompas fúnebres llegó. Y en menos que se piensa, los empleados quitaron de la fachada los cortinajes, los candelabros, el tinglado y todos los accesorios de la capilla ardiente. No quedó la menor huella de la muerte y del entierro. La casa, ya no se destacaba de las otras, ya era semejante a las demás. Los empleados funerarios habían hecho lo mismo que los mozos de un carro de mudanzas. La muerte no es más que una mudanza.

Y la mudanza, una pequeña muerte. Harto lo comprendí cuando a la mañana siguiente me levanté sin haber podido conciliar el sueño durante la noche. Al amanecer, me acometió uno de esos ensueños, agitados a medias por las pesadillas y por las sensaciones reales, frontera indecisa, claroscuro de la consciencia. Oía rumor de pasos; me parecía sentir la llegada de los carros de mudanza. Pero al mismo tiempo, el coche y los hombres de las pompas fúnebres. Y se equivocaban unos y otros. Los mozos cogían el féretro; los funerarios entraban en mi casa para transportar los muebles.

Me desperté sobresaltado, presa de una gran angustia. Inmediatamente abrí la ventana, para que el vivo aire matutino barriese todo aquello de mi rostro y de mi alma.

En efecto. Habían llegado ya los carros de mudanza y esperaban en la calle, vacíos. Momentos después entraron en mi cuarto los mozos. Y con una rapidez implacable y automática, de hombres fuertes que no piensan, cogieron los muebles, las sillas, los cuadros, las camas, los libros, los bibelots: todos mis recuerdos, toda mi vida, que descendió, bamboleándose, en lo hondo de la escalera.

Recordé entonces a los otros empleados de las funerarias, que con la misma rapidez inverosímil habían metido en el coche toda la mortuoria pompa.

Ahora había llegado el momento de enterrar mi vida. ¿Era aquello mi vida? ¿Podía ocupar tan poco sitio? ¿Eran aquellos mis muebles? ¡Oh, cuán feos parecían ahora amontonados bajo la cruda luz del día!

Realmente estaban enterrando aquellos hombres una parte de mi vida, y mis muebles eran lanzados a la puerta como parientes pobres. Volví a recordar el entierro de la víspera. Un muerto es siempre feo. La muchachita de la tos cóncava, también debía estar fea dentro de su ataúd.

Ya se terminó todo. Mi departamento quedó vacío. Casi no lo reconocía. Nada de mí estaba en él. Volví a recobrar su personalidad.

La casa no conservó más huellas de mi vida que la frontera de la muerte ajena. Y cuando el carro de mudanza se puso en camino y dió vuelta a la calle y desapareció, fué como si una carroza fúnebre se llevara para siempre el período vivido allí, el período de diez años — la edad de la comulgante de enfrente—, que también había muerto.



Por qué cegó Cupido

Veréis como fué.

Despertó en su lecho de flores. Restregóse los ojos soñolientos que se abrieron grandes y alegres como un raudal de luz. Apenas sacudió la melena blonda y rizada donde los cristales del rocío fingían una corona de perlas, el padre Apolo puso un beso dorado en la frente que adornaban los revueltos bucles. Recogió ruidoso las flechas esparcidas en la fragancia del cespéd, tercióse el carcaj sobre la mórbida espalda, y sujetando el arco de oro, entre los dedos finos, saludó a la bella Aurora que se reía desde los horizontes de ópalo y echó a andar sin rumbo en busca de la realidad que ansiaba conocer.

Penetró en una selva murmuradora y umbría. El sol rompiéndose en la frondosa maraña de hojas y ramajes, engalanaba con mosaicos luminosos el verde suelo. Por el aire volaban rumores de palabras, ecos de suspiros, latidos ténues de almas abrasadas por el fuego de la pasión...

Desde la alta roca, por una hendidura musgosa y negra, asomaba el agua sus ansias a la vida. Y era su curiosidad de tal ímpetu, y era su afán de vehemencias tales, que la impulsaran al espacio y la despeñaban, tirándola de una piedra a otra, de un risco a un picacho, quebrándola en miles de fragmentos, desgarrándola en múltiples girones, estrellándola en gotas infinitas y llevándola en saltos de locura por los medrosos escalones del precipicio, hasta el plácido final de un lecho de hojas que la acogía amorosamente, guiándola, en-

cauzándola, dejándola deslizarse con serena dulcedumbre, en una balada sentimental y monótona, con remedos de lloros primero, con gemidos acongojados después, con fruición de sonrisas cuando corría entre flores, con vibración de música cuando abría sobre el borde del lago, por entre juncos y lirios, su ancha corriente en mil hebras redondas y cantarinas como una lluvia de notas de cristal.

Era el lago lo mismo que un ancho espejo azul. Sobre el misterio de las calladas linfas, avanzaba sus brazos retorsidos y fibrosos un viejo tronco milenario. En lo más sombrío de las frondas escondía un saúce el tormento de su melancolía.

Rendido cayó el dios viajero sobre la joroba del árbol. Llavaba doloridos los tiernos pies de la penosa caminata y seca los fauces por el calor. Inclínose para mojar sus labios y vió allá en lo profundo, reflejado el brillo de sus ojos. Unos ojos grandes, rasgados, de un fulgor extraño y de una rara sugestión. Advertía en ellos un contraste absurdo. Algo de placer embriagador y de tortura lacerante; miel y veneno sensualidad y misticismo. Entonces recordó que la maravilla de sus lindos ojos eran dos besos olvidados por su madre Venus, sobre la ingenuidad de su rostro niño. Y por eso reunían todos los encantos y los suplicios que tienen los besos de la mujer.

Entornó los párpados en un sopor dulce.

Un desgrane de risas hendió los aires, pasando a través de su silencio como la alegría de un rayo de

luna por la lúgubre tristeza de las sombras.

En un tropel bullicioso, llevando los cabellos tendidos sobre el prodigio de las espaldas y cubiertas las formas divinas con túnicas sutiles, vaporosas y aéreas como una nube blanca, llegaron las ninfas al borde del lago. En la serenidad majestuosa del gran espejo vieron reflejarse sus encantos y sintieron la vanidad de su hermosura. Admiraron un momento sus caras radiantes, luego el asombro de sus brazos desnudos, después la temblorosa perfección de los senos valientes, afortunada unión del alhastro y la rosa, y al fin, despojadas de las gasas inconsútiles, ofrendaron a la muerta quietud de las aguas el tesoro de su belleza en unas líneas de audacias asombrosas y enloquecedoras armonías.

Al sumergir las redondas pier-nas sonrosadas todo el lago pareció despertar de su dormir letárgico y estremecerse en un sacudida sensual.

Eran las tres ninfas dichas: la Ilusión, la Esperanza y la Promesa, y ésta fué la que al sujetarse al árbol secular, vió cómo dormía el Amor.

Hubo un momento de alarma en la bella grey femenina y como un rebullir de plumas revolvió los aires una ráfaga de pudor. Pronto las ganó la confianza y sigilosas se acercaron al bello niño con la majestad de su desnudez plena. Contempláronle un rato y sintieron allá en el misterio de sus entrañas vírgenes una ignorada sensación como una fuente de ternura sublime que subía a sus corazones

en un raudal inagotable.

Las tres se lo disputaban con maternas deseos, y en la greguería de la discusión, que mujeres eran porque mujeres son todas las deidades, corrían el riesgo de que el caprichoso dios levantara los párpados y sorprendiese a la realidad viva en la más sublime de sus manifestaciones.

Invocaron la ayuda del padre Júpiter omnipotente que bajó a decirles: —No temáis a que despertéis. Hicélo dormir para castigar con una eterna ceguera su rebeldía, que le llevaba locamente al conocimiento de la fea y enconada realidad. Por eso lo he cegado, y de aquí en adelante el niño Amor tendrá ojos para no ver que así debieran tenerlos todos para no sufrir. Iréis con él vosotras a través de la vida acompañándole siempre, siempre...

Alejóse el poderoso Zeus y una sinfonía de besos cayó sobre la cara tersa del celestial Cupido como una lluvia de pétalos de flores. Abrió los ojos que seguían misteriosos como antes pero faltos de la mágica chispa de la luz. Y cuentan que desde entonces el niño Amor va por el mundo precedido de la Esperanza, garantizado con la Promesa y guiado por la Ilusión que le lleva por sendas lunadas, por palacios suntuosos, por bellos paisajes resplandecientes de seductoras polieromías.

Y tened como cierto que el pobre ciegucecito morirá en las tristezas de la ingratitud y del olvido el día que estas divinas quimeras lo abandonen.

Rogelio PEREZ OLIVARES

Quimeras y realidades

Don Quijote es el símbolo de todas las quimeras...

Son su pecho y su mente dos mágicas hogueras que aviva día y noche un duro vendaval.

Sus ojos centellean con fulgores divinos...

Su fantasía teje ensueños peregrinos...

En Don Quijote, todo, ¡todo es idealidad!

Su espíritu, rebelde a las bajas flaquezas, embóscase en delirios de utópicas grandezas, en profundos arrobos de inaccesible amor.

No falta quien moteje de necia su locura; pero él pone una lágrima en cada desventura y tiene una lanzada para cada traidor.

Ningún peligro esquiva; por nada siente miedo...

Se bate con coraje, se bate con denuedo cuantas veces precisa al palenque acudir; y antes de ver maltrecha su audaz altanería, antes de ser testigo de cualquier villanía, él prefiere extinguirse, ¡él prefiere morir!

Simboliza el buen Sancho todas las realidades...

Su angosto entendimiento no hilvana idealidades, ni hay en su pecho impulsos de magnanimidad.

La picardía bulle en sus ojos diabólicos, que brillan con agudos instintos truhanescos...

En Sancho Panza, todo, ¡todo es plasticidad!

Su espíritu se aviene a los más raros climas; vuela a ras de la tierra, desdeñando las cimas del alma, donde mora el Genio del amor.

Mucha gente condena sus toseos plebeyismos; pero Sancho se mofa de los romanticismos y de cuantos Quijotes halla a su alrededor.

El peligro precave con sensata prudencia...

No repara en pueriles achaques de conciencia; no juzga de la liza deshonroso el huir, y aunque la villanía triunfe ruidosamente, aunque sea necesario que se humille la frente, él prefiere adaptarse, ¡él prefiere vivir!

¡Oh, libro prodigioso!... ¡Oh, sublime Cervantes!...

Tu obra es la humana obra de todos los instantes, la que salta las cumbres de la Inmortalidad, porque en la noble, recia, depurada y fluída prosa de tu Leyenda—lo mismo que en la Vida— ¡va en pos de la Quimera siempre la Realidad!

La reina del islote de Ragnhild

Por Selma Lagerlof

Una vez era un rey que iba calgando a lo largo del Nordre Elf. Venía del Este y hacia el camino de Kungahalla. El año tocaba a su fin. El aire estaba húmedo y pesado, y, como suele por ese tiempo, el cielo gris.

La senda que seguía el rey iba serpenteando por entre pastizales salinos. Pero acá y allá grupos de alisos asomaban por los linderos, como curiosos de ver quien pasaba. El caballo del rey iba marchando trabajosamente.

Llegaba el año tan a su cabo, que la vida se había deshojado en los campos y en la floresta. Las hojas alfombran el suelo, pardas y marchitas; las porfiadas lluvias de otoño, las habían amontonado en un fieltro algodonoso bajo el cual dormían infinitas babosas y arañas el sueño del invierno.

Todo se arrebuja en la niebla, alrededor.

Y el rey pensó:

—¡Vaya un camino para un rey!

Y andando que iba, de los campos enfangados, casi al borde del camino, se fué alzando una montaña. Al pie la rodeaba un arenal, y, por encima de ella, a lo largo de un estrecho rellano, corría una hilera de pinos entre verde y azul. Más arriba los flancos se hendían abarrancados por regajos como cristal; troncos blancos y su ramaje amoratado rojizo. Más alto aún, volvía a aparecer el arenal, coronado de rocas acantiladas de tonos bermejos, hasta el bosque, de un verde húmedo, que cubría la meseta.

Pero los ojos del rey no se alegraron a la vista de tan hermosa montaña; porque la niebla la envolvía; girones de nubes, rasando las cumbres, velaban su cima; de todos los barrancos y arboledas subía en humaredas la humedad y la montaña de colores aparecía tan gris como el resto del paisaje.

Dando un suspiro muy largo y muy hondo cruzó el rey entre los alisos, que les rociaron de gruesos goterones a su caballo y a él, y sintió que le ahogaba una gran

tristeza.

—Siempre igual—decía—Siempre gris y lloviendo por donde quiera que voy. Si es en la mar, la bruma se levanta y no alcanzo a ver a un palmo de distancia. Si salgo por la noche, a solazarme en mi caballo, la luna se esconde detrás de las nubes más negras, para no alumbrarme. Si pudiera subir al cielo, las estrellas se apagarían cuando llegara yo. Sí—continuó diciendo, con rencor y blandiendo el puño—. Siempre es igual en todo lo que emprendo. Otros, al llegar a reyes, se han visto rodeados de honores, de galas, de gloria y de esplendor, pero yo soy el verdadero "Rey del Día Gris". A mí sólo me rodean las rebeliones y apenas me queda un pedazo de tierra donde las gentes me obedezcan en paz. Otra fué la suerte de los antiguos reyes que reinaban en Upsal y desde Upsal gobernaban todo el reino. Entonces valía la pena reinar. Mas Dios debe de haber decidido que las cosas sean para mí como son.

Quiso, con todo, recobrarse. Retuvo el caballo y escuchó. El simple gorjeo de un pájaro le hubiera hecho creer que se engañaba. Pero el cielo continuaba plomizo y la montaña envuelta en niebla; todos los pájaros habían emigrado. Sólo rompía el silencio el rumor de los goterones que resbalaban por las ramas de los alisos y caían a tierra. El rey hundía cada vez más su cabeza en el pecho.

—Yo quisiera ver—dijo—algo de un color rojo encendido. Quisiera ver algo que en un fondo negro, como las plumas del cuervo, tuviese un centelleo de oro. Quisiera oír el cantar de una voz cristalina y una risa de plata.

Y miró, una vez más, alrededor. Nada había cambiado. Hasta el río, siempre tan brillante, corría ensombrecido, como la noche, entre sus riberas de juncos. Y cayó en tamaño abatimiento que cuanto poseía le pareció repulsivo y sin valor. Pensó en su palacio, recientemente edificado, como en una ruina; sus triunfos le pesaban como derrotas.

—Todo lo podría soportar aún—se dijo—si no tuviera que pensar en la reina. Esto es lo peor. Harto pesa la vida para añadirle el enidado que da una mujer. Los negocios de Estado no me dejan holgura; ¡y aun he de echar sobre mis hombros este peso más!

Y es que este rey estaba casado con la hija de un rey de Norue-

ga; era una princesa rica y poderosa la reina; pero quiso la desgracia que el rey se casara con ella cuando era todavía niña. Se había arreglado así el casamiento, para que no viniera a llevársela ningún otro príncipe; y desde el día en que se hizo, la reina vivía en un islote de peñascos, del Nordre Elf, frente a Kungahalla, que se llamaba el islote de Ragnhild. Habían hecho una torre de piedra y allí creció, bien guardada, y allí esperaban que la fueran a buscar para llevársela a la Corte.

El rey, por su parte, se había quedado en su reino, y no se habían vuelto a ver; y aunque él sabía que la reina era ya moza, y le recordaban a cada paso haber llegado el tiempo de ir a buscarla, el rey no acababa de resolverse al viaje. Pretextaba las rebeliones de sus súbditos y lo dejaba de un año para otro; y, mientras tanto, la reina vivía en la torre gris bajo la vigilancia de algunas damas ancianas, y sin otro pasatiempo que mirar las ondas grises del río. Al fin se había él puesto en camino; pero pensando en su mujer se sentía tan entristecido, que se había separado de su escolta para habérselas a solas con sus culpas.

En este momento salió de entre los alisos, a una gran pradera. En verano hubiera visto pacer inmensos rebaños de vacas y ovejas; pero ahora estaba desierta y sólo mostraba tierra enfangada y matas desnudas. El rey atravesó la pradera lo más de prisa que pudo, para no hacer lugar a una pesadumbre mayor.

Era un hombre valiente; y si, por acaso, la princesa hubiera estado cautiva en un castillo encantado, guardado por gigantes y dragones, él habría corrido al galope a libertarla. Mas, para colmo de desgracia, no estaba sino tranquila, en su torre sentada, esperando y nadie, en el mundo entero se la disputaba.

Mucho le pesaba el haberse casado con ella.

—Se me niegan—decía—todas las cosas grandes, nobles y hermosas. Ni siquiera puedo conquistar una mujer con la punta de mi espada.

Esto diciendo, había aflojado su marcha, porque el caballo subía una colina. Desde lo alto, el rey divisó el islote de Ragnhild, donde le esperaba la reina.

Vió el islote solitario y sombrío en medio del río gris, el suelo pelado, los tapiales de turba gris, los

muros de piedras grises y todo lo encontró desconsolado, y lúgubre. Ni una mata bernejeaba a sus ojos, ni una brizna de hierba lucía ya en los paredones. El otoño triste había extendido su mancha por todo el país. Y el rey, que suspiraba por algo rojo, por algo brillante, por algo negro con reflejos de oro, sintió que no era allí donde lo podía encontrar. Cuanto más miraba la torre más le parecía hija de la roca misma. La reina criada en ella, debía por necesidad fatal parecerse a un tosco santo de piedra que él había visto en la portada de una iglesia. Se la figuraba con los rasgos de una estatua gris, de cara estirada y sin movimiento.

Y, andando, andando, pensaba:

—Ese es mi destino.

Llegó tan cerca de la caseta del barquero, que desde la otra ribera el centinela se llevó el cuerno a la boca para anunciar la llegada. Se alzó el puente levadizo y las puertas de la torre dieron vuelta sobre sus goznes y se abrieron.

Pero en ese momento el rey detuvo su cabalgadura.

—¿No soy rey? ¿Pues quién puede obligarme a que haga lo que no quiera yo? Nadie en el mundo puede obligarme a ir en busca de esa estatua de piedra. De algo me ha de servir reinar.

Y, bruscamente, hizo volver grupas al caballo y tomó el camino de retorno. Iba al galope, temeroso de que le detuvieran, y no se detuvo hasta llegar otra vez a los alisos y a los pastizales salinos y a la montaña políceroma.

Y la reina quedó suspirando y consumiéndose en la torre gris. Eran sus mejillas delicadas y rojas encendidos sus labios, su cabello corvino y rizado cernía reflejos áureos, y su voz era clara y cristalina y de plata su risa.

De mucho le sirvió el rey. Había huído por el sendero entre los alisos; alrededor del paisaje no era por esto menos húmedo ni menos nebuloso; pero realmente tampoco lo estaba más que antes cuando él pasara.



Viaje de juventud



Un alba de Mayo, mi nave velera
zarpó hacia remotas, quiméricas playas.
Cantaba en mi sangre la azul Primavera.
La ajena experiencia clamó: —¡No te vayas!...

En las inquietudes del postrer instante,
de la despedida la amarga cieuta
libando, y rehuyendo mirar a la amante,
pensaba, la víspera de emprender la ruta:

“Quizás una noche, mi nave, la Idea
con vientos violentos de duda combata,
y dé mi cadáver después la marea
a tierra, ¡vistiéndome la luna de plata!

Acaso desgajen el mástil gallardo
las locas pasiones en rojo huracán.
...O tal vez el hielo me clave su dardo,
la ruta me obstruya y apague mi afán.

Quizás, al brindarme sus magas canciones
las fascinadoras sirenas, sucumba
el alma en el vórtice de las tentaciones
y en valles marinos mi nave halle tumba...”

...Cerré mis sentidos a viejos temores;
solté las amarras y, el ancla levando,
con vientos propicios, ¡a tierras mejores
rumbé entre canciones, del agua al son blando!

Heridos de muerte, los sueños costeros
lloraban mi ausencia, del mar a la orilla...
Mas yo iba anhelante de nuevos ensueños.
¡Apenas rozaba las ondas la quilla!

La tierra, en el vago confín, se esfumaba...
Como una paloma, latía un pañuelo:
La novia, que, tímida, quedaba allí esclava.
Después..., tras mi nave, el mar se unió al cielo.

La brisa marina combaba las velas.
Las olas hendía la lanza de proa
veloz... De la espuma las blancas estelas
de besos de oro sembraba la Aurora.

Era la mañana de luz... Reían Mayo,
el cielo y los mares... ¡Y el alma reía!

Ungiose mi frente, del Sol bajo el rayo
pristino. ¡Fué el beso de mi epifanía!

“¡Avante, alma mía, con rumbo al Ensueño!”
—gritaban mis años de azul optimismo.
Mostraba el paisaje su rostro risueño,
y el alma fué avante... cruzando el abismo.

Seguí avanzando... La lona iba henchida
de brisas eternas... —La vida es viaje
desde un olvidado lugar de partida
hasta un prometido e ignoto paraje—.

Vagaba sin brújula mi nave... Su pauta
fué la onda errabunda o el viento sonoro;
mi fe, la de Jason, y, nuevo argonauta,
¡buscando iba el mago vellocino de oro!

... ..
Mas, esta mañana, el yodo marino
se trueca, en llegando a mi alma en suave
aroma olvidado... —¡Alma, el vellocino
áureo es Ella...! ¡Vira, timonel, la nave!

La brisa me anuncia su amable fragancia.
“¡Es Ella!”—suspira la lira del viento...
¡Y el Sol, en el cáliz de mi ánimo, escancia
el santo rocío del renunciamento!

Favonio su impulso da al recio velámen.
No riza una onda el mar claro y terso...
—Retorna, alma nómada: ¡yo haré que te aclamen
por gracia del lírico blasón de mi Verso!

Ni mi ánima duda, ni el miedo me asalta.
Enfilo la proa al reino lejano,
y haciendo atalaya la cofa más alta,
sereno interrogo al vasto Oceano.

¡No valen mis sueños y locos empeños
lo que su fragante sonrisa perlina,
el día en que vean sus ojos risueños
sobre el horizonte mi vela latina!...

Reirá el campanil... La geórgica flauta
y el gay tamboril ritmarán su son...
¡Será a la mañana la vuelta del nauta,
en Pasena florida de Resurrección!



Un corazón de mujer

Por Georges Pourcel

Como todas las tardes, después de almorzar y limpiar su vajilla, Victorio Rameau se instaló en su sillón, cerca de la ventana una labor de bordado en las manos, la gata de Angora a sus pies.

—Hoy es jueves, "Lina", ¿verdad?—preguntó dulcemente a la gata.

El animalito abrió entonces los ojos, los elevó hacia su ama; pareció comprender, asentir; luego, indiferente, se enroscó de nuevo y reanudó su ronroneo.

—Sí, es jueves—insistió Victorio hablando consigo misma.

Pronto llegará mi Claudio...

"Lina", la gatita, no opinaba. Victoria ponía en sus palabras emoción patética; y su rostro de enarentona marchita parecía encenderse de juventud y de lozanía.

¡Qué pena si al sonar las cuatro aún no había aparecido tras la verja la familiar silueta del cartero! Pero no. El cartero vendría pronto, entraría y dando dos golpecitos en los vidrios Victoria abriría la ventana, recibiría con mano trémula el "Magazine Azul", y, por fin, podría entablar su coloquio a solas con el admirable escritor Rivabelle. Minutos benditos en que Victoria recibiría el exquisito y torturado mensaje de amor.

Luego, terminada la lectura, en-

cendería la lámpara. Sentada ante su escritorio, transmitiría al papel las impresiones de su alma.

Nadie, nadie sospechaba el turbador secreto de Victoria. Nadie: ni la señora Manón, que todas las tardes iba a bordar con ella; todas las tardes, menos los jueves.

¿Es que acaso alguien podría comprenderla? ¿Es que acaso alguien sería digno de comprenderla?... No. "Locuras de solterona romántica", dirían. Y se burlarían de ese amor milagroso y sagrado.

Victoria había conocido en su juventud a un estudiante llamado Claudio Rivabelle, quien le había dicho dos o tres frases de amor. Una tarde, el estudiante desapareció...

Diez años después, muerta su madre, Victoria creyó reconocer, en una revista leída por casualidad, el relato de aquel amor furtivo. El relato llevaba la firma de C. Rivabelle... ¡Su Claudio!...

Y lo que al principio fué creencia, seguridad intuitiva, se convirtió en idea fija. Victoria leyó y releó el relato firmado por C. Rivabelle. Adivinaba en cada línea un detalle, una circunstancia del pasado. Y suponía que Clau-

dio, arrepentido, había buscado ese medio para hacerle llegar la voz de su alma apenada por la infidelidad juvenil.

Los golpecitos en la ventana la sobresaltaron. Recibió la revista...

—¡Claudio! ¡Claudio!—sollozó apasionadamente haciendo saltar la faja de papel.

... ..
—Como le digo, doctor—explicó la señora Manón—yo no venía los jueves a esta casa. La señorita Victoria reservaba esos días a sus lecturas y a su correspondencia. Pero hoy, pasando casualmente por su puerta, oí que la gata maullaba en una forma rara. Sorprendida y extrañada, me resolví a entrar... Y qué vi?... Mi pobre amiga estaba caída hacia atrás en un sillón, con una revista entre las manos. Así, como usted la ve, doctor.

—Se trata de un caso de apoplejía fulminante—sentenció el médico.—Pero no me explico qué ha podido determinarla... ¿La señorita Victoria no había recibido hoy ninguna impresión fuerte, ninguna noticia desagradable?

—No sé—dijo Manón.—Lo curioso es que la muerte la haya sorprendido mientras hojeaba el "Magazine Azul". Victoria era suscriptora de esa revista. La recibía

todos los jueves. Y pienso que mi amiga tenía aficiones literarias.

El médico arrancó la revista de los dedos crispados de la muerta.

En la página abierta se veía un gran retrato de mujer. El médico leyó en voz alta:

—"La señorita Carmen Rivabelle, nuestra colaboradora, que acaba de obtener el gran premio literario en el concurso organizado por "Magazine Azul".

Y entonces una idea asaltó al facultativo:

—¡Ah, ya me explico! ¿Dice usted que la señorita Victoria se encerraba todos los jueves a escribir?... Sí. Sin duda escribía una novela. La habrá mandado al concurso, con la esperanza de obtener el premio... Y hoy se ha enterado del resultado. La envidia o, en fin, ese sentimiento de decepción que suele invadirnos cuando no conseguimos algo que esperábamos, la ha matado.

—No—dijo la señora Manón:—no creo que sea envidia... Yo afirmaré que... que era amor...

—¿Amor, ¿a su edad? ¡Oh señora Manón!—rióse el médico. Luego, habiendo reflexionado un rato, murmuró:—Sin embargo, todo es posible. ¡Resulta tan difícil comprender un corazón de mujer!

TRAPICHE

El mejor vino
para la
mejor mesa

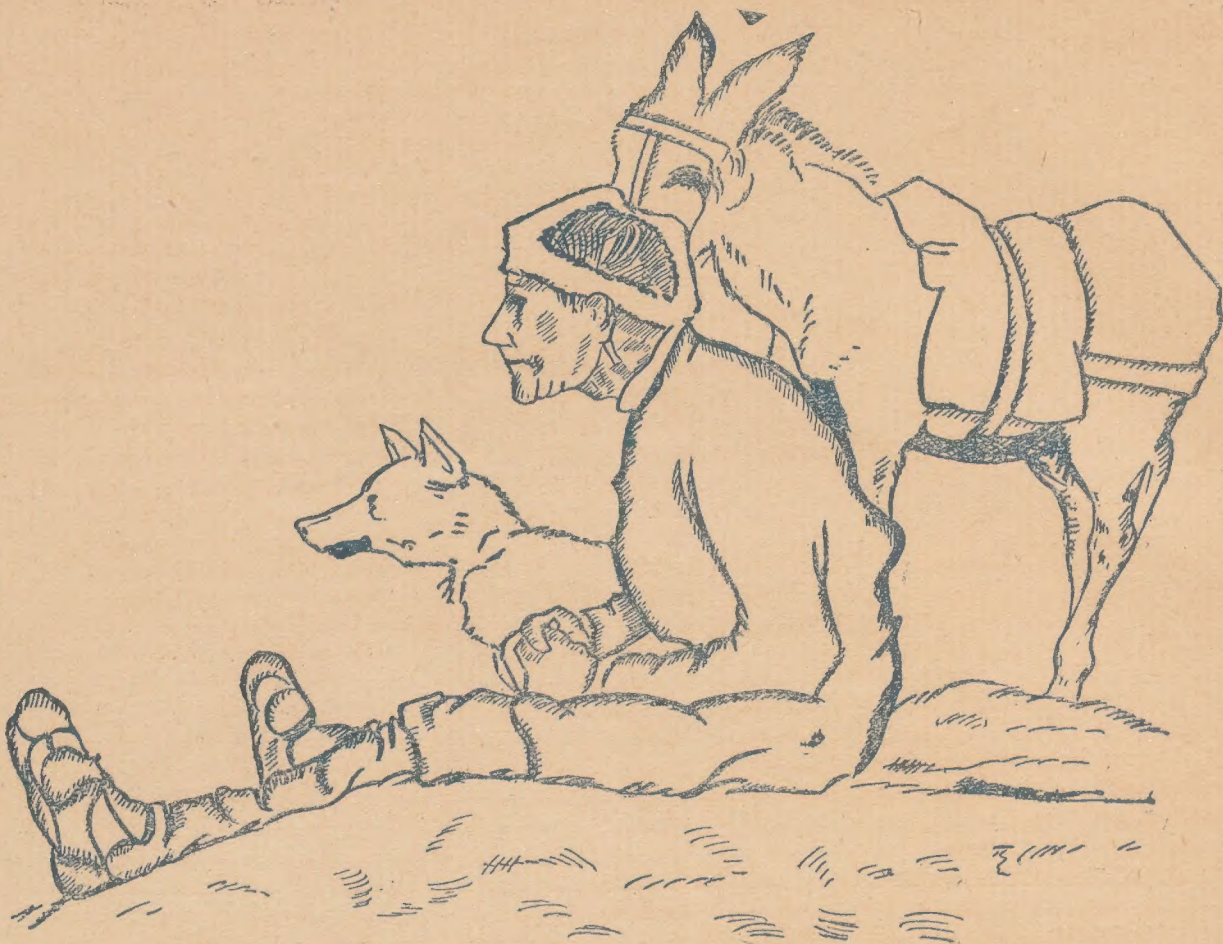


BENEGAS Hnos. & Cía. Ltda.
Florida 469. — Buenos Aires



Asunto concluido

Por
Esteban
Tomorkenyi



Marton lleva lentamente a pastar sus rebaños. De cuando en cuando le dice al *bojtar* (zagal) que dé una carrera para reunir los corderos.

Marton ha llegado ya al límite del distrito, y su *tanya* (granja) está cerca de allí. Esto no es de desdeñar. Una fiesta es cosa harto rara para un *juhasz* (pastor). La fiesta consiste en servirle una comida caliente que le traen de la *tanya*.

Marton ya no lleva más lejos a su rebaño. Ordena a los perros que dejen en paz a las bestias de ir y venir a su gusto.

La mañana transcurre de este modo. Los corderos, las ovejas y los carneros permanecen tranquilos el *bojtar* toca la flauta; claro es que haría mejor en callarse, porque todavía no la toca muy bien.

Marton atasca su pipa, una pipa de horno recto, grave y con el tubo ligeramente encorvado. Esta pipa se parece a la de los cazadores, y sirve para distinguir al *juhasz* del *bojtar*, que fuma en una pipa de sauco cortada por él mismo y cuya médula quema con un alambre, y que luego talla a su capricho. Lo mismo ocurre con la yesca. Un *juhasz* encuentra, por lo general, demasiado cara la yesca que se compra a los eslovacos y se la prepara por sí mismo con una flor de la *pusta* (llanura).

Así transcurren las horas hasta el medio día. Hace buen tiempo; el pollino lleva su *szür* (manta), y en lo alto el sol rie mirando el rebaño de Marton.

Marton mira al sol y ve llegar al medio día. Entonces lanza sus miradas hacia la *tanya*, que recono-

ce por los tres esbeltos álamos. Ya ve salir alguien detrás de los árboles y acercarse a través del prado. Si las cosas sucedieran como habitualmente, aquella mujer que viene hacia él sería la mujer de Marton. Pero ésta no trae el delantal blanco, porque es costumbre de las mujeres de cierta edad, aun cuando vayan a buscar a su marido, lleven siempre un delantal azul.

Marton la mira, y ve que, efectivamente, le traen como siempre la comida en la escudilla, envuelta en un pañuelo rojo. El hambre hace más penetrante la mirada del hombre, y ve que aquella muchacha anda de prisa, porque nadie anda tan de prisa como una muchacha, ya que todas ellas parecen deslizarse como cervatillas. Marton murmura para sí: "Hay novedades." Pero no dice nada a nadie. ¿A quién se lo iba a decir? El *bojtar* no merece siquiera que le dirijan la palabra. No es tampoco costumbre hablar a los perros, y todo el mundo sabe que los carneros son estúpidos. Al único ser al cual dirige algunas veces la palabra es al pollino, porque se trata de un animal inteligente...

Pero éste, precisamente por su inteligencia, está un poco lejos; marcha siempre a la cabeza del rebaño.

La mujer avanza presurosa por entre la hierba, tan bella durante la primavera. Marton empieza a distinguir a la que llega. Es seguramente Apolia, la mujer del vecino Georgó Ver. ¿Qué le pasará entonces a su mujer? Recuerda que le gusta mucho la sopa salada con albondiguillas. Tal vez comió demasiado por la noche y... ¡Jun,

Jun!

La mujer está ya muy cerca. El pollino se le aproxima diez o más exactamente, seis pasos. Los perros se lanzan contra ella a través del rebaño, por no hallar un camino más corto. La que viene con la comida no es la mujer del vecino. Es la hija de Marton, la que se casó el año pasado y que es madre desde hace un mes.

¿Cómo no está en la *tunga* de su marido?, se pregunta Marton. Y cuando llega cerca de él su hija, le pregunta:

—Toma, yo creía que era Apolia. ¿Cómo has venido tú?

La mujer está pálida. Con voz trémula contesta:

—He vuelto con vosotros, padre...

Mientras tanto desata el pañuelo rojo y saca un puchero y una escudilla. El puchero es para el *gazda* (amo), la escudilla para el *bojtar*. La comida está todavía caliente, porque se tuvo en el fuego hasta el último momento. Es un poco de carne de cerdo con habas.

Al que no le agrada este plato no tiene buen gusto.

Marton, un poco sombrío, se sienta en el suelo; el pollino se le acerca. Siempre ocurre lo mismo. La cuchara y el pan están en un saco. El saco atado al *szür*, y el *szür* sobre el lomo del pollino. Por eso éste viene a traer los accesorios de la comida. Es un animal inteligente, porque si no fuera inteligente, si no pudiera utilizarsele por su inteligencia grave y plácida, hace ya mucho tiempo que su raza se habría extinguido.

Marton tiene, pues, una cuchara. El *bojtar* no; no hay más que

una sola cuchara; pero con un pedazo de pan de centeno siempre se puede hacer una cuchara, clavándole en la punta del cuchillo.

—¿Has vuelto con tu hijo? — pregunta Marton, mientras hunde la cuchara en el puchero.

—¡Con mi hijo! — contesta la joven pálida. Y luego, suspirando, añade: —Estaba escrito.

Marton, ceñudo, pregunta:

—¿Te ha pegado?

—No. No me ha pegado. Tal vez hubiera sido mejor que me pegara. Me ha hecho daño con palabras.

—¿Pues qué te ha dicho?

—Me dijo, dice: "El que no trabaja no debe comer". Dice que ya estaba cansado de holgazanería, y que debía empezar a escardar los pimientos. Yo le dije entonces que todavía no estaba del todo buena para ello.

—Bien. Y es verdad.

—¿Cómo dejar solo a un niño de un mes? ¿Dónde se ha visto nunca llevar al campo a un niño de teta? Además, que no puedo. Usted sabe de sobra, padrecito, que nunca le hice ascos al trabajo.

—Ciertamente; ¡lo que es eso!

Marton echa los huesos a los perros. Alargando la mano coge a uno de éstos por el cuello y le azuza contra un corderillo que se aleja para que lo traiga al rebaño. El perro sale en su busca y lo trae.

—¿De modo que ha dicho que tú no debías de comer si no trabajabas?

—Sí.

—Y entonces tú le has dejado y has vuelto con nosotros.

La mujer mira tímidamente a su padre, procurando adivinar si tam-

bién éste la refñirá. Dice en voz baja:

—He vuelto con vosotros.

—¿Y él no intentó detenerte?

—Ni siquiera con una palabra.

Bueno; tal vez sea que no comprendiese que tenía el propósito de marcharme.

Marton, furioso, arroja el resto de la comida a los perros y tira, por encima del hombro, hacia atrás, las cortezas de pan para que las coja alguien que se coloca siempre detrás del *juhász*, cuando come sentado en el suelo, y que mira las cosas inclinando su cabeza enorme. Este alguien es el pollino. También cuando el amo juega mira las cartas por encima de su hombro.

La muchacha preguntó, al fin, tímidamente:

—¿He hecho mal, padrecito, en volver a casa?

Le parece a Marton que sus ojos se llenan de lágrimas y que alguien le oprime la garganta. Mostrando el rebaño contesta:

—Estos carneros son toda nuestra fortuna. Aquella *tanya* de allá abajo es tuya. ¿Y encima se atreve a rehusarte el pan? ¿Que el viento le arranque los cabellos! No le volverás a ver más si tú quieres. Quédate entre nosotros. Está loco por ti y ya volverá a buscarte.

Al oír estas palabras de su padre la muchacha sintió aliviado su corazón. Cogió de nuevo la escudilla y el puchero vacío, los envolvió en el pañuelo y se marchó diciendo:

—Que Dios os bendiga.

—Dios te bendiga a ti también, hija mía.

Marton la vio alejarse pensativa; de pronto, le gritó:

—¿Vera! Esta tarde no estaré aquí; no me esperéis tampoco a cenar.

—Pues madre me había dicho que estaríais aquí hasta mañana—contestó la muchacha.

—No; imposible. La hierba es ya demasiado corta. Tengo que seguir hacia adelante.

—¿Pero no os queda pan en el saco? Os traeré un poco.

No, no. Te hacen daño estas idas y venidas. Ya te he dicho que no quiero nada. Además, tengo leche.

—¿Leche? ¿Dónde?

—En mis ovejas—contestó Marton.



Hizo seña a los perros de reunir el rebaño.

* * *

Y el rebaño empezó a marchar lentamente hacia el otro extremo de la *puszta*.

A la caída de la tarde el rebaño de Marton está en el límite de la *puszta*.

La *tanya* del marido de Vera está cerca de allí. A poco más de una hora de camino. El rebaño queda confiado al *bojtar* y a los perros, y Marton, después de haberse puesto una espuela en la bota, monta sobre el asno.

Un *juhász* nunca lleva dos espuelas para ese medio caballo que se llama pollino; basta con una;



con el "pica-pollino".

Marton, caballero en su asno, se aleja rápidamente.

El asno sabe también a dónde va, porque no es la primera vez que ha ido, y porque al medio día vio en el prado a Vera.

Al asno no le gusta trotar, pero tiene el paso más vivo que el de un caballo, y todavía no se había puesto el sol cuando llegaron a la *tanya*. Los perros de la *tanya* empezaron a ladrar, y el de Marton les contestaba entre las patas del pollino.

Bajó Marton de la cabalgadura de Nuestro Señor; de la casa salió a recibirle su yerno, Janos Simito, y dijo:

—Buenas tardes.

—Buenas tardes—contestó Marton.

Quedaron unos momentos mirándose sin hablar. Mientras tanto el pollino se dirigía hacia el pozo para que el *bére* le diese de beber.

Los perros de la *tanya* tenían deseos de atacar al perro del pastor; el perro del pastor no salía de entre patas del pollino, y los otros tenían miedo porque sabían como eran sus cosas.

Al fin Marton dijo:

—Pregúntame por qué vengo.

Janos contestó:

—Ya lo diréis si os place. Entremos.

—Yo no quiero entrar—contestó Marton lentamente.

—¿Por qué no queréis entrar?

—Porque no quiero entrar, y si no quiero entrar, no entro. ¿Qué iba a encontrar en esta casa de la cual se ha echado a mi hija con sus hijos?

Janos bajó la cabeza, y hurgando en la arena con la punta de la bota, contestó:

—Ya me dí cuenta en seguida que Vera le había llenao la cabeza de cosas.

—Naturalmente. ¿Y por qué la

Janos volvió a hablar gravemente:

—Si vuestra mujer hubiese venido a casa de su hija no hubiera pasao nada de esto. Yo no tengo la culpa de que mi madre sea de otra raza. Vamos a ver, ¿por qué no ha venido vuestra mujer?

Marton se encogió, bruscamente, de hombros.

—¡Bah! Estupideces. ¿No sabes que está sola en la *tanya*? ¿Cómo iba a venir?

Se callaron de nuevo. Meditaban sobre la parte de verdad que contenían las palabras de cada uno.

Al fin, Marton, tiró su rebenque contra los perros de Janos para arreglar definitivamente el asunto canino.

Luego reanudó la conversación:

—¿Cuándo vas a ir a buscarla?

—Puedo ir ahora mismo—contestó Janos.

—Haces bien. Porque si tardas ya no la recobrarías jamás. Y si no la quieres no te la doy.

Janos contestó, altivo:

—La ley me la dará.

—No te la dará.

—Sí me la dará.

Marton, tranquilamente, fué a coger mi rebenque y golpeó la arena, durante un rato, meditando lo que iba a contestar.

Estos movimientos, que no hacen daño a nadie, son como las blasfemias: apaciguan el furor y abren el camino a las ideas conciliadoras.

—Bueno, pues me voy. Tengo cerca el rebaño y no quiero dejarlo mucho tiempo al cuidado del chico. Pero antes quiero decirte una sola palabra. Como yo llegué a jurar por mi alma y por la de mi mujer que no dejaré volver a tu casa a tu mujer, entonces ni la ley, ni el alcalde, te la devolverán nunca. ¿Conformes?

Hubo un silencio.

Luego, Janos contestó:

—Conformes.

—Está bien—repuso Marton.

Luego, lentamente, fué hacia el pollino y montó sobre él. Ya montado, alargó la mano a su yerno.

—Bueno—dijo, dulcemente—. Pondrás también nuna almohada en el coche... para el chiquitín.

Janos asintió:

—Bien, bien.

Marton, sobre el pollino, se alejó al trote de la *tanya* de su yerno.

La noche era hermosa, llena de luz de luna. A lo largo del camino, entre los brezos, cantaban los grillos.



has tratao de ese modo?

Janos intentó defenderse.

—No he sido yo. Es que mi madre estuvo aquí y dijo que ya había descansao bastante. Dijo, dice, que en su tiempo las mujeres no estaban en cama más que una semana.

Marton fué a contestar, furioso, pero logró contener su cólera.

—Allí tu madre. Ella cuidó su bastardo como le dió la gana. ¿A mí qué me importa lo que hace con los chicos que sigue teniendo?

Janos, indignado, le interrumpió:

—Habla usted de mi madre como si fuese una perra.

Marton un poco más tranquilo:

—¿Y por qué se mete ella en lo que hace mi hija? ¿Qué tiene ella que ver con su salud y con la de mi nieto?

Janos, contestó:

—Me parece que si es vuestro nieto también es mi hijo.

En aquel momento el perro del pastor envió a unos cuantos pasos de distancia a uno de los perros de Janos, que empezó a lanzar aullidos.

Marton, replicó:

—Eso tú lo sabrás.

Rieron ambos. Pero, pasado aquel momento de furtiva alegría,

Lo que vió la Reina de Francia

Per Emilio Carrere

Fué en aquella época docta y galante, enciclopedista y supersticiosa en el último tercio del siglo XVIII, cuando llegó a París el médico austriaco Antonio Mesmer.

A pesar de los fuertes y luminosos sarcasmos de Voltaire contra las prácticas supersticiosas, el pueblo amaba lo maravilloso, creía en vueles de brujas sabáticas, en la ciencia misteriosa de los saludadores y en el poder de mal de ojo de los hechiceros. La Academia francesa era racionalista y atea, y mientras preparaba la formidable revolución ideológica, la muchedumbre acudía a la tumba del Diácono de París, muerto en olor de santidad, tomaba tierra de la fosa, la mezclaba con vino y se la bebía, bebedizo que tenía el poder de arrojar a los demonios del cuerpo.

A pesar del helenismo de país de abanico que triunfaba en los jardines de Versalles, todo el pueblo vivía espiritualmente en plena taumaturgia. Los clérigos no daban paz al hisopo y al exorcismo. Los embrujamientos de Carlos II de España habían pasado los Pirineos. Se encendían hogueras para las sortilegas, porque el Parlamento de París también gustaba de los torreznos de bruja, como la Santa Inquisición.

En este estado de cosas llegó Antonio Mesmer a París con su nueva teoría del magnetismo animal. En realidad, Mesmer no aportaba nada nuevo. Agustín Paracelso, en el siglo XV, opinaba también que la fuerza de la vida proviene de los astros, y que existe una corriente fluídica entre las estrellas y los hombres. Creía en la eficacia de los talismanes y de los ungüentos magnéticos. Como se ve, esta teoría de relaciones interplanetarias no es más que una consecuencia de la astrología inventada por los caldeos, mística corriente que duró toda la edad media y hasta fines del siglo XVII en que algunos príncipes tenían astrólogos de cámara para que descifrasen su horóscopo y las influencias que tenían que temer de los cuartos de la Luna y del anillo de Saturno.

Mesmer fué un nuevo apóstol del flúido magnético que enlaza a los hombres con los astros. El se creía dotado de ese flúido imponderable y por su influjo curaba todas las enfermedades. Muy pronto consiguió hacer una gran fortuna. Todas las damas que componían pastorelas galantes en el Trianón acudieron a la cubeta de Mesmer. Abates madrigalistas y caballeros almidonados de peluquín y de cascaca se sintieron enfermos y fueron a la casa del médico brujo, a pesar de los informes contrarios a la práctica magnética. En cada

por la Academia de Ciencias y por la Facultad de Medicina, que aseguraban que Mesmer era un loco o un embaucador.

Al atardecer de un día de Otoño una dorada carroza se detuvo a la puerta del médico misterioso. Una bellísima damita, seguida de otra dama y de un caballero se apearon de la carroza. Era la Venus austriaca, la reina María Antonieta de Francia.

En un gran salón esperaba la flor de la femenina nobleza. La casa de Mesmer era otra fiesta en aquella época de fiestas, un entretenimiento exquisitamente misterioso y escalofriante. El calorífico de lo supersticioso era una voluptuosidad para las gentiles figulinas de cabellera empolvada. Se entregaban al misterio como a un amante inefable que sabía hacer vibrar las cuerdas de su histerismo elegante y decadente.

La imprevista llegada de la reina dió una gran solemnidad a aquella tarde taumaturgica. Hubo un amable crujir de sedas como en un ceremonioso paso de par. Las sedas desgranaron sus esencias como en los simulacros notológicos de los jardines versallescos. Una fugaz risa pagana volaba en aquella litúrgica capilla de la Magia donde todo era tenebrosamente teatral.

Mesmer besó la punta de los dedos de la divina y trágica reina de Francia.

María Antonieta presentó a Mesmer a sus acompañantes.

—La duquesa de Grammont. El señor conde Cagliostro—y agregó hablando con el caballero pálido y moreno con los ojos como dos llamas de alucinación—. Vos seréis siempre Cagliostro, aunque en esta encarnación no lleveis este nombre. Vuestro antiguo nombre va muy bien en estos momentos—agregó con una sonrisa que en vano quería ser volteriana.

Mesmer contempló al mago Cagliostro, que se acordaba de tantas existencias anteriores. Sin embargo, no le causó asombro aquel extraño personaje, porque en aquel tiempo era de mal tono asombrarse de nada.

María Antonieta mostraba impaciencia por conocer el misterio de la cubeta de Mesmer. Se hizo un hondo silencio en el que todos sintieron una vaga inquietud: zumbaba el viento en las vidrieras como el aleteo de un pájaro de agorera.

Antonio Mesmer se sentó al clavicordio, porque la música atrae a los buenos espíritus del espacio. Las resonancias hondas y litúrgicas esparcían una solemnidad religiosa en el ambiente. La cubeta estaba colocada en el centro del salón.

Era una cubeta de madera negra, de gran tamaño. En el interior, a manera de radios convergentes, había muchas botellas de agua magnetizada por Mesmer en varias filas unas sobre otras. La cubeta estaba llena de agua de color glauco, preparada con unas limaduras de hierro, vidrio machado, escorias de hulla y arena.

De la cubeta partían muchas varillas de metal, a cuyo remate había una cuerda que rodeaba la cubeta. Sobre la maroma extendían las manos los enfermos y los practicantes del ocultismo, poniendo en contacto los pulgares con las piermas y los pies unidos, formando la cadena magnética.

Al cabo de unos minutos Mesmer encargó a otro músico—un viejo organista de convento—que continuara el concierto, y él se acercó al grupo de los enfermos con una varita mágica en la mano. Era una varita imantada, de vidrio, que es el mejor conductor del flúido.

Apenas el médico brujo tocó la cubeta con la varita mágica, comenzaron las convulsiones. Cuatro damas cayeron en una encantadora crisis con los ojos en éxtasis, desgranando la locura de su risa perlada.

Cuando las contorsiones y los espasmos se acentuaban, y los lazos y las sedas caían, dejando ver zonas de deliciosa carnación, Mesmer atraía a las posadas hacia el *Infierno de las convulsiones* por la virtud de sus pases magnéticos. Era este *Infierno* un gabinete guateado de raso negro para amortiguar el choque de los cuerpos convulsionados por los retorcimientos histéricos.

En aquel cuarto sólo penetraba Mesmer, que seguía las crisis con toques de la varita y envolviendo a las enfermas con el flúido de sus ojos de fascinación. Las señoras llamaban a aquel lugar, no se sabe por qué íntimos y misteriosos motivos, *La delicia de las damas*.

Cuando al cabo de un rato volvió Mesmer del delicioso *Infierno de las convulsiones*, había una gran excitación entre los que circulaban la misteriosa cubeta.

María Antonieta estaba pálida como los mármoles paganos de sus jardines reales. Exhalaba sollozos entrecorridos y tenía los ojos espantados y fijos en el agua glauca que llenaba la cubeta. Sus manos engarfiadas se tendían hacia adelante.

—¿Qué veis, señora?—preguntó Mesmer fríamente.

La reina respondió con una voz de suspiro que parecía un eco muy lejano:

—¿Del agua turbia surgen muchas caras que me amenazan! Son mendigos, ladrones y llevan picas en las manos! ¡Ahora los veo me-

jer! ¡Hay muchos, muchos; está llena la calle de gentes patibularias que se dirigen a Versalles!

—¡Seguid, Majestad!

—¡Una plaza muy grande! ¡El cielo está gris y torvo! ¡En una carreta van muchas mujeres casi desnudas con las manos atadas a la espada! ¡Qué horror, Dios mío! ¡Qué hacen con la duquesa de Grammont? ¡Va llorando en esa trágica carreta!

La duquesa de Grammont era una dama racionalista y volteriana que no creía en alucinaciones.

—¡Ded's, señora, que me llevan en una carreta? ¡Y con el pelo suelto? Rogad a esos sayones que me permitan aguardar a mi peluquero para que me empolve la cabellera.

La amable fanfarronería cayó en un silencio glacial.

—¡Vuestro peluquero será esta vez el verdugo, duquesa de Grammont!—sollozó María Antonieta.

Sobre el rostro pálido de la reina el mago Cagliostro clavaba sus pupilas de fascinación.

—¡La duquesa de Montmorency! ¡El señor Condorcet está muerto en una calle solitaria! Una muchedumbre feroz se apiña en la plaza. ¡Caen cabezas ensangrentadas, muchas cabezas espantables, con los ojos abiertos, que pronuncian palabras enigmáticas al caer en el lúgubre cestillo! La muchedumbre, ebria de sangre, corre a las Tullerías... ¡Cuántos rostros conocidos: la flor de la nobleza francesa; todos los que ayer estaban en los salones de baile!

Estaba rígida y helada; parecía una Venus de mármol la rubia Venus austriaca. Súbitamente lanzó un alarido.

—¡El rey! También el rey! ¡Su cabeza rueda rebotando sobre el tablado! ¡Qué es esto? ¡Me veo yo misma! ¡Parece que voy flotando en un mar de sangre! ¡Veo mi garganta con una línea roja como una cinta de carmín! ¡Jesús! ¡Jesús!

Y la reina de Francia cayó en una espantosa convulsión epiléptica.

—¿Qué habrá visto la señora?—exclamó la de Grammont. ¿De qué cinta roja hablaba?

Cagliostro sonreía enigmático.

—Ya lo habeis oído. Una preciosa corbata color de sangre que se ceñía a su cuello de diosa. La cubeta de Mesmer ha sido galante con la reina de Francia.

Aquel misterioso Cagliostro que se acordaba de las vidas anteriores y que sabía leer el futuro, quizás vió que la cinta roja que aornaba la garganta de la reina, era la corbata trágica y sangrienta de Maese Galillotin.

Era una galantería retórica del gusto de la época.

INDEPENDENCIA

Por Alberto Ghirardo

I

El criollo enriquecido, dueño ya de un bienestar material perturbado únicamente por la idea de su forzada contribución al reino de España, pensó en la independencia, levantando su bandera de rebeldía contra el poder esclavizador.

Producida por causas económicas, como lo han sido casi todas las guerras, que después han dado en llamarse de razas, la guerra de la independencia americana tuvo su génesis en las imposiciones comerciales a que el extranjero sometía al criollo por intermedio del virreinato.

A concretar las aspiraciones de los que se consideraban poseedores y dueños detentados vienen después los cerebros de hábiles políticos, constituyendo ellos la luz, el foco revolucionario que había de irradiar a poco con resplandores de incendio por todo un continente.

Producto mestizo de español y de indígena, tenía el criollo tanto del empuje y la soberbia del primero cuanto de la astucia y felinidad del segundo.

En el territorio ocupado por el virreinato del Río de la Plata se agrupaba un pueblo productor, ganadero por excelencia, pero cuya organización económica y costumbres sociales iban naturalmente amoldando a las introducidas por el español. Un día sintióse fuerte, capaz de bastarse a sí mismo, y entonces, sin pretender cambiar hábitos, quiso no tener tutela; es decir, emanciparse del poder explotador. Una coyuntura histórica le favoreció. El tutor atacado, constreñido, por un enemigo audaz, necesitó de su más grande esfuerzo para resistirlo. Y habló la astucia. El criollo desplegó su bandera, hizo un nuevo símbolo con diferentes colores y se lanzó a la guerra.

Vino ésta con todos sus horrores. El español residente, empeñado en sostener su dominación, acentuó su actitud de intransigencia, y la lucha adquirió los contornos de las tragedias más luctuosas de la historia. Fué la noche de América.

II

Como no hay noches eternas, aquella noche también precuró

una aurora, más o menos luciente, pero aurora al fin.

Se luchaba a muerte, y del choque bravo surgían chispas, raudas algunas, otras como estrellas, astros errantes y sangrientos que cruzaban el cielo de América dejando estelas rojas. La sangre fecundaba los campos. Con la sangre, la idea.

En el alto de una batalla cayó prisionero del español implacable un oficial criollo. Grande y hermoso, ojos serenos, aire decidido, tanto, que al andar parecía ir exclamando: "Conmigo va el pensamiento".

Al anochecer el rebelde fué in-

mas, haciendo a un lado toda clase de escrúpulos borrachos del mando y de riqueza. ¿Rebeldes? ¿Y contra quién? ¿Con qué fin? ¿Acaso, aún en la suposición imposible del triunfo insurreccional, los levantados en armas no se encontrarían mañana bajo una dominación más humillante, más perjudicial, más oprimiente?

El rebelde callaba y sonreía. Y bien, parecía decir su sonrisa, escudada por su silencio: "Fusíladme de una vez y suprimid, por estériles, todos vuestros razonamientos de déspotas. Soy lo que veís y algo más... Evitad el saberlo, porque en tal caso habríais de fu-

III

El toque de atención acababa de sonar en el campamento español, donde aquella mañana debía ser ejecutado el oficial criollo. El mutismo de éste no había sido quebrantado, pese a todas las instancias hechas por sus enemigos.

Según las apariencias, hasta las más insignificantes, moriría sin hablar. Su actitud llegó a intrigar en tal forma a sus terribles jueces, que éstos pusieron a cavilar seriamente sobre la calidad del prisionero. La acusación primitiva llegó a hacerse carne en la mente de algunos. ¿Por qué no? ¿No sería aquel un español pasado a los sublevados? El caso era digno de la mayor atención. ¿Por qué no investigar antes de adoptar la última determinación? No era lo mismo matarlo como a enemigo, dignificándolo, que exterminarlo como a traidor, execrando su memoria...

Llegó a ofrecérsele la vida por una palabra. Entonces el enigma se hizo más impenetrable. Cesó la sonrisa, y el labio, noble, exteriorizó la idea.

El rebelde aquel era un símbolo. Había batallado ofreciéndose, entero, en holocausto o un principio. El era el abanderado de la Libertad. Peleaba en los campos de América contra el poder español, hoy reinante porque ése era el obstáculo presente, la piedra inmediata cuyo derrumbe se hacía necesario para que el río de agua, dulce y fecunda, se esparciese por el mundo. Hoy, el español, cruel y retrógrado, empeñado en sostener dogmas falsos, era el enemigo. Mañana lo sería el criollo, estanciero y logrero, ése a quien se aludía con frase agresiva y mordaz. Y bien, mañana el abanderado de la Libertad ofrecería su espada para hacerla brillar en los aires siempre en nombre de su misma fe, de su misma esperanza, de su mismo fuego, contra ese nuevo tirano, contra ese nuevo déspota, contra esa nueva sombra. Esa espada era la que, a golpes de luz, cuyos brazos gigantes amparan la vida librándola de dolores.

Lo escucharon absortos. Aquel oficial hermoso, sonriente, y sereno de verba brillante y fúlgida, no era un enemigo, sino el enemigo. Encarnaba la idea.

El oficial murió esa noche. No el enemigo...



CUALQUIERA de LOS 2

Tanto la vista como el olfato descubren inmediatamente la persona que usa
Jabón REUTER
El uno por el cutis suave y fresco que aquella ostenta; el otro por el delicado perfume que exhala.

terrogado.

—¿En nombre de qué fe, de qué esperanza, de qué luz, de qué fuego, los nativos locos se habían entregado a aquella lucha sin cuartel ni otra recompensa que el deshonra, el vilipendio o la muerte? ¿Y él, en particular, por qué? ¿Era acaso hombre de fortuna? ¿Algún estanciero rico? Porque la guerra la hacían ellos, es decir, los industriales comerciantes, ambiciosos de resistir a la gabela española, sin otra mira que la del mayor lucro. Pero ¿caerían en cuenta algún día? ¿Patriotas ellos? ¡Bah! ¡Patrañas! Especuladores sin conciencia, que jugaban con la sangre del pueblo, azuzando a los cándidos contra el poder invencible y legal, sublevando brazos de infelices y de vícti-

silarme dos veces".

—¿Un traidor acaso?...

Una mirada penetrante y aguda como el acero de un sable interrogaba a la sonrisa. Diríase la agudeza del soldado polizonte estrechándose contra la serenidad del enigma.

La sonrisa continuó a flor de labio, produciendo la desesperación, la ira, en el pecho del soldado, por cuya boca salió, atropellado y torpe, el insulto del impotente.

El rebelde contestó el insulto con una mirada en cuyos rayos había conmiseración y desprecio, conmiseración y desprecio que expresaban cómo el filo del sable acababa de mellarse contra el mármol del enigma.

UNA DUCHA

Por A. Erhard

Una tarde, a fines del mes de Junio, el señor y la señora Lemadié esperaban tranquilamente la hora de la comida en el bello jardín que adornaba el frente de su casa.

El señor Lemadié leía en un diario mientras su esposa tejía.

—¿Dónde está Juanita?— preguntó la señora Lemadié, tomando de su canasta de labor una madeja de seda granate.

—¿Tu hija?—repuso el señor Lemadié, y girando sobre su silla indicó mirando de soslayo uno de los extremos del jardín.

—Mira—dijo—, allí está, con la manguera en la mano, en actitud de atacar.

No había concluido aún de hablar cuando se oyó un grito en la calle acompañado de un gran juramento, y luego las interpelaciones furiosas de una segunda voz.

—¿Qué es lo que hay?—dijo el señor Lemadié, dejando su diario

Y levantóse de la silla para ver lo que pasaba, cuando un fuerte golpe de timbre se sintió en la portada, haciéndole precipitar el paso.

Abierta la portada, se encontró en presencia de dos señores, el uno como de unos veinticinco años; el otro, un señor de venerable aspecto y buen porte, con sus cabellos grises, quien mojado desde la cabeza hasta los pies hacía lo posible por secarse con su pañuelo.

El joven reprochó con indignación y vehemencia. ¡Mojar a su tío de ese modo!... ¡Con un chorro de agua tan violento!...

El señor Lemadié, balbuceaba excusas, se sentía contrariado consigo mismo y repetía con voz entrecortada: "¡Es muy desagradable... muy desagradable..."

Y el joven repetía furibundo:

—No; mi tío, no; yo no me callaré. Fíjese usted bien; mirele en qué estado se encuentra.

Este, en efecto, presentaba un aspecto lamentable: su cuello blanco todo arrugado; la corbata de raso negro, deshecha, le subía al cuello; la felpa de su sombrero alto, toda rayada y en partes erizada. Su chaleco y el pantalón le ceñían, empapados, el cuerpo; toda su persona goteaba agua por la espalda, codos y caderas.

Juana vino. Entonces su padre, con tono enojado, le dijo:

—¡Contempla lo que has hecho!

Levantó ella los ojos, y en sus labios se dibujó una leve sonrisa; pero repentinamente quedó sorprendida. Su gesto de admiración era gracioso: toda ella era encantadora con sus cabellos en desorden, su blusa de seda floreada y la falda plegada, dejando ver monísimos pies aprisionados por unos zapatitos, causaron tan buena impresión a su víctima y al impetuoso sobrino que fueron desarmados sin resistencia.

—No os desconsoléis, señorita—

dijo el tío—; no se tiene siempre el honor de recibir una ducha por una tan linda duquesita.

Sonrojóse ella, quiso responder; pero una tentación de risa no la dejó hablar, y por no hacerlo se fué corriendo.

El señor Lemadié recuperó su tranquilidad, encontrando una frase para expresar su disgusto. Vino le la idea de proponer al infortunado el cambio de las ropas, e insistió con tanta amabilidad y tanta fineza, que su ofrecimiento, ya rehusado, fué aceptado.

Diez minutos después, el tío Thibaut, completamente seco y vestido con ropas prestadas y reforzado por dos vasos de buen vino, se despidió de la familia Lemadié.

—Apresuremos el paso—dijo él a su sobrino—; tu madre debe estar intranquila.

Habían caminado un buen trecho sin hablar, cuando bruscamente Thibaut dijo:

—¿Sabes tú lo que pienso? ¡Pues bien! Yo desearía para ti una mujer como esta niña. Ella es encantadora y el vino de su papá es famoso.

—¡Cáspita, mi tío, qué entusiasmo! ¿Es, acaso, el agua que ella os arrojó lo que os hace creer eso u os lo sugiere el buen vino de su papá?...

Thibaut iba a responder, cuando al doblar la calle apareció la señora Filhol, su cuñada, que venía al encuentro de ellos ansiosa por el gran retardo. Marcelo contóle el desagradable incidente, y el tío concluyó diciendo que para él estaba muy lejos de ser enojoso...

Llegados a su casa, se sentaron a la mesa. La ducha había abierto su apetito; él devoraba.

A los postres estaba muy conversador y comunicativo, porque el tío Thibaut era muy francachón.

Marcelo, un tanto preocupado, guardaba severo mutismo, y el tío cambió de conversación. El joven fué a su cuarto en busca de cigarrillos, y pronto, con frase breve y entrecortada, arguyó su tío:

—Joven adorable...; padres excelentes personas...; una casa hermosísima.

Sin duda, él no pretendía impresionarse a la ligera, habría que tomar datos; él se encargaría de obtenerlos... Su sobrino entró en ese momento con la caja de los cigarrillos y su tío puso vivamente un dedo sobre sus labios, en señal de discreción, dando en el mismo momento un fuerte estornudo que hizo estremecer los vidrios de la sala.

—Mi tío—dijo Marcelo con calma—, usted se resfría.

—Es posi...

Un segundo estornudo cortó la palabra por la mitad, y Thibaut, tomando su gran pañuelo, siguió estornudando varias veces más. Pero su excelente buen humor no fué por eso alterado; continuó muy conten-

to fumando. Cuando la sirvienta de Lemadié le trajo su ropa, llevó la mano a su bolsillo y le dió una moneda de un franco, diciéndole:

—Toma, hija mía, para tí. Y da mis recuerdos a tus señores; no lo olvides.

A la semana siguiente, él tomó, en compañía del sobrino, el camino de Chatou. Y como pasaran por la casa de Lemadié, Thibaut se detuvo de golpe y llamó fuertemente. A un movimiento de Marcelo, él lo miró, diciéndole:

—Si esto te es fastidioso, mi hijo, puedes continuar tu camino. Yo tú comprendes, debo mi visita de agradecimiento.

—¿Por vuestro resfrío de cabeza?

—Perfectamente—contestó Thibaut muy complacido.

La puerta se abrió, apareciendo en ella Juana, más bella y más atractiva aún que la vez primera. Marcelo, por cumplimiento, siguió a su tío.

Se cambiaron saludos simpáticos, fuertes apretones de manos; después sentáronse alrededor de la mesa, donde había botellas de buen vino Marsala; se llenaron las copas y brindaron alegremente. La conversación cambió; Thibaut habló de su amigo Chevalet, un fuerte comerciante en mercadería en el tiempo que el señor Lemadié tenía joyería, donde él lo conoció. El antiguo comerciante, encantado de oír elogios de Chevalet, también muy amigo de él, siguió hablando de los negocios pasados, entre tanto que Juana escuchaba con los ojos modestamente bajos y Marcelo, muy derecho en su silla, aunque sintiendo deseos de mirar a su derecha, donde unos cabellos rubios flotaban, acariciados por la brisa, sin poder quedar en reposo.

Esa misma noche, el tío Thibaut tuvo con su cuñada un coloquio misterioso que, a juzgar por la vaciedad, por los gestos, por toda la mímica del locuaz señor, debía ser para los dos de gran interés.

Bien pronto la señora Filhol estrechó relaciones con la familia de Lemadié, y su hijo, al principio muy esquivo, se acostumbró poco a poco a acompañarla a la casa de sus vecinos; concluyó por ir sin ella y pasar tardes enteras, y esto hacía a su tío sonreír de un modo muy picaresco.

Juanita y él se habían hecho dos inseparables amigos. En cuanto él entraba, ella corría con las manos tendidas y el semblante sonriente, y él, considerándose tío futuro, abrazábala con cariño.

Cuando llegó el 12 de Septiembre, la señora Filhol pidió para su hijo Marcelo la mano de la joven Juana Lemadié.

Esa misma noche se reunió la familia alrededor de la mesa en la terraza del jardín. La noche estaba serena; sólo corría una brisa perfumada por las flores.

Sobre la mesa estaba el humeante café, puesto en pequeñas tazas, y los proyectos del porvenir feliz se sucedían uno tras otro, sin interrupción.

—Mi sobrina—dijo el tío Thibaut—, ¿vamos a dar un paseo por el jardín los dos?

Puso en su brazo la mano monísima de Juana, y cuando estuvieron en el mismo sitio de donde había partido la furiosa ducha de agua, él se paró con la joven y le dijo:

—Dime, ¿si yo no me hubiera encontrado del otro lado de esa verja hace cuatro meses!

—¡Ah! Mi tío—dijo Juana—, ¿a qué recordar esa desagradable historia? ¿Pero usted me creyó capaz?

—Yo nunca te he creído capaz de hacerlo por gusto, mi querida; bien sé que no fué esa tu intención.

—¡Oh! Por eso, no, mi tío—dijo ella aturdidamente—; no era por usted por lo que yo lo hacía.

—¿Hacerlo?...—dijo Thibaut, interrumpiéndola—. ¿Pero entonces?

—Era a él—contestó Juana a media voz, un poco avergonzada del secreto que, sin pensar, había descubierto.

Y como Thibaut la interrogara con la mirada:

—Hacía largo tiempo que... que yo lo había visto, que yo hacía todo lo que podía para que él también... me... mirase; pero jamás él me hizo el honor de mirarme un poco.

—¡Imbécil!

—¿No es verdad?... Bien; eso día me encontraba más contrariada y más fastidiada... cuando de pronto yo lo vi en compañía vuestra. Entonces... yo no sé lo que sentí, y pensé: "¡Ah! Tú no me quieres mirar... ¡Pues bien! Yo te forzaré..." Y ¡zas!... Dirigi la manguera sobre él. Solamente... que yo estaba tan conmovida... tan turbada...

—Que fuí yo quien recibió la ducha. ¡Cáspita, si hubiera sabido eso antes!

Clavóle ella sus maliciosos ojos, diciéndole descaradamente:

—Y bien, ¿qué?

—¿Cómo y bien qué?... ¡Porque yo no me habría ocupado de vuestro casamiento, señorita!

—¿Usted—exclamó ella, con la mirada y la sonrisa incrédula—. Pues entonces, ¡mi tío!, yo le conozco a usted; es muy bueno para hacer desgraciado a nadie.

Y después continuó tan zalamera y cariñosamente, que Thibaut se sintió conmovido antes que hablara:

—Usted ha adivinado, ¿no es verdad?, que tendrá en la pequeña Juanita una sobrina que os amará y cuidará mejor que ninguna otra.

Canción de Mayo

Azul celeste era el vestido
Con que una tarde pasar la vi,
Como paloma buscando el nido,
Bajo los árboles de su jardín,

Suelto en los hombros, flotaba al viento
Su chal de espumas, blanco y azul;
Color del alba: su pensamiento;
Color del cielo: su juventud.

Bajo el encanto, yo no sabía
Si era la patria o era el amor,
Y en la mirada que la seguía
Se fué tras ella mi corazón.

Hija del Plata, virgen radiosa,
Sueño de gloria, flor de laurel,
Que has elegido la más hermosa
De las diademas para tu sien:

Si esclavo tuyo quieres que muera
Y nunca pida mi libertad,
¡Atame el cuello con mi bandera,
Atame el cuello con ese chal!

M. C.



25 de mayo 1810

El pueblo aquel, que retraído y silencioso meditaba en pobre y olvidada aldea, reflejando en sus sobrias costumbres la natural sencillez de una existencia monótona, se sintió de pronto sacudido por el llamazo revelador de una enérgica vitalidad.

La heroica Buenos Aires, dilató su nombre en el esfuerzo supremo para surgir ante el mundo, grande y celebrada, después que hubo pasado aquel primer episodio que prologó el camino de sus futuras glorias, y cuando ya el pueblo, abroquelado con los prestigios y con la honra recogida en las memorables jornadas de las invasiones inglesas, se encontró robusto, fuerte y capaz para dar cima a empresas más arriesgadas y árduas.

Rápidamente se operó la transformación; con recia musculatura vuelve Buenos Aires a empuñar la espada de los anteriores triunfos para defender con ella las arrogantes y atrevidas rebeldías de sus hijos; en hora propicia los congrega en su Cabildo para pregonar y difundir por la América el hecho glorioso de la resurrección; en ráfagas sonoras que cruzan las pampas, va vibrando intenso el grito marcial de libertad que hace estremecer de júbilo al propagarse con la rapidez de fervoroso homenaje, maravillosamente identificado con la sublime y con-

soladora esperanza del momento. Allí se reúnen los "criollos" acudiendo solícitos a rodearla en esa mañana del 25 de aurora gris, sin la hermosura risueña de un sol radiante y sin los encantos de una atmósfera templada y amiga, ¡pero no importa! allí está el pueblo alborozado e impaciente luciendo los colores de la gloriosa escarapela, reflejo y conjunción de la belleza y de la armonía de esa azulada y ancha esfera, hasta la víspera, diáfana y pura. Momentáneamente podrá ocultarse el astro rey y molestar la tenaz llovizna que arrecia, pero allí, con entusiasmo igual, palpita el sentimiento nativo; en ese altar de la patria, de cada labio brota una plegaria y en cada rostro alumbra y brilla otro sol: el de la libertad.

Intensas vibran en nuestra historia esas páginas legendarias del gran movimiento, saturadas con un nuevo perfume cuyas emanaciones aromatizan el éter azul al soplo vigoroso del espíritu democrático, cuando la patria al despertar a la vida independiente el 25 de mayo de 1810, abre su espléndida corona al beso "del nuevo sol", para seguir su marcha gloriosa, fija la pupila en la bandera, en cuyo centro alumbra y brilla otro sol: el de la libertad.

Condúcela Moreno, su hijo predilecto...

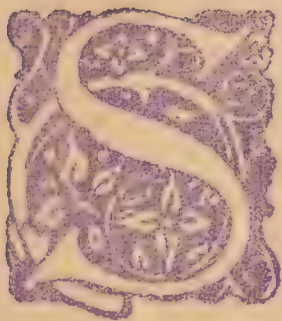
J U A N A. P R A D E R E



Revistió contornos óptimos e insospechados, el acto de afirmación monárquica en Madrid



“La monarquía, se dijo, es la garantía del orden, de la propiedad y de la religión en España.”



Se ha realizado en los últimos días del mes ppdo. y de ello dieron amplia cuenta las informaciones telegráficas de la prensa diaria — un voto de afirmación monárquica en Madrid, no solo con el propósito de testimoniar a la corona la adhesión unánime del pueblo español de la cual se había dado en decir que estaba divorciada, sino con el propósito también de exhibir, en forma irrefutable e incontrovertible, las fuerzas cívicas con que cuenta actualmente la monarquía española,

una de las más prestigiosas y populares de la vieja Europa.

El acto, se realizó como es sabido, en un orden completo magüer el indiscutible y desbordante entusiasmo de que se hizo alarde en todos los instantes; y puede el rey Alfonso haberse sentido ampliamente satisfecho y seguro ante una tan elocuente adhesión de su pueblo, manifestada puede decirse que espontáneamente, como una respuesta a las declaraciones disolventes de los políticos profesionales en desuso, que como los del siglo XIX — al decir del ex ministro maurista señor Gaicoechea — amenazaban con hacerse republicanos hasta que se les ofrecía el poder para usufructo de ellos, de sus amigos y de sus familiares.

No otra en realidad, es la situación actual por que atraviesa España. Desalojados del poder durante la dictadura de Primo de Rivera a raíz del famoso golpe de estado del 13 de septiembre los políticos pasaron a la oposición de golpe y porrazo, como una consecuencia lógica—tratándose como se trataba de políticos — de su desplazamiento inesperado. La mayor parte de ellos, alteraron en diferentes épocas el poder, y compartieron a su hora las responsabilidades con la corona. Fueron en una palabra, perfectos e insospechados monárquicos, que defendieron a veces sangrientamente, los prestigios del poder público y de la corona, frente a los trabajadores en huelga o a los estudiantes fanatizados por los principios de un republicanismismo inexperto, acicateados por “leaders” sin ningún prestigio ni arraigo en la opinión pública española. ¿Se sintió alguna vez republicano y revolucionario el señor Sánchez Guerra? ¿Manifestó en alguna oportunidad su disconformismo con el régimen monárquico con la persona del rey en su defecto? Y como él, tantos otros! Mas las prebendas y los privilegios, el gobierno y con él los honores de los que militan en tierra de gentiles, son gajes que no se usan en las frugalidades del

apostolado. De ahí que, al pasar a tierras de paganos, los políticos españoles desalojados por Primo de Rivera, se sintieran revolucionarios y conspiradores de la noche a la mañana, haciendo extensivo su odio contra la dictadura, hacia el rey Alfonso acaso tan desplazado como ellos de los privilegios que como monarca le acordaba la constitución del 74 para la designación del gobierno, pero que no obstante, por propia gravitación de los políticos ahora en desgracia, debía forzosamente hallarse complicado en el golpe de estado del 13 de septiembre. Los intereses de los profesionales políticos así lo exigían, y la voz corrió prestamente dentro de España y del extranjero por obra de los deportados, sin que nadie se detuviera a pensar en la situación falsa en que acababan de colocarse los “leaders” del movimiento antidictatorial, transformados después de la muerte de Primo de Rivera, en “leaders” de un movimiento antimonárquico. Es decir, jefes de oposición al gobierno, en vísperas de restablecerse el imperio de la Constitución y de la ley. ¿De que otra manera era posible hacerse presente en circunstancias tan adventicias como promisoras? El caudillo más fuerte, el más temible, era el que más probabilidades tenía de ser llamado por el rey Alfonso para constituir el gobierno, circunstancia que de improviso dió margen al fantasma de las “responsabilidades”, piedra de toque sobre el que todavía ninguno de los opositores ha logrado ponerse de acuerdo frente a los intereses de los otros.

Pero no solamente el gobierno de orden y de trabajo del general Berenguer ha dado al traste con el cúmulo de ambiciones despertadas, sinó que los óptimos e insospechados resultados del acto de afirmación monárquica realizado en Madrid, ha podido demostrar que la monarquía, no está tan huérfana de opinión como se suponía. Los vivas a la Corona y al Rey, se han sucedido durante el acto en forma continuada y entusiasta, y más de 40.000 ciudadanos, reunidos en la nueva Plaza de Toros, reafirmaron su fé inquebrantable, enérgica y decidida en favor del régimen actual, del rey Alfonso y de la reina Victoria, a quienes se les hizo objeto de atronadoras aclamaciones y vitores.

Esta y no la serie de demostraciones hostiles, que vienen realizándose intermitentemente como obedeciendo a verdaderas consignas, sintetiza realmente el sentir verdadero del valiente y esforzado pueblo español, cuya tradición monárquica, consciente y firme todavía, permanece en estos duros momentos a la expectativa de los acontecimientos, esperando el instante de que sea menester por la gloria y la tranquilidad de España, hacerse heroica y decididamente presente.



La pobre Lelia

Desde su mullido sillón, donde permanecía casi inmóvil, la pobre Lelia seguía con triste mirada a sus alegres hermanas que se entregaban al arreglo del tocado.

¡Era noche de baile! Noche de risueñas esperanzas y de inefables ilusiones.

Ninón y Emé prendían flores en sus cabellos: la una, claveles rojos; la otra, rosas blancas.

Ninón era morena; Emé, rubia. Sus trajes vaporosos que dejaban ver la onda nivea de sus senos en botón, tenían el color verde mar y el celeste de los cielos.

Largos espejos de Venecia reproducían la gentileza de sus cuerpos, las frescas fresas de sus labios rojos, y los gestos de sus risa, de sus palabras y de sus miradas.

—¡Ah qué lindo va a estar el baile! exclamó Ninón, en tanto que con graciosa habilidad tenía con leve pincelillo la estrecha curva de sus cejas brunas.

Al corazón de la pobre enferma llegaron esas palabras a remover la dorada hojarasca de sus recuerdos y a despertar las dormidas ilusiones de su triste adolescencia. Ilusiones, cual palomas ateridas por la nieve de un invierno prematuro e inclemente.

¡Ah! Ella también había gozado en el baile, y aún no hacía un año de aquella noche inolvidable. ¡La última!

Entonces no estaba enferma, entonces no se putaba sangre.

Había ido vestida de rosa; era el primer trajeito de seda y el primero que descendía para ocultar su pantorrilla y besar su breve pie.

Lelia estaba encantadora esa noche. Lelia era la reina de un cuento feliz. Los jóvenes inclinábanse a su paso, seducidos por su belleza. Y en el rítmico vuelo de un delicioso vals oyó el tierno aleteo de unas frases de amor...

El perfume que usó esa noche aún vivía en el crujiente traje, evocando los recuerdos de ese ensueño, siempre azul...

El comienzo de su enfermedad no la exasperó; la Virgen de los Milagros la curaría, la buena Virgen a quien ella se encomendaba y dirigía el incienso de su cristiana fe.

Un día fueron a verla sus amiguitas, sus queridas amiguitas de la escuela; cuando ella les presentó sus labios para que la besasen, fingiéndose distraídas le estrecharon las manos. Esas manos flacas, albas y frías, como transparentes témpanos de hielo.

Aquella tarde y cuando las bulliciosa bandada de aveceitas se alejó, por primera vez en su enfermedad la desgraciada Lelia lloró. Lloró mucho...

Desde entonces el alegre colibrí de la risa emigró de la pálida flor de sus labios, y con fatal resignación también comenzó a notar los estragos de ese invisible monstruo que se alimentaba con su carne rosada.

Su rostro cadavérico y sombrío le iluminaba el extraño fulgor de sus ojos negros y melancólicos, y sus violáceas ojeras, hondas y grandes, eran las tumbas de sus lágrimas frías.

El reloj dió las nueve en aquella estancia.

—¡Papá! ¡Papá!—gritaron las dos niñas—. Vamos que ya es hora de partir.

A poco apareció el padre ostentando una flor en el ojal de su frac, y dirigiéndose a Lelia le dijo, acariciándole la cabeza:

—¡Verdad, chiquita mía, que tú lo tendrás miedo de quedarte sola? Pronto regresaremos.

—Sí, Lelia—exclamaron sus hermanas—, regresaremos pronto.

Y abrazándola una en pos de otra, se marcharon precipitadamente. El golpe que pro-

dujo la puerta al cerrarse repercutió lúgubremente en la concavidad del largo vestíbulo.

En la alcoba quedó flotando un vago perfume de esencias y de flores.

Lelia rompió a llorar.

—Madrecita que estás en el cielo—balbuceó con angustioso acento—, ¿verdad que tú no habrías dejado sola a tu pobre enfermita?

Y después de llorar mucho y fatigada, la pobre niña se quedó dormida...

Breves instantes de reposo apenas habrían transeurrido, cuando un acceso de tos la despertó. Lelia se quejaba dolorosamente, la terrible tos aumentaba desgarrándole el pecho.

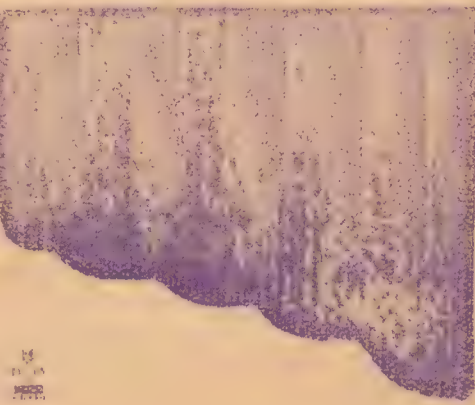
De pronto y de su pequeña boca, brotó una onda de sangre como surgida de una profunda herida...

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ten piedad de mí!—murmuró con triste y fatigosa voz—, y reclinando la cabeza sobre la almohada, quedóse inmóvil en su eterno sueño...

La verde lamparilla que velaba, súbitamente se apagó.

en la lúgubre pesantez de aquel silencio, sólo se oían los aletazos de una mariposa, en su torpe vuelo por las negras sombras...

Rafael Angel TROYO



Madres

que la Malta Palermo ayudó-

Hijos

sanos y robustos...

Cuántas y cuántas madres deben a Malta Palermo la satisfacción de poder criar ellas mismas al pecho a sus hijitos sin desmedro para su salud, sin esfuerzo alguno! Magnífica combinación de elementos nutritivos naturales, Malta Palermo estimula y activa las secreciones, procurando una lactancia provechosa y abundante al bebé.

Mañana al apreciar en sus hijos sanos y hermosos los positivos resultados de Malta Palermo, muchas madres tendrán para ella un afectuoso recuerdo.

CERVECERIA PALERMO S. A.

Buenos Aires



CanCIÓN del príncipe rebelde

Al pie de Sierra Nevada
tengo una Torre en Granada
que custodian los guerreros
más adictos y más fieros
de mi gloriosa mesnada.

Nadie la pudo escalar,
y desde el alto almenar
mi gusto les dicta leyes
a los príncipes y reyes
de la corte de Nazar.

Sin otro amor ni tesoro
que mi coraza de oro
y mis valientes soldados,
vivo ajeno de cuidados,
más altivo que un rey moro.

No tengo señor ni amigo;
cuanto quiero lo consigo;
y en mi eterno combatir
sólo cejo si, al huir,
va deshecho el enemigo.

Todo, mi orgullo lo alcanza.
Y en la punta de mi lanza,
terror de la misma muerte,
en realidad se convierte
la más remota esperanza.

Y, así, como nunca hallo
barrera cuando batallo,
hasta tiembla temerosa
la tierra donde se posa
la planta de mi caballo.

Omar me llaman mis fieles
soldados como lebreles
adictos a mi persona,
y mi nobleza la abona
la sangre de los Gómez.

Señor de los riscos soy,
y por ellos libre voy
seguido de mi mesnada,
y hago temblar a Granada
si al viento mi enseña doy;

pues saben los granadinos
que los cortes damasquinos
que brillan en los aceros
de mis valientes guerreros,
son tan fuertes y tan finos,

que aun la coraza más dura
de la más férrea armadura

ni los mella ni detiene,
y que el brazo los sostiene
con eterna soldadura.

Quando a reposo me obliga
del combate la fatiga,
o retorno sin sentido
porque en el pecho me ha herido
alguna lanza enemiga,

hallo en mi Torre una estancia
de tan sutil elegancia
y ornamentación tan bella,
que todo reposo en ella,
más que descanso, es fragancia.

Columnas y capiteles
que labraron los cinceles
de artífices orientales,
y que semejan vestales
coronadas de laureles.

En competencia alternados,
tapices y alicatados
cubren los muros de piedra
con la fantástica hiedra
de sus signos y bordados.

En el centro una fontana,
limpia como la mañana,
cuya armoniosa corriente
mitiga la lava ardiente
de mi sangre mahometana.

Arco que fingen ramaje,
techos igual que celaje
de una noche de verano
y, sobre el huerto cercano,
los ajimeces de encaje.

Una cristiana cautiva
tan hermosa como esquiva
que es la perla de mi Harén,
convierte en perfecto Edén
mi ociosidad fugitiva.

Ella, insensible al amor
que le ofrece su señor
en las horas de placer,
si ve mi sangre correr,
palidece de dolor.

Se acerca a mí, y entretanto
que restaña mi quebranto
con aromáticas hilas,

brota en sus negras pupilas
fuente piadosa de llanto.

Con palabras de ternura
condolida, en que procura
vibre un eco maternal,
va convirtiendo en panal
las hieles de mi amargura.

Y preso en tan dulces lazos,
me adormezco entre sus brazos
sin ver que, diestra y ufana,
el corazón la cristiana
me va robando a pedazos.

Mas, al fin, de nuevo brilla
mi estrella. Y puesto en la silla
de mi corcel de combate,
mi pecho tan solo late
cuando mi brazo acuchilla.

Puede que, al cabo, la suerte
consiga la luz que vierte
mi destino obscurecer,
y, así, me venga a ofrecer,
tras la victoria, la muerte.

Pero al caer con el pecho,
más que sangrante, deshecho
por enemiga lanzada,
verá con pavor Granada,
sobre el agreste repecho

donde la Torre se asienta,
voraz incendio que intenta
eclipsar con sus horrores
los siniestros resplandores
con que nace la tormenta.

Y así como fué segura
mansión de gloria y ventura,
será la Torre, incendiada,
hachón que alumbre mi entrada
triumfal en la sepultura.

¡Oh, tú, mi bella cristiana
que lo mismo la mañana
que el postrer fulgor del día
te hallan tras la celosía
que el ajimez engalana

suspirando libertad,
deja tu vana ansiedad
y piensa al verme caer,
que pronto mi alma ha de ser
tu esclava en la eternidad!

ALBERTO A. CIENFUEGOS

Las grandes figuras de la Historia

“El Viejo Zorro”

Así llamó a Mazarino el Príncipe de Condé en desquite de su inhumana prisión en Vincennes, y la desenvuelta Cristina de Suecia, maestra en psicologías, dióle la razón al repetírselo y recordárselo al propio cardenal en una famosa carta en la que acababa llamándole Julio a secas y amenazándole.

Solía el no menos famoso cardenal Richelieu repetir a menudo la prudente máxima de Lisandro: *Donde no te alcance la piel de león, ponte una de zorro*. Y más bien parecía decirse a sí propio, por parecerle que la segunda de estas pieles le hacía mucha falta y que de la primera no andaba muy sobrado. Mazarino no tuvo jamás que repetirse aquella máxima. De león y de zorro parecía su piel. ¿Fue más grande que Richelieu? Después de estudiar la psicología de uno y otro, no sé qué contestar. Para juzgar dos espíritus grandes no hay que juzgarlos solamente por sus hazañas, sino por las que fueron capaces de realizar, y mucho menos por lo que se vieron obligados a hacer. Que muchas veces hasta el heroísmo no es sino necesidad y más fuerza de las circunstancias que impulso de una grandeza de corazón. En este respecto Mazarino aventajó a Richelieu. Tenía corazón y lo sabía. Suya es una de las sentencias más sabias que se han emitido: *Cuando se tiene el corazón, se tiene todo...* Por eso dos veces fugitivo, jamás se dejó abatir y siguió gobernando desde el destierro, del cual salió siempre con mayor poder y más prestigio. Si Richelieu, que padecía con frecuencia accesos de desaliento, hubiese caído del poder, no habría sabido levantarse más; por eso, porque le faltaba el corazón. Uno de los más enconados y hábiles antagonistas del famoso italiano, La Rochefoucauld, dijo de Mazarino que tenía *más atrevimiento en el corazón que en genio: al contrario de Richelieu, el cual tenía el genio osado y el corazón tímido*. Sabiendo dominar el suyo de león gracias a sus nervios de zorro, Mazarino logró que el primer ministro de la Regente Ana de Austria, Agustín Potier, cabeza del partido de *los importantes*, y a quien el cardenal de Retz llamó en sus Memorias *una bestia mitrada y el más idiota de los idiotas*, le llevase a su lado. Poco después, captándose el corazón de Ana de Austria, desbancó al inepto obispo de Beauvais y se encontró al frente de la Regencia, primer ministro y preceptor de Luis XIV.

Imaginativo, previsor, con mucha inventiva, recto juicio, carácter más vano que débil y menos firme que perseverante así lo pin-

ta Mignet. Se conducía más que por simpatías o por repugnancias, por cálculo. Su ambición era superior a su amor propio e igual a su codicia, que era desmesurada e imponderable por llegar lo mismo a lo sublime que a lo grotesco. Indiferente a las injurias, solo evitaba que le proporcionasen reveses. Dejaba decir mientras no se le impidiese hacer. Nunca hizo enemigos de sus adversarios. Si se creía débil, cedía a ellos sin rubor; si fuerte, los encarcelaba sin encono. Al revés de Richelieu, que dió muerte a quienes le estorbaban, se conformaba con encerrarlos. Sustituyó el cadalso por la Bastilla. Aunque italiano, sus venganzas no fueron sangrientas. Se asimiló de Maquiavelo el espíritu, pero suavizó la crueldad de sus máximas. Su sagacidad le hacía preguntar antes de confiarse a algún hombre: *¿Es dichoso?* Que no significaba preguntar si era rico o pudiente, sino si tenía el genio que prepara la fortuna, la ilusión que alegra el alma mientras llega su logro, el carácter que sabe dominar impaciencias funestas y ambiciones irracionales e imposibles, la fe en sí mismo. Su zorrería le hacía parecer voluble cuando era la constancia misma.

Lo primero que hizo después de desbaratar el partido de los importantes fué componérselas de modo que todo el mundo se alegrase de verse libre de la mano de hierro con que Richelieu tenía a todos atenazados. En la misma medida que éste fué severo, enérgico y riguroso, se mostró condescendiente y aun débil. Así estaban todos de encantados. Los poetas contemporáneos llamaron a aquella época la *edad de oro*.

Lo fué para los cortesanos. Nada se les negaba: pensiones, empleos, aunque fuese a costa de esquilmar el tesoro público. Así dice el cardenal de Retz en sus Memorias: “No había ya en la lengua francesa más que estas palabras: *¡Qué buena es la Reina!*” Y recordando la Regencia de Blanca de Castilla, se dió en decir que España no había dado sino buenas Reinas a Francia. Sin embargo, esto era solamente una táctica engañosa. No hay duda que es el retrato de este ministro el que pintó La Bruyère en el capítulo del Soberano o la República: “Todas sus miradas, sus máximas, los refinamientos de su política, tienden a un solo fin, que consiste en no dejarse engañar, en engañar a todo el mundo”. Léase ese capítulo y se verá todas las formas en que Mazarino se presentó al negociar con D. Luis de Haro la Paz de sus cartas en las que rinde cuentas los Pirineos. Léanse en seguida

de sus negociaciones y se verá que las palabras de La Bruyère no son sino copia de aquellas cartas en que el cardenal se retrata a sí propio.

No pocas veces le falló su ambición. Una vez, queriendo arrogarse la gloria de la batalla y de la toma de Dunkerke, quiso comprársela a Turena, ofreciéndole cuanto pidiese si escribía una carta al Rey asegurando que el éxito se había debido al plan trazado por Su Eminencia y seguido fielmente. Turena le contestó que el cardenal podía hacer decir en su historia cuanto halagase a su vanidad, pero que no le daría jamás títulos para autorizar una falsa gloria a expensas de su propio honor.

Otra vez... unos aseguran que tuvo el proyecto de casar a su sobrina Marta Mancini con su augusto discípulo, a quien habían de llamar el Rey Sol. Ambos se amaban. Dícese que fué con el cuento en burla a la Reina, tal vez por sondearla, y que la Reina le contestó altivamente:

—No creo que el Rey sea capaz de tal bajeza; pero si fuese posible que tal cosa pensase os advierto que toda Francia se revolvería contra el Rey y contra vos, y yo misma, con mi hijo segundo, me pondría al frente de la revuelta.

En cambio... otros historiadores hacen resaltar como un título de gloria el haberse opuesto a dar la mano de su sobrina a Luis XIV, que estaba enamorado de ella. Testimonio de su opinión es la carta, una larga carta que escribió al Rey, una carta verdaderamente maravillosa de estilo, de persuasión, en que las censuras a aquel amor están hechas con tanta firmeza y seriedad como respeto.

Lo que no es creíble es la siguiente respuesta que se le atribuye cuando Luis XIV insistió en casarse con María.

—Sire: si Vuestra Majestad fuese capaz de semejante debilidad, preferiría apuñalar con mis propias manos a mi sobrina antes que prestarme a tal matrimonio, tan contrario a la dignidad de la Corona como perjudicial a Francia. Sea como fuera logró que el Rey, al despedirse de María, no supiese contestar más que con unas lágrimas que motivaron la célebre respuesta de la ingenua enamorada:

—¡Ah, Sire! Sois Rey..., me amáis... y yo parto...

Racine, en su tragedia *Berenice*, debilitó esta frase al ponerla en labios de esta Reina que, no obstante ser amada por Tito, se ve obligada a abandonarle, con estos versos:

Vous m'aimez, et vous me le soti-

(tenez;

Et cependant je pars, et vous me l'ordonnez.

Si es verdad que un hombre se retrata por sus pensamientos, no lo es menos que también puede disfrazarse.

He aquí algunas de las máximas que inspiraba a Luis XIV: No os familiaricéis nunca con vuestros cortesanos por temor a que os pierdan el respeto y os hagan peticiones que no les podáis conceder. Poned cara seria y severa en cuanto empiecen a pedir algo; cultivad con cuidado el talento que tenéis para el disimulo. Desconfiad de todos los que se os aproximen y más de vuestros ministros; estad siempre persuadido de que no tratarán más que de engañaros... Prometed siempre a los franceses pero no os molestéis jamás en cumplirles vuestras promesas...

Aconsejábale también que no fuese cruel.

—Tomadles su dinero—le decía—pero ahorrad su sangre.

Los aduladores le decían al cardenal:

—Sois demasiado bueno, monseñor. Si dieseis alguna muestra de severidad se os obedecería mejor.

—Y se me odiaría más—replicaba Mazarino. Cuando le decían que el pueblo gritaba contra él por los impuestos con que le había cargado, contestaba:—Dejad que cacareen las gallinas, puesto que nos hemos de comer los huevos.

La duquesa de Mazarino, su sobrina, en sus Memorias cuenta que el cardenal le decía viéndola poco amiga de las cosas de devoción:

—Si no oís la Misa por Dios, oidla por el mundo.

Y este consejo, que parece demostrar escepticismo, es si bien se mira una habilidad de las suyas para infiltrar el espíritu religioso con la repetición de las prácticas piadosas. Nada tiene que ver este consejo con el de aquella madre que aconsejaba a sus hijas diciéndoles que Dios lo perdona todo, al revés que los hombres, que nada perdonan.

El cardenal de Richelieu decía que si quisiera engañar al diablo no se serviría de otras finezas que de las del cardenal Mazarino. Las habilidades y aun las picardías de este ministro, le dieron la razón muchas veces. Como regalo de boda se creyó en el deber de regalar al Rey una hermosa casa de recreo. Puso los ojos en una que un rico asentista había comprado en Saint Cloud y en la que había gastado cantidades enormes. Mandó llamar al dueño y le preguntó cuánto le costaba la casa. Temiendo abrir los ojos al ministro acerca de sus grandes riquezas, el interpelado se

abstuvo de contestar.

—Vamos, confesadme la verdad—dijo Mazarino apremiándole—La casa os cuesta una buena millonada.

—¡Un millón!—exclamó el asentista—. No soy bastante rico para soportar tal despilfarro ni tan imprudente para enterrar una suma tan considerable, aunque la poseyera.

—Entonces, pienso que os cuesta unos doscientos mil escudos...

—No, monseñor; yo no tengo ni voluntad ni poder para gastar en mis placeres semejante suma.

—¡Vamos! Ya lo comprendo. La maledicencia ha agrandado los objetos. Seguramente no os cuesta ni cien mil escudos.

El asentista entonces, pasándose de listo, se creyó en el deber de detener allí la curiosidad del cardenal e hizo un gesto afirmativo. Entonces Richelieu le dijo en tono compasivo:

—Os compadezco, señor; ¡qué lástima, he aquí cien mil escudos que no os rentarán nada y que habríais podido invertir de modo más provechoso; seguramente vuestra industria habría doblado esta suma. Decididamente me intereso por vos y me pongo yo en vuestro lugar. A ver, que se den cien mil escudos a este señor—dijo a un intendente de Hacienda—y que me ceda su casa.

El asentista no pudo eludir este decreto porque se había tasado él mismo el valor del inmueble.

Un oficial del cardenal, después de sacar rota la mandíbula en una querrela, quería persuadir a su señor a que le vengase:

—Monseñor, ha sido esa querrela más vuestra que mía; como vuestro oficial que soy, es a vuestra Eminencia a quien se ha querido maltratar en mi persona. De modo que es a vos mismo a quien se ha herido.

—Bueno, bueno—replicó el cardenal—; cuando llegue la hora de comer veremos quién tiene la mandíbula rota.

“El cardenal Mazzarino—decía el mariscal de Grammon t— es amigo mío. Cuando por la mañana me desea un buen día, yo ruego a Dios que me olvide el resto de la jornada.”

Cuando después de su reconciliación le presentaron a Marigni, que había compuesto unos versos satíricos contra el ministro, le dijeron a éste.

—Marigni se ha convertido. De hoy en adelante os consagra su vena. Va a trabajar en vuestro pannelo.

—No—repuso el cardenal—; le creo más diestro para la sátira que para el elogio. Lo reservo para escribir contra nuestros enemigos.

Como le dijese que el superior del *Seminaire des bons Enfants* predicaba frecuentemente contra la pluralidad de los beneficios y contra los obispos que no residían en sus diócesis, contestó en seguida:

—Ya hallaré el modo de teparle

la boca.

Le dió un obispado y dos abadías y el nuevo obispo no volvió a predicar sobre aquel tema.

Dícese que llegó en su ambición hasta a pensar en que se le eligiese Papa. Y los que tal creen señalan que por tal razón no quiso nunca adquirir la nacionalidad francesa.

De sus últimos días hubo algunos grotescos.

Había pedido con insistencia y energía a su médico Guénaud que le dijese el tiempo que a su parecer le quedaba de vida.

—Unos dos meses—le contestó el galeno.

—Me bastan—contestó—para ordenar mis asuntos y preparar

y todas decidieron arrojar a un patio, para que se los disputasen a la rebatiña los lacayos, trescientos luises de oro. Hicieronlo con grande algazara, al mismo tiempo que gritaban:

—¡Crepa adesso, crepa! (*Que reviente, que reviente*).

No se sabe qué le causó más daño al saberlo: si la ingratitud de sus sobrinas, o la prodigalidad que acababan de mostrar, precisamente cuando estaba pasando peores noches que las de la muerte. Arrepentido de verse con una fortuna de más de cuarenta millones que legar a su familia, él, hijo de un pescador a instancias del confesor que le amenazaba con las penas eternas si no restituía su fortuna,

Lo que se ha dicho del secreto y del temor

El hombre guarda mejor el secreto, ajeno que el suyo; la mujer, por el contrario, guarda mejor su secreto que el ajeno. — LA BRUYERE.

A quien dices tu secreto das tu libertad. — ROJAS.

La máxima más sabia con respecto a los secretos es la de no escucharlos y la de no confiarlos. — MARIN.

¿Cómo queremos que otro guarde nuestro secreto si no podemos guardarlo nosotros mismos? — LA ROCHEFOUCAULD.

Es imprudencia fiar secretos a quien luego nos ha de pesar que lo sepa. — CALDERON.

Las leyes de los secretos y de los depósitos son unas mismas. — CHAMFORT.

Las ruinas tan frecuentes de los poderosos, en que tanta sangre y horror gastan las historias, se originan de que temen donde no habían de tener miedo y no tienen miedo donde habían de temer. — QUEVEDO.

Mayor es el peligro donde mayor es el temor. — SALUSTIO.

La experiencia enseña cómo el temor discurre a veces mejor que la esperanza. — MELO.

La más peligrosas de todas las debilidades es el temor de parecer débil. — BOSSUET.

Sin la base del temor, toda clemencia es ruinosa. — TASSO.

Los fantasmas dan más miedo de lejos que de cerca. — MAQUIAVELO.

En todo temor mortal no hace tanto daño el mal como la imaginación. — FRAY GABRIEL TELLEZ.

Si quieres esperar, deja de temer. — SENECA.

Nunca huyendo huye la muerte el cobarde. — ROJAS.

El que desafia el peligro, lo mismo que el que teme demasiado, están igualmente próximos a perecer en él. — SANIAL-DUBAY.

mi alma.

Sin embargo, esta entereza le falló muchas veces. Y así se le vió de vez en cuando en su galería exclamar creyéndose solo al mismo tiempo que contemplaba los hermosos cuadros, el tesoro artístico que tenía en su galería:

—¡Y he de dejar esto!... ¡Y esto! ¡Y esto!... ¡Y esta Venus del Tiziano! Y este incomparable Diluvio de Antonio Carrache... Y esta hermosura de Corregio... ¡Oh! Mis cuadros, mis amados cuadros. ¡Con lo que me han costado!

Una de sus grandes amarguras fué la ingratitud de sus sobrinas, particularmente de Hortensia Mancini. Días antes de morir la regaló una *corbeille* donde había diez mil pistolas, es decir, cien mil libras. Ella llamó a sus hermanas

decidió hacer donación de ella al Rey, suponiendo que no la admitiría, y encargando a Colbert, hechura suya y sucesor recomendado por él a Luis XIV, que se la llevase. El Rey tardó en anular la donación. El cardenal, durante tres mortales días no paró de exclamar:

—¡Ah, mi familia, mi pobre familia! ¡Se queda sin pan!

El Rey Sol, después de rechazar la donación, firmó el verdadero testamento sin leerlo.

—Es—dijo suspirando—lo menos que le debo.

—Estando el cardenal en la agonía, el cura de San Eustaquio le exhortaba a bien morir y le decía: “Apretadme la mano para darme a entender que me oís y que os inspiró”. El cardenal le apretó tan fuerte que casi le hizo desmayarse de dolor, y costó gran trabajo des-

pués de muerto hacerle soltar la mano del pobre cura. Por lo que algún malicioso dijo que su afición a no soltar lo que cogía le había seguido hasta la tumba.

Se le hicieron muchos epitafios epigramáticos y satíricos.

De los más graciosos fueron este, que hería a Richelieu y a Mazarino:

Aquí yace Su Eminencia según (da, ¡Dios nos libre de la tercera!

Y este:
Julio el cardenal yace en esta (tumba

Pasajero, aprieta la bolsa y sujé. (tate la capa...

Un buscador de anagramas hizo de Jules Mazarin estas palabras: *Animal si ruzé*, que quiere decir *animal muy astuto*.

Otro epigrama gracioso dice así:

Aquí yace el que la gota azotó de los pies a la cabeza.

Julio, no el que conquistó las Ga. (lias,

sino el que las despojó.

El epitafio más sangriento se lo pusieron, según cuenta en sus *Memorias* su sobrina Hortensia de Mazarino, el hermano y la hermana de ésta. Tan pronto supieron su muerte, exclamaron por toda la mentación y por toda plegaria:

—¡Gracias a Dios que reventó para siempre!



El arsénico se encuentra en todas partes

Francisco Vicente Raspail murió en París el 7 de enero de 1878 o sea hace cincuenta y un años. Descubrió la célula, presintió la existencia de los microbios, y, antes que Pasteur, recomendó la antiseptia. Fué hombre que tuvo que luchar contra la ignorancia de sus contemporáneos.

Digna de ser recordada es la controversia célebre que tuvo a propósito del arsénico con Orfila, decano de la Facultad de París. Fué en los días del proceso de la famosa madama Laffarge, que acababa de comparecer ante los tribunales franceses acusada de haber envenenado a su marido con arsénico. Los farmacéuticos de Limoges y de Tulle no habían descubierto trazas de tóxico en las vísceras de Laffarge, mientras que Orfila aseguraba que sí. Raspail declaró a este respecto que existía arsénico en todas partes, y que, si lo apuraban, hasta se comprometía encontrarlo en el sillón del mismísimo juez instructor.

El progreso de la ciencia ha dado la razón a Raspail en lo que a este asunto respecta.

PRESENTAMOS

DOS NUEVAS
MARAVILLAS

RCA

RADIOLA y FONÓGRAFO *Combinados*



RADIOLA RCA 47

Equipada con el poderoso circuito de "grilla de blindaje" y combinada con fonógrafo. Sintonización exacta, gran sensibilidad, riqueza de tono.



RADIOLA RCA 67

Para los que exigen lo mejor, ofrecemos este maravilloso super-heterodino R C A combinado con fonógrafo. La creación más perfecta y genial lograda hasta hoy.

La
CONCEPCION MUSICAL SUPREMA
DE TODOS LOS TIEMPOS

GENERAL ELECTRIC

SOCIEDAD

ANÓNIMA

VICTORIA 618 esq. PERU

BUENOS AIRES

SUCURSALES: ROSARIO • CORDOBA • TUCUMAN • MENDOZA • SANTA FE • MONTEVIDEO

La conquista

Por
E. Gómez de Baquero

Es una tarde calurosa de Madrid, en esa hora indecisa en que hay todavía una vaga luz opalina en el horizonte y empiezan a brillar los puntos rojizos del alumbrado. Por la ancha acera de la calle de Alcalá se sucede, lenta, la procesión de paseantes: familias burguesas con los niños delante; jovencuelos que van en bandadas, manoteando, bromeando; hombres maduros que hablan, se paran un momento, vuelven a andar y vuelven a pararse otra vez, discutiendo la guerra, la política o la estocada de Belmonte; damiselas equívocas, que caminan deprisa, lanzando ojeadas furtivas, exhibiéndose en la hora de los casados. En el centro de la calle, los timbres de los tranvías, las bocinas de los automóviles, el ruido de los coches, forma un rumor heterogéneo y confuso que, sin embargo, es uno, es una voz: la voz de la ciudad en su desperezamiento vespertino, tras el calor y la fatiga de la jornada estival.

Los dos amigos están sentados en los sillones de mimbres de la acera del Casino. Miran pasar, pasar la gente, pasar la vida. Ambos son ya maduros, canosos. Uno, Garcés es flaco, enjuto, consumido por los climas tropicales, por largos años de Cuba y Filipinas, donde hizo su carrera, y dicen que su fortuna. El otro, Alvear, robusto, musculoso, tiene el cutis fresco y joven de los hombres endurecidos por la hidroterapia y los deportes. Los dos gozan de lo que se llama una buena posición, la *aurea mediocritas*, la holgura del vivir que a los hombres de trabajo les llega generalmente tarde como todos los bienes de la vida, tardos en acudir a la cita que les dan los deseos. Tal vez se presentan, cuando ya el deseo, que les esperó largas horas, palpitante se fué, desalentando.

Gozan los dos amigos en este instante del placer de los viejos y de los que empiezan a envejecer. El aprendizaje de los ojos, de la visión interior y también de la interna, se hace muy despacio. Suele ser al declinar de la vida, cuando el espectáculo del mundo y el de nosotros mismos adquiere una voluptuosidad penetrante, un sabor desconocido en los años de la mocedad, cuando la acción nos absorbe y no hemos aprendido aún a pararnos a ver. La dulzura del vivir se hace más intensa cuando no caminamos ya impetuosamente hacia lo futuro, y el hombre gusta de detenerse y quisiera volver atrás. Para ello no tiene más que una senda, imaginaria por supuesto: el recuerdo.

La conversación rueda indiferen-

te, lenta. Hay más pensamientos y más imágenes que palabras. De pronto interrumpióse. Pasaba, atrayendo las miradas, una mujer arrogante. Alta, de formas llenas y armoniosas, tenía cierta majestad de estatua, animada por el ritmo de la marcha airosa. La cara, redonda, de palidez mate de nardo, tenía la misma regularidad de proporciones que el cuerpo escultórico. el pelo negro y rizado; los ojos negros también, ardientes e imperiosos, y la boca, encendida y pequeña, animaban con un matiz de pasión y de vida aquel rostro que, sin eso, de puro perfecto hubiera resultado frío, imagen de figurín o de cromó. Iba toda de blanco, como un reto que su hermosura hiciera a la plenitud de su lozana madurez. Muy elegante, pero con tal cual matiz de esa penumbra de las modas donde se confunden lo cocolitico y lo señorial. Al pasar, una sonrisa dilató la boca fresca y carnosa de la bella, que hizo una leve inclinación de cabeza, contestando al saludo que iniciaba Garcés, ese saludo intermedio, que no es la reverencia cumplida a la dama, ni el gesto familiar. ¡Oh, gradación de los saludos! Se podría escribir un tratadito de psicología sobre las variedades del saludo.

El español no se quita fácilmente el sombrero. Se lo quita con pulso y cautela, para no despilfarrar la cortesía. ¿Es la herencia etíquica de los tiempos en que dos hidalgos andaban a cuchilladas por si me trató de merced, siendo señor? ¿Es acaso el miedo de los tímidos a parecer demasiado serviles o demasiado ignorantes, a no estar en el secreto? Sobre todo, ¿ese medio saludo a la mujer equívoca, que es señora y no es señora del todo! Se ve la vacilación del hombre que no se decide a ser cortés ni a ser grosero, y que prefiere parecer poco educado a que le juzguen cándido. Hay en ese saludo a medias un vislumbre de la relación de los sexos en un país de hombres dominados por el miedo al ridículo, y de mujeres apasionadas y conformes con ser, en el fondo, odaliscas.

—Buenas amistades tiene usted —dice Alvear, dando una palmada en el muslo a su amigo y soltando una risa sonora, de hombre sano y vulgar—. Es de primera...

—Amistad, psé...—contesta el otro—. La debo uno de los peores ratos de mi vida. ¿Usted se acuerda de mi cuestión con Federico? Ella fué la causa, bien impensadamente, por mi parte. La he guardado mucho tiempo rencor. Tener una cuestión estúpida con nuestro mejor amigo, batirse sin

animosidad, sin pasión, es desagradable. Cuando media el amor, bueno. Es un sentimiento primitivo que nada respeta, que se ha quedado fuera de la civilización, como dice un personaje de no sé qué comedia francesa. Por amor hacemos todas las tonterías y hasta todas las canalladas imaginables, sin vacilación, ni pesadumbre. Pero no había amor.

—Cuenta usted, cuente. No sabía nada. Eso promete ser interesante. Pero no invente, ¿eh?—interrumpió Alvear.

—¿Inventar? No tengo chispa para ello. Además, el lance es vulgar. Conoció a esa mujer en paseo. Me pareció fácil. La juzgué una entretenida, como se dice en el argot del mundo galante. Toda la vida he sido reservado en cuestión de mujeres. He pensado siempre que, en cualquier aventura, por trivial que sea, hay una parte de nuestra intimidad, que no debemos desnudar en público, con impudor grosero. Los hombres que cuentan sus conquistas o describen los encantos de las mujeres que les han concedido o arrendado sus favores, me parecen tan mal educados como los que eructan en público. Esta reserva mía, acaso exagerada, me impidió hacer averiguaciones puntuales de quién era mi hermosa desconocida. Además, siempre he sido un romántico y no me arrepiento porque el romanticismo nos hace paladear algunos delicados sabores de las cosas que ignoran los hombres equilibrados y prácticos. Por eso experimentaba cierta voluptuosidad en conservar el misterio, en perseguirla sin saber quién era. Empecé a asediaria. La envié cartitas, ramos de flores, traté de hablarla en la calle, pero no me hizo caso. Tropezaba siempre con la misma repulsa: que hiciera el favor de retirarme, que no insistiera, que no podía ser. Excuso decirle que esta resistencia aumentaba mi deseo, y como los hombres tenemos siempre una inagotable vanidad de machos, una mirada, una sonrisa furtiva, un movimiento de la mano, arreglando el peinado, cualquier gesto que sería involuntario me hacía pensar: "pero, señor, ¿si esta mujer se tima!" Y volvía a la carga. Y otra vez volvía a recibir calabazas.

Así, pasando el tiempo, llegamos a ser antiguos conocidos, sin habernos hablado diez minutos. Yo no sabía de ella más que su nombre y las señas de su casa, que no me decían nada. Los informes que había recogido de una manera indirecta y vergonzante, disimulando mi interés, eran contradictorios. Viuda, decían los unos y añadían alegre; casada separada, otros;

amiga de un señor que se reataba mucho, ¡vaya usted a saber!

En el teatro, en cualquier parte nos descubríamos en seguida y casi nos buscábamos con los ojos, por la fuerza de la costumbre. Probablemente, se diría ella: "ahí está ese pelma". Y yo me decía: "ahí está esa presumida" pues la guardaba resentimiento por sus repulsas. Pero seguía hallándola hermosa y deseable y no me hubiese hecho de rogar si se hubiera mostrado accesible.

Al cabo, la creí ganada. Fué una noche en los Jardines. La vi sentada junto al kiosco, hablando con Arista. Iba, como siempre, con esa dama de compañía, perpétuamente de negro, que creo que es una tía o una prima suya, una parienta pobre. Una silla providencial, me esperaba vacía.

Sin reparo de ser indiscreto, pues no me representaba a Arista, con su barrigón y sus sesenta y pico, en actitud de conquistador y menos de una dama tan zahareña, como mi desconocida, me acerqué y fui insensiblemente ingiriéndome en la conversación.

Ella, en lugar de mostrarse reservada y glacial, como otras veces, me daba pic. El hielo estaba roto. Y sin embargo, en aquella mujer que charlaba por los codos, y que parecía querer envolverme blandamente en sus mimos, notaba yo algo extraño, forzado, que sonaba a falso. Pero la satisfacción de juzgarla vencida, el amor propio, la seducción de su hermosura, me impedían discernir bien aquella vaga sensación de fingimiento, de comedia. Por otra parte, yo no me la figuraba loca por mí ni mucho menos. Creía sencillamente, que su cambio de actitud quería decir: "pase usted adelante".

—No sé qué me pasa esta noche —dijo ella—; tengo ganas de hacer locuras. ¿No les parece a ustedes que esto está muy aburrido? Les voy a decir a ustedes un secreto. Si un amigo me invitara a dar una vuelta por la Bombilla, como amigos ¿eh? creo que no le diría que no. Se figurará usted de mí horrores—añadió dirigiéndose a mí.—No me haga usted caso. ¡Cuando les decía a ustedes que esta noche estoy en vena de locuras! No sé qué me pasa.

Aprobé, entusiasmado. Arista, hombre metódico y poco trasnochador no se mostraba encantado del proyecto. Al cabo fuimos ella y yo los que emprendimos la excursión a la Bombilla, que a mí se me figuraba viaje a Citeros o a Corinto. Entramos en casa de Juan. Algo violento, la acompañé a dar una vuelta por el jardín, entre chulos,

señoritos juerguistas y daifas de diferentes pelajes más malos que buenos. Temía una broma grosera, un atrevimiento con aquella mujer elegante, que desentonaba en el lugar, y luego la pendencia ridícula con el indocumentado que se atreviera. Pero ¿cómo negarme a su capricho la primera vez que la encontraba tratable? "Tengo curiosidad de ver qué gente viene aquí; ¿creerá usted que no he estado nunca?", me había dicho. No, no lo creía; pero en fin. Al cabo, con gran alivio mío, subimos a uno de los gabinetes particulares. La música chulesca del organillo, el contagio del lugar, el espectáculo de las parejas bailándose estrechamente el *agarrao*, juntándose al incentivo picante de la aventura, me iban quitando la máscara ceremoniosa de la cortesía. Dejando a un lado la actitud reservada y platónica que había adoptado por cautela, para no echarlo a perder, precipitando las cosas, le pasé el brazo por la cintura. Me rechazó asperamente. "Déjame usted en paz!

Me está usted poniendo nerviosa". ¿Qué extraña mujer era aquella? ¿Se estaría burlando de mí? ¿A qué había venido?

Dos o tres veces salió del cuarto con diferentes pretextos. Parecía inquieta, preocupada y no se cuidaba de disimularlo. Me iba pensando ya la aventura. De repente, en una de sus salidas, oigo su voz ronca, atragantada de ira, gritando en el pasillo: "¡Canalla, perdido ya sabía yo que te encontraría con esa golfa!" Y otra voz de mujer, la de la golfa aludida, contestaba en el mismo tono, con desgarró. Salí. Me parecía demasiado cobarde quedarme en el cuarto o tomar las de Villadiego. No había más remedio que intervenir en aquel escándalo que me tenía abochornado y violento.

Parecía otra. El barniz señorial había desaparecido. Estaba al nivel de la chulilla—muy descarada y muy linda—que la contestaba, sin intimidarse pronta a agarrarse con aquella rival de *postín*. Pero lo que me dejó helado fué ver al hom-

bre a quien se disputaban las dos beldades. Era Federico, mi compañero de colegio, mi amigo de toda la vida. La escena, presenciada por la gente de los comedores cercanos, que se había asomado al oír las voces, le vejaba profundamente y estalló contra mí.

—¿Con que eres tú quien la ha traído? Lo que has hecho es una canallada indigna de un caballero y de un amigo—y avanzó hacia mí con la mano levantada.

Nos separaron, evitando un pugilato lamentable. Y la mujer, sofocada, roja, atusándose el pelo ante el espejo, se volvió hacia mí y me dijo:

—Ahora, vamos donde usted quiera.

Lo mismo que a mí le hubiera dicho a cualquiera en aquel instante. Era el despecho; el afán del desquite inmediato...

Mi ilusión se había evaporado. Comprendía que aquella mujer me había utilizado como un acompañante para sorprender al infiel. Cobrarme, siendo un mero instru-

mento de venganza, aunque la venganza fuera deleitosa, no me seducía. Además, estaba por medio Federico... Preferí tomar yo también mi desquite de corrección desdenosa.

—Ahora—contesté—la dejaré a usted en su casa, si gusta; a menos que prefiera usted ir a buscar a Federico.

—¿Yo buscarle? Gracias.

Volvimos silenciosos. Me despedí a la puerta. Al día siguiente, Federico y yo, ya serenos, nos batimos, por el ¿qué dirán? Había habido amago de vías de hecho. ¡Figúrese usted! Pero los dos teníamos más ganas de abrazarnos que de pasarnos de parte a parte. Ahí tiene usted mi conquista.

—Pero, ¿cómo no sabía usted que Federico y ella?...

—Federico tiene el mismo carácter que yo, poco expansivo. No se presentaban juntos. Me pasó lo que a los maridos. Fué el último en enterarme y a mí costa.

Una mujer moderna

Por Sara Insúa

Ella extrajo de su bolso una cajita plana, de oro cincelado, que se abrió al oprimir un resorte.

—¿Un cigarrillo?

El tomó uno de aquellos rollitos blancos de áureo remate, y a su vez ofreció la llama oscilante y azulada de su encendedor.

Empezaron a tratarse en "plan camarada". Cambiaban las primeras frases entre bocanadas de humo y sorbos de cock-tail. Ella era una mujer moderna, que había sabido hacer frente a prejuicios y vivía con la franca libertad de un muchacho. El se consideraba también "hombre moderno", y las mujeres como aquella, con las que se podía pasear en auto o sentarse en la terraza de un café sin la molestia de una mamá le parecían deliciosas.

Simpatizaron.

Pero ella tenía unos ojos pardos, grandes, que a veces, quizá sin ella desearlo, miraban acariciadora y suavemente, como debían de mirar los ojos de nuestras románticas abuelas, y una boca fresca, que, no obstante la pintura, tenía el atractivo de un fruto en sazón.

Y él, bajo la pechera impecable, tenía un corazón.

Un día, entre bocanadas de humo y sorbos de cock-tail, propuso:

—¿Y si nos casáramos?

Ella hizo un mohín de desagrado. ¡Vaya! Ya estaba allí el inoportuno amor estropeando una buena y grata amistad. Iba a decir que no; pero antes de hablar tuvo el desacierto de mirar a su amigo. Había en sus ojos negros y profundos un fulgor extraño y sugestivo, y ella, arrastrada por una

fuerza extraña — que cualquiera de los doctores que ahora tratan literariamente el problema sexual explicaría prolijamente—, se dejó prender en aquella mirada y cedió.

Aunque sólo a medias, es decir, con condiciones. Se casarían siempre que él le prometiese no hacerla variar de vida, siempre que hubiese de continuar siendo una "mujer moderna".

El prometió.

Y se creía capaz de mantener su promesa.

Se casaron.

La primera época de aquel matrimonio fué perfecta. El fuego pasional los tenía enlazados en una misma llama. Seguían haciendo la misma vida, y como dos buenos camaradas que se comprenden y se son mutuamente imprescindibles.

Patinaban, bailaban, fumaban...

Pero cuando lógicamente los resplandores de la luna de miel parecían atenuados, los antiguos conocidos — que habían respetado aquellos resplandores manteniéndose a distancia — empezaron a rodear a la pareja.

Ella, con naturalidad, empezó a bailar con todos, a patinar, a fumar, a charlar y él sintió en el pecho una punzada.

Necesitó muy poco tiempo para convencerse de que se había equivocado respecto a sí mismo, de que no era un "hombre moderno". Ver a su mujer asida del tallo por otro hombre, o hablando y riendo con otros hombres entre bocanadas de humo, le sublevaba, le hería. En una palabra, le hacía desgraciado.

Y ¿qué hacer para cambiar aquel estado de cosas? Una prohibición

habría sido inútil y contraproducente. Pretendió, pues, atraerla redoblando el cercano apasionamiento, alejarla del medio que hasta entonces frecuentaron e inculcarle la afición al hogar.

Sus esfuerzos resultaron vanos. En ella se había extinguido la pasión, y, empalagada, se desprendía de sus brazos.

Entonces, convencido de que significaba muy poco, nada, quizá, en la vida de aquella mujer, y sintiéndose incapaz de vivir a su lado con la indiferencia que le hubiera sido necesaria, prefirió alejarse.

Antes, sin embargo, hizo un último intento. Le habló:

—Al prometerte que no cortaría en nada tu libertad, creía firmemente que no había de resultarme enojoso mantener mi promesa. Me equivoqué. Me desconocía. No sirvo para marido "del día". Me desagrada terriblemente que bailes con otros, que trates tú por tú a otros, que fumes mano a mano con otros... Yo te quiero con toda mi alma. Yo sería un hombre completamente dichoso si tú abandonases esa vida y prefirieses la de hogar, y me dices hijos...

Ella lo miraba con sus grandes ojos pardos, redondeados de asombro.

—Pero te has vuelto loco? ¿Renunciarías tú al círculo, a tus amigos?...

—Yo no te hablo de que tú renuncies a tus amigas, ni a tomar con ellas una taza de té, ni a ir al teatro, ni al paseo...

Ella movió la cabeza.

—Es inútil. Yo no dejaré de hacer la vida que he hecho hasta ahora, y que nada tiene de reprochable.

El no habló más. ¿Para qué? Reprimiendo unas ansias atroces de llorar, con una sonrisa mundana

se despidió.

Ella, alargado el labio inferior, en un gesto de incomprensión, le vió marchar.

* * *

Años.

El, ávido de afectos, de calor íntimo, fundó otra familia. No le fué fácil pensar con indiferencia en aquella mujer, de la que se había separado adorándola; pero lo había conseguido al fin.

Ella había continuado su vida de libertad, necia, de frivolidad, vida sin objeto, sin ideal. El recuerdo de su marido tuvo en su mente un proceso en sentido inverso. El tiempo, obligándola a reflexionar, a pensar, a comparar, la había ido convenciendo de su gran error. Más que su cuerpo, todavía esbelto y hermoso, su corazón sentía el peso de los otoños transcurridos, y preveía con terror el invierno de la vejez, un invierno solitario y gélido. ¡Y ella había despreciado un hogar!...

* * *

Y el encuentro necesario y fatal surgió.

Ella corrió a él en un impulso de naufrago, asiéndose a la esperanza de hacer una ligadura con el pasado.

El, haciéndose quizá violencia, como el día de la separación, la acogió con una sonrisa indiferente. Y tras el saludo, con un gesto perfectamente mundano, le ofreció, abierta su pitillera de plata.

—¿Un cigarrillo?

Maquinalmente tomó ella el rollito blanco de áureo remate y lo encendió en la oscilante llama que él le ofrecía.

Se alzó entre los dos una nube de humo azulado. No era más que un velo impalpable, transparente; pero él, con su actitud, le hizo comprender a ella que era el símbolo de una muralla infranqueable...

EL TRITÓN

Por Julián Fernández Piñero

"El Tritón" se moría. Lo que no pudieron sesenta años de navegación, con sus recios vendavales marítimos, ni las crudas borrascas atlánticas, ni los trágicos azares de los naufragios, ni las gigantescas pirámides de las olas embravecidas, podíanlo ahora, tenaces, silenciosos e invisibles, los gérmenes de aquellas fiebres que consumían al rudo atleta del Océano.

"El Tritón" era el tipo clásico del viejo "lobo de mar". Alto, recio, membrudo, con un rostro barbado y moreno curtido por la brisa de todos los continentes, con ojos claros y extáticos, a los que parecían haber prestado su color esmeralda las aguas oceánicas; sobrio de palabra, resuelto de gesto, sufrido y voluntarioso, como todos los hombres del mar...

Sesenta años viviendo sobre la frágil y movediza arquitectura de las viejas barcas pesqueras y los arcaicos navíos del tráfico; sopor-tando ventiscas y aguaceros; desafiando a las tempestades con sus roncas voces indignadas y sus puños de héroes atentos al gobierno de las embarcaciones; burlando las acometidas de las olas y los embates de la muerte en cien jornadas heroicas, no habían podido abatir los ímpetus del coloso, que aun se creía capaz de seguir por mucho tiempo rayando la inmensidad azul con la aguda quilla de su velero...

Y, sin embargo, ahora el invisible morbo que envenenaba su sangre poderosa, tenía lo postrado en el lecho de su vieja cabaña del puerto, preso de nerviosas excitaciones, que unas veces hacíanle estremecerse de un frío que le llegaba a los huesos, y otras asfixiarse, sofocado por subidísimos arrebatos ardientes. Tundido y como deshecho, sentía el marinero su fuerte corpachón, que reputó invencible...

Renegaba "el Tritón" de su mal, agitándose sobre el colchón lleno de algas de su cama de tablas. ¡Que un hombre como él — pensaba — se viera así, como un mequetrefe cualquiera, acometido de escalofríos, temblando y desfalleciendo entre mantas, ingiriendo menjurjes y tisanas!...

Todo su bravo orgullo de hombre avezado a las más rudas luchas; su vanidad de continuo dominador de elementos, se rebelaba en su alma primitiva y fiera.

Y dábale cuenta él de la importancia de la enfermedad. Adivinaba su gravedad en la cara compungida y lastimosa de los camaradas que le visitaban, en los ojos lacrimosos de la vieja pescadora

que le cuidaba, en el gesto desesperanzado e impotente del médico cuando lo veía cada mañana...

"El Tritón" sentía arder su sangre sabiéndose en inminente trance de morir. Solo, sin familia y sin bienes, sin otro amor que el del mar, que había llenado su vida, "el Tritón" dolía de esta traidora enfermedad que le quitaba las fuerzas.

No, no soñó él jamás que pudiera morir de esta manera, que pudiera él desaparecer así, lentamente, sin lucha y sin tragedia, tristemente postrado en un lecho, lejos del mar, que fué su elemento

El pensó en morir; pero como lo que era, como un marino bravo y fuerte, cara al viento de la tempestad, sepultado, como en su único digno sepulcro, en el abismo insondable e infinito del Océano...

Le habían dejado solo aquella noche, en que una acentuada mejoría de él permitió a la vieja pescadora que le cuidaba irse a reposar a su cabaña.

Zumbaba el viento, bordoneando furiosamente entre las casuchas del puerto. Tamborileaba la lluvia, azotando las rústicas fachadas.

Despierto por el tronar de la tor-

nocido de él, sonaba lejos, vibraba, como llamándole...

Fué un momento de súbita y clara inspiración.

El viejo marino saltó del lecho aterido y trémulo. Se calzó sus altas botas embreadas, se envolvió en su recio capote de paño, calóse el chambergo de hule, y empujando la puerta de su cabaña, salió al muelle, andando lentamente, a cam-bayadas, como un beodo.

El viento bramaba trágicamente, barriendo el puerto.

En el cielo, de un intenso negro, trazaban los relámpagos sus rúbricas de fuego...

EL AGUA VIVA

En las ondas oscuras va el bajel de la tarde, tendiendo su velamen a las brisas del Sur...
—Como las aguas vivas, mi esperanza cobarde, es algo deleznable transfigurado en luz.

EL ETERNO LATIDO

Hay a veces momentos de inefable poesía, en que las viejas olas cansadas de rodar, se tienden en la playa al declinar del día...
—Se oye entonces latir: el corazón del Mar.

AUSTERIDAD

Soledad infinita y austera del Océano, quiero integrarme en ti con mi viejo dolor, y limpiar toda mancha de mi destino humano, en una edificante beatitud interior.

Yo siento el milenarismo temor de las edades, ante la augusta paz de las riberas solas.
—Como espuma en la arena mueren las vanidades, y la voz de Isaías, pasa sobre las olas.

LA CIUDAD EN EL MAR

Como hilandera pálida la mañana silente, teje en espuma cándida su mágico tapiz...
—Traída de la mano por el viento Sudeste, llega una lluvia fina vestidita de gris.

La nostalgia se sienta en el muelle mojado, y perdida en un sueño sin causa y sin lugar, ve alzarse, desde el fondo brumoso del pasado, la ciudad fabulosa de la Reina del Mar...

Fernán Félix de AMADOR

y su vida toda...

Sin que ningún afecto le retuviera a la vida, él esperaba morir alguna vez; pero no así, en tierra, sino en la brava y maravillosa lucha con las aguas, como él creía que sólo debía morir un marino: sobre el mar, que fué su amor y su sostén...

Alguna vez pensó él en este trágico azar de la muerte. Y jamás soñó en yacer definitivamente en un trozo de tierra, pudriéndose lentamente entre gusanos en la limitada tristeza de un camposanto...

menta, "el Tritón", en los breves espacios de silencio, percibía el lejano rumor del mar, vago y sordo, que le zumbaba en los oídos como si escuchara en una caracola...

La fiebre, que había invadido de nuevo, hacía castañetear sus dientes.

Volvió a asaltar su pensamiento el temor de morir, de quedar rígido, abrasado por la calentura, en este camastro crujiente, dentro de la sordida cabaña...

Mientras, la voz amiga del mar, el rugido de la tempestad, tan co-

La lluvia le azotaba cruelmente el rostro, cuando llegó a la punta de la bahía, frente al faro, que parpadeaba lejano, guiñando como un ojo burlón perdido en la noche. Al pie de la muralla se estrellaban furiosas las olas formando inmensos torbellinos.

Las aguas, oscuras, venían desde lejos, como cabalgando, formadas en ringlas de gibas monstruosas coronadas de espuma.

"El Tritón" permaneció un rato absorto, contemplándolas con sus ojos expertos habituados a auscultar las más densas tinieblas.

Era el mar augusta, grande y terrible, que fué su vida y su amor. Eran las olas, las olas hermanas, siempre jóvenes y nuevas, que morirían un punto para volver a nacer; las olas gemelas y bravías que él conocía tan bien que le hablaban a su alma de viejo luchador; olas libres y rugientes, cuyas voces fueron la única música que arrulló sus oídos durante sesenta años...

Allí, pensó "el Tritón", estuvo su vida, y allí también debía de estar su muerte; la única muerte bella y digna de él.

Avanzó hasta el borde del acantilado. Alzó los brazos y se lanzó al mar como una flecha.

Poco después, "el Tritón" surgía sobre las aguas, y sobre ellas, que le mecían acompasadas, con un suave balanceo de cuna, se tendió, rígido, cara al cielo, con los brazos en cruz, "haciendo el Cristo", como para descansar, buscando el último y definitivo descanso...

Una ola monstruosa, vino después y, alzando en su vértice el cuerpo del viejo marino, lo lanzó contra el acantilado, en un golpe seco y trágico.

La sangre de "el Tritón" se diluyó en las aguas del mar, que siguieron estrellándose contra la muralla, rugiendo en la noche su eterna y bárbara sinfonía...



No puede haber en este mundo mayor y más envidiable gloria que el hecho de que en ningún hogar falte lo necesario para prever y combatir los ataques inesperados de los resfrios, la grippe, los dolores de toda clase: la

CAFIASPIRINA

El mundo intelectual lo confirma y con razón, porque su modo de obrar es único y el resultado es, no solamente que desaparecen molestias mortificantes, sino que el bienestar del enfermo se restablece como por encanto.

¿Por qué no disfrutar de esta gloria conquistada desde hace muchos años, teniendo al alcance lo reputado como remedio insuperable?



*Pídase siempre el tubo original o
un Sobre "Bayer".*



LA PROFECIA

Por José Romero Guesta

Había sido él mismo quien casi la obligó a salir aquella tarde, porque necesitaba distraerse, pasear, respirar aire puro después de quince días de vivir encerrada en la alcoba, sin separarse de su lecho de enfermo. Había sido él quien obstinadamente le recordó las órdenes del médico.

—Ya no necesito sacrificarte más. Estás decaída, deprimida, desmejorada. Ya has oído al doctor... Casi hay que atenderte a ti ahora con más cuidado que a mí mismo... Anda, vístete, sal, distraete un poco.

Ella se resistía.

—Si no tengo el ánimo para salir... Mañana, hombre... Déjame hoy...

Pero insistió Pablo:

—No seas tonta, Teresa... Estoy bien... Me encuentro bien... Anda, anda... ¡Qué tontería!...

Y Teresa salió, y Pablo quedó allí, en la alcoba, a solas con la imaginación, excitada por quince días de fiebre y de delirio.

Hacía mucho tiempo que Pablo no veía a su mujer como entonces. Dos semanas de vigiliadas, inquietudes y sobresaltos, habían podido empalidecerla, trazar bajo la clara luz de sus infantiles pupilas azules una sombra y un surco, apagar en el rostro aquella expresión de optimismo que la hacía parecer en perpetua sonrisa... Y, sin embargo, cuando Teresa, ya vestida y dispuesta para la calle, se aproximó al lecho y puso la mano en caricia sobre la frente del enfermo, y la corrió hacia abajo,

mimosa, hasta los embozos de las sábanas, arreglando las ropas, envolviéndole en un aroma de violetas, que parecía nacer de ella misma, Pablo se admiró de verla más atractiva, más sugestiva, más llena de distinción, más bella que otras veces. La vio como en sus tiempos de novios, como cuando recién casados recorrió con él las playas cantábricas, las ciudades de verano francesas, París... Como en una época que tenía para Pablo, al evocarla desde su cama de enfermo, una fascinación inesperada...

Los recuerdos hicieron que Pablo lamentase no tener a su lado a Teresa en aquel instante. Ahora le disgustaba que ella hubiese salido; ¡era estúpido! — él mismo lo reconocía —, pero la idea de que tal vez entonces Teresa escuchaba un piropo soez o una galantería cursi de cualquier conquistador callejero y fatuo, le mortificaba. Se encontraba mal... Y si la fiebre volviese, y él se hallase solo o entregado a la servidumbre... Le pesó el haber hecho salir a Teresa. ¿Dónde habría ido? Luego, sin saber cómo, se le ocurrió pensar que el primer día que saliesen juntos, Teresa — de la misma edad que él — parecería su hija. Se veía en el espejo del armario, adosado al muro al costado del lecho, y la luna le mostraba su rostro demacrado, lívido, con la piel arrugada, abolsada en los pómulos, lamentable y prematuramente caduco... Un momento cerró los ojos para esquivar la cruel sinceridad del es-

pejo. Y entonces la imaginación puso ante su mirada, en el mismo párpado, la silueta ágil, joven, esbelta, triunfadora, de su Teresa, que hasta cuando el cansancio la abatía — morada, de ojeras de insomnio — era violeta, que es fragancia de abril... ¡Le dolió el contraste!

Pero debía de ser tarde ya. Buscó el reloj en la mesilla de noche; no eran más que las seis. Pablo sintió sueño, y quiso dormir. Le dolían los ojos, y sobre la frente parecía que pesaba una bola de plomo, aplastándole. Pero no... No; no era una bola de plomo. Era la mano con que Teresa le acarició al despedirse, que seguía sin duda allí, y que le golpeaba con saña, con odio...

Se incorporó... Y volvió a caer sobre la almohada, preso ya de nuevo por la fiebre.

En el delirio, los recuerdos viejos seguían acompañándole. Una tarde, en el camino de Fontainebleau, encontraron una gitana que les imploró una limosna, ofreciéndoles, en cambio, la revelación de su destino. Diéronle unas monedas, más por broma que por curiosidad, y la gitana vaticinó a Teresa que enviuaría joven...

En el cerebro de Pablo, congestionado por la calentura, la escena se reproducía con extraña fidelidad, y aun se prolongaba a través de un paisaje absurdo y desconocido hasta una alcoba como ésta en que jadeaba el enfermo. Una alcoba como ésta, en la que Pablo se moría — no sabía él si se moría

o lo mataban — ante su Teresa, que sonreía, más que indiferente, triunfal... Luego era como si algo gris le envolviese... Hasta que sobre un charco de sudor despertó Pablo.

Aun no había vuelto Teresa. Miró el reloj... ¡las ocho menos diez! Ya tardaba!

Conservaba Pablo viva la impresión de aquel delirio, que le torturó angustiosamente. ¿Era verdad lo de la profecía de la gitana? ... Y... ¿sería tal vez una revelación de algo próximo e inevitable el desenlace que a la predicción de la gitana dió el delirio febril?

¡Su Teresa sola, superviviéndole, tal vez ganada por un amor nuevo y feliz!

La idea hizo que confusa e inconcretamente odiase aquella salud de Teresa que le humillaba ahora postrado y decaído... ¡Tardaba Teresa? ¿Y si ya...?

—¡Bah!

Alguien tocaba en los cristales de la puerta del gabinete. Y llamaba nerviosamente:

—¡Señor!... ¡Señor!...

—¡Adelante!

Era la doncella, trémula, lívida, inconsciente, aterrada, que, olvidando toda precaución ante la magnitud del drama que acababa de conocer, gritó:

—¡La señora!... ¡La señora!... ¡Un auto... la ha matado!

—¿Qué?...

Pablo se irguió, saltó rígido, miró estúpidamente a la sirvienta..., y, mudo, se desplomó en una piqueta, al pie del lecho.

EL DERECHO DE ASILO

Por Juan Balaguer

El origen del privilegio concedido a determinados lugares para impedir que la acción de las leyes humanas consumase su obra de castigo en la persona de los delincuentes que lograban ponerse a su amparo, es tan antiguo como los principios del rudimentario Derecho en que mucho más tarde fundamentáronse los legisladores para erigir la obra filosófico-social que hoy sirve de protección y de garantía a las gentes y de freno a las pasiones.

Antes que derecho fué una costumbre que hizo necesaria la barbarie con que se procedía para castigar los delitos en aquellas primitivas edades.

Pero aun antes que costumbre establecida por las primeras manifestaciones del sentimiento de equidad fué medio de que se valieron los fundadores de ciudades para poblar las tierras conquistadas o en que pacíficamente decidieron establecer sus dominios, pues concediendo inmunidad y protección a los que se refugiaban en ellas, acogíanse a este beneficio cuantos tenían que temer algún castigo o re-

presalía de sus conterráneos.

De los primitivos tiempos de Grecia data indudablemente ese privilegio, como lo demuestra el nombre que lo distingue, del griego *asilo*, que quiere decir refugio inviolable.

En tiempos del paganismo fueron estos refugios los altares, los templos y demás lugares consagrados por la religión. El criminal que buscaba refugio en estos sitios sagrados librabase de toda persecución mientras permanecía en ellos, pero si los abandonaba volvía a ser perseguido. Aunque la santidad del asilo era inviolable, recurriase frecuentemente a medios indirectos para hacer que el refugiado lo abandonara por su voluntad, bien privándole de alimentos, bien cercando el templo y aun incendiándolo.

El concepto que del Derecho tuvieron los romanos era contrario a la institución del asilo, y únicamente concedieron el privilegio a las vestales, quienes podían salvar la vida al sentenciado que encontraran en su camino y demandase su protección.

Entre los cristianos, el derecho de asilo no se limitó a las piedras del altar ni a los muros del templo. El sacerdote podía amparar al culpable en su huida, aunque ambos se encontrasen muy lejos del sagrado recinto.

El fin del asilo cristiano era oponer la clemencia y la misericordia a la dureza y severidad de la ley. Fundóse este principio, en las palabras de San Agustín: "El castigo, como el perdón, no tienen más que un objeto: corregir al delincuente".

Pudo el cristianismo obtener del poder civil privilegios e inmunidades análogas al antiguo derecho de asilo, y cumpliendo su misión de suavizar los rigores de la ley, llegó a conseguir fuera consignado y sancionado en el Fuero Juzgo. Uno de los concilios de Toledo acordó ampliar hasta treinta pasos de las paredes de los templos el asilo a que podían acogerse los criminales, y que únicamente el sacerdote pudiera entregarlos, pero a condición de que se respetara su vida.

Desde el siglo VI al XI llegó

a entender tanto este derecho por virtud de nuevos cánones y leyes que llegó a ser bastante para eludir la acción de la justicia abrazarse a una cruz.

Efecto de tan excesiva extensión llegó a constituir un abuso y se hizo necesario establecer limitaciones.

En un breve pontificio de 1772 se ordenaba a todos los prelados que en término de un año señalasen en sus respectivas jurisdicciones uno o dos lugares en que únicamente habría de ser respetada la inmunidad y considerando que no a todos los delitos podía concederse el derecho de asilo, excluyéronse algunos de los que ofrecían caracteres más graves. A medida que los progresos filosóficos y sociales fueron estableciendo leyes que consolidaban el derecho, fué aminorando el privilegio de la Iglesia, que había de desaparecer en cuanto la institución de la Justicia constituyera para la sociedad la más sólida garantía de orden y para todos el más positivo amparo y el más seguro asilo.

Conserve su dentadura usando el polvo dentífico "ESTERFAL"

DIENTES DE PERLAS

El dentífico "Esterfal" conservará siempre sana y hermosa su dentadura. Su insignificante precio es de 0.30 cts. la caja. En venta en todas las farmacias y perfumerías.

Unicos Depositarios: Perú 901 - 907 Buenos Aires

Intermezzo de otoño

DESOLADO AMOR MIO

A don Juan Tancredi, cariñosamente

Una gris vaguedad de horizonte marino
Tiene la perspectiva de este paisaje urbano:
Contemplo, un poco triste, las huellas del camino;
Y al marcharme, te beso dulcemente la mano...

Cae una lluvia fina de crepúsculo; el viento
Hibernal abanica los árboles, furioso.
Espacio. Lejanía... Dudo un instante, y siento
Un ansia indefinible por lo maravilloso...

Y andando, la certeza de lo fugaz, la humana
Pena presagiadora de una muerte temprana,
—Fin que al cabo comparten los seres y las cosas,—

Mientras la sombra cubre los jardines y el río,
Hacen que sea este desolado amor mío,
Como el deshojamiento de las últimas rosas...

ROMANCE DE LA CITA FRUSTRADA

Tarde ya, casi al filo de la noche,
Lo aguardo en el jardín con luna nueva:
Pero las horas pasan,
Y él no llega...

El otro amor fué igual, y cuando vino,
Inútilmente recorrió las sendas,
Triste el mirar, el paso vacilante,
Sobre el pecho caída la cabeza.

Y así, al marcharse, entre los arcos de agua,
Tuvo de su fracaso la evidencia,
En tanto el frío cierto deshojaba
La última rosa de la rosaleda...

Tal es, tal es este divino arquero
Que siempre demasiado tarde llega:
El corazón lo sabe y, sin embargo,
Hoy, como ayer, en éxtasis, lo espera!

LA ETERNA ESPERANZA

Mi corazón, ilusionado, espera.
¿Y qué espera, este pobre corazón?
Si una nube de polvo es la poesía
Y un rondar de hojas secas el amor.

¡Bah! Capricho de ciego que se empeña
En ver salir el sol.

Vamos andando Es tarde y hace frío
Y no me deja la maldita tos.

Camarada: ¿lo sabes?
¿No temes el contagio fatal? Hoy
Me duelen los pulmones, sangre escupo
Y se me va la vida casi en flor...

Pero ¿nada respondes? ¿Quizás sientes
Por mi malogramiento algún temor?
¡Hermano, hermano mío, lo comprendo:
Es que espera también tu corazón!

LA MAGIA DE LO PERDURABLE

Tu nombre tuvo el inefable encanto
Del suspiro fugaz, del primer beso,
Como la gota de agua o el perfume,
Recóndita poesía de un momento
De arte y de juventud... ¡Oh, sí! Tu nombre,
—Rayo de luz acariciante, ensueño
De un imposible amor — que al pronunciarlo
Casi como en secreto,
El labio tiembla, el corazón se turba,
Y sin saber por qué, lloro en silencio...

Nombre de novia (Lydia, Beti, Eulalia)
Que fué en mi vida errante de otro tiempo,
El milagro de un éxtasis, de un alma
Toda emotividad cuyo recuerdo
Perdura aún en mí como la música
Inextinguible de un lejano verso
Que en un breve crepúsculo dijimos
Allá en la Rosaleda de Palermo...

¡Oh, tu nombre! Tu nombre que susurro
Ahora que una nueva dicha espero,
Me da temor por cuanto me dejara
Al irse, el otoñal presentimiento
—La convicción, más bien, — de que mañana
He de marcharme solo...

Y es por eso

Que ante el minuto que huye, desolado,
Atisbo el horizonte azul y veo
Que inevitablemente se aproxima
La hora de hacer el viaje sin regreso;
Y sin embargo, a veces me ilusiono
Tanto que, juvenil aventurero,
En claridad lunar la melodía
De tu nombre traduzco, simple y bello,
Y lo arrojo al pasar por los jardines
Y hecho aroma de amor se va en el viento...

S A N T O S A G U I L E R A

Al margen de la vida y de la muerte de "Figaro"

Superstición de un número

El domingo, 13 de Abril de 1930, se inauguró en el paseo del Prado, de Madrid, el monumento a Larra. 13 de Abril... Es frecuente en las vidas individuales la superstición de un número, eje de esa vida, "leit-motiv" que va repitiéndose a lo largo de ella y marcando las fechas decisivas, las fechas que son jalones de luz o de sombra.

Es el mismo Larra, en aquel artículo admirable de "La Nochebuena de 1836", quien escribe, participando también de esa superstición del número las siguientes líneas:

"El número 24 me es fatal; si tuviera necesidad de probarlo, diría que en día 24 nació. El día 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia, y la imitación de aquel jefe de Policía ruso que mandaba tener prontas las bombas en víspera de incendios, así yo desde el 23 me prevengo para el siguiente día, de sufrimiento y de resignación, y en dando las doce, ni tomo vaso en mi mano, por no romperlo; ni apunto carta, por no perderla; ni enamoro a mujer, porque no me diga que sí; pues en punto a amores tengo otra superstición: imagino que la mayor desgracia que a un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que lo quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree... ¡Bienaventurado aquel a quien la mujer dice no quiero!, porque ese, al menos, oye la verdad."

Larra creía, por tanto, que su número era el 24. Las fechas cardinales de su vida tienen, sin embargo, otro número: el 13. "Figaro" se casó el 13 de Agosto de 1829 con Pepita Wetoret. El matrimonio fué para él, muy pronto, sepultura de sueños. Y "Figaro" se mató el 13 de febrero de 1837: la sepultura definitiva de sus pasiones. De aquel primer 13—cifra dibujada con oro y plata nupciales—arranca el 13 final y trágico. Larra fué hacia los brazos y el amor de Dolores Armijo, porque la incompreensión había ya abierto sus zanja de hielo entre el escritor y la esposa. El amor huyó del hogar, y Larra era demasiado inquieto demasiado apasionado para resignarse a un ritmo gris y trivial. Buscó fuera el ritmo vibrante, emocionado. Y lo halló en Dolores Armijo, la musa roja de su vida.

Cuando Larra y Dolores Armijo se separan, el amor no muere en él. En ella sí ha muerto—¿existió, en realidad, alguna vez?—, y ya las dos vidas no volverán a juntarse. Pero "Figaro" tampoco se resigna a la vida sin el amor. Sabe que ya no puede hallarlo fuera de aquella mujer. Y se pega un tiro.

Pepita Wetoret trajo a Dolores

Armijo. Dolores Armijo trajo a la Muerte, nuestra señora. 13 de Agosto de 1829 y 13 de Febrero de 1837. Y el domingo, 13 de Abril de 1930, el monumento...

Un mismo nombre

En la vida breve, inquieta y dramática de Larra hay otra sorprendente coincidencia. Su madre se llamó Dolores Sánchez de Castro. Y Ella—aquí sí puede hablarse de la Ella clásica y fatal—se llamó también Dolores.

El mismo nombre en la mujer que le dió la vida y en la mujer que le dió la muerte. El primer nombre femenino que él escuchó, que él escribió, fué también el último que llenó su pensamiento. Y en esos dos polos de su vida, en ese despertar luminoso y en ese brusco fin dramático, los dos nombres—iguales, las mismas sus letras, la misma su pronunciación—se contraponen, son como enemigos. Primero, la madre, la "tercera", que es como una gran mano blanca y suave para dar los primeros pasos por la vida. Después, la amante: la pasión, que lleva muerte en sus besos; los ojos, que empujan hacia el drama. Dolores aquella y ésta Dolores. El pomo de la vida y el pomo de la muerte bajo una etiqueta igual.

Escenario de unas horas de esperanza y de muerte

Al regreso de un viaje, un poco obscuro, a París, "Figaro", separado ya de su esposa alquila un cuarto en la calle del Caballero de Gracia. De él pasa a otro en la calle de Santa Clara. Tiene a su servicio una criada y un criado.

Instala bien su casa: muebles abundantes, cristalería, útiles de tocador... Larra es atilado, cuidadoso. En su mesita tocador, cha-

peada de caoba, con su luna ovalada suspenda en brazos, brillan frascos y perfumes. Cuando, al día siguiente de su muerte, hacen el inventario de todo lo contenido en la casa, encuentran entre la ropa ocho pares de guantes...

"Figaro" se suicidó en su despacho. Era una habitación esterada. Visillos blancos sobre los cristales del balcón. Una chimenea, y sobre ella unos floreros, un reloj, una relojera. Sillas de caoba. Mesa, también de caoba, con libros, con papeles con periódicos. Tras ella, el cómodo sillón de brazos. Cerca, un menudo velador para el servicio del té. Sobre la mesa de trabajo, un quinqué de bronce con la bomba de cristal labrado.

En ese despacho, en esa mesa, "Figaro", la mañana del 13 de Febrero escribe una carta, su última carta. Unas líneas rápidas, menudas—a ella, claro—, que dicen: "He recibido tu carta. Gracias, gracias por todo. Me parece que si piensan ustedes venir, tu amiga y tú, esta noche, hablaríamos y acaso sería posible convenirnos. En este momento no sé qué hacer. Estoy aburrido, y no puedo resistir a la calumnia y a la infamia. Tuvo..."

En ese despacho, ese mismo día, al atardecer—fuera, la gritería del lunes de Carnaval y las campanadas lentas de la iglesia cercana de Santiago—, "Figaro" espera la visita del Amor. Y lo que va a entrar es la Muerte.

La jornada del 13 de Febrero

A lo largo del tiempo se ha ido admitiendo la verdad de aquel último paseo de "Figaro", en compañía del marqués de Molins, por el Prado, la tarde del suicidio. Hoy, sin embargo, se cree que no hubo tal paseo. La jornada del escritor en ese 13 de Febrero fué, parece,

la siguiente:

Ann acostado, recibe una carta de Dolores.

Se levanta, va a su despacho, y traza unas líneas de respuesta a esa carta. Habla con la muchacha que la ha traído. Vuelve a su despacho. Va, inquieto y esperanzado, de un lado a otro. Se asoma una y otra vez al balcón. Engalana la casa, la viste de fiesta, quiere recibir dignamente al amor. Pone flores nuevas en los búcaros.

El peluquero le arregla. Su barba está más pulida, más fina que nunca. Come con su hija—una nena—, que vive con él. Después sale a la calle. Visita a su editor. Pasa por la Redacción del periódico en que trabaja. Charla con Mesonero Romanos. Va a casa de su misma esposa, de la que vive separado. Y vuelve a la calle de Santa Clara. Alegre, esperanzado, emocionado.

Enciende las luces, pasea nervioso por la estancia, levanta los visillos, aguza el oído ante cualquier rumor. Ya las sombras de la tarde de invierno. Llega Dolores. Una amiga que la acompaña queda en la antesala. Hablan "Figaro" y la mujer. Ella está decidida a que el amor de los dos no se renueve. Se marcha. Y su salida deja en el corazón de "Figaro" las palabras dantescas: "Lasciati ogni speranza". Inmediatamente, el pistoletazo. Y la nena de "Figaro", que entra en el despacho, y al ver el cadáver en el suelo, dice: —Papá está debajo de la mesa...

La última cuartilla

Sobre la mesa queda una cuartilla. La última cuartilla de "Figaro". Sobre ella están trazados títulos y notas, en direcciones diversas: "El suicida", "Los anónimos", "El matrimonio", "El amor", "La celebridad", "El padre de familia", "Los calaveras", "El abonado al teatro", "El mozo de cordel", "El calavera de buen tono"... Junto a estos títulos claros, unos rasgos caprichosos, de esos que se escriben casi maquinalmente, mientras el pensamiento gira y gira, distraído y obsesionado a la vez. Y a la derecha de la cuartilla, en una línea ascendente (la letra de "Figaro" era fina, menuda, aguda, airosa, rápida), un nombre de mujer, escrito con toda claridad y como deteniéndose en cada letra, en cada sílaba: Dolores Armijo. Visto ahora en la cuartilla del suicida, ese nombre trazado por la mano de "Figaro", diríase que, bajo sus trece letras, se lee con una letra inmaterial, invisible, un "cúlpese a ella de mi muerte"...

José MONTERO ALONSO.

LA DESGRACIA

Apenas ha pasado la desgracia, tenemos la sensación extraña de haber obedecido a una ley eterna, y no sé qué tranquilidad misteriosa, en el seno de los más grandes dolores nos recompensa por nuestra obediencia.

Nunca nos pertenecemos más íntimamente que en el día que sigue a una catástrofe irreparable. Parece entonces que nos hayamos recobrado y que hayamos reconquistado una parte desconocida y necesaria de nuestro ser. Proyéctese un apaciguamiento singular.

Desde hace días y casi a pesar nuestro, mientras podemos sonreír a los rostros y a las flores, las fuerzas rebeldes de nuestra alma luchaban terriblemente al borde del abismo; y ahora que nos hallamos en el fondo, todo respira libremente.

Luchan así, sin descanso, en cada una de nuestras almas, y con frecuencia vemos la sombra de esos combates en que nuestra voluntad no puede intervenir.

Mauricio MAETERLINCK.

TURISMO NACIONAL

Las Sierras de Córdoba



No tiene Vd. porqué pensar en realizar viajes de placer fuera de su país, teniendo en él múltiples y variadas bellezas panorámicas que podrá visitar y admirar sin sufrir las molestias consiguientes que proporcionan las excursiones por tierras extrañas.

LOS FERROCARRILES DEL ESTADO tienen un servicio de trenes directos y combinados que permiten la realización de viajes rápidos y cómodos a las hermosas e incomparables SIERRAS DE CORDOBA.

A lo largo de ellas, y abarcando todas las pintorescas poblaciones que dan animación a sus deliciosos valles existe un amplio servicio de trenes locales.

Aproveche Vd. las facilidades y comodidades que le ofrecen los FERROCARRILES DEL ESTADO, para pasar una temporada de descanso placentero en los lugares y villas que, como: SAN ROQUE, BIALET MASSE, COSQUIN, VALLE HERMOSO, LA FALDA, HUERTA GRANDE, CAPILLA DEL MONTE, LA CUMBRE, LOS COCOS, LOS MOLLES, CRUZ CHICA, CRUZ GRANDE, DOLORES Y CRUZ DEL EJE, brindan al forastero un clima agradable, aguas purísimas y la belleza de recónditos lugares que han hecho famosa a la región serrana.

Cualquier época del año, es sencillamente deliciosa en las sierras cordobesas.

En todas las villas serranas existen hoteles y casas de pensión.

Cacería, Deportes Modernos, Excursiones

En todas partes hallarán los turistas grandes facilidades y numerosos elementos de esparcimiento como para aprovechar gustosamente su tiempo.

Subscríbase Vd. a la Revista "RIEL Y FOMENTO" que editan estos Ferrocarriles. Publicación mensual. Número suelto 0.20 centavos. Suscripción anual \$ 2.—

Per mayores datos: Administración General:

SAN JOSE, 180

Buenos Aires

EL RECUERDO

Por Curro Vargas

—¡Qué animadísimo!... ¿Verdad?...

—¡Como nunca!

Entre las dos amigas se hizo un silencio, uno de esos silencios prolongados que preceden a los virajes de la conversación, mientras en los salones del restaurante de moda los maitres d'hotel seguían sirviendo el chocolate, el consommé o el champaña; las bandejas de sandwich y pasteles, que circulaban por las mesas, y el sexteto de cingaros seguía arrullando en los violines uno de esos valses muy vie-

Carolina, la Ofelia espiritual de los ojos inmensamente azules y el cutis de nácar, exclamó de súbito, como si hubiera aprisionado un recuerdo que revolotease, invisible, en el artesonado del salón:

—Oye... ¿Y aquella mejicana, amiga tuya, casada con un diplomático, se separó de su marido al fin?

Teresa, que curioseaba de soslayo en uno de los veladores próximos, se volvió rápida:

—Ah... sí, Mercedes Mariol! ¿Mejicana has dicho?... No, no era, o mejor dicho, no es mejicana; es argentina...

—Estaba bien.

—¡Pues si lavieras ahora!...

—No está tan guapa?...

—¡Qué disparate!... ¡Lo que está es guapísima! ¡Lo de siempre: que la felicidad embellece y no hay manera de tenerla oculta!...

—Por lo visto le ha sentado la separación...

—¿La separación?... ¡Si no se han separado!

—¡Ah!... ¿No?...

—Yo creí que te había referido la historia... Una historia que parece un capítulo de novela.

—¡Ay, cuenta!...

—¿Te he dicho alguna vez cómo se conocieron Mercedes Mariol y el que más tarde fué su marido, Enrique Olózaga?

—Se conocieron en Suiza, ¿no?

—Sí, en Suiza, en lo más alto de unas montañas que llegan a las nubes, en un sanatorio de tísicos...

—Pero ¿estaba ella tísica?

—¡Y él también!...

—¡Qué horror!...

—Verás... Allí se vieron..., se miraron y... se atracaron juntos de oxígeno y de sol. Fué un flirt muy poético, según cuenta Mercedes.

—¡Claro! Se confiaban sus tristezas, sus mutuos dolores, sus mutuas esperanzas de vivir...

—Todo eso... aproximando cada día un poquito más las butacas y prolongando los confidenciales y melancólicos discreteos...

—¿Y se curaron?

—¡Al revés! Cometieron una locura definitiva: la de casarse y regresar a España. Seis o siete meses estuvieron en el quinto cielo de la dicha... Pero, a los siete meses, recibí una carta de ella, de-

plorable... "No soy feliz—me decía en un párrafo larguísimo—. Enrique me aburre y yo... estoy convencida de que le aburro a él. He adoptado una resolución: vivir otra vez sola, vivir para mí exclusivamente. Dentro de unos días, muy pocos, pediré la separación. ¡No puedo más!"

—¿Y se separaron?...

—Eso creía yo! Eso supuse que habría ocurrido cuando me la encontré no hace dos meses, en las Calatravas, al salir de misa... "¡Estás como no has estado nunca!... ¡Te encuentro estupenda!",

antes... El amor... La muerte... La vida... Un jardín... Y otras cosas...

—¡Ay, eso... debe de ser precioso! Dime..., dime qué les pasó. ¡Tengo una curiosidad horrorosa por saberlo!... El amor... La muerte... Un jardín... ¡Y los dos tísicos!... ¡Qué encanto, que poético todo ello!...

—Yo no soy tan sentimental, ni tan... soñadora como tú; pero reconozco que la historia es interesante y que conmueve... Te la referiré tal y como Mercedes me la contó a mí. Suponí que ella es

no quieren morir.

Para olvidar la muerte, que se albergaba terca en nuestros pulmones, viajamos primero, y buscamos después el refugio imaginativo de una ilusión en la luz y el calor... ¡La juventud es fuerte, debilitada y todo! ¡Los dos éramos jóvenes!... ¡Quién sabe! nos decíamos a solas, en lo más recóndito de nuestro ser...

Alquilamos un hotelito cerca de Málaga, en esa otra Costa Azul con cielo español... Una tarde nos hallábamos en un gabinete soleadísimo, que daba al jardín. Con las persianas corridas, el sol, un sol de fuego, se metía por los espacios libres del varillaje en flechas de luz, caliente y vivificador...

Enrique y yo, muy juntos, con las manos entrelazadas, sin hablar, oíamos el alegre tumulto piadoso de los gorriónes aspirando con ansia el perfume de los eucaliptos, que formaban una selva en el jardín... Yo murmuré, en un éxtasis de satisfacción y de esperanza: "¡Qué sol..., qué aroma..., cuántos pajaritos! ¡Qué dicha poder amarse así!..."

De pronto se oyeron unos cantos graves...; voces que salmodiaban..., lento rodar de un coche... ¡Era un entierro que pasaba por la calle!...

¡Bruscamente la Intrusa se nos aparecía... La Muerte inmensa, que es frío, que es obscuridad..., que es misterio de misterios y angustia de lágrimas!...

No veíamos más que la tapicería rosa del salón; pero ante nuestros ojos desfilaban visiones lúgubres, de agonizantes y de sepulturas... Nuestros dedos, que estaban enlazados dulcemente, se crisparon ahora unos sobre los otros. Los cánticos lúgubres eran como una ola negra que nos envolvía y nos sumergía...

Como dos naufragos que se abrazan antes de morir nos abrazamos desesperadamente, convulsivamente... La vida se nos antojaba una luz próxima a extinguirse al menor soplo, al soplo de nuestra propia respiración... ¡Y así, con la mirada fija, las frentes sudorosas, inmóviles y apretados el uno contra el otro, permanecimos mucho tiempo, ¡mucho!, sintiendo "dentro de nosotros" la lucha atrozmente desesperada y sublime de todas las fuerzas del amor y de la vida con la muerte... ¡Qué sobrehumano instante! Después..., poco a poco vencieron la Vida y el Amor. Pero, ¡ay!, por eso mismo ya no podíamos separarnos. ¡El recuerdo de aquella hora trágica fué un lazo que nos unió para siempre, y... aquí nos tienes de por vida unidos!

¡El recuerdo de aquel momento! ¡Cómo hemos de olvidarlo ni él... ni yo?"

CANAS CALVICIE



GARANTIZAMOS
Que el Balsamo Germinator
"Super-Omnia"

DESCUBIERTO POR EL R. P. REY DE LA R. D. CALATRAVA
ES EL ÚNICO EN EL MUNDO
 Que elimina radicalmente las canas sin tinturas, por el tratamiento directo al piloro (raíz del cabello) extirpa la caspa, detiene la caída del cabello a las primeras aplicaciones, y hace germinar pelo nuevo aún en los casos más rebeldes pudiéndose comprobar con miles de casos ya curados de calvicie.

COMPLETAMENTE INOFENSIVO, de composición esencialmente vegetal (cert. 555) y de agradabilísimo perfume originario de las plantas y flores de que está compuesto, aplicándose sencillamente como una loción.

SU MEJOR GARANTIA, es la fuente de su procedencia, sus muchísimos años de existencia, y los maravillosos resultados obtenidos hasta la fecha, recomendado por sus mismos consumidores, como también por los diversos Congresos Médicos en que ha sido experimentado, con los positivos y éxitos rotundos.

GRATIS. Enviamos informes y folletos de su tratamiento. Pídale hoy mismo al Agente General de la Cía. para la América del Sud. **A. G. MORADAS**, Arenales 2076 Bs. As. U. T. 5588 Juncal.

VENTA Y REMISION. Únicamente en nuestras oficinas al precio de \$ 10 m/n. frasco y librito. Enviamos al interior contra giro postal o Bancario, agregando \$ 1.— más para embalaje y franqueo.

le dije. "¡Sí — me contestó riendo...! estoy muy bien, muy bien; curada en absoluto! ¡Curada, así como suena!" Entonces aludí discretamente a su fracaso matrimonial. ¿Y de él, sabes algo?... ¡Se estará divirtiendo por ahí, como todos esos maridos que se escapan de la jaula!", le dije. Quedóseme mirando ella con asombro, y echándose a reír me dejó fiambre con esta respuesta: "¡Pero si no nos hemos separado nunca, y somos felicísimos!" ¡Te aseguro que lo hubiera matado!...

—Entonces, ¿qué es lo que pasó entre ellos, qué es lo que sucedió y tú ignorabas?...

—¡Hija mía!... La historia, el capítulo de novela de que te hablé

la que habla. "...Pues sí; íbamos a separarnos. Yo me impuse, y logré que Enrique me dejase en absoluta libertad de acción. Pero... un día, el día que celebramos la que iba a ser nuestra última entrevista, para hablar de intereses, yo no sé cómo, él o yo, sin darnos cuenta, aludimos a un momento a un recuerdo... que a ambos nos hizo inclinar la frente y enmudecer..."

Aquel recuerdo era... Te lo voy a confiar. ¡Después de todo no cometo con ello ninguna indiscreción! Somos amigas, dos amigas de veras... Escúchame. Fué... de recién casados. Nuestro amor era intensamente espiritual, todo ternura; amor de... moribundos que...

La tumba de hielo

Por E. W. Mason

La temporada veraniega en Zermatt finalizaba y durante la mayor parte de la semana el tiempo había sido deplorable. Aquel día, después de una noche tormentosa, Challoner se entretenía mirando desde la ventana del hotel "Riffelalp", la caída de los copos de nieve, que se asentaban sobre el valle como blandos plumones.

—Sí—dijo con tono esperanzado—: Parece que el cielo se ha aclarado definitivamente. Este temporal de nieve no pasará de hoy.

Hablaba con una mujer muy joven, que acababa de conocer en sus pocas horas de estar en el hotel.

—¡Ojalá!—respondió ella.

Y mirando a dos hombres sentados tristemente sobre un banco en el hall, agregó:

—Son sus hombres..., ¿verdad? ¿Usted sube con guías?

Su voz no lograba disimular un ligero desprecio.

—Sí—rió Challoner—. Con ellos voy adonde quiero y cuando quiero. No tengo que buscar compañeros ni depender de ellos. Desde hace cinco años efectúo mis ascensiones con los Blauer, y ya nos conocemos perfectamente.

Se detuvo, sintiendo que en los ojos de su interlocutora se transparentaba una opinión poco agradable. Ella creía, sin duda, que Challoner buscaba atenuar, con pretextos mediocres, su timidez y su incompetencia.

—Sin duda, tiene usted mucha razón—replicó, sonriéndole con gentil indulgencia, con esa indulgencia humillante que significa: "tienes miedo".

Prefirió callar, naturalmente, para no herir a su nuevo amigo. Y se puso a tamborilear, provocadora, sobre los cristales de un modo tal, que Challoner no podía dejar de ver sus dedos. Los miró, y comprendió la actitud de la joven: llevaba una alianza. Esto lo sorprendió. Alta y esbelta, parecía, sin embargo, una niña. El le hubiera dado diecinueve años cuando mucho. Era bonita y sus ojos claros tenían la mirada llena de confianza que se proyecta sobre la vida desde el fondo del seguro asilo que es un colegio. Con una indiferencia demasiado natural para ser cierta, se separó de él, se alejó. Y Challoner no la volvió a ver en todo el día.

A pesar de la partida de numerosos turistas, el hotel permanecía lleno de gente, y en su jar-

dín se produjo, al llegar la tarde, una repentina aglomeración alrededor del telescopio. Un alemán gesticulaba animadamente en medio de un grupo de compatriotas. Al cabo de pocos minutos atravesó el circuito y avanzó hacia Challoner. Se adivinaba en su rostro radioso al portador de una buena nueva.

—Ya que ustedes preparan una excursión para mañana, les convendría mirar, antes, por el telescopio. Es algo sumamente interesante. Pero le conviene apresurarse, señor, antes de que se cierren las nubes e impidan la visión.

—¿Qué quiere usted decir con eso?—preguntó Challoner.

—Allá arriba, sobre el Weisshorn, he visto dos hombres.

—¿Ahora? ¿A las seis de la tarde? ¿En un día tempestuoso? ¿No es posible!

—Le aseguro, seriamente, que los he visto.

Challoner escrutó, con sus ojos de incrédulo, el fondo del valle. La cortina de nubes pendía de las cimas como blanco vellón. No se veía un trozo de roca ni de glaciario. Sin embargo, el alemán se obstinaba.

—Cuénteme lo que vio—dijo.

El alemán, entonces, relató lo siguiente:

—Miraba por el telescopio cuando, de pronto, las nubes se entreabrieron, y vi a lo lejos, confusamente, algo obscuro que se elevaba como un peñón libre de nieve en medio de la montaña. Aplicado al ocular con la esperanza de llegar a percibir un maravilloso espectáculo, vi desgarrarse, poco a poco, el halo de vapor y emerger la exquisita pirámide del Weisshorn, majestuosa y argentada, desde la profundidad de una enorme caverna gris. Continué mirando; acaso llegaría un rayo de sol para agregar el toque postrero a un cuadro inolvidable. Y mi asombro no fué menor que mi deleite, cuando dos hombres aparecieron en el borde de un pico. Venían, evidentemente, del Sur o del Oeste.

—¿Por el Schalligrat?—exclamó Challoner—. ¡Imposible!

—¡Sí! ¡Le juro que los he visto!—protestó el turista.

Tenía la convicción absoluta de lo que estaba diciendo. No soñaba. Los dos hombres habían franqueado el pico, sin detenerse siquiera, emprendiendo luego el descenso de la larga cresta que conducía al valle de San Nicolás.

—Estoy seguro—repetía—. El primero iba con un paso muy lento, muy incierto, como si se le estuvieran acabando las fuerzas. El

otro parecía hallarse en buenas condiciones; lo vi levantar la cuerda que los unía para hacer caer la nieve.

Challoner había escuchado este relato con ansiedad creciente. Se detuvo delante del telescopio y permaneció allí un largo rato, el ojo aplicado al lente. Pero no vio más que celajes que se desvanecían en un resplandor desfalleciente.

Después de la cena, cuando se retiraba del comedor, la directora del hotel se le aproximó para rogarle que entrara en su oficina. Tenía un aire grave.

—Me han informado de un accidente—dijo, cerrando la puerta.

Las palabras del alemán aparecieron en el recuerdo de Challoner.

—¿Sobre el Weisshorn?—indagó.

—Sí. ¡Es terrible!

Y la directora se dejó caer sobre una butaca. Las lágrimas inundaban su rostro.

Dos jóvenes ingleses, Marc Frobisher y Jorge Liston habían emprendido la semana anterior una ascensión; por la cumbre del Weissdale, atacaron la cadena del Snowdon. Fué inútil hablarles de guías; los Alpes no los asustaron y consideraban el Club Alpino como una reunión de cobardes.

—¿Eran tan jóvenes! Casi adolescentes. Y el señor Frobisher estaba en Suiza con su mujer.

—¿Con su mujer?

—Sí, una muchacha aún más joven que él y que hablaba como él, no sabiendo nada de nada, pero orgullosa de su marido, cuyo juicio le inspiraba una confianza ciega. Dos adolescentes, como ya le dije. Y nosotros los hubiéramos convencido, probablemente, de su locura, si Herr Ranks no hubiese llegado de Viena casi al mismo tiempo que ellos.

Challoner comenzaba a entrever el drama. Ranks era muy conocido por los alpinistas. De cuarenta años de edad, que es, desde luego, la edad de la experiencia, tenía, como era público, la pasión de las grandes expediciones, emprendidas con el mínimo de preparativos, a lo cual se unía una indiferencia bastante peligrosa en cuanto a la elección de sus compañeros. Desde el primer momento había propuesto a los ingleses la ascensión del Schalligrat. Los tres habían bajado a Randa, donde pasaron la noche, después de lo cual, y a pesar del mal tiempo, se habían puesto en marcha hacia la cabaña del Weisshorn, llevando

provisiones para tres días. No se supo nada de ellos hasta aquel mediodía, en que Rangs y Jorge Liston, agotados ambos, el último terriblemente helado, habían vuelto al hotel de Randa.

—¡Esto es terrible!—dijo Challoner.

Más terribles aún eran los sucesos relatados por el austriaco en una corta misiva dirigida al "Riffelalp", y que la directora le había leído a Challoner.

Este la leyó; en breves líneas se condensaba una intensa tragedia. Después de un viaje accidentado, sin víveres, azotados por la tormenta de nieve que los había sorprendido en las mismas cumbres, Frobisher perdió pie y cayó en un profundo barranco. Pero, al resbalar, acertó a asirse a un peñasco de hielo. Sus compañeros, impotentes para ayudarlo, se vieron reducidos a contemplar su lenta agonía, bajo la doble acción del frío y de la fatiga. El austriaco juraba que ambos permanecieron cerca de él hasta que murió, desafiando el vendaval. Cuando todo hubo terminado, le arrojaron a la cintura una cuerda de reserva, que fijaron, por el otro extremo, a una saliente de la roca. Luego partieron sin abrigar muchas esperanzas de salvación. Pero un momentáneo paréntesis del mal tiempo les había permitido volver a la cabaña, donde encontraron víveres y lograron descansar hasta que volvieron a Randa. Liston tenía los pies y las manos heladas, pero con unos breves días de reposo en algún sanatorio de Lucerna podía reponerse. Ranks asumía toda la responsabilidad, considerándose el único culpable de la catástrofe, ya que su experiencia debió prever la imposibilidad de intentar, sin guías, tan peligrosa ascensión.

Challoner leyó y releó esta carta. Le parecía excesivo el derroche de magnanimidad que hacía Ranks en las últimas líneas, y realmente sospechosa la insistencia sobre el detalle de que ambos no habían abandonado a Frobisher antes de que hubiera muerto.

—Es una mentira, lo han dejado vivo sobre aquel peñasco...—se dijo; y su espíritu evocó las angustias de una muerte semejante, en medio del frío, las tinieblas, la soledad de aquellas cumbres azotadas por las tempestades. Pero la directora no tenía más que una preocupación:

—¿Quién se lo dirá a la señora Frobisher?—preguntó, fijando

sobre Challoner sus pupilas inquietas—. Usted debe hacerlo. Usted es su compatriota.

Challoner se sobresaltó:

—¿Qué quiere usted decir?

—Usted lo sabe. Frobisher estaba aquí con su mujer. Un matrimonio de dos meses. Ella es uno o dos años más joven que él; una niña. ¡Y tan orgullosa de su marido!

—¿Está en este hotel?

—Usted habló ayer con ella...

Pero Challoner no necesitaba esta respuesta.

—Sea. Se lo diré.

La vida, hasta aquel momento, sonreía a Challoner. Había llegado a los veintiséis años sin sufrir ninguna prueba seria. ¿Cómo anunciar la fatal nueva? Esto requería tacto. Temblaba al pensar en la pena que produciría en el alma de aquella mujercita.

A la mañana siguiente la fué a ver y, con fino tacto, le relató lo que había sucedido. Esperaba lágrimas, acaso un desmayo. No hubo ni lo uno ni lo otro. Al escuchar las primeras palabras, ella se apoyó en un sillón para ayudarse; luego se sentó y escuchó. Oyéndolo, enarcaba las cejas como una colegiala ante un problema difícil.

Ella no quería creer. Ni siquiera cuando tuvo en la mano la carta de Ranks, que miró un largo rato con los ojos absortos, como un documento que era necesario descifrar.

—Acaso podría leerla si estuviera sola—murmuró finalmente.

Entonces Challoner la abandonó.

Ella lo mandó buscar al cabo de un hora. Ahora sí sabía, sí, pero no lloraba y, sin embargo, las lágrimas le hubieran endulzado la crueldad de saber. Tenía una expresión de angustia, de tortura, tal como Challoner nunca había visto en un rostro humano. Hablaba con una humildad muy extraña; y era más bien su juventud, no el dolor que sentía, la que protestaba contra la injusticia del destino.

—He sido brusca con usted—le dijo—, y eso cuando usted se ha mostrado tan bueno conmigo. Tengo vergüenza. No comprendía, ahora comprendo. Y tengo que pedirle una cosa...

—Dígame usted.

—¿Sería posible que se me trajera su cuerpo?

Vuelta hacia la ventana, hablaba con una voz sorda en que vibraba una pasión infinita.

—Se tratará de hacerlo.

—¿Lo agradecería tanto!

Aquel dolor conmovió a Challoner hasta el punto de arrancarle una promesa que sabía temeraria.

La joven volvió la cabeza.

—¿Trá usted mismo?

—Sin duda.

—¡Oh, gracias!— exclamó ella.

—Usted es aquí mi único amigo.

Por la tarde se reunieron cinco guías del valle. Challoner agregó

los suyos y, dirigidos por el guía principal, se pusieron en marcha hacia la cabaña de Weisshorn. Luego, al alba del día siguiente, bajo un cielo estrellado, la pequeña caravana atravesó la montaña por la arista oriental y, descendiendo por el Schalligrat, encontró al joven Frobisher, como lo había dicho Ranks, en un peñasco. Estaba a caballo de una estrecha saliente nevada y sus piernas pendían sobre un precipicio. Miraba, fijamente, con sus ojos inmóviles, y al menor soplo de viento su cuerpo se inclinaba, saludando al vacío con grotesca y espantosa jovialidad. Le hizo a Challoner el efecto de un parálítico, más que de un muerto. Su rostro estaba lívido.

Después de mil dificultades consiguieron alzarlo hasta la cima, meterlo en un saco, y luego lo hicieron descender resbalando sobre la nieve. Finalmente, arrastrándolo por encima de las rocas lo trajeron junto al glaciar.

Eran las tres de la tarde; a las

cieron descender a un guía, sin que lograra tocar fondo.

—El muerto ha encontrado su tumba—pronunció, solemnemente, José Blauer.

Y volvieron a Randa. Durante todo el trayecto, Challoner se preguntaba:

—¿Qué le diré a ella?

Un penoso remordimiento lo acorralaba. Le parecía haber traicionado la confianza depositada en él por Stella Frobisher. Y ese sentimiento se acentuó durante aquella misma noche, sobre todo cuando las lágrimas aparecieron en el bello rostro de Stella. La cabeza escondida entre los brazos, sollozaba como una bestezuela herida.

—¡Tenía tanta fe en que usted me lo traería!—le dijo—. ¡Sufro indeciblemente al imaginarlo acostado para siempre en aquella soledad de hielo!

—Yo también—balbuceó Challoner—, siento un dolor que usted no se imagina.

Anécdota

El notabilísimo y ocurrente actor José Mesejo, en una obra que se estrenó en cierto teatro de Madrid y que fué un fracaso rotundo, hacía un personaje que en un momento culminante de la obra aparecía tripulando un globo—que, como es natural, bajaba desde telares— y aterrizaba en escena.

Cuando una comedia va camino del éxito, todo le parece de perlas al público; mas cuando la fortuna no acompaña a la obra, todo es motivo de rechifla y disgusto. Y así ocurrió en el caso histórico de nuestro sucedido. Apenas el respetable vió aparecer el globo, inició un pateo de los más nutridos que se elaboran en noche de estreno.

Pero Mesejo no se acobardó; antes bien, apenas la barquilla tocó tierra, saltó a escena y adelantándose a la batería, dijo en la misma cara del público.

—¡Si lo sé, no bajo!

Y el público premió con un aplauso el feliz ingenio del comediante.

tres y media se produjo un horrible episodio de aquella penosa jornada.

La cuerda se desató cuando arrastraban el cadáver por el hielo; éste cayó del saco, resbaló y rodó por la pendiente, que era rápida.

Una exclamación de horror surgió de todos los pechos.

Durante un minuto o dos vieron, sin poder intervenir, cómo aumentaba su velocidad, cómo saltaba de montículo en montículo, girando los brazos como un hombre empujado por sorpresa y, finalmente, cómo caía en un profundo abismo.

Una caída estruendosa, luego el silencio, y, nada más, en la soledad del glaciar.

El pequeño grupo había enmudecido. La misma ilusión que sufrían todos se había apoderado de Challoner. No podía desembarazarse de la obsesionante idea de que un hombre vivo acababa de desaparecer a sus ojos. Tan naturales habían sido los gestos del muerto.

Al extremo de una cuerda hi-

Hacia Navidad, Challoner recibió, en su domicilio de Londres, una carta de letra desconocida. Era de la joven señora Frobisher, que le enviaba sus excusas. Le decía que al huir, para refugiar su pena en la soledad, no se había enterado, sino últimamente, de todas las molestias que él se había tomado por ella; y le agradecía profundamente lo que había hecho por tardía que pudiera parecer su gratitud.

Challoner se sintió muy feliz. A partir del día en que la había visto tomar el tren que la llevaba a su casa, no había sabido nada de ella; pero conservaba nitidamente el recuerdo del rostro pálido y ardiente de la joven viuda. Rostro de desenterrada que parte para un largo viaje, dejando tras de sí todos sus tesoros. Sin embargo, en aquella carta le parecía sentir un perfume sutil de frescura y renovación. Stella Frobisher comenzaba a rehacer su vida.

Challoner tomó nota de la dirección que ella le daba, y el domingo siguiente partió hacia el Dorsetshire. La joven sobrellevaba su

infortunio con tanta altivez como valentía. Challoner no podía menos de admirarla. Poco a poco, ese sentimiento se vió desalojado por otro más hondo. Una mañana de primavera, durante un paseo, le rogó que fuera su esposa.

Ella se puso seria.

—¡Imposible!—dijo.

El visitante se sintió menos sorprendido que apenado, e indudablemente, dejó adivinar sus sentimientos, porque ella se apresuró a agregar:

—Le diré el porqué. ¿Conoce usted al profesor Kersley?

—Sí. Me encontré con él en los Alpes—repuso Challoner con asombro.

—Precisamente—dijo ella— se le considera como el sabio más versado del mundo en lo que se refiere al movimiento de los glaciares.

Challoner creyó comprender, vagamente. Y tembló:

—Así es.

—Fuí a verlo a Cambridge, donde me recibió muy amablemente. Le conté el accidente del Weisshorn y me prometió hacer los cálculos necesarios. Posteriormente, cuando a pedido suyo he ido a verlo, me ha fijado el año, el mes, la semana, el día mismo en que...

Stella había hablado hasta ahora lentamente, con calma. Pero, de pronto, las palabras se estrangulaban en su garganta y fijó su mirada en la lejanía.

Dentro de veinticuatro años, el veintinueve de julio, Mare abandonará su tumba de hielo—dijo con profética serenidad.

Challoner no discutió esta profecía. Cálculos análogos se habían señalado por su rigurosa exactitud.

—¡Pero usted no pensará esperar veinticuatro años!—protestó él.

—¡Sí—respondió ella, en un murmullo ahogado—. Soy la esclava de un voto.

Y Challoner trató, en vano, de luchar contra aquel muerto enterrado bajo la nieve, contra aquel rival invencible.

Y los años pasaron rápidamente, royéndole el alma, con una monotonía implacable. Absorbido constantemente por su profesión de abogado, apenas notaba el trascurso del tiempo. De cuando en cuando Stella venía a Londres para concurrir a los juzgados por uno de sus pleitos; entonces, la acompañaba a las tiendas, la llevaba al teatro. Una noche de junio se dirigieron en auto por el camino de Portsmouth para ir a cenar a un restaurante muy popular. Durante el viaje, Stella le dijo, simplemente:

—Este es el año.

—Ya lo sé—respondió él—.

¿Me permite acompañarla?

—Lo permito, aún más... lo deseo—murmuró ella, tomándole la mano, que oprimió afectuosamente.

Desembarcaron en Randa. Muchos cambios habían tenido lugar en el valle. Habían surgido nuevos hoteles. Los turistas no venían ya por decenas, sino por centenares. Infestaban, verdaderamente, la montaña. Sin embargo, Challoner permaneció indiferente a estos detalles. Ascendió por las Colinas hasta la falda de los glaciares del Weisshorn, allí levantó una carpa y quedó en calidad de centinela. Una mañana, al salir en viaje de reconocimiento, encontró en la nieve un pequeño objeto negro.

—Un guijarro—pensó.

Pero luego al aproximarse, cambió de opinión. Un rayo de sol se había deslizado por el valle y el objeto relucía. Se inclinó y lo levantó. Era un reloj de oro, casi totalmente herrumbrado, salvo en dos lugares en que aún aparecía el matiz del metal. El hielo tiene sus fantasías, sus caprichos; tan pronto aplasta y reduce a polvo, como preserva. ¿Acaso el glaciar revelaba su misterio con aquel hallazgo?

Challoner, profundamente emocionado, evocó la terrible tragedia del "Riffelalp", como presa de un encantamiento.

Cuando, hacia el atardecer, volvió inopinadamente al hotel de Randa, Stella lo condujo al jardín. El le mostró el reloj. Ella oprimió el objeto sobre su corazón y su rostro traicionó una emoción sobrenatural.

—¿Es su reloj, verdad?—preguntó Challoner.

—Sí—respondió ella—. Pongámonos en camino.

El vaciló. Había decidido impedirle que lo acompañara, pero al ver modificadas sus intenciones, consintió.

—Mañana, por la mañana, a primera hora. Créame, llegaremos a tiempo.

Por la noche contrató guías. Se pusieron en marcha desde el alba. Cuando hubieron llegado al lugar en que estaba la carpa de Challoner, dejaron allí a sus acompañantes y se aventuraron por el glaciar, ellos dos.

De pronto, Challoner se deluvo.

—Aquí—dijo.

Ante Stella Frobisher se desplegaba el glaciar en abanico, rodeado por numerosas colinas: estaba vacío.

—¿Dónde?—murmuró ella.

Challoner, sin responder, la contempló turbado. Entonces ella bajó los ojos, y junto a sus pies, bajo una lápida de hielo que parecía una hoja de cristal, volvió a ver, después de tantos años, a Mare Frobisher. Lanzó un grito, cayó de rodillas. Y sólo entonces la inmensidad del tiempo transcurrido apareció ante los ojos de Challoner, en su cruel verdad.

Bajo el hielo, Mare Frobisher parecía dormir un sueño de adolescente. Veinticuatro años no habían cavado una arruga en la comisura de sus labios, ni siquiera

bajo sus ojos. El glaciar había tenido para él ciertas consideraciones. Estaba igualmente joven, sus rasgos se conservaban tan puros como el día en que partiera de excursión. Y su mujer se inclinaba sobre él, y era ya una mujer envejecida, arrugada, marchita.

Por primera vez Challoner se daba cuenta de que Stella Frobisher había perdido toda juventud; por primera vez advertía también que él se hallaba en el mismo caso. Muchas veces se había dicho:

—Y bien..., yo sigo mi camino..., los años pasan.

Pero se reía ahora de esta fórmula como de una concesión hecha al tiempo, y desprovista de sentido. Ahora comprendía que era de un hondo dolor humano. Stella y él no eran más que dos viejos que habían sacrificado lo mejor de sus años.

Ayudó dulcemente a Stella a incorporarse.

—Quiere usted alejarse un poco?—le dijo—. Yo la llamaré luego.

Ella se alejó unos metros. Challoner le hizo un signo a los guías. El hielo fue cuidadosamente roto. Luego llamó:

—Stella!

Nada la separaba ahora de Mare Frobisher. Volvían a encontrarse, cara a cara, el marido adolescente y la mujer envejecida, que vivieron juntos dos meses de juventud.

Pero su confrontación tuvo la brevedad de un relámpago. Las ráfagas azotaron el cadáver. Inmediatamente, su rostro pareció temblar, sus rasgos velarse. Stella lanzó un grito de espanto. El cadáver roto, convertido en polvo, y mientras ella llevaba las manos al rostro, se desvaneció en la nada el que había sido Mare Frobisher. Y algo quedó reluciendo sobre la nieve.

Era un medallón de oro, colgado de una cadena. Por haber sido usado debajo de los vestidos, conservaba todo su brillo. Challoner se inclinó y lo tomó, poseído de un sentimiento inexplicable. Al entreabrirlo, miró: un rostro bonito, un rostro de jovencita desconocida.

simpático, pero muy vulgar. Una voz escuchada en otro tiempo volvió a su memoria. ¿Qué le había dicho de Mare Frobisher, veinticuatro años antes, la directora del hotel "Riffelalp"?

—No me gusta. Yo no le confiaría un ser querido—.

Challoner se volvió hacia Stella. La viuda lo observaba triste y pensativa:

—¿Qué es eso,—preguntó.

—Un retrato de usted—se apresuró a responder el amigo.

—Pero si él no tenía ningún re-

trato mío!...

Guardaron un silencio enervante, trágico, como si un nuevo glaciar, desplomándose desde la cima de sus recuerdos, lapidara la memoria del esposo muerto en infidelidad. Y el dolor parecía atemperarse.

Por encima de una colina el sol apareció en el cielo; y una cascada de oro inundó el valle, mientras Stella y Challoner emprendieron el regreso, más unidos, más felices, de espaldas a aquella eterna tumba de hielo.

Los avances de la ciencia

Todo lo interviene hoy el aspecto científico de los asuntos.

La "especialización", el estudio adecuado a cada problema, se lleva a un límite tal, que exige la intervención del técnico capacitado para dictaminar sobre detalles que hasta hace poco se consideraban secundarios, o al menos no se tomaban en consideración.

Por ejemplo: se trata de construir un edificio, un canal de riego, un túnel, un puente, cualquier obra de alguna importancia; pues el ingeniero, el arquitecto responsable de la seguridad futura, reclama por anticipado el informe geólogo, que examine el terreno, reconozca la estructura del subsuelo, haga los sondeos que descubran lo que hay debajo, dé luz de la forma y modo que han de practicarse las cimentaciones, para evitar dudas y no fiarse de las apariencias.

Yo recuerdo que una vez me pidieron unos amigos de Inglaterra opinión acerca de unas canteras de pizarra, de clara y secular explotación.

La di amplia y razonada, y al poco tiempo la visita de un "geólogo" profesional, inglés también, que venía, no solo a comprobar aquellos asertos, sino a ampliar las investigaciones, con los aparatos magnéticos, gravimétricos, eléctricos, que al efecto traía, material costoso, poco conocido, con el cual la ciencia se engalana para iluminar los trabajos del hombre.

Ahora, hace pocos días nos enteramos de que para proyectar la

instalación de las centrales de energía eléctrica y de las líneas de transporte a distancia de la corriente, precede el estudio de la naturaleza del terreno para descubrir las probabilidades de que las descargas eléctricas afecten a la seguridad.

Esa especialidad afecta a la influencia de la naturaleza del terreno y de las líneas eléctricas en los puntos de caída del rayo, y se refiere a los cortes geológicos, análisis geofísicos, la historia de los accidentes por descargas eléctricas en los alrededores, cuantas condiciones de seguridad aconseja la ciencia, desde la conductibilidad del terreno hasta la radioactividad del Sol.

Y este largo proceso no está dedicado a servir tan sólo de clucubreción científica; es, al contrario, base de medidas de precaución que salvaguardan intereses, defienden el capital invertido por la instalación de aparatos de seguridad en los lugares más amenazados por las tormentas atmosféricas, evitando a ser posible, que las líneas eléctricas crucen por esos pararrayos, desviándolas de ellos y haciendo que las de la baja tensión, tenidas por isofensivas, estén amparadas contra las posibles supertensiones.

El "geólogo" y el "geofísico" han tomado puesto de primera línea en la ingeniería moderna

S. vero GOMEZ NUÑEZ



No se complique la Vida

buscando un buen remedio para la tos, resfríos, bronquitis,
catarros, etc., con recordar que el

Jarabe Iodeina

(MONTAGU)

es lo mejor que hay para combatir las afecciones de las vías respiratorias, ahorrará Ud. tiempo y dinero. La Iodeína, feliz combinación de iodo y codeína, es de gran eficacia, descongestiona los bronquios, facilita la expectoración y suprime el cosquilleo que incita a toser. Quita la tos crónica de los fumadores y asegura un sueño tranquilo.

Se vende en todas las farmacias del país

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires



1810 - 25 de mayo - 1930

Cúmplase hoy un nuevo aniversario de la revolución de Mayo, fecha gloriosa que llena el alma y el corazón de inmenso júbilo. Nada faltó en la magnífica gesta libertadora iniciada en la fecha que conmemoramos, ni nada faltó en los esforzados varones que la realizaron, para que ella pueda merecer y con creces, el derecho a ser inscripta definitivamente, como uno de los acontecimientos más trascendentales por su objeto y por sus consecuencias, en la historia de los pueblos que lucharon por su independencia y por su libertad.

Noble exponente de aquellos viejos días, afanosos y duros pero abnegados y heroicos, fragua candente donde se forjó la espada libertadora que fundó tantas grandes nacionalidades sudamericanas, nuestro país, a través de dolores y sacrificios cruentos, constituye hoy una nación vigorosa, activa y progresista. Sus generaciones sucesivas, han trabajado hondo y vasto en la masa inorgánica que constituyó su heredad, y cada día hasta hoy, supieron modelar con mejor éxito los caracteres definitivos de este gran pueblo trabajador, próspero y grande.

Absorbidas por la impropia tarea del crecimiento y desarrollo del país en sus múltiples aptitudes y por la incesante labor de transformación y de progreso que realizamos empeñosamente acelerando la marcha hacia el porvenir, no han de pasar, para las generaciones presentes, inadvertidos el recuerdo y el ejemplo de sus grandes y nobles ciudadanos, en las horas propicias señaladas como las de ahora, para la gratitud y la justicia póstumas. Fecha imperecedera de inspiración patriótica, confiemos que en la elaboración incesante de las acciones humanas, la luz que alumbró la mente y enardeció el corazón de los hombres de Mayo, ha de perdurar y se ha de reproducir muchos días aún y hasta lo eterno, a través de la futura vida nacional.

Vieja patria, heroica, sencilla, fuerte y noble, evoquemos en el presente y conservemos, la sensación exacta moral y material de su glorioso punto de partida. Solo manteniendo incólumes los títulos fundamentales de la nacionalidad, puede resultar, estemos ciertos, luminosa y grande, la visión del porvenir supremo que todos anhelamos.





La tierra indiana ha sido nuestra cuna y nuestro blasón; la tradición nacional encuentra en ella su origen y su continuidad, se bautiza argentina en las aguas natales de nuestro río, se nutre en el limo fecundo de nuestras pampas, se corona de luz en la cima inviolada de sus montañas, se embellece en la fuente de las leyendas territoriales que he narrado, y tomando de la herencia incaica la única parte que le correspondía, finge de azul y oro, bajo los cielos australes, la simbólica gloria de su bandera.

Nuestra bandera simboliza esa tierra.

No es la divisa de un gobierno, ni de un partido político, ni de una dinastía reinante, ni de una secta religiosa. No simboliza cosas transitorias parciales u hostiles. Es el emblema de una entidad permanente, absoluta, sagrada: es el misterio mismo de la tierra donde nacemos sin haberla elegido, donde vivimos sin alcanzar la dicha, donde morimos sin revelar su misterio. No hay en las naciones feudales una semejante, porque todas están enrojecidas en la sangre de antiguos crímenes, o ennegrecidas en la sombra de inconfesables horrores, o tatuadas por la heráldica de la violencia, de la ignorancia o del error. No lleva la nuestra sobre su paño las estilizadas lises del privilegio; no la cándida medialuna del fanatismo; no las monstruosas águilas de la fuerza. Apenas si es azul, junto a la banda blanca donde fulgura en oro el sol de Dios, único emblema de su seda.

Cuando el día de su juramento en el Salado del Norte, la hueste patria la vió ondear en el aire por primera vez, creyóla una flotante nébula nacida en las riberas australes, dorada en medio por un lampo de sol, y azulada en los bordes por un reflejo de los cielos. Así fué como, para el alma serena del inventor, la entraña de la patria, idealizándose en el vaho de las aguas, epónimas, se convirtió en bandera. Hábitos de la tierra, cuna y sepulcro del hombre, han formado ese lábaro. Todo es noble y eterno en su símbolo. Nuestro suelo argentino, nuestro suelo de plata, como el blasón congénere está en el blanco heráldico de su paño, — el metal que en la ciencia de los armoriales es además pureza y paz.

Nuestro cielo infinito y nuevo como una esperanza, donde brillan las pléyades germinadoras y la cruz del sud fraterna, trasúntase en el azul celeste, cuyo color es un emblema de voluntad y amor. La inteligencia está, por fin, simbolizada en el sol que es su mejor empresa; emblema de tradición incaica, de iniciación apolínea, de renovación uni-

versal. Ya veis si ese pabellón puede servir de enseña a todos los hombres y a todos los ideales.

¿A qué prender en su asta heroica y febea el paño rojo de la justa reivindicación proletaria? No hay justicia democrática que no esté contenida en las posibilidades ideales de nuestra Revolución — formidable tormenta de aquella nube, la blanca nube azul de nuestra bandera.

Alzad divisas rojas en Europa, divisas de púrpura igualataria, de sangre vengadora, de fuego purificador. Alzadlas allí, obreros que no podéis hacer flamear en el asta de vuestras ágoras, el trapo negro o amarillo o verde de las divisas feudales: la bandera del sultán, la bandera del emperador, la bandera del papa. Esta blanca y azul, es la bandera de una revolución, es la bandera de un pueblo. El trapo rojo, en cambio, ha sido siempre en América la enseña del crimen, del despotismo y de la barbarie. Esa blanca y azul debe ser la de vuestra justicia.

¿A qué elevar, tampoco, en abigarrado ornamento, lábaros de otras patrias junto a ella? Hombres de la inmigración, que exornáis con la extraña vuestros palacios. ¿No comprendéis que al abandonar vuestras patrias murieron ellas en vosotros, como el árbol deja de estar en la hoja que cae? ¿No sentís que como la hoja desprendida abona el suelo donde rueda, vosotros vais a fecundar la tierra que os recibe? ¿No sabéis que cuando la patria deja de estar en la tierra donde hemos nacido, se halla en la tierra donde vamos a morir, porque ésta guarda el reposo, la eternidad, el destino, lo que no hallásteis en vuestra cuna? ¿Por qué rechazar la sombra de esta bandera celeste y blanca, símbolo de la tierra y de la vida? ¿Ignoráis que en su banda de plata negáis el suelo donde se alienta vuestra casa, y en su banda de azur el aire donde respira vuestro pecho y en su sol apolíneo las armonías de la justicia, de la verdad y del arte?

Venid, pues, hacia la columna de los hombres de Mayo; venid hacia la columna de los viejos hombres color de tierra, de madera y de bronce; venid regocijados al son del Himno libertador, himno del pueblo como una canción del trabajo: venid hombres de todas las razas oprimidas y de todos los credos democráticos, a fortalecer con vuestra múltiple voz el canto argentino, a engrandecer la secular columna de hombres libres a cuyo frente flota y va, como una nébula en su turbio río, la bandera azul, la bandera de plata, la bandera de sol...

R I C A R D O R O J A S



El gran día

Las glorias que la patria rememora
Al saludar en su primera aurora
La bandera del sol,
En cada nueva etapa del camino
Encienden en mi sangre de argentino
Fanatismos y orgullos de español.

Es que está allá, tras los lejanos mares,
La cuna que ha mecido los hogares
Bajo la cruz del sud;
Es que somos retoños de grandeza,
Y que nos une la inmortal fiereza
Que dió a España su eterna juventud.

Dejadme, pues, que sueñe el patriotismo
Como lo sueña ardiente el fanatismo
Que me enseñó a sentir;
Y que olvidado de la tierra entera,
Bajo el blanco y azul de mi bandera
Me arrodille a cantarla hasta morir.

Que agigante los héroes a su sombra,
Que le dé el enemigo por alfombra
Y el cielo por dosel;
Y que sienta con íntima alegría
Que no hay patria más grande que la mía,
Coronada de oliva o de laurel.

MARTIN CORONADO

LOS NUEVOS MINISTROS DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES



Sr. Luis Rodríguez Irigoyen

Sr. Luis Rodríguez Irigoyen

Ministro de Gobierno

La personalidad del nuevo ministro de gobierno de la provincia de Buenos Aires señor Luis Rodríguez Irigoyen, no es desconocida en el escenario político nacional, ni su actuación pública de tan reciente data como para que pueda constituir una incógnita al frente de una cartera de tanta responsabilidad y tacto como la que acaba de encomendársele en el nuevo gobierno del señor Crovetto. Vinculado por estrechos lazos de parentesco al primer magistrado de la república, no diremos que sintió con él las primeras palpitaciones partidarias en las grandes e históricas iniciaciones del radicalismo, pero sí que, apenas llegado a la adolescencia, abrazó, con todo el calor y el entusiasmo de su juventud el credo familiar de sus mayores, recibiendo en continuo contacto con el Dr. Irigoyen, las primeras revelaciones de su acendrado idealismo, en busca de los grandes destinos de la nacionalidad y de la patria.

Fué así, como la segunda presidencia del jefe del radicalismo, lo encuentra ampliamente capacitado para las tareas del gobierno. El señor Rodríguez Irigoyen es designado secretario de Obras Públicas de la Municipalidad de la Capital, y se revela desde los primeros momentos como un funcionario de elevada jerarquía intelectual, en el que no solo residían valores espirituales y morales, sino también especialísimas condiciones para la dirección de los intereses públicos que, con-

fiados a su custodia, supo colocarlos en todo momento, a la verdadera altura de sus más íntimas convicciones.

La cartera de gobierno de la provincia de Buenos Aires que acaba de confiarse al nuevo mandatario de dicho estado señor Crovetto, no puede pues, estar en mejores manos. De un dinamismo extraordinario superior a la misma juventud del Sr. Rodríguez Irigoyen, el flamante ministro estamos ciertos, colmará con creces los anhelos del pueblo bonaerense, que tendrá oportunidad de apreciar sus dotes de austeridad y de gobierno, traducidas en una obra fructífera y eficaz para los intereses institucionales de la provincia.

Ingeniero Pedro T. Pagés

Ministro de Obras Públicas

Prestigioso representante de las fuerzas vivas del país, extensamente vinculado a los círculos ganaderos y conocedor profundo de las verdaderas necesidades de la provincia, la actuación del Ingeniero

to, y no hay que decir que el Ingeniero Pagés, al término de su mandato, se impuso como una de las figuras más representativas y más eficazmente capacitadas para la dirección de esta principalísima fuente de riqueza nacional.

Ha sido además el Ingeniero Pedro Pagés, diputado al Congreso Nacional, biéndose a él no pocas iniciativas y leyes que por mucho tiempo llevarán incorporado su nombre al progreso agrícola-ganadero de la república.

Dr. Manuel L. del Carril

Ministro de Hacienda

El Dr. Manuel L. del Carril designado ministro de Hacienda del nuevo gobierno no iniciado el 1° del corriente, es un funcionario de larga y destacada actuación en el escenario político de la provincia donde goza de merecidos prestigios como hombre de vastos y profundos conocimientos financieros, y como temperamento organizador y dinámico.

Su designación como ministro de Hacienda, no ha podido pues ser mejor recibida en la opinión pública de la primera provincia argentina, y cabe esperar que el Dr. del Carril realice para los intereses generales de ella la acción fecunda y bien hecha que todos le auguramos, reconociendo en el nuevo ministro del señor Crovetto, condiciones excepcionales para el desempeño de la cartera que acaba de confiársele.



Ingeniero Pedro T. Pagés

Pagés se remonta a las más difíciles épocas de la economía nacional en este aspecto de su riqueza, que él contribuyó a salvar con su clarividencia en su acción, colaborando eficazmente en una serie de medidas que beneficiaron hondamente los intereses agrícola-ganaderos del país.

Como presidente de la Sociedad Rural Argentina, fresca está todavía en la memoria de todos, su fecunda obra al frente de la prestigiosa institución.

Organizó decididamente y con empeño único los diversos resortes del complicado organismo confiado a su ilustre talen-



Dr. Manuel L. del Carril



Nuevo Presidente del Banco de la Provincia de Bs. Aires

El ministro de Hacienda de la provincia de Buenos Aires, señor Manuel L. del Carril, pronunciando su discurso al poner en posesión de la presidencia del Banco de la Provincia de Buenos Aires, al doctor Cornelio J. Viera, que recientemente fuera designado por el P. E. del mencionado estado argentino, para desempeñar dicho elevado cargo.



El nuevo presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires, doctor Cornelio J. Viera, acompañado del ministro de Obras Públicas de dicha provincia, ingeniero Pedro T. Pagés, del senador nacional, doctor del Valle y de otros altos funcionarios provinciales, después de tomar posesión de su cargo.

Vida docente

Ateneo Ibero-Americano



Señor Luis A. Ferreira, prestigioso educacionista de larga y meritoria carrera profesional, que ha sido recientemente ascendido por el Consejo Nacional de Educación, a inspector técnico de escuelas primarias.



Señor José Eugenio Compiani, que acaba de ser nombrado presidente del Ateneo Ibero-Americano de esta capital



Nuestro antiguo colaborador, el poeta Félix B. Visillac, que integrará la comisión directiva del mencionado Ateneo Ibero-Americano.

Con motivo del nuevo aniversario de la fundación de Roma, Benito Mussolini evidenció la prosperidad económica de Italia.

Instalación del Consejo de las Corporaciones

La próspera situación económica por que atraviesa Italia transcurridos los últimos años del advenimiento del señor Benito Mussolini al gobierno, es una circunstancia que no solo ha sido reconocida ampliamente por los más inveterados enemigos del fascismo dentro de la Península, sino también por las más destacadas personalidades financieras del mundo, que han elogiado en repetidas y reiteradas ocasiones la política brillante del Duce en este importantísimo aspecto de su obra de gobernante al frente de los destinos de la nueva Italia.

La instalación ahora del Consejo de las Corporaciones, inaugurado solemnemente con motivo del nuevo aniversario de la fundación de Roma, ha venido a cimentar definitivamente su obra tan fecunda como dificultosa, dando origen a la formación de un organismo, "que será, para la economía del país, lo que es el estado mayor para el ejército" — es decir — el cerebro que piensa, reflexiona, prepara y coordina.

Dividido en siete secciones que sintetizan todos los campos de la actividad nacional, sin excluir a los representantes del capital y el trabajo, así como de la técnica, se halla también representado en el consejo de las Corporaciones el partido fascista, dado que, habiendo hecho la revolución como la hizo, es lógico que deba presenciar todo el desarrollo de la misma en cuanto se refiere a

la repercusión en la vida económica del país. Y, como fuerza moral de incontrastable eficacia, tienen también una representación en el aludido Consejo, los mutilados de la última guerra y los ex combatientes de la misma. Explicándose la presencia de expertos en las deliberaciones, como el deseo

de la colaboración de las clases quiere llegar a la corporación, reconociendo la alta función que ejerce la propiedad, armonizando los tres grandes factores de la vida económica del país: el capital, la técnica y el trabajo.

Pero como hemos dicho más

el señor Mussolini desde los primeros días de su histórico ejemplar gobierno, marcará el fin de todas las medidas de emergencia dictadas como consecuencia de la guerra, en el aspecto financiero del país, si excluye el importante problema de los alquileres que tendrá solución muy en breve, y de la economía agrícola que será contemplado y resuelto durante el resto del año.

Tal es, en breve síntesis puesta, la verdadera situación económica italiana. En vías de franco y decidido progreso, las finanzas de la península, han sido una de las primeras que en Europa han logrado recomponer su equilibrio, y si tiene en cuenta que el país — uno de los más castigados por la guerra — ha debido todavía sufrir la honda conmoción de un cambio interno de régimen, la obra colosal realizada por el señor Mussolini y el fascismo cobra caracteres verdaderamente fantásticos.

Destinado a conmemorar el nuevo aniversario de la fundación de Roma, la instalación del Consejo de las Corporaciones ha constituido un verdadero broche de oro en la breve, vertiginosa carrera del fascismo hacia la reconstrucción económica de Italia. Y así lo ha reconocido el pueblo fascista en la oportuna enunciativa saludando la llegada del Duce con entusiastas y prolongados aplausos, expresión genuina y elocuente, del prestigio y popularidad de que goza el gran forjador de la nueva nacionalidad italiana.



de que los estudiosos lejos de aislarse, contribuyan activamente a la solución de los problemas económicos que interesan por igual a todos los habitantes del estado.

Así, el Consejo de las Corporaciones, deberá ser y lo es ya, un factor decisivo en la nueva vida económica instaurada por el régimen del señor Mussolini. No será — dijo en momentos de inaugurarlo el Duce, un salto en las tinieblas, sino un paso adelante. "Bien medido, bien calculado, establecerá un paralelo entre el sindicalismo socialista y el sindicalismo fascista". Porque mientras el primero a través de la lucha de clases quería llegar a la negación absoluta de la pro-

adelante, el Consejo de las Corporaciones no hará sino cimentar la obra económica grandiosa realizada ya por la dictadura del Sr. Mussolini, al extremo de que la lira italiana circula hoy por el mundo entero sin ser molestada en lo más mínimo, fuera de que el balance comercial de 1929, arrojó un elevado porcentaje en la producción agrícola e industrial, y que la importación de carbón y de aceites minerales y la producción de la energía eléctrica, arroja sen también, límites jamás alcanzados.

El año presente pues, gracias al Consejo de las Corporaciones fundado y a las sabias medidas de precaución adoptadas por





"La niña de las saetas".



"Carmen y Agustina"

vuelva en las faldas y corpiños sutiles, transparentes, modeladores de la perfecta euritmia corporal, parece estar desnuda y ofrecerse al amado en una absoluta y deliciosa renuncia de su ser. Y, por el contrario, aunque esté completamente desnuda, a pesar de yacer tendida en lánguida y sensual actitud, es de una castidad divina y tranquila, apaciguadora de los deseos.

Por eso es sólo una también la inspiración simbolista de los lienzos de Julio Romero. La mujer no puede elegir más que dos amores únicos: el místico y el profano. O los ideales desposorios de los claustros o las mundanas bodas con el hombre. Su carne habrá de optar entre las dos consunciones de los pasionales fuegos.

Es lo que representa "El retablo del Amor", lo que insinúa "Amor místico y profano"

lo que expresa "Las dos sendas", lo que simboliza "La consagración de la copla", lo que dicen "El pecado" junto a "La gracia", lo que hay, en fin, latente y conmovedor en estas figuras de muchachas que recostadas en el quicio de una puerta, sueñan y esperan.

La mujer española espera siempre lo mismo; la pasión de un hombre que la esclavice o el

amor de Dios, que las consuele de no haber tenido aquella esclavitud o de no haberla podido conservar.

¿Yacaso este dualismo de efectos brotados de una misma e íntima causa sedienta de amor, no constituye la psicología del pueblo andaluz? ¿No piropea el andaluz a sus Vírgenes en las procesiones, como si fueran novias, y no canta a

sus novias coplas en que las compara con religiosas imágenes? Habla el andaluz de sus ciudades y de sus monumentos como si de mujeres hablase, y cuando ha de expresar una emoción cualquiera, acude siempre a femeninos ejemplos.

De este modo, las figuras de Julio Romero de Torres tienen en su hieratismo, en su actitud reposada y extática, la contenida emoción de vírgenes de retablo. El símbolo adquiere en ellas una claridad diáfana y carnal a un tiempo mismo.

En todas las figuras hay una cálida renovación vital que caracteriza a las obras de Romero de Torres, en las que no se consideran enemigos irreconciliables el realismo y el idealismo, sino que ambos se unen para conseguir máxima expresión de refinada belleza.

Silvio LAGO



"La chica de la navaja"



El general Juan Vicente Gómez y el sorprendente resurgimiento institucional y económico de Venezuela

Algunas consideraciones al margen de la administración pública realizada por el gran estadista americano

Son del dominio público en los países de Europa y muy especialmente entre las repúblicas hispanoamericanas, los ingentes esfuerzos desplegados durante más de veinte años por el generalísimo de los ejércitos venezolanos general Juan Vicente Gómez para levantar su país del marasmo intelectual y moral en que yacía como herencia infeliz de sus predecesores en el gobierno, y transformarlo en lo que es hoy, una república de indiscutida autoridad política y financiera, elevada a un grado de cultura tal, que fácilmente puede parangonársela y con creces, a las más prestigiosas y fuertes nacionalidades del continente.

Llevado a la más alta magistratura de la república en los momentos acaso más difíciles de su historia, consagrándose por entero al bien público con una tenacidad, una voluntad y una inteligencia realmente excepcionales, puede decirse que el general Juan Vicente Gómez completó y promulgó la obra libertadora de Simón Bolívar a través de los tiempos que separan estas dos actuaciones igualmente impeccederas, porque no solamente son grandes y heroicas las personalidades que promueven y orientan las revoluciones libertadoras, sino también aquellas que, acaso en mayor grado, recogen la bandera nativa de las páginas inmortales de la historia, y la colocan, a través de mil vicisitudes y sacrificios cruentos, flameando orgullosa entre las de los pueblos mejor organizados del mundo, que honran la civilización humana por su cultura, su laboriosidad y su progreso social.

Tal es el sitio que el general Juan Vicente Gómez ha conquistado en la gloriosa historia de Venezuela. Desde su iniciación en las funciones públicas a las que ha consagrado su vida por entero, realizó una verdadera obra de reconstrucción institucional y financiera, que ha colocado al país en el más alto concepto continental y mundial como nación grande por sus instituciones su adelanto creciente y su fino diplomático; pero más que todo, por esa feliz armonía tan enteramente difícil de lograr entre los hombres y las leyes y que constituye la verdadera piedra angular en que han de descansar la paz y la armonía internas del estado. Venezuela, bajo la sabia dirección del general Gómez, se ha encauzado definitivamente por las vías del progreso, a través de una labor sobrehumana, en busca de los fundamentos reales de una república digna de sus antecesores gloriosos.

Económicamente independizada, después de haber logrado eliminar casi to-



General Juan Vicente Gómez, comandante supremo del ejército venezolano



Doctor Juan Bautista Pérez, Presidente de la República de Venezuela

talmente la deuda externa, alcanzando todavía rentas excepcionalmente cuantiosas en los remates y sobrantes de dinero efectivo, con la hacienda pública reorganizada sobre bases inconvertibles, la república de Venezuela ha realizado bajo las administraciones del general Gómez una obra gigantesca de adelantos materiales especialmente en lo que se refiere a las obras públicas reproductivas, que favorecen, por propia gravitación, el desarrollo del comercio, de las industrias, de los recursos propios del suelo, como lo son su enorme producción minera y su colosal riqueza petrolífera.

Solamente en un año — dice un comentarista de la obra del general Juan Vicente Gómez — se construyeron muchos centenares de kilómetros de carreteras, y bástenos decir, como dato ilustrativo, que en 1927 el gobierno de Venezuela invirtió en obras públicas, mucho más de 31.000.000 de bolívares, debiendo hacerse notar que en la realización de todos estos trabajos, ha presidido la dirección y la vigilancia constantes del general Gómez, merced a cuyo severo control se ha logrado la perfección de las obras y su máximo de rendimiento con el mínimum de costo.

De aquí pues, el considerable impulso de las instituciones bancarias y de las grandes empresas industriales y comerciales incorporadas vigorosamente a la vida nacional, y de la labor impeccedera del general Gómez, el prestigio indiscutible de que goza su consular figura de gobernante austero, entre los países vecinos y de Europa.

Actualmente el general Gómez — desde el 30 de mayo de 1929 fecha en que entró en vigencia la nueva Carta Fundamental de Venezuela, y por elección del Soberano Congreso Nacional, ocupa el cargo de Comandante en Jefe del Ejército Nacional hasta 1936, fechas para las que el mismo Congreso, eligió presidente de la República al Dr. Juan Bautista Pérez, ciudadano de reconocidas virtudes y de larga y brillante labor en la jurisprudencia del país hermano. Su actuación, ha estado siempre alejada de las luchas y apasionamientos partidarios debiéndose su elección al desecho expresado por el general Gómez al razonar su renuncia de tan alto cargo, de que se eligiese para reemplazarlo, a un ciudadano honrado, laborioso, inteligente y exento de pasiones. El Dr. Pérez, por lo demás, ha desempeñado durante largos años altos y honoríficos cargos en la magistratura de su patria, en la que goza de merecidos prestigios por su talento, su caballerosidad y acrisolada austeridad moral.

“Agua, caminos y escuelas” es el lema del presidente de Cuba general Gerardo Machado y Morales

Un gobierno de orden y de progreso y un mandatario dinámico y previsor

Pocos países habrán realizado en más corto espacio de tiempo una transformación institucional más grande y más trascendental, que la originada en la República de Cuba bajo la presidencia del General Gerardo Machado y Morales, reelecto para el ejercicio de la primera magistratura de su patria, el 1° de noviembre de 1928, después de 4 años de gobierno probo, ejemplar y progresista, durante los cuales transformó en irrefutable realidad, la república soñada por los libertadores y que trazara Martí en geniales e imperecederos pensamientos.

No es así la personalidad del general Machado, una figura de relieves únicamente locales, por grandes que sean sus merecimientos y por grande que sea la gratitud de sus conciudadanos. Demócrata sincero, repúblico en la más vasta y precisa acepción del vocablo, de una acrisolada austeridad moral y dotado de una enorme capacidad natural para el ejercicio del gobierno, el presidente de Cuba general Machado, adquiere por su obra, por su ideología, por su ejemplo, contornos continentales difíciles de superar: “Yo — dijo al asumir la primera magistratura de la república hermana, — no tengo amigos a quienes amparar, ni conozco quien tenga influencia suficiente para torcer mi voluntad al servicio de la justicia”. Y llegado al gobierno este ilustre estadista que tan alto supo colocar el sentido de la responsabilidad directriz, impulsó la educación popular, organizó las finanzas, realizó obras públicas desde hace largo tiempo exigidas por el progreso y adelanto de la república, no deteniéndose en su esfuerzo transformador y progresista ni ante las críticas que su ejemplar dinamismo suscitaba entre los adversarios políticos, ni ante las amenazas de alterar la paz y la tranquilidad pública durante horas de turbulencia democrática ya felizmente alejadas para siempre del escenario político cubano.

Soldado que sirvió con su espada en los

campos de batalla la santa causa de la emancipación de su pueblo, no ha sido el general Machado un guerrero que en la hora de la reconstrucción, pasado el huracán de la guerra, se sirviera de su prestigio adquirido para conculcar a su amparo los ideales públicos ni los conceptos libertadores por los que se sacrificaron sus conciudadanos. No. El general Machado en las horas tranquilas de la paz,

se que el general Machado pronuncia al asumir por primera vez la más alta magistratura de la república. Eran ellos, realmente los tres grandes anhelos colectivos, las tres grandes necesidades del pueblo y los tres puntales sobre los cuales solamente, podría construirse el enorme edificio del estado. Y, a esta magna obra se dedica empeñosamente el esforzado mandatario cubano, sin darse tregua un instante con la voluntad y el empeñamiento de los grandes iniciados en la conducción de los pueblos.

Restituye así el mandatario cubano en sus primeros cuatro años de gobierno, el decoro administrativo al país; somete los gastos públicos a un frío análisis científico; reduce en forma elocuente la elevada deuda exterior de la república y funda durante su gobierno, en la capital y en el interior del país, más escuelas, de las que conjuntamente fundaran sus predecesores en el ejercicio del gobierno, desde los días de la independencia hasta la asunción del mando por él.

¿Puede pedirse a un gobernante mayor sinceridad de propósito, mayor altura en el ejercicio del gobierno, mayor concepto de lo que conviene al crédito y prestigio cultural del país que esta obra de engrandecimiento colectivo realizada por él en el escaso transecurso de cuatro años de gobierno?

Casi dos años de nuevo período constitucional, lleva ya el general Machado al frente de los destinos de la progresista y rica república hermana. Esperemos que al finalizar esta nueva etapa de su obra al servicio de su patria, merezca el gobernante austero, recto, sabio y pundonoroso, las mismas aclamaciones jubilosas que le dispensó la masa más culta de sus conciudadanos, y el aplauso unánime de un pueblo entero que ha sabido valorar en sus justos merecimientos, el esfuerzo, la dedicación y el desvelo de uno de sus más grandes y selectos hijos.



fué el primero que arrojó su espada y guardó su brillante uniforme al que honrara en episodios heroicos, y se transformara en el estadista que sabe que el porvenir de su pueblo ha de medirse en los días actuales, por la cultura superior de sus hijos, por el decoro administrativo, y por el ejercicio consciente de la democracia, que ha de hacer al país respetable en el concepto universal.

“Agua, caminos y escuelas” es la fra-



Las grandes obras de arte

San Jerónimo, llamado justamente el "Máximo" entre los padres y doctores de la Iglesia latina, nación de Estridón, confines de la Dalmacia y la Panonia, según unos el año 331 de nuestra era, y según otros en 342. Su padre, Eusebio, rico y muy estimado habitante de aquella ciudad, quien le educó por sí mismo en las máximas santas, no tardó en notar en Jerónimo la aptitud precoz, las disposiciones superiores, prólogo, digásmolo así, de la aparición de uno de los genios más admirables de la iglesia. Como a la sazón Roma seguía siendo la ciudad de las ciencias y de las artes, Jerónimo se encaminó allí para perfeccionarse en el estudio de las bellas letras bajo la dirección del gramático Donato, a quien se deben unos comentarios muy apreciados sobre Virgilio y Terencio. Nadie que viera a Jerónimo en aquel tiempo hubiese presagiado que algún día adquiriría fama universal entre los cristianos por sus grandes actos de penitencia y su sabiduría. Al igual de casi todas las naturalezas excéntricas, Jerónimo tenía un carácter impetuoso, voluble; y como en Roma todavía gozaban de gran prestigio las fiestas mitológicas y todas las ideas del paganismo, enardecióse más y más la fe cristiana que ardía en el pecho del hijo de Estridón, sirviendo de primer alimento a su piedad las catacumbas y los sepuleros de los mártires.

Viajando por la Galia y por las comarcas que baña el Rhin, trabó conocimiento con varios doctores de la Iglesia cristiana, y de vuelta a Roma hacia el año 360, abrazó el cristianismo. Después de una larga estancia en Aquilea, en 373 dirigióse a Antioquía de Siria, donde resolvió hacer vida ascética, para lo cual se internó en el desierto de Calcedio, en Siria. Allí, aislado de todo ser humano, en medio de aquel clima abrasador, entregado a la penitencia, mortificando su cuerpo y sufriendo toda clase de privaciones, esperaba la hora de gozar de un mundo mejor; pero el cielo no había juzgado suficiente su expiación. Por espacio de cuatro años hasta los leones le habían respetado en su soledad, más transcurrido ese tiempo tuvo que ceder ante la persecución ren-



"San Jerónimo en el desierto" (Cuadro de Jorge Sauvage)

corosa de algunos monjes que venían a interrumpirle en sus actos de penitencia, acusándole de sabelliano y de hereje. Entonces dirigióse a Jerusalén y luego a Antioquía, donde el obispo Paulino le ordenó de sacerdote a pesar suyo. Deseoso en 381 de seguir los consejos de san Gregorio Nacianceno, pasó a Constantinopla, y después de recidir algún tiempo en aquella ciudad regresó a Roma en calidad de secretario del papa Dámaso. Nuevas persecuciones le aguardaban, pues las conversiones de personajes ilustres llevadas a cabo por él excitaban las mezquinas pasio-

nes de medianías que estaban muy lejos de poder medirse bajo ningún concepto con nuestro santo. Acusado Jerónimo de mantener relaciones criminales con algunas señoras romanas a quienes instruía en las Sagradas Escrituras, entre las que se citan Marcela y Paula, después de haber confundido a sus calumniadores refugióse en Belén (386) en compañía de Paula, que empleó todos sus bienes para fundar un monasterio en aquella población, y en él murió el día 30 de setiembre de 420, a la edad de 80 años.

San Agustín llamaba a Jeróni-

mo santo y admirable, y hombre cuyo corazón le parecía tan lleno de celo y amor por la gloria de Jesucristo, que no tuvo reparo en compararle con san Pablo. Ningún escritor eclesiástico de su siglo le excedió en el conocimiento del hebreo y en la variedad de la erudición. Su estilo puro, vivo y elevado sería admirable si fuese más igual y menos confuso, San Jerónimo a dado su nombre a la orden de los Jerónimos.



Quilmes de Noche

LA MEJOR CERVEZA

PARA LA ESTACION

Rumbos distintos

Por Rosa Rio

—¡Quieto, León! Tuavía nos mos entrau al potrero y ya estás alborotando. Y vos, Crespito, ¿estás muy apurao por salir? Vamos, dejá de balar, que ya voy a abrir la puerta.

Y poniendo a un lado la brazada de alfa tierna recogida al pasar en un sembradío recién brotado, quitó las trancas, dejando la entrada franca. Sin esperar a su ama, el perro se precipitó al potrero, correteando tras las ovejas, que en apretado pelotón, huían de sus desmanes.

El rizado corderito blanco, a quien hemos oído llamar por el nombre de Crespito, fué al encuentro de la muchacha, goloso de recibir la primera ración y los primeros mimos. Muy pronto estuvo en los brazos cariñosos, acariciado por la mano morena y nerviosa de la pastora. Las vacas masticaban plácidamente, sin alterar su cómoda posición.

En aquel momento el perro volvía trayendo triunfalmente en la boca un vellón de lana arrancado a alguna oveja rezagada. Al verlo la muchacha puso el cordero en el suelo y levantando un terrón lo arrojó al levantisco perro, diciéndole:

—¡Salí, sinvergüenza! ¿Te creís qui has hecho una hazaña? En cuantito lleguemos a la casa te voy a poner la cadena, tan cierto como que me llamo Marucha. Y ustedes, señoras ociosas, ¿no piensan levantarse? Arriba, colorada, negra; vamos, barcina. Upa, montón de flojas, que el sol ya está saliendo y de aquí a la casa queda un buen trecho y a las nueve tiene que estar la leche en el pueblo.

En continua convivencia con los animales, cuidándolos y manejándolos desde muy chica, había aprendido a quererlos, acostumbrándose a hablarles como no lo hacía con las personas.

Conocido era de todos, y muy particularmente de los mozos de la aldehuela, su carácter huraño y orgulloso que corría parejo con su donairoso figura.

Una a una fueron desfilando las vacas lecheras por la puerta del potrero. El blanco corderito retozaba en cortas carreras y venía a refregarse en las faldas de Marucha, como apurándola.

—¡Jesús, y qué apuro te ha entrado! ¿Tamién a vos los caminos t'están convidando siempre? Pero a mí ya no me llama más que un caíno, el caminito que lleva a l'escuela... ¡Y quién fuera chico pa que Abel l'enseñara!

El corderito seguía bordando cabriolas.

—¡Ave María, que sos brincador, Crespito! Así como vos si ha hecho mi corazón. Saltando... saltando... y de tanto saltar a veces me duele el pecho. ¿Por qué será tan chico el corazón. Crespito, cuando la dicha es tan grande?

Marucha estaba enamorada... El indómito cariño que los mozos de labranza no habían podido conquistar, cautivo era ahora del maestro de la escolita local. Todas las mañanas lo encontraba, caballero en hermoso zaino.

Marucha estaba enamorada... pero sólo lo sabían el Crespito, en cuya lana rizada las manos de los dos se habían juntado más de una vez; el sauce llorón a cuya sombra se juraban amor todos los días; el arroyuelo, que bajo el sauce corría y el zorzal que en sus ramas cantaba...

Mientras apuraba a las vacas golpeándoles el flanco lustroso con una rama de duraznillos, miró a lo largo del camino solitario. Ni una nube de polvo que anunciara la aproximación de un jinete.

¿No vendría Abel? A este pensamiento una aguda congoja le cortó la respiración. Sería la primera vez que esto sucediera. Y tan luego ahora que tenía que contarle... ¿Qué?... El rubor pintó su cara.

—¡Pucha digo, mi suerte!

Más triste que nunca le pareció su vida de huérfana, de intrusa en aquella casa donde la habían criado por agradecimiento a su madre, envejecida al servicio de los patrones. Fiera y triste su vida, trabajando siempre para los demás, en un eterno olvido de sí misma.

Recién al llegar a la casa alzó la cabeza. Atado a un peral en flor estaba el zaino de Abel. Por un oscuro presentimiento su corazón se entristeció más en vez de alegrarse.

Maquinalmente llevó las vacas al corral, ató con delgado torzal las patas traseras de la negra y comenzó a ordeñar.

La leche caía en gruesos chorros, llenando el balde de espesa leche espumosa. Igual operación realizó con las demás, pero sin la rapidez y viveza de todos los días. La pena ponía una extraña laxitud en todos sus movimientos.

—¡Albricias, Marucha! ¡Ya tengo novio!

Por el camino de álamos se aproximaba a todo correr la niña Ramona.

—¡Si vieras qué contenta estoy! ¡Abrazame, Marucha!

—¿Y quién es el novio?

—Abel, el nuevo maestro. Fíjate que yo creía que nunca me mi-

raba cuando pasaba a la escuela y hasta me daba rabia verlo tan buen mozo y tan orgulloso. Pero él también se había fijado en mí y dice que me viene queriendo desde la primera vez que pasó. Pero, ¿qué te pasa, mujer? ¿En qué estás pensando?

—M'estaba acordando cuando éramos chicas, de aquella muñeca que yo fabriqué, ¿si acuerda? A usted le habían comprado una muy lujosa y tan grande que parecía una criatura en deveras. Yo me moría por tocarla, pero no me dejaban; andaba siempre tan sucia... Entonces me saqué l'única camisa que tenía y con mis manos roñosas hice una muñeca. De lana negra le puse el pelo y con hilo negro le bordé los ojos, las cejas y la boca. Con el pañuelo celeste que me regaló el señor cura pa la primera comunión la vestí y me parecía más linda mi muñeca de trapo que la de usted. Todo mi cariño era pa mi pobre muñeca, tan pobre y tan roñosa como yo. Pero un día usted la vió, s'enca-prichó en tenerla y se puso a llorar hasta que la señora me la quitó pa dársela a usted...

—¡Ja, ja!... ¡Qué sos zonzá! De la pavada que te venís a acordar ahora!

Al tranquito del zaino se dirige Abel a la escuela. Hace una semana que ronda inútilmente la quinta y el camino. Marucha no se deja ver. Seguramente sabe ya su compromiso. ¿Será el fin? ¡Bah! Si la pobre estaba ciega por él...

—¡Marucha!

—¡Abel!

—¿Dónde vas tan bien montada y con esa mula cargada?

—Me voy al cerro, al puesto'l Durazno, ande está de mediera mi tía Tránsito.

—¿Te vas?

—Sí, me voy al cerro, a vivir en medio de los animales, libre como ellos; libre yo y m'hijo.

—¿Tu hijo? Entonces...

—Sí; via tener un hijo que será bien mío. Por él me voy, pa que no sea un esclavo como hi sío yo toda la vida.

—Pero ese hijo es mío también y quiero verlo nacer. Aquí nada le faltará.

—Sí, no le faltarán las hilachas que se tiran a la basura, ni los redrojos que hasta'l perro despre- cia.

—Estás enojada, Marucha... ¿Sabes entonces? Tontita... si me caso es por estar más cerca de tí, para poder ayudarte.

—¡A otro perro con ese güeso! Usted no se casa con la cara llena i pecas de la niña Ramona. Usted se casa con las fincas y las majadas y las casas del viejo.

—¡Marucha!

—¡Enójese, qué m'importa! Hi de decir lo qu'es. Yo no lo hi quero porque sea el maestro, como ella. Yo lo hi quero por que sí no más. Pero nu importa. Quédese con los potreros y las haciendas. Yo me voy a criar cabras y arañar la tierra y tal vez no me falte como criar a m'hijo. Ya ve: rum-biamos por caminos distintos.

—¿Y desde cuándo tan letrada?

—No seré letrada pa hablar porque nunca hi pisao l'escuela. Pero tengo la cencia el sufrir que enseña más que tuitos los libros del mundo y en un minuto nos abre los ojos y nos hace ver cosas que no mos visto jamás.

—Pues no te irás. Yo te mando que te quedas.

—¿Y pa qué? Cerca o lejos nuestros rumbos serán siempre distintos. Y a más usted nu es naide pa mandarme a mí. Y hágase a un lao, porque sino...

—Sino ¿qué?

—¡Hágase a un lao, le digo!

El camino era estrecho y el zaino seguía atravesado. Con un alarido y un rehencazo, Marucha echó su yegua montaraz sobre el zaino, obligándolo a atropellar por el pedregal. El bárbaro empujón casi da en tierra con el jinete, que a duras penas se sostuvo en la montura.

Dominando el impulso de seguirla, miró con resentimiento y ternura a la moza, que se perdía de vista tras una loma, linda como el dorado amanecer que se la llevaba. Paseó luego los ojos por los sembradíos, las huertas, las majadas, los potreros, la finca... Todo, todo eso sería suyo dentro de poco.

—Tiene razón. Rumbos distintos.

Y clavando con rabia las espuelas en los híjares del caballo, volvió grupas.

Escoriaciones
Quemaduras
Escaldaduras
Eczemas
Granos

Pitaduras
de Insectos
y toda clase de
afecciones de la piel

PASTA VASENOL

El reloj

Por Sebastian Gomila

Nos decía Conrado Marsáns:

—La primitividad de cosas y objetos es su fondo esencial. Así también la de sentimientos y emociones. Se modifican, se transforman exteriormente. No cambian de contenido. El hombre de hoy tiene la propia sensibilidad del hombre de hace cien siglos.

Conrado Marsáns llevaba la voz cantábil en unos momentos fúnebres. Seis o siete personas velábamos el cadáver de un amigo, un buen amigo, ejemplar curioso de fantasía y ensueño, superstición e inventiva. ¡Las veces que nos había entretenido con sus relatos y sus observaciones, de una gran donosura, que no excluía cierta profundidad! La metapsíquica lo había avasallado. Y Conrado Marsáns lo recordaba y comentaba de esta guisa:

—Ahora que yace en el ataúd, ¿estará en posesión del secreto de ultratumba?

Contuvimos la risa, impropia de las circunstancias. Y por ello Conrado Marsáns dió otro sesgo al palique, si bien recaía en algo relacionado con las singularidades del difunto. Ninguno de nosotros desdenábamos la curiosidades de esa ciencia en embrión, y alguno había leído a Richet. ¿Hay fuerzas misteriosas? ¿Los muertos mandan?

Llovía torrencialmente. El viento era huracanado. Una noche de prueba. Se nos hacían siglos los minutos, y nuestras miradas iban frecuentemente a la esfera de un reloj de caja muy antiguo.

Conrado Marsáns lo tomó por tema.

—He aquí una demostración de lo que yo decía. Ese mecanismo complicado nació de un aparato simplísimo. De la primitiva clepsidra o reloj de agua a éstos, ¡cuánta invención mecánica!... El primer reloj se pierde en la noche de los tiempos. Indostanos, chinos, siameses, griegos y persas emplearon distintas formas de clepsidras para medir el tiempo... ¡Medir el tiempo! Preocupación inexorable de la especie humana. ¿De qué le habrá servido a este infortunado amigo nuestro la noción de las horas, los meses, los años?... ¿De qué nos sirve a nosotros?

Alguien hubo de objetar:

—La medición del tiempo es necesaria para regular la vida, los servicios, la duración de...

—¡Regular la vida! Diríamos mejor regular los relojes. Porque los relojes obedecen a leyes puramente astronómicas... ¿Qué es el tiempo? Según Balmes, carece

de existencia propia. El tiempo no tiene relación necesaria con el movimiento. Es la sucesión de las cosas consideradas en abstracto. Consta de una idea metafísica, de otra matemática y de un hecho...

El aire silbaba a más no poder. La lluvia, azotando los cristales, parecía un concierto musical de igorroles.

Conrado Marsáns iba "metafisi-queando" sin darse cuenta. ¡Qué de honduras y sutilezas! Contaba, que no acababa, hechos extraordinarios y misteriosos. Había de todo: fantasías conandoylescas, su-

sabéis su afición a los viajes y su tendencia a lo sobrenatural... Pocos días hace lo mandó arreglar, sintiéndolo en el alma. Porque él creía que esa joya quedaba profanada al solo roce de manos vulgares... ¡Ya veis! ¡Poseer un talismán y morir de una vulgar enteritis!...

—¿Tiene entonces su historia el reloj?

—¡Bah! Una historia fantástica. La superstición es terrible. ¡Un reloj como otro cualquiera!

Sonó una campanada. Era un son metálico impreciso, sordo, ca-

taúd y en noche tormentosa... Luego la plática tirando o esotérica, los conceptos metafísicos, las leyendas de "médiums" y de apariciones, la procedencia del reloj...

El que más y el que menos de nosotros empezó a sentir la vaguedad de lo indefinido, el sentimiento de lo raro e inexplicable. Y todos los ojos se clavaban en las manecillas de aquel mecanismo-talismán, dotado del poder de encantamiento... Y en todas las mentes había una preocupación igual: que señalara el reloj las doce, hora de duendes y brujas, hora macábrica...

Y los treinta minutos fueron un lapso interminable de inquietud. una inquietud exótica, poco menos que estúpida; pero evidente.

Al juntarse, por fin, las dos manecillas hubo un estremecimiento general. Las miradas, fijas un momento antes en la esfera del reloj, fueron mutuas. Una, dos, tres, cuatro... Hasta doce campanadas... Conteníamos el aliento... ¡Trece, catorce, quince, veinte, treinta, cincuenta!...

Empezó el sobresalto. Vibraban nuestros nervios...

Una ráfaga furiosa pareció que iba a arrancar el ventanal. Un resplandor cegante iluminó sinestramente la estancia, y un trueno horrisono hizo retemblar muros y objetos...

El maldito reloj seguía dando campanadas. ¡Sesenta, setenta, ochenta, cien...! ¡Hasta ciento seis, justas y cabales!... ¿Era una ilusión? ¿Estábamos soñando?... En aquellos momentos una cosa perfectamente explicable adquiría tonos mágicos. Aquel reloj, cuyo tope funcionaba mal, nos hundía en la confusión, en la misma superstición. Nuestra ecuanimidad sufría una derrota.

Conrado Marsáns, al cabo de un rato, exclamó en tono indefinible:

—La verdad es que no cabe reirse de nada... Lo misterioso es cuestión de sensibilidad y de circunstancialidad... Hemos alcanzado el límite de la ridiculez... Hemos sentido inquietud, la impresión del miedo... ¡Serenidad! Un reloj descompuesto nos descompuso a nosotros. Es la fuerza de lo desusado, de lo caótico... Al cesar las furias, lucir la aurora, enterrar al muerto y decirle al relojero que componga ese "talismán" nos reiremos de lo lindo. ¿No es cierto?

Sí, prometimos todos reirnos... Pero... ¿olvidaríamos el mal rato?...



persticiones selváticas, experimentos de alta psicología, infundios de espiritismo... En otra ocasión cualquiera todo aquello habría motivado una jocosidad unánime. Ahora, con todo y las sonrisitas de los más, parecía crear un ambiente especialísimo.

—¿De qué le ha valido ese reloj al difunto?—fué diciendo Conrado—. Lo consideraba él un talismán. Hubo de adquirirlo de un rajá, como valiosa presea dotada del poder de encantamiento. Ya

si lúgubre. Y siguió otra campanada, y otra, y otra... Marcaba las once y media. Nos miramos sorprendidos... Contamos hasta veinticinco toques... ¡Qué barbaridad! Sin embargo, todos permanecemos silenciosos y serios. Habíamos quedado en que no existe el tiempo. ¿Existe lo sobrenatural?

No era aquello lo sobrenatural. Mas era lo estrambótico. Y lo estrambótico se producía en unos instantes solemnes, cerca de un

EL COLLAR

POR GUY DE MAUPASSANT

Era una de estas muchachas bonitas y encantadoras nacidas en una familia modesta, como por un error del destino. No tenía dote, ni esperanzas, ni ningún medio de ser conocida, comprendida, amada y casada con un hombre distinguido y rico, y se dejó casar con un modesto empleado del Ministerio de Instrucción Pública.

Fué sencilla, no pudiendo ser lujosa; pero también desgraciada, como si estuviese fuera del lugar que le correspondía, pues las mujeres no tienen ni casta ni raza, sirviéndoles de nacimiento y de familia su belleza, su gracia y su atractivo. Su nativa finura, su instinto de elegancia, su gracia espiritual les sirven de jerarquía y hacen de las hijas del pueblo las hermanas de las más altas damas.

Sufría continuamente, sintiéndose nacida para todas las delicadezas y para todos los lujos. Sufría por la pobreza de su casita, por la miseria de sus paredes, por sus sillas estropeadas, por la cursilería de sus trajes. La torturaban y la indignaban todas estas cosas, de las cuales otra mujer de su posición ni siquiera se habría dado cuenta. Cuando miraba a la joven bretona que hacía su humilde servicio de criada, se despertaban en ella sueños imposibles y amargos desconsuelos. Pensaba en las antesalas mudas, cubiertas de cortinajes orientales, iluminadas por altos candelabros de bronce, y en los dos fornidos criados con calzón corto, que dormitan en altas poltronas, vencidos por el calor sofocante del calorífero. Pensaba en los grandes salones tapizados de sedas antiguas, con muebles finos cubiertos de bibelots inestimables, y en los saloncitos coquetones, perfumados, hechos para la tertulia de las cinco, con los amigos más íntimos, los hombres populares de los cuales todas las mujeres envidian y desean la atención.

Cuando se sentaba para comer, delante de la mesa redonda cubierta por un mantel de tres días, delante de su marido, que destapaba la sopera diciendo: "¡Ah, el rico cocido! ¡No conozco nada mejor en el mundo!", ella pensaba en las comidas delicadas, en el servicio de plata brillante, en los tapices poblando las paredes de figuras antiguas y pájaros exóticos en medio de un bosque maravilloso. Pensaba en platos exquisitos, servidos en fastuosas vajillas; en las galanteorías murmuradas y escuchadas con una sonrisa de esfinge, comiendo la carne rosada de una trucha o las alas de un faisán.

No tenía vestidos, no tenía joyas; nada. Y era la única cosa que quería. Se sentía nacida para eso. ¡Había deseado tanto agradar y ser envidiada y deseada!...

Tenía una amiga rica, una compañera de colegio a la que no quería ir a ver por lo mucho que sufría al regreso. Y durante días enteros lloraba de pena, de tristeza, de desesperanza y de angustia.

Una noche su marido entró con aire triunfante, llevando en la mano un sobre de grandes dimensiones.

—Toma—dijo.—Aquí traigo una cosa para tí.

Ella rasgó con impaciencia el sobre y sacó una tarjeta impresa que decía: "El Ministro de Instrucción Pública y la señora Georges Ramponneau suplican al señor y la señora Loisel que les hagan el honor de acudir a pasar la velada en el Palacio del Ministerio, el lunes 18 de enero".

En lugar de ponerse contenta, como esperaba su marido, tiró la invitación con despecho sobre la mesa, mientras decía:

—¿Para qué me sirve a mí eso?

—Hija mía, créi que ibas a alegrarte. No sales nunca y ésta es una bonita ocasión. ¡Si supieras lo que me ha costado de obtener la tarjeta! Todo el mundo quería y no la dan a muchos empleados. Allí podrás ver a todo el mundo oficial.

La mujer le miró irritada y le preguntó con nerviosidad.

—¿Qué quieres que me ponga encima para ir?

El marido no lo había pensado y balbuceó:

—Pues... el vestido que llevas cuando vas al teatro. Me parece que está muy bien ese vestido...

Calló extrañado, estupefacto, al ver que su mujer lloraba. Dos gruesas lágrimas descendían lentamente desde sus ojos hasta su boca...

—¿Pero qué tienes?—tartamudeó él.—¿Qué tienes?

Con un violento esfuerzo pudo ella dominarse: secóse las mejillas humedecidas y respondió con voz tranquila:

—Nada. No tengo vestido; por consiguiente, no puedo ir a la fiesta. Da la invitación a algún compañero tuyo cuya mujer esté mejor provista que yo.

El, verdaderamente apenado, insistió:

—Vemos, Matilde. ¿Cuánto te parece que podría costar un ves-

tido que estuviese bien, que te pudiera servir para otras ocasiones; una cosa sencilla, pero sin escatimar nada, comprendes?

Ella reflexionó unos instantes haciendo cuentas, imaginando la cantidad que podría pedir sin estrellarse contra una negativa inmediata y una exclamación de espanto del económico empleado. Al fin dudando, respondió:

—No se fijamente, pero me parece que con cuatrocientos francos habría bastante.

Palideció un poco el marido, pensando que justamente era la cantidad que tenía reservada para comprarse una escopeta y disfrutar en soberbias partidas de caza al verano siguiente, por las llanuras de Nanterre, con algunos amigos que acostumbraban ir los domingos. No obstante, dijo:

—Hecho. Te doy cuatrocientos francos; pero procura tener un vestido muy bonito, que luzca mucho.

Se acercaba el día de la fiesta, y la señora de Loisel parecía triste, inquieta, angustiada. Su vestido estaba a punto, sin embargo.

Y su marido hubo de preguntarle una noche:

—¿Qué tienes? veamos. Te encuentro cambiada desde hace unos días.

—Me sabe mal no tener ni una joya, ni el menor adorno que ponerme—respondió ella.—Tendré un aspecto miserable, como siempre. Casi preferiría no ir a esa fiesta.

—Puedes ponerte flores naturales. Es muy chic en esta estación. Por diez francos tendrás dos o tres rosas magníficas.

Pero ella no se dio por convenida.

—No... No hay nada tan humillante como parecer pobre entre gente rica.

—¿No tienes otro motivo?—exclamó él, radiante, al ver que se le había ocurrido una solución al nuevo problema.—Eso está resuelto. ¡Lástima no haberlo pensado antes! Mañana ves a tu amiga, la señora Forestier, y le pides que te deje alguna de sus joyas. Has conservado siempre con ella la suficiente amistad para justificar ese paso.

Matilde lanzó un grito de alegría.

—¡Es verdad! No había pensado.

Corrió al día siguiente a casa de su amiga y le contó su conflicto. La señora Forestier fué a su

armario de luna cogió una larga arquilla, la abrió y dijo a la señora Loisel:

—Escoge, querida.

Primero vió brazaletes; después un collar de perlas; después una cruz veneciana, oro y pedrería, de un trabajo admirable. Se probó las joyas ante el espejo; dudaba, no decidiéndose a quitárselas y devolverlas. Y preguntaba todavía:

—¿No tienes nada más?...

—Sí, sí; busca tú misma. Yo no sé lo que puede gustarte.

De pronto descubrió en un estuche de raso negro un soberbio collar de diamantes. Su corazón empezó a latir de un modo inusitado. Sus manos temblaban al cogerlo. Se lo anudó alrededor de la garganta, sobre su vestido sin escotar, y quedó en éxtasis ante sí misma... Después preguntó, dudando, llena de temor:

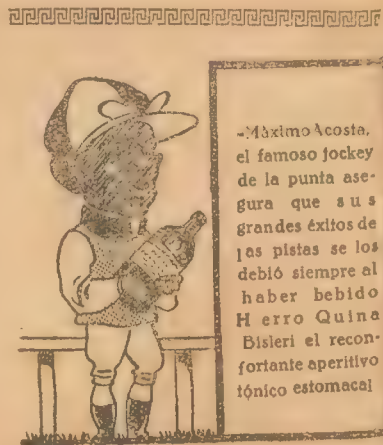
—¿Puedes dejarme esto, nada más que esto?

—Sí, mujer; lo que quieras.

Matilde saltó al cuello de su amiga, la besó con transporte y luego huyó contenta con su tesoro.

Llegó el día de la fiesta. La señora Loisel obtuvo un éxito. Estaba más hermosa que todas, más elegante, más graciosa, sonriente y loca de alegría. Todos los hombres la miraban, preguntaban su nombre, querían verle presentados. Todos los más altos empleados querían bailar con ella. Hasta el ministro se dio cuenta.

Danzaba embriagada, enloquecida, saboreando el placer, sin pensar en otra cosa que en el triunfo de su belleza, en la gloria de su triunfo, en una especie de nube de felicidad hecha de todos los homenajes, de todas las admiraciones, de todos los deseos despertados; de esa victoria tan completa y tan dulce al corazón de todas las mujeres.



Se retiraron a cosa de las cuatro de la madrugada. Su marido (que había estado durmiendo desde medianoche, en un pequeño salón alejado del de la fiesta, con tres o cuatro maridos cuyas mujeres se divertían mucho) le echó sobre los hombros el abrigo que había traído para la salida, un modesto abrigo de su vida ordinaria, cuya pobreza contrastaba con la elegancia de su traje de baile. Ella, comprendiéndolo, quiso escapar para que no se fijasen las otras mujeres, que se envolvían en ricas pieles.

Su marido quería detenerla.

—Espera, mujer. Te enfriarás. Voy a buscar un coche.

Pero ella no le escuchaba y bajaba rápidamente la escalera.

Ya en la calle, no vieron coches de alquiler. Anduvieron de un lado a otro buscando, llamando a los cocheros que veían pasar a lo lejos, desesperados, temblando de frío, descendiendo hacia el Sena. Al fin encontraron en el muelle una de esas viejas berlinas noctámbulas que no se ven en París sino de noche como si de día se avergonzaran de su miseria.

Les llevó a su casa, a la calle de los Mártires, y subieron tristemente al piso, pensando, Matilde, que ya todo había acabado para ella, y pensando, él, que al siguiente día a las diez había de estar en la oficina.

Ante el espejo, para verse una vez más en su gloria, se quitó ella el abrigo con que se había cubierto las espaldas. Y de pronto dió un angustioso grito. No llevaba en el cuello la sarta de diamantes...

—¿Qué ocurre?

—Ocurre... ocurre... —dijo ella, desesperada— que no llevo la sarta de diamantes de la Forestier.

—¿Qué? Cómo? —preguntó él aterrado— ¿No puede ser!

Buscaron en los pliegues del vestido, en los del abrigo en los bolsillos, por todas partes. No lo encontraron.

—¿Estás segura de que lo llevabas al salir del baile?

—Sí. Lo he tocado en el vestíbulo del Ministerio.

—Pero si lo hubieras perdido en la calle lo habríamos oído caer. Debe de estar en el coche.

—Sí, puede ser. ¿Has tomado el número?

No se me ha ocurrido. ¿Y tú? ¿No lo has mirado?

—No.

Durante un rato permanecieron mirándose aterrados.

Luego el señor Loisel volvió a vestirse.

—Me voy a recorrer todo el trayecto que hemos hecho a pie.

Y salió. Ella se quedó en vestido de baile, sin fuerzas para meterse en la cama, abatida sobre una silla, sin acertar a pensar en nada.

Hacía las siete volvió el marido diciendo que nada había encontrado. Había ido a la Prefectura de

Policía, a las redacciones de los diarios para anunciar una gratificación, a las compañías de coches de alquiler, allá donde la esperanza le empujaba.

Matilde en el mismo estado de abatimiento ante el enorme desastre estuvo todo el día esperando el resultado de las gestiones del marido. Pero Loisel volvió a la noche con la cara densamente pálida, descajada. No se había encontrado el collar.

—Debes escribir a tu amiga diciéndole que se te ha roto el cierre y que lo están arreglando. Eso nos dará unos días de tiempo para buscar.

Y ella escribió lo que fué diciendo él.

Al cabo de una semana habían perdido todas las esperanzas. Loisel, que había envejecido como si hubiesen pasado cinco años, dijo:

Hay que pensar en substituir la alhaja.

usureros de la peor especie. Comprometió hasta el fin de su existencia; puso su firma sin saber si podría pagar, y espantado por las angustias del porvenir, por la negra miseria que se cernía sobre él, por la perspectiva de todas las privaciones físicas y de todas las torturas morales, fué a buscar el collar de diamantes, depositando sobre el mostrador del joyero treinta y seis mil francos.

Cuando la señora Loisel devolvió el collar a la señora Forestier, ésta le dijo con aire ofendido:

—Debias habérmelo devuelto antes. Lo podía haber necesitado.

No abrió el estuche, cosa que temía su amiga. Si se hubiera dado cuenta de la substitución, ¿qué habría pensado? ¿Qué habría dicho? ¿Se hubiera creído que la había robado?

La señora Loisel conoció ahora la terrible vida de los pobres. Ante

jer fuerte, ruda, de los matrimonios pobres. Mal peinada, con la falda torcida y las manos rojas, hablaba alto, fregaba las baldosas con gran abundancia de agua; pero a veces, cuando su marido estaba en el despacho, se sentaba junto a la ventana y pensaba en aquella lejana fiesta donde había sido tan festejada, en aquel baile donde se había divertido tanto...

¿Qué habría pasado si no hubiese perdido aquella joya? ¿Quién sabe? ¿Qué singular, que extraña es la vida! ¿Qué poca cosa se precisa para perdernos o salvarnos.

Un domingo, que había ido a dar una vuelta por los Campos Elíseos para descansar de los trabajos de la semana, vió llegar hacia ella a una señora que paseaba con un niño. Era la señora Forestier, siempre hermosa, siempre joven y siempre graciosa.

La Loisel se emocionó. ¿Le hablaría? Sí. Ahora que todo estaba pagado se lo diría. Sentía la necesidad de decirse todo. ¿Por qué no?

—Buenos días, Juana—le dijo, acercándosele.

La otra, sin reconocerla, se asombró al oírse nombrar tan familiarmente por una mujer del pueblo.

—Señora..., no sé... —balbuceó.—Debe usted de equivocarse...

—No. Soy Matilde Loisel.

Su amiga dió un grito de sorpresa.

—¡Ah! ¡Pobre Matilde! ¡Cómo has cambiado! Me hubiera sido imposible reconocerte.

—He pasado días muy duros desde que no te he visto. Muchas miseria... Y todo por culpa tuya.

—¿Por culpa mía? ¿Cómo es posible?

—¿Te acuerdas de aquel collar que me dejaste para ir a una fiesta del Ministerio...?

—Sí. ¿Y qué?

—Que lo perdí.

—¡Pero si me lo devolviste, hija!

—Te devolví otro muy parecido... Y hace diez años que lo hemos venido pagando. Puedes comprender que no nos ha sido cosa fácil a nosotros, que no teníamos nada. Por fin está liquidado todo y cree que estoy muy contenta...

La señora Forestier se había quedado enormemente sorprendida.

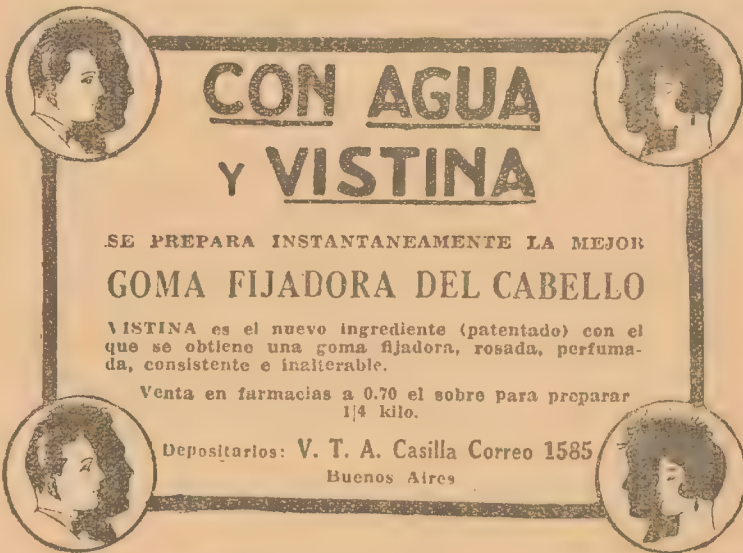
—Dices que comprasteis un collar de diamantes para substituir el mío?

—Sí. No te habías percatado verdad? ¡Eran tan parecidos...!

Y sonreía con una alegría orgullosa e inocente.

Y entonces la señora Forestier, muy emocionada, le tomó las dos manos.

—¡Oh, mi pobre Matilde!... Pero si mi collar era falso! ¡Si apenas valía quinientos francos!



CON AGUA Y VISTINA

SE PREPARA INSTANTANEAMENTE LA MEJOR
GOMA FIJADORA DEL CABELLO

VISTINA es el nuevo ingrediente (patentado) con el
que se obtiene una goma fijadora, rosada, perfumada,
consistente e inalterable.

Venta en farmacias a 0.70 el sobre para preparar
1/4 kilo.

Depositarlos: V. T. A. Casilla Correo 1585
Buenos Aires

Tomaron el estuche que la había contenido y fueron a la joyería cuya dirección se leía dentro. El joyero consultó sus libros y respondió:

—No soy yo quien vendió ese collar de diamantes. De mi casa es sólo el estuche.

Entonces fueron de joyería en joyería buscando un collar parecido al otro, consultando sus recuerdos, enfermos de pena y de angustia el marido y la mujer.

Finalmente, en una tienda del Palais Royal encontraron un rosario de diamantes que les pareció igual al que habían perdido. Valía cuarenta mil francos. Se les daría por treinta y seis mil.

Rogaron al joyero que se lo reservara por tres días, y pusieron por condición que se lo volviera a quedar por treinta y cuatro mil francos si antes del día primero de febrero aparecía el que habían perdido.

De herencia de su padre, Loisel conservaba diez y ocho mil francos. Había que buscar el resto. Pidió mil francos a un amigo, quinientos a otro cinco luises aquí, tres luises allá. Firmó pagarés, contrajo préstamos ruinosos, trató con

la necesidad de pagar aquella deuda espantosa hubo de tomar su partido heroicamente. Despidió a la sirvienta y cambió de piso, alquilando un abuhardilla bajo las tejas de una casa lejana.

Conoció los trabajos domésticos y las odiosas necesidades de la cocina. Fregó los platos, lastimando sus uñas rosadas; lavó la ropa sucia y los trapos, que ponía a secar en una cuerda; bajaba la basura y subía el agua, deteniéndose en cada rellano para tomar aliento. Y, vestida como una menestral, iba a la carnicería y al ultramarinos, con la cesta colgada del brazo, defediendo al céntimo su escaso dinero.

Cada mes habían de hacer efectivos los pagarés, firmando otros para ganar tiempo. Su marido trabajaba por las noches poniendo en limpio las cuentas de un comerciante y con frecuencia hacía copias a diez céntimos la página.

Y esta vida duró diez años. Al cabo de los diez años todo estaba pagado, todo, con los abusos de la usura y la acumulación de los intereses compuestos.

La señora Loisel parecía vieja. Se había transformado en la mu-

Los pintores célebres:

Millet

Jean-Francois Millet nació en 4 Octubre 1814 en Gruehy, cerca de Gravelle, a algunos kilómetros de Cherburgo. Era el segundo de ocho hijos.

Sus padres, labradores, ocupaban una casa poco distante del mar, situada en un terreno movedizo, difícil de cultivar. Necesitábase una labor persistente, una lucha áspera con el clima tormentoso e indeciso, pues toda aquella región era azotada por las tempestades del Atlántico. Nada hay allí para proteger las casas de campo, expuestas a la furia de los vientos del Oeste. De ahí que Jean-Francois, habiendo asistido en su infancia a esos terribles espectáculos, fuese profundamente impresionado de ese peligroso combate entre el hombre y los elementos como lo prueban una serie de sus dibujos.

A los doce años, fué confiado a las manos del vicario a fin de prepararse a su primera comunión.

El buen cura, encantado por su inteligencia, se ocupó de él; pero desgraciadamente fué nombrado para otra parroquia. El niño había hecho tales progresos con su maestro, que los padres decidieron que lo acompañara en su nuevo destino. Luego se percataron de que el muchacho hacía falta en la casa y cuando volvió al hogar paterno para pasar sus primeras vacaciones, sus padres lo retuvieron definitivamente.

A partir de entonces dedicóse a los trabajos de agricultura de su padre, y aprendió a sembrar, a segar, a trillar, a labrar; por la noche consagraba algunos momentos a la lectura, siendo Virgilio y la Biblia sus libros preferidos.

En esa época fué cuando se manifestó su vocación.

Es cosa frecuente que los primeros años de un artista de genio sean ocupados en cosa muy distinta de lo que había de constituir su verdadero destino.

Por lo que hace a Millet, se puede notar que su infancia limitada a los trabajos campesinos, no fué tiempo perdido: en ellos ejerció y concentró sus mejores facultades de observación, y más adelante se servirá de estos estudios hechos concienzudamente.

Su familia, lejos de crear obstáculos a la vocación del niño, la alentó. Su mismo padre fué quien lo condujo a Cherburgo para mostrar sus primeras producciones a un pintor de aquella ciudad llamado Mouchel, discípulo de David. Asombado ante las extraordinarias disposiciones del muchacho propuso quedarse con él, ocupóle en copiar grabados y en dibujar ante modelos de yeso. Así transcurrieron apenas dos meses: el discípulo fué llamado nuevamente a Gre-

ville a causa de una enfermedad súbita de su padre, quien falleció en 24 Noviembre 1835.

Esta desgracia despertó en Millet el sentimiento del deber filial, abandonando sus estudios para consagrarse enteramente a los trabajos del campo; pero a despecho de su voluntad el arte le preocupaba siempre. Su abuela advirtió la lucha que le atormentaba y le incitó para que volviese a Cherburgo.

Allí ingresó en el taller de un Sr. Langlois, discípulo de Gros, cuya enseñanza no le plugo, y entonces tomó la decisión de instruirse solo, frecuentando el Museo, haciendo copias.

Su nuevo maestro Langlois fué quien, habiendo sometido al Consejo Municipal de la ciudad algunos de sus dibujos, obtuvo que fuese enviado a París con una pensión de 400 francos, aumentada a no tardar hasta 600.

Jean-Francois Millet dejó Cherburgo en Enero 1837 con su tiempo frío, y con nieve. Llegado a París, visitó el Louvre y a partir de aquel momento sintióse nuevamente alentado, entusiasmándose por Mantegna y por Poussin, luego por Delacroix.

Necesitaba escoger un taller, fué al taller de Delaroche, quien, adivinando el talento que surgiría del cerebro de ese pequeño campesino, le concedió la entrada sin gastos cuando supo su falta de medios.

Admitido para el concurso de Roma, pero seguro de no obtener el premio, destinado a otro alumno, Millet dejó el taller de Delaroche, instalóse en común con uno de sus amigos llamado Marolle, y para subvenir a las necesidades de la existencia, hizo trabajos de copista, imitó telas del siglo XVIII, ejecutó retratos escasamente pagados; dos de ellos fueron enviados por él al Salón de 1840, de los cuales uno fué rechazado.

El año siguiente, volvió a Cherburgo y durante su permanencia en la ciudad pintó asuntos sacados de la vida de los marinos, brozó rótulos, hizo retratos, entre los cuales el de la Sta. Ono, joven de una salud delicada con quien se casó y que falleció tres años después. Su segunda esposa Catherine Lemaire (de Lorient) fué le compañera abnegada de toda su vida.

Vuelto a París, es rechazado en el Salón de 1842, no envía nada al de 1843, y en el del año siguiente llama la atención con una *Mujer llevando un cántaro de leche*. Los personajes de Cherburgo, sorprendidos y halagados, le proponen que vaya a aquel Liceo como profesor de dibujo; pero rehúsa la oferta.

En Diciembre 1845, Jean-Francois Millet y su esposa se instalan en la rue Rochechouart. Allí empezaron esas relaciones de fiel amistad con Charles Jacque y con Díaz, el último de los cuales le fué grandemente útil para llevar los mercaderes y aficionados a su taller.

Sobre el caballete se extendían escenas alegóricas; pero poco a poco los asuntos rurales fueron los más numerosos: el pintor iba a entrar en el camino donde hallaría la gloria a los ojos de la posteridad.

Su verdadero comienzo, entonces, data del Salón de 1848, con *El Aechador* que se halla en el Louvre en la colección Thomy-Thierry. Al mismo tiempo, había enviado un *Cautiverio de los Judíos en Babilonia*, que, mal apreciado, fué destruido por el propio artista, sirviéndose luego de la misma tela para pintar en ella una *Esquiladora de carneros*.

Hablábase de él, pero carecía de medios para vivir. La Academia de Bellas-Artes le concede, para alentarle, la suma de cien francos! El estado le hace un encargo de 1.800 francos. — A esto llega la Revolución: Millet es guardia nacional; pero estos acontecimientos no hacen sino trastornar su vida y, abandonando París, se vuelve al campo para vivir entre sus paisanos.

En 1849, Millet se instala con su familia en Barbizon, donde se hallaban ya sus amigos Charles Jacque y Théodore Rousseau. Millet encontró una casa de tres habitaciones, con una granja que le sirvió de taller, y allí empezó a llevar esa existencia natural y sencilla que ya no quiso jamás abandonar.

Vivió la existencia de un campesino, la vida solitaria y laboriosa, la vida miserable y contemplativa, la vida que debía permitirle crear sus obras maestras.

De Barbizon es de donde han salido todas esas telas que hoy constituyen otros tantos tesoros de museos y de colecciones, particulares: *El Sembrador*, *Los Agavilladores*, *El Campesino y la Campesina yendo a su trabajo*, *La Mujer machacando lino*, *Los Cogedores de leña en el bosque*, *El Hombre que esparce estiércol*, *La Comida de los segadores*, *Mujer dando de comer a las gallinas*, *El camisino ingiriendo un árbol*, en la Exposición Universal de 1851; *Pastor conduciendo su rebaño a la hora del ocaso*, *Pastor en el coto*, *a la noche*, y muchos otros de idénticos asuntos.

En el Salón de 1857 presenta *Las Epigadoras*.

Este cuadro, que produjo sensa-

ción, criticado por los unos, ensalzado por los otros, actualmente en el Louvre, es uno de los más célebres de Millet.

Del año 1859 data *La Oración del Angelus*. Vendido por Millet 1.800 fr., alcanza 160.000 fr. en la venta Wilson, 53.000 fr. en la venta Secretan, siendo finalmente comprado en 800.000 fr. por Mr. Chauchard, quien lo legó al Louvre.

Al considerar las enormes puas de las subastas de hoy, hay que recordar que la vida fué sin cesar cruel para Millet, que no ganó nunca dinero y que, sin la amistad y el ingenio abnegado de Rousseau y de Díaz, no siempre hubiera habido de comer en la modesta morada de Barbizon.

En ese mismo año 1859, Millet enviaba al Salón una *Mujer apacentando su vaca* y *El Leñador y la Muerte*, el último de los cuales se halla en el Museo Jacobsen, en Copenhague. En el Salón de 1861, el artista expone *La Esquiladora*. En 1862, *El Hombre del azudón*: de todas las obras de Millet, es ésta sin duda la página más característica; más emocionante que *El Angelus*, más impresionante que los detalles de vida de familia relatados por tantas telas tan deliciosamente apacibles. En el Salón de 1864, *El Nacimiento de la ternera*, y la crítica no desarma.

La Pastora, uno de los lienzos más prodigiosamente bellos de este gran pintor, le valió una medalla. Este cuadro, por el cual el Estado ofreció 1.500 francos, forma parte del legado Chauchard.

En ese momento, luce un tenue rayo de sol en la miseria de Millet: un banquero de Comar le encarga cuatro *panneaux* alegóricos representando las estaciones. El artista visita Fontainebleau; el Louvre se preocupa hasta de los frescos de Pompeya, se apasiona por este trabajo; pero esta moda de antaño no le es ya familiar, y en realidad esto no ocupa gran sitio en el conjunto de una obra.

Hacia el final de su vida, Millet vió morir a muchos de sus parientes y amigos; Théodore Rousseau espiraba en sus brazos en 22 Diciembre 1867, perdiendo con él al mejor de los amigos, el primero que había comprendido su genio y



que a menudo había reparado las injusticias que para él había tenido la suerte.

Uno de los contados éxodos de Millet lejos de Barbizon data de aquellos días: el artista fué a Munster a visitar a su cliente Hartmann, y pasó algún tiempo en Suiza a su regreso, se puso a trabajar con ardor: al Salón de 1869, presentó *Una lección de tricot*; al de 1870, una *Mujer batiendo la manteca y Noviembre*.

Luego viene la guerra. El pintor, con su familia, emigra a Cherburgo, donde renacen todos los recuerdos de su infancia. No vuelve a Barbizon hasta 1871, llevando consigo muchas telas ejecutadas en la capital, entre las cuales la *Iglesia de Greville*, hoy día en Louvre.

Las ansiedades de su vida habían quebrantado su salud. En 1874, pinta todavía *Los Almiarés*, *Los Batidores de Alforfón*, *El Asno en un erial*, *El Priorato de Vanville*; pero ya sus fuerzas le abandonan, la fiebre no le deja y muere en 20 Enero 1875. Se halla

enterrado en el pequeño cementerio de Chailly, al lado de Théodore Rousseau y de su biógrafo Sensier.

Millet no pintaba ni dibujaba del natural. Observaba largamente, pacientemente, con insistencia y repetidas veces; el fenómeno inmóvil o el fenómeno de acción que se proponía reproducir; el conjunto de la escena y la sucesión de las actitudes y de los movimientos se retenían de este modo en su memoria, siendo su única preocupación la de expresar con verdad la existencia campesina de la cual fué por tanto tiempo testigo.

Ante una obra de este gran artista, cuya paleta no tiene ninguna seducción, nuestro pensamiento se detiene a meditar, y entonces nos sentimos asombrados por la nobleza de seres vulgares sobre quienes no habíamos dirigido nunca nuestras miradas; y, en los museos, hay que remontar hasta las escenas realistas de los hermanos Le Nain para descubrir un precedente.

¿Son perfectos nuestros sentidos?

Para medir la capacidad auditiva. — Para medir la eficiencia del oído bastará con un reloj y la cooperación de dos personas que tengan un oído normal. Es escuchando nosotros y cada una de esas personas el mismo indicado reloj a diferentes distancias podremos, por comparación con la de nuestros amigos, establecer nuestra capacidad auditiva. Aquel que oiga el latido de la maquinaria del reloj a mayor distancia será el que tenga mejor oído.

Esto para establecer la eficiencia del oído en lo que respecta a la intensidad del sonido.

Para conocer el grado de percepción de nuestro oído con referencia a la variedad del sonido bastará que, volviéndonos de espaldas a uno de nuestros colaboradores, tratemos de percibir cada uno de los ruidos correspondientes a los movimientos que intencionadamente nuestro amigo haga. Nuestro colaborador, para hacernos medir la capacidad auditiva con referencia a la variedad de los sonidos, puede arrancarlos de diversas formas a distintas distancias, ya tecleando en una máquina de escribir, rozando un dedo humedecido sobre el borde de una copa, hojeando un libro, y así sucesivamente.

Es indispensable estar de espaldas al experimentador, porque no estando ayudado por la vista el oído es menos eficiente. No viendo cómo se producen los sonidos e los ruidos lo oímos menos.

El sentido del gusto. — Se tie-

ne entre mucha gente por medio de poca importancia. Esto es craso error. Para discernir con justicia la calidad de los sabores hay que tener el sentido del gusto muy desarrollado; pero no basta eso solo, debe estarlo también el del olfato, porque en numerosos casos las cosas tienen el sabor de aquello a que huelen.

Entre fumadores. — Los fumadores en modo particular si no sienten el olor del humo no puede gustar el sabor del tabaco. Cualquiera fumador os dirá que cigarrillos distintos tiene distinto sabor.

Con un sencillo experimento os podréis convencer de que es el olor y no el gusto lo que motiva que el fumador distinga una clase de cigarrillo de la de otra. Colocad al fumador en una estancia que esté por lo menos, a dieciocho grados de calor; vendadle los ojos, obturadle las orejas con algodón hidrófilo y apretad sobre las ventanas de su nariz con dos dedos. Hacedle que dé varias bocanadas a diferentes cigarrillos de diversas clases y seguramente, no podrá distinguir unos de otros, no sabiendo decir cuál es el que él fuma habitualmente.

Por eso, muchas personas, sin la ayuda del olfato, no pueden distinguir el gusto de las cosas que comen.

Para medir el sentido del gusto separadamente del del olfato, bastará apoyar un tubito de vidrio, primero, sobre la punta de la lengua, y después sobre un lado de

Islas del Delta

A Juan José Berrutti

Un cielo, en cuyas nubes hay poemas.... El río Luján en calma. Música milenaria en cada onda... Y la luna dejando sobre el agua un camino de nácar, y en las islas nidos de rosas y sublimes cánticas de pasajeros vientos, en las islas una poesía y un amor que cantan!

Alamos, infinitas antenas que se elevan bajo el ala de la sombra, casonas silenciosas con pequeñas puertas y ventanas, mecidas entre músicas de hojas y perfumes de albahaca! Luego, cruzando el río infinidad de barcas, que rubrican la luz de sus farolas el espejo bruñido de las aguas, y allá lejos, muy lejos, esa luna muy blanca clavada en la pizarra de la noche como una hostia santa!

Islas, donde se esconde una canción perdida y una lágrima, en cuyo seno cuántas noches bellas habrá sonado un beso, y una larga historia de dos almas quedó trunca... Para hacerse romántica! Islas en cuyos árboles coposos que de tanto ambular vientos del alba, se han tornado en millones de sonoras cuerdas que no se acallan! Islas, perlas divinas salpicadas de agua! No hay paleta mejor que la que ofrecen tus cielos, ni hay poesía más amada que la que ha puesto el tiempo en tus caminos que van cruzando las tupidas matas! Islas del Delta, donde sueña el día, donde los astros bajan, y añoran las barquillas en la sombra, y los ríos nos brindan dulces cántigas, en el arco plateado de sus ondas, en la espuma brillante de sus aguas.

Félix B. VISILLAC

ella, lo más cercano posible a la garganta. Si el sentido del gusto es normal en el primer caso se tendrá la sensación de un buen sabor y en el segundo la impresión será desagradable.

Las personas que tienen el sentido del gusto poco desarrollado percibirán esas dos sensaciones débilmente, o permanecerán insensibles cuando el tubito de vidrio se ponga en contacto con la lengua.

Para conocer la eficiencia del olfato. — Para conocer la eficiencia del olfato basta que os tapéis los ojos y sintáis los olores que os son familiares. Los médicos que hacen el examen de la capacidad olfativa suelen emplear unos veinte olores; pues bien, la mayor parte de las personas no alcanzan a distinguir más que cuatro o cinco.

El experimento de las tijeras. — El sentido del tacto tiene gran importancia y varía poco entre la mayor parte de las personas. El tacto puede ser absolutamente normal o deficiente, pero no como los

otros sentidos, clasificable en diversas categorías. En las extremidades de los dedos y de la lengua el tacto es delicadísimo y mucho más desarrollado que en otras partes del cuerpo. Con la extremidad de un dedo podemos, tocando la punta de las dos hojas de una tijera, advertir, sin verlo, si están separadas, aunque la separación no sea más que de dos milímetros. En cambio, para percibir esta misma sensación sobre la espalda, hace falta que las hojas estén separadas, por lo menos, tres centímetros.



— El muerto salió del cajón y salió disparando.
— ¡Qué espanto! ¿A dónde iba?
— Pues a tomar un Hierro Quina Bisleri, para retornar a la vida



Crónica Mundial

LOS CRIMENES DE LA CODICIA

Despachos de Le Puy-en-Velay dan cuenta de un espantoso crimen cometido en el pueblo de Champelaude, y del que ha sido víctima un anciano llamado Claudio Verdier.

Trátase de un labrador que tenía tres hijas, una casada y dos solteras. Ellas no hacían más que pedirle que les cediera sus bienes; pero él se negaba enérgicamente, lo que originaba violentas disputas.

Ultimamente Claudio, hablando con unos vecinos, les dijo:

—Mis hijas me matarán; pero será inútil, porque he escondido el dinero y no lo encontrarán después de mi muerte.

Hace pocos días las tres hijas de Claudio, Alfonsina, casada con un tal Argaud; Melania y María, se dirigieron a la granja donde vivía su padre, y ordenaron al criado de éste que se marchara.

Eran las cinco de la tarde, y una muchacha que sacaba agua de una fuente próxima oyó que el abuelo gritaba y pedía socorro; corrió hacia el pueblo y avisó a los vecinos.

—Están dando una paliza al abuelo Claudio— dijo la muchacha. —Y son sus hijas quienes le pegan.

El vecindario acudió en masa, y encontró cerradas las puertas de la granja. Intentó echarlas abajo; pero las hijas habían amontonado los muebles tras ellas y permanecían silenciosas detrás de las improvisadas barricadas.

Entonces los vecinos empezaron a romper a pedradas las ventanas del edificio.

Llegaron los gendarmes del puesto más inmediato, y al verlos las hijas apartaron los muebles y abrieron las puertas.

Practicado un registro, fué encontrado el cadáver del viejo Claudio encima de su cama. Tenía una herida enorme en el sien derecha, herida hecha, al parecer, con un palo.

Además presentaba señales de estrangulación y numerosas contusiones en diversas partes del cuerpo.

Interrogadas las hermanas, se negaron a responder; pero, a juzgar por el desorden en que estaba la cocina, parece que fué en esta pieza donde se consumó el asesinato.

Una vez que mataron a su padre, las tres hermanas se dedicaron a buscar el dinero que éste tenía escondido; pero no lo encontraron.

Han ingresado en la cárcel de Le Puy, y costó un gran trabajo a los gendarmes librarlas de las iras de sus vecinos, que querían lincharlas, y que las fueron siguiendo por todo el camino arrojándoles piedras y llenándolas de insultos.

EL "MUERTO" QUE PRESEN- CIO SU ENTIERRO

—Los periódicos de París habían anunciado la muerte del ex diputado Sr. Gaborit y señalado el entierro, que se efectuaría en el cementerio del Père Lachaise.

A la hora indicada para la inhumación, numerosas personalidades, pertenecientes principalmente al Parlamento, se encontraban en el cementerio, cuando llegó el señor Gaborit en persona, produciendo esta aparición un gran asombro y emoción.

Algunas señoras se desmayaron.

El Sr. Gaborit, sonriendo, se excusó ante las personas que habían llegado para asistir a su entierro, y les dijo que habían sido víctimas de una mixtificación.

THELMA NO SABE QUIEN ES SU MARIDO

—La enorme semejanza entre dos hermanos gemelos es la causa de una petición de divorcio que han de fallar los jueces de Nueva York.

Hace cosa de dos años una bella corista de Broadway se casó con un muchacho de la buena sociedad neoyorquina, sin sospechar que su matrimonio le tenía que crear una serie de dificultades y disgustos que le obligaran finalmente a pedir el divorcio.

El marido de Thelma White, que es como se llama la linda corista, tiene un hermano gemelo, tan parecido a él, que las mismas personas de la familia llegan a confun-

dirlos. Thelma White no dió importancia en las primeras semanas de su matrimonio a este enorme parecido entre su marido y su cuñado, porque confiaba que pronto conocería a su marido tan bien que no podría confundirlos nunca. Pero, por lo visto, no ha sucedido así, y la bella muchacha ha cometido equivocaciones que le han ocasionado serios disgustos.

Finalmente, al cabo de dos años se ha convencido de que nunca podrá distinguir al marido del cuñado, y ha presentado una demanda de divorcio, fundándose en que el esfuerzo que tiene que realizar para no equivocarse y cometer una falta grave es tan grande, que le ha llegado a causar un fuerte nerviosismo, que teme acabe por ocasionarle una verdadera enfermedad.

LAS AVENTURAS DE STANLEY WEINBERG

—La Policía de Nueva York ha detenido a un individuo llamado Stanley Weinberg, cuyas extraordinarias simulaciones están siendo comentadísimas.

Este individuo, poco después de haber intervenido los Estados Unidos en la guerra europea, se presentó en los círculos oficiales yanquis diciendo que era representante diplomático de Rumania, y en calidad de tal asistió a la gran revista de la flota yanqui, en la desembocadura del río Hudson.

Después, cuando murió el famoso almirante Dewey, asistió oficialmente a los funerales.

Más tarde se fingió almirante de la marina norteamericana, y estuvo inspeccionando, en calidad de tal, los astilleros de Nueva York.

Algún tiempo después se presentó en el palacio presidencial de Washington, acompañado de una mujer, que decía era la princesa Fátima, del Afganistán, e hizo que el presidente Harding la recibiera con todos los honores.

A los pocos días Harding se enteró, con la natural indignación, de que la mujer que había recibido como princesa real era una aventurera, y su acompañante, un embustero formidable.

La Policía los metió en la cárcel, donde estuvieron un año.

Cuando Stanley cumplió su condena y se vió libre reanudó audazmente su carrera de mixtificaciones. Un día se presentó en Nueva York diciendo que era abogado del célebre multimillonario de Chicago Mac Cormick, y consiguió que los abogados neoyorquinos le dieran un gran banquete. Cuando el abogado verdadero de Mac Cormick se enteró del caso protestó en la prensa, y Stanley fué nuevamente detenido. Unos médicos lo reconocieron y diagnosticaron que estaba loco, y, en vista de ello, lo internaron en un manicomio.

Se escapó al poco tiempo, y para vengarse se hizo pasar por el doctor Wyman, presidente de la Comisión sanitaria de enfermedades mentales de Nueva York. Algunas semanas después presidía un Congreso de alienistas celebrado en el Oeste y pronunciaba un elocuente discurso acerca de los locos y de los médicos que los curan.

Algunos meses más tarde estuvo en los funerales de Rodolfo Valentino, donde se hizo pasar por médico de Pola Negri.

Después ha sido falso banquero, falso farmacéutico, falso agente de Bolsa, falso senador californiano, falso alcalde de una ciudad del Estado de Indiana y falso armador de buques. Hace poco han vuelto a prenderlo, y cuando lo metieron en la cárcel Stanley dijo: "Cuando salga me fingiré director general de Prisiones".

EL SUTIL ESPIRITU DEL HOMBRE DE CIENCIA

que ha hecho lo imposible en concepciones maestras, también ha producido el Vasenol después de muchos años de experiencias científicas. Es la grasa natural de la piel humana que en forma de Crema Vasenol, usada en masajes regulares, conserva el rostro, brazos y cuello jóvenes y frescos. Al aumentar la actividad cutánea, favoreciendo la circulación, produce a su vez una renovación rápida y completa de todas las células. Úsala diariamente y la convencerá su resultado.

GANSOS "ENCURDELADOS"

Una manada de gansos del pueblo de Kistormas, en Hungría, ha sido víctima de un accidente que ha causado gran impresión en todo el vecindario.

En las primeras horas de la mañana, la manada, conducida por un muchacho, se disponía a emprender su excursión diaria al campo, cuando al llegar a las últimas casas del pueblo los gansos empezaron a dar muestras inequívocas de que algo extraordinario les sucedía.

Unos corrían alocados en todas direcciones, mientras otros se tumaban sin ánimos para seguir adelante. El muchacho encargado de la vigilancia de los gansos no sabía qué hacer. Intentó reunir a la manada y continuar la excursión con dirección al campo; pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles ante la actitud de los gansos, que parecían atacados de locura repentina. Sus cacareos alborotados llamaron la atención del vecindario, que pronto se lanzó a la calle para averiguar lo que les sucedía a los gansos.

Después de muchas investigaciones se pudo averiguar la causa de aquella conducta injustificada de los siempre pacíficos gansos.

Lo ocurrido era lo siguiente: una camioneta cargada con toneles de vino había volcado junto a un estanque donde los gansos tenían la costumbre de bañarse todas las mañanas. Unos cuantos barriles se abrieron y el vino fue a parar al estanque. Los inocentes gansos, que nunca habían bebido aquel líquido, debieron de encontrarlo muy agradable, y saciaron su sed en él.

Naturalmente, al poco rato los gansos empezaron a sentir los efectos de la borrachera, que en cada uno se mostró de una manera distinta. Unos demostraban una actividad inusitada, mientras otros se dejaban dominar por el sueño.

Los vecinos de Kistormas seguían, regocijados, a los borrachos gansos, algunos de los cuales no lograron encontrar hasta bien entrada la noche el camino tan conocido de su casa.

DON BERNARDO SE HA DOCTORADO ALGO TARDE

A los ochenta y cinco años de edad ha sido graduado con el título de doctor en Jurisprudencia D. Bernardo Castillo y Suárez, que se matriculó en la Universidad de La Habana, como alumno de Derecho, cuando contaba setenta y ocho años de edad.

Durante estos últimos siete años el Sr. Castillo ha asistido asiduamente a las clases, cursando todas las asignaturas de la carrera, y se ha licenciado en los exámenes de fin de curso.

El nuevo juriconsulto ha establecido su bufete en aquella capital, y se dedicará a asuntos de derecho civil.

UN JOYERO EN EL VIENTRE DE UN PEZ ESPADA

Dos pescadores de la isla James, del grupo de las de los Galápagos, que se hallaban pescando en una lancha, aprisionaron en la red un enorme pez espada, que con sus sacudidas estuvo a punto de hacer zozobrar la embarcación.

Después de acuchillarlo para impedir sus movimientos lo condujeron a tierra; pero al descuartizarlo la sorpresa de los pescadores no reconoció límites. Del vientre del monstruo cayó un artístico cofrecillo de oro afiligranado cerrado con llave.

Forzado éste, se hallaron en el interior valiosas joyas, entre ellas tres soberbios collares de perlas, dos relojes con rubies y diamantes, "pendentif" de esmeraldas y otras piedras preciosas, sortijas, cadenas, pulseras y otras varias alhajas.

Se supone que el hallazgo procede de alguna dama que, en un naufragio, llevara consigo el joyero devorado por el pez espada.

El suceso está siendo comentadísimo, y ya hay quien piensa aprovecharlo para argumentar una película.

"MUERTE!..." Y SE MURIO

En el pueblo de Basutoland, en Johannesburgo, se ha registrado un extraordinario accidente, que ha causado profunda sensación entre los naturales del país.

Dos curanderos indígenas, "wizards", como les llaman los naturales del país, sostenían una enconada discusión sobre las facultades curativas que cada uno de ellos poseía.

Uno de los curanderos, muy joven, sostenía que su "ciencia" moderna vencería siempre a las viejas brujerías. El otro curandero sostenía que los jóvenes no saben nada; que no tienen más que mucha audacia; pero que sus facultades eran inferiores a las de cualquier viejo curandero, cuya ciencia se ha enriquecido con muchos años de práctica.

La discusión era presenciada por todo el pueblo en masa, que, naturalmente, estaba dividido en dos bandos: uno, partidario del curandero joven, y el otro, que apoyaba al viejo.

Finalmente, el curandero viejo dijo:

—Mi poder sobre las demás personas es tan intenso, que si "deseo" que mueras, no tardarás mucho tiempo en dejar el mundo de los vivos.

El joven, que comprendía que con las palabras del viejo, perdía terreno entre sus partidarios, contestó, petulante:

—Acepto tu reto. Deséame la muerte, y veremos qué pasa.

Las palabras del curandero joven fueron recibidas con gran entusiasmo por todos sus partidarios.

Entonces algo verdaderamente sorprendente sembró el pánico en

tre todos los presentes. Cuando el curandero viejo extendió su brazo hacia el joven, diciendo en tono imponente:

—Está bien. Puesto que lo quieres, sea. ¡Muere! ¡Es mi deseo que mueras!

Apenas pronunciadas las terribles palabras del curandero viejo, el joven cayó pesadamente a tierra.

Cuando los atemorizados presentes se acercaron al curandero joven, comprobaron que éste estaba muerto. La confusión que se produjo fue terrible. Mientras unos hacían alabanzas al extraordinario poder del viejo curandero, otros chillaban, pidiendo justicia, por creer que el viejo había empleado malas artes con su compañero.

El viejo curandero fue detenido; pero al comprobar los médicos que el muerto había fallecido de un ataque al corazón, le pusieron en libertad.

LAS MISIONES EN AVION

Hace poco embarcaron en Colonia, con rumbo a Nueva Caledonia, y las islas Fiji y Salomón, un grupo de misioneros, entre los que se encontraban seis frailes y cinco monjas.

Con los misioneros expedicionarios va el padre Toenjes, de Goeßfeld (Wesfalia), que es conocido en Alemania por el nombre de "misionero aviador".

Durante la guerra cuando el Cuerpo de Aviación Militar de Alemania estaba en contacto continuo con los combatientes del frente, el padre Toenjes empezó a interesarse por la aviación, y se dio cuenta de que había enormes posibilidades en relación con las misiones instaladas en lugares de difícil acceso.

El año pasado, el padre Toenjes hizo sus estudios sobre aviación, y obtuvo el título de piloto aviador en la Escuela de Aviación de Dusseldorf.

Al partir para las Islas Salomón, el padre Toenjes ha adquirido un avión, que lleva consigo, y en el cual se propone realizar numerosos vuelos para llegar a los distritos más alejados y aislados de su misión.

EL MODERNO ROBINSON

Un médico alemán, llamado Karl Ritter, ha vivido durante una temporada, como un verdadero Robinson Crusoe, en una isla desierta, la isla Charles Darwin, del grupo de las Galápagos, situadas a 440 millas del Ecuador.

La historia de este moderno Robinson Crusoe no deja de ser interesante. Decidido a realizar el sueño de su vida, Karl Ritter ha estado durante mucho tiempo preparándose para esta vida de hombre primitivo. Todos sus planes fueron cuidadosamente estudiados antes de emprender la aventura. Lo primero que hizo fue acostumbrarse a una vida lo más sencilla

posible, vistiendo la menor cantidad posible de ropa en público y ninguna en el interior de su casa. Su comida se limitó a frutas, verduras y cereales cocidos.

El doctor Karl Ritter no pudo, sin embargo, convencer a su esposa de las ventajas de una vida como Adán y Eva en el Paraíso, y la señora Ritter se fue a Baden a vivir con unos parientes.

Pero no tardó en aparecer otra mujer, la señora Koerwin, a la que curó de una enfermedad nerviosa obligándola a vivir lo más cerca posible de la Naturaleza. La señora Koerwin, que hasta que conoció al doctor Ritter vivió feliz con su marido, pronto quedó convencida de la belleza de la vida naturalista recomendada por su médico, y no ha vacilado en seguirle cuando abandonó Alemania para vivir en una isla desierta.

La decisión de ir a habitar a la isla de Charles Darwin fue motivada por la lectura de un libro de viajes. Una vez elegido el lugar, el doctor Ritter y su compañera hicieron todos los preparativos para el viaje.

El doctor Ritter y Frau Koerwin salieron de Hamburgo en el mes de Junio último. Desembarcaron en Guayaquil en Octubre, y desde allí, comprando una pequeña embarcación de vela, se dirigieron al punto de su destino.

Recientemente ha visitado la isla de Charles Darwin el Sr. Eugenio Mac Donald, jefe de una expedición norteamericana a las islas del Pacífico, el cual se ha quedado grandemente sorprendido al encontrar viviendo felices y contentos a la pareja de modernos Crusoes.



Las cafeteras y teteras eléctricas son elegantes prácticas y decorativas

COMPANIA ITALO ARGENTINA DE ELECTRICIDAD

Corrientes 561 - 569

U. T. 31 - Retiro - 3401
C. T. 1387 y 2524, Central

La princesa y el águila

(Cuento infantil)

Vivía hace muchos años una princesa bellísima, ideal pero tan orgullosa que su presunción sólo podía compararse con su hermosura. Muchos fueron los que, prendados en las redes de sus encantos, la pretendieron; pero todos corrieron la misma suerte, todos fueron des-

ver siquiera el mundo exterior.

Estaba un día paseando por el jardín, cuando hirió sus oídos el rumor de un fuerte aliento, y alzando los ojos vió que un águila inmensa bajaba con rapidez increíble del firmamento. Antes que tuviera tiempo de articular una palabra o de

una altísima montaña, a cuyo pie se extendía un vasto llano arenoso.

Después de descansar breves momentos, el águila bajó con vuelo lento y majestuoso a la llanura, donde dejó a la atónita princesa, sentada sobre una piedra. No bien se hubo repuesto un poco la princesa, se apresuró a preguntar al águila por qué la había llevado a un lugar tan desierto y tan poco agradable.

Batió furiosamente sus alas el águila, y con acento vibrante de cólera contestó:

—Hasta hoy, sólo en tí has pensado; de hoy en adelante, fuerza será que pienses en los demás. Tengo hambre... toma en tu mano ese palo, y vete a buscar lo necesario para que comamos.

Mientras pronunciaba estas palabras, señalaba con la garra un palo que había cerca de allí, en el suelo.

La princesa lo recogió con tanta repugnancia como tristeza. Dirigió sus miradas en torno suyo, y no vió casa ni choza donde pudiera mendigar un trozo de pan si al fin se decidía a hacer cosa tan poco de su agrado.

—Me voy—continuó el águila con acento duro e imponente, — porque tengo mucho que hacer; pero ten muy presente lo que voy a decirte: Antes de ponerse el sol estaré de regreso; trata de que para esa hora esté preparada la comida, pues de lo contrario... ¡pobre de tí!

Dichas estas palabras, extendió sus poderosas alas, sin hacer caso alguno de las súplicas de la princesa, y no tardó en

perderse en el espacio.

La desventurada princesa, al quedar sola, no pudo hacer durante largo rato más que llorar su desventura. En verdad, su suerte no era muy halagüeña; al contrario, más bien podía decirse que era desesperada. Háblale dicho el águila que era preciso que buscara algo que comer, y por más vueltas que daba al asunto no veía el medio de cumplir esa orden tan imperiosa. Sus ojos no veían más que una montaña pelada, sin vestigios de vegetación, sólo divisaban un árbol, y éste a distancia muy considerable; y, en cuanto a aldeas o ciudades que pudieran proporcionarle algún alimento, esas brillaban por su ausencia.

Al cabo de largo rato de lamentaciones y gemidos, comprendió que nada adelantaría con el llanto; y, secando sus lágrimas, partió en busca de comida para el águila.

Era el terreno áspero y accidentado, y poco trecho había andado la princesa cuando sus lindos zapatitos quedaron hechos pedazos; quiso sentarse un momento para tomar aliento, pero el palo que llevaba en la mano se lo impidió. Toda vez que intentaba sentarse, el palo la arrastraba con fuerza irresistible, obligándola a continuar la marcha, descalza y muerta de fatiga, y así llegó a un tenebroso bosque. En la linde de éste divisó una cabañita que reanimó un poco sus fuerzas decaídas pues pensó que tal vez encontraría en ella lo que buscaba. Llamó tímidamente a la puerta, que se abrió en seguida, apareciendo en su marco una vieja fea y mal en-



deñados. Su carácter altanero disgustaba cada día más a su padre, que era el rey, mas no por eso se enmendaba la princesa. Un día se portó con tanta destemplanza con un opulento príncipe de las inmediaciones, que su padre, muy enojado, la condenó a permanecer encerrada en un ala del palacio, sin permitirle más esparcimiento que el que pudiera hallar en los jardines, hasta tanto se hiciese de carácter más tratable.

Poca mella hizo en el ánimo de la princesa el castigo. Podía solazarse en un jardín espléndido, y comer cuando se le antojase, y engalanarse con los vestidos más preciosos y con las más deslumbrantes joyas, y eso bastaba y sobraba para hacer agradable su vida sin necesidad de frecuentar ni

lanzar un grito, las poderosas garras del águila habían hecho presa de ella y la levantaban por el espacio. Pintar el terror que se apoderó de la princesa sería imposible. Convencida de que nada podía hacer, optó por quedarse quieta, para no entorpecer los movimientos del águila y provocar accidentes que nadie más que ella habría tenido que lamentar.

Momentos después viajaban sobre las nubes, muy cerca de la azulada bóveda celeste, a tanta altura, que las ciudades parecían juguetes y las personas hormigas, mientras la luz del sol se reflejaba a los lejos sobre las aguas ligeramente rizadas del mar. El águila transpuso con rapidez vertiginosa llanuras, colinas y montañas, cruzó lagos, valles y ríos, y se posó al fin en la cumbre de



trazada que con voz iracunda le preguntó qué quería. Explicó la princesa sus deseos y a esa explicación contestó la vieja con una carcajada que heló la sangre en sus venas.

—El cuento no está mal urdido—dijo luego;—pero aquí no se da nada a los haraganes ni a los mentirosos. Si quieres trabajar, te daré de comer, pero de lo contrario puedes irte a otra parte con tus historias.

La princesa acogió con mucho agrado una proposición que le dejaba entrever la perspectiva de conseguir algo que llevarse a la boca, y la vieja le mandó que pelase unas cuan-

había dedicado un pensamiento a ningún ser viviente, como no hubiera sido a ella misma, pensó entonces que el pobre cuervo tenía tal vez hambre. Enternecióse su corazón, y se parando un pedacito del pan que la vieja le había dado, se lo tiró al pájaro, que lo engulló en un abrir y cerrar de ojos. Separó otro trozo, y otro, y otro, que siguieron la misma suerte que el primero, hasta que la princesa se encontró con que el cuervo se había comido todo el pan, sin que a ella le quedase nada que llevar a la boca. No le causó pesadumbre esta circunstancia, pues creyó que el cuervo estaba más fa-

montaña; oyó un aleteo y abrió aterrorizada los ojos, porque creyó que el águila, ardiendo en ira, iba a castigarla. Pero no era el águila; afortunadamente era su amigo el cuervo; no ya el cuervo desválido y hambriento, sino un cuervo fuerte y rebocando salud, que revoloteaba graznando en torno de la princesa y extendía una de sus garras. No comprendió al pronto la rendida princesa los descos del cuervo, pero al fin tendió las manos, se asió a las uñas del ave, y ésta alzó suavemente su vuelo llevándola suspendida por el espacio.

En esta forma los dos cruzaron la falda de la colina y el bosque, hasta llegar a la cumbre de la montaña, precisamente en el momento en que el sol se ocultaba en el horizonte.

Volvióse la princesa para dar las gracias a su amigo el cuervo, pero no lo vio ya en parte alguna: en su lugar, la poderosa águila estaba pidiéndole imperiosamente su comida.

La princesa se apresuró a ofrecerle el paquete que le había dado la vieja, y el águila se lo tragó sin siquiera abrirlo; y cuál sería el asombro de la princesa cuando vió entonces frente a ella, no a la furiosa águila, sino a un hermoso y gallardo príncipe.

—¡No te asustes! —dijo éste, inclinándose ante ella. —Ha mucho tiempo que te amo, pero comprendí que era necesario para tu felicidad que te diese una lección. Con el auxilio de mi abuela, que es un Hada, la vieja que viste en la casita del bosque, tomé la forma de un águila y te transporté a este lugar. Después me convertí en cuervo, y he tenido ocasión de ver que tienes buen corazón y que te interesa la suerte de tu prójimo. Sólo me resta pedirte perdón ahora por los sustos y penalidades que te he ocasionado; ¿serás tan buena como para perdonarme?

La princesa, convencida de la insensatez de su conducta pasada, prometió muy de veras enmendarse, y por añadidura aceptó el compromiso de ser la prometida del gallardo príncipe.

Auxiliados por la benéfica Hada, los dos regresaron inmediatamente al palacio del rey y sin dificultad consiguieron que éste consintiese en su boda. Llegado el día en que iba a celebrarse la ceremonia, la princesa se engalanó con un vestido hecho todo de pluma de cuervo. Se le criticó ese gusto tan raro y tan poco conforme con la costumbre, pero la princesa declaró terminantemente que no se pondría otro traje, y su esposo aprobó su gesto.



tas papas. Sentada a la puerta de la cabaña, estaba cumpliendo la orden de la vieja mientras pensaba tristemente en los cambios bruscos de la vida y se preguntaba cómo podría llegar a la cumbre de la montaña antes que el sol se hubiera puesto. Denso velo de lágrimas obscurecía sus ojos hasta el punto de impedirle ver las papas que estaba mondando, cuando hirió sus oídos un graznido que le hizo levantar la cabeza; y entonces vió un cuervo que se dirigía volando hacia ella. Continuó su tarea, pero algo que no podía explicar la obligó a fijar nuevamente sus miradas en el pájaro. Parecía que este pidiera auxilio... sus graznidos sonaban más cerca y por momentos revelaban una especie de angustia... La princesa, que hasta entonces jamás

médico que ella, y así debía ser, porque, no bien hubo dado fin a la comida el pájaro, cuando alzó el vuelo, alegre y satisfecho, revelando claramente hasta qué punto había recobrado sus fuerzas.

Terminada la tarea, la vieja entregó a la princesa un paquete, diciéndola que contenía todo lo necesario para la comida del águila; y la princesa lo guardó y emprendió el regreso.

Poca distancia había recorrido, cuando se encontró tan rendida y sin fuerzas que desconfió de poder llegar a la cumbre de la montaña antes de la puesta del sol. Sacando fuerzas de flaqueza caminó cuanto pudo, pero al fin cayó al suelo, sin vigor para dar un paso más. El palo se escapó de sus manos y cayó rodando por la

La sangre de Medusa

Los corales son muy apreciados y su uso se conoce desde la antigüedad. Los mahometanos enterraban a sus muertos con collares de coral. Los asiáticos, en general adornaban sus habitaciones, vestidos, armas y objetos de uso particular con esa materia. Al coral se le atribuían ciertas cualidades especiales, como las sombras satánicas; pulverizado y esparcido sobre la tierra, les servía para fecundizar los campos; llevados al cuello, preservaban de los dolores del vientre.

Su origen, según una antigua leyenda, proviene de que Perseo, al dar muerte a Medusa, cuya mirada convertía los objetos en piedra, se lavó las manos en la costa, dejando allí la cabeza del monstruo, de cuya sangre petrificada nació el coral.

En un principio se creyó que el coral fuera una piedra; luego se le atribuyó origen vegetal, y un médico de Marsella, Peysanes, fué el primero en descubrir la naturaleza animal del coral. Actualmente se le clasifica como perteneciente a la clase de los antozoarios, orden de los aleionados, familia de los gorgónidos, subfamilia de los corallinos.

Existen diversas especies de coral, pero la más importante y explotada es la de coral rojo (*Corallium rubrum*).

El coral se encuentra especialmente en los mares Mediterráneo, Adriático y Jónico. La pesca del coral es tan peligrosa como la de las perlas, pero es muy lucrativa, pues además de conseguir corales, a veces se obtiene con ella, además del coral, anélidos y esponjas que tienen gran valor comercial.

Los corales que han permanecido mucho tiempo enterrados en el cieno pierden su color y adquieren un tinte negro. Esto les quita casi todo su valor. Los corales hervidos en aceite de oliva se ponen amarillentos.

En Nápoles, Liorna y Génova hay talleres donde se trabajan los corales, dándoles forma de cuentas lisas o con facetas y de "coral árabe", formado por tallos pulimentados y perforados en dirección al eje. Para trabajarlos se frotan con una lima y pulimentan con polvos de esmeril y agua.



— No te olvides,
Dios está en todas las partes.
— Que gracia. El famoso Hierro Quina Bisleri también está en todas partes.



La Página Médica

PROGRESOS DE LA CIRUGIA

En la clínica operatoria de la Universidad de Viena el profesor austriaco señor Hogenegg ha efectuado con éxito completo un ensayo maravilloso de Cirugía. Ante cientos de alumnos practicó una difícil operación de estómago sin apelar al bisturí. Hizo las incisiones por medio de descargas eléctricas de alta tensión, que cortaban los tejidos sin efusión ni pérdida de sangre. Por añadidura, el efecto calórico de las chispas desinfectaba la herida, sin necesidad de otros sistemas antisépticos. Ante la revolución científica lograda por el experimento se prevé la derrota del bisturí de buena parte del arsenal quirúrgico ahora en uso. El procedimiento del doctor Hogenegg no es completamente nuevo. Venía utilizándose en operaciones cutáneas; pero nunca se aplicó hasta ahora, en Cirugía de profundidad.

En la batalla entablada contra el dolor, es justo reconocer que cada día se va logrando tomarle pnestos avanzados. ¿Quedará vencido totalmente?

UN INVENTO DE GRAN INTERES PARA LOS SORDOS

Ante los miembros del Instituto Franklin, de Filadelfia, se han hecho curiosas demostraciones con un aparatito que puede considerarse como un oído "eléctrico", merced al cual los sordos podrán comprender el lenguaje hablado, y hasta apreciar las modulaciones de las palabras, que ahora no pueden conocer en absoluto.

El nuevo aparato, que es suficientemente pequeño para poderlo llevar en un bolsillo, fué presentado ante los socios del Instituto Franklin por el doctor Robert H. Gault, del Laboratorio Vibro-Táctil del Instituto el Northwestern.

Explicó el doctor Gault cómo mediante este aparato se substituye la sensibilidad de las puntas de los dedos por la sensibilidad de las membranas del oído. En otras palabras, los dedos recogen del telefactor del aparato los estímulos de intensidad varia recogidos primeramente por un micrófono extraordinariamente sensible, que luego son transmitidos al cerebro.

El aparato va provisto de pequeñas ranuras para los dedos, y de

esta manera los sordos pueden "leer" los sonidos, de la misma manera que los ciegos pueden leer con el tipo Braille.

EL GERMEN DE LA ESCLEROSIS

Una joven alumna interna del hospital de Westminster acaba de descubrir, según asegura, el germen de la esclerosis. Esta enfermedad, una de las más graves que atacan al sistema nervioso, podrá ser combatida científicamente si resultan ciertas las aseveraciones de la alumna que ha hecho serios estudios.

Uno de los especialistas más calificados del hospital de Westminster ha enviado un artículo a la revista médica inglesa "The Lancet", en que se ocupa del descubrimiento de la alumna interna en cuestión. Según parece, este artículo, cuando aparezca, causará emoción en el mundo médico inglés.

CURACION DE PARALITICOS POR MEDIO DE LA ELECTRICIDAD

Un sabio norteamericano, el doctor Clarence A. Neyman, profesor de psiquiatría y fisiología de la Universidad de North-Western, ha descubierto un nuevo procedimiento para curar los casos de parálisis parcial. El procedimiento consiste en la producción artificial de fiebre por medio de una corriente eléctrica de alta frecuencia. Actualmente, quince pacientes están en tratamiento en tres hospitales de Chicago, según el sistema del doctor Neyman, que declara que publicará un informe completo acerca del nuevo modo de curación después de haber podido dar de alta a estos pacientes. Según manifestaciones hechas por él, es posible producir un estado calenturiento de poca gravedad por medio de una corriente eléctrica de 1.000 a 4.000 miliamperios. Los ensayos primeros del nuevo sistema fueron hechos en animales; más tarde se consiguieron buenos éxitos en estudiantes sufriendo de parálisis parcial.

DISPENSARIOS AMBULANTES

El dispensario automóvil constituye en la campaña de higiene un

arma que ha evolucionado paralelamente al vagón de propaganda higiénica empleado con tanto éxito por la Cruz Roja de la Unión Sud-Africana, y a los equipos ambulantes empleados por ciertas sociedades de la Europa oriental.

La Cruz Roja Italiana acaba de recibir, de la casa Fiat de Turín, un automóvil construido con vista a la lucha antituberculosa. Este coche, que dispone de un material conforme a los adelantos más recientes de la ciencia médica, servirá de dispensario ambulante, visitará los distritos rurales y los pueblos aislados en la montaña, faltos, en la mayor parte de los casos, de hospital y de médico. Está equipado de un aparato completo de rayos X, un microscopio para análisis y la esterilización, y del material necesario para ilustrar las conferencias populares sobre la higiene. Todas las partes de la instalación con que el enfermo es susceptible de hallarse en contacto están cubiertas por un papel que puede fácilmente cambiarse y de placas de celuloide que se pueden limpiar y desinfectar sin ningún esfuerzo. Los cajones de clichés están provistos de cerraduras de seguridad de tal suerte que si la persona encargada se olvida de cerrarlas un sistema eléctrico repara la omisión. Para el examen por medio de los rayos X el dispensario queda iluminado por una lámpara especial que, sin afectar a la pureza de la imagen sobre la pantalla, evita el dejar al enfermo en la oscuridad.

LA PICADURA DE LAS ABEJAS

La antigua creencia popular de que la picadura de la abeja es un remedio para el reuma, cuenta desde ahora con el apoyo de los hombres científicos de Viena, que han conseguido preparar un veneno sintético de abejas, que al ser inyectado en el cuerpo cura los dolores reumáticos. El nuevo medicamento se denomina "Apicosan". Se asemeja muchísimo al veneno original de la abeja; pero es más efectivo y menos tóxico. Centenares de enfermos han sido tratados con él hasta ahora, y se anuncia que sus resultados han sido excelentes.

PROGRESOS ODONTOLÓGICOS

Los dentistas ingleses trabajan en la actualidad para hacer unas dentaduras postizas especiales para fumadores de pipa y músicos de instrumentos de metal.

Un dentista, cuya clientela la forman especialmente músicos de instrumentos de viento, ha manifestado lo siguiente:

"Al hacer dentaduras postizas para individuos que tocan instrumentos de viento, el dentista tiene que tener particularmente en cuenta la clase de instrumento que toca el cliente; por la textura y fortaleza de determinados dientes debe variar de acuerdo con las condiciones del instrumento".

ANECDOTA

El célebre doctor Nélaton fué un día llamado cerca de un hombre muy rico. Llegó a la casa llevando consigo su estuche de cirujano y se encontró con un cliente que presentaba todas las apariencias de una salud excelente. Extrañado, preguntóle de qué operación se trataba. El cliente se descalzó con la mayor tranquilidad y presentó su pie al cirujano, diciéndole:

"Tengo aquí un callo que me hace sufrir grandemente; no tengo confianza sino en usted, y quiero que sea usted quien me libre de él".

Nélaton hizo un gesto de asombro, pero no juzgó a propósito mostrarse en seguida indignado de tal petición. Sin pronunciar una sola palabra, extendió una servilleta sobre sus rodillas, y extirpó el callo. Más tan luego como llegó a su domicilio, envió a su cliente una nota de honorarios concebida en estos términos.

"Por una operación quirúrgica... 6.000 francos".

Llególe al ricacho el turno de hacer un aspaviento... Trató de discutir, pero Nélaton le hizo comprender que un cirujano no era un pedicuro y que, por otra parte, si la operación no valía 6.000 francos, la lección los valía con creces. Como era de suponer, todo el mundo se mofó del rico indiscreto, y éste no tuvo más remedio que aflojar la bolsa.

L. THUILLIER.

M I S T R A L

Admiradores del gran poeta provenzal, Federico Mistral, del cual en estos días se ha conmemorado el centenario de su nacimiento, es justo que también le dediquemos un recuerdo, ya que el insigne vate no fué solamente el poeta de genio, el evocador de las glorias provenzales, el dulce contemplador de la naturaleza; sino que, sobre todo, fué una personalidad sagrada, el hombre de alma cándida, de la sencillez franciscana de la vida, de la delicada bondad de carácter, del corazón ardiente de generosidad maravillosa, tanto que apareció ante el pueblo como el sol de la hermosa Provenza, el verdadero "Impereur du soleil".

Existe en Provenza una antigua costumbre — que el Poeta recuerda en sus "Mémoires et récits" — de que, a los recién nacidos se lleva por parientes y amigos la ofrenda de dos huevos, un pedazo de pan, un grano de sal y un fósforo, y que a cada uno de ellos se le dirija un augurio con estas palabras sacramentales: "Pequeño; sé repleto como un huevo; sé bueno como el pan; sé sobrio como la sal; sé derecho como un fósforo".

Nunca un voto fué cumplido más

feliz y exactamente que este; puesto que Mistral tuvo la vida repleta de obras buenas y grandes; su sabiduría fué tal que le hizo aparecer ante todos como un filósofo antiguo; su alma fué dotada de un maravilloso espíritu de rectitud; y su pensamiento se remontó hacia el cielo, hacia todas las idealidades más sublimes del alma humana.

Toda la obra del poeta fué sincera, profunda y espontánea manifestación de sus sentimientos; su poesía manó de una fácil vena inagotable, alimentada por su genial fantasía, por su alma buena.

Y su arte fué todo noblemente confortable; el problema de la vida, el profundo misterio que la rodea, la inmensidad del dolor humano en sus múltiples formas y graduaciones, elevaron en alto, hacia las regiones más puras del pensamiento y del arte, el ala infatigable de su poesía.

Todo el programa de bien que él soñó realizar por la paz y la consolación del mundo, está admirablemente significado en los versos de *Miréio* (CXII). "Feliz de aquel que acepta serenamente el dolor y se consume en hacer el bien! Feliz de aquel que llora vien-

do llorar los demás y de sus espaldas echa el capote sobre la pobreza desnuda y pálida! Feliz de aquel que se rebaja hacia el humilde y que por librarle del frío hace brillar su hogar! Felices los sencillos, los buenos, los dulces! Al soplo de un viento ligero, ellos volarán al cielo tranquilos, y dejarán, cándidos como lirios, un mundo en el cual los santos son continuamente lapidados! Oh, si tu vieras, *Miréio* — exclaman las Santas — de las supremas alturas del empuje, cómo nos aparece mísero vuestro universo y cómo nos parecen locos vuestros fervores por la materia y vuestros miedos por el Cementerio! Oh, infeliz, tu gritarías: "Muerte y perdón".

La más noble nota de su armoniosa alma de artista la expresó él en "*Miréio*" su obra principal; en "*Calendau*" cantó la fuerza victoriosa del amor fiel; en "*Lis Iselo d'or*" (Les îles d'or) la atracción de las antiguas leyendas y canciones provenzales y las virtudes heroicas del pueblo de Francia; en "*Nerto*" la evocación del antiguo esplendor aviñonés; en la "*Reino Janno*" (Reine Jeanne) la gracia inebriante de la hermosa Provenza;

en "*Olivades*" (Lis olivado) su despedida a los lectores y al mundo.

"Sobre el mar de la historia tu fuiste, oh, Provenza, un puro símbolo, exclama — él en una concepción lírica maravillosa — una ilusión de gloria y victoria, que en la transición tenebrosa de los siglos nos deja ver un rayo de belleza".

Y para comentario científico de su obra poética, él juntó con infinito, amoroso cuidado, por largo trecho de años, en el Museo de Arlés, ideado por él, todas las principales reliquias de los tiempos sagrados de la Provenza, las representaciones plásticas en cera de las costumbres patrias, las "Buche de Noel", "Tarasque", las antiguas costumbres sencillas y elegantes del pueblo provenzal, hasta insectos, libélulas, chicharras, a fin de simbolizar el hermoso pasaje de su Provenza.

La noble figura de Federico Mistral vive, y vivirá en el recuerdo de todos y su poesía esparcirá el más suave perfume hasta las más lejanas generaciones.

Oreste CIATTINO

Un idilio en la niebla

Por G. Gramaccini

Celebrábase la fiesta de San Martín.

Eran las siete de la tarde y una densa niebla envolvía la ciudad de Dunkerque.

La estatua de Juan Bart hallábase rodeada de niños, los cuales llevaban en lo alto de largos palos linternas encendidas de diversas formas y colores.

Aquella tarde, un hombre de elevada estatura daba la mano a una encantadora niña rubia y la ayudaba a tener enhiesto el palo de la linterna que la criatura podía sostener a duras penas.

—Papá — dijo la muchacha —, quiero irme a reunir con esos niños que están ahí a la derecha.

La niña impaciente soltó la mano protectora para realizar su deseo; pero, falta de apoyo, cayó en tierra, abandonando la linterna y lanzando agudos gritos.

Antes de que el padre hubiese vuelto la cabeza, la niña había sido levantada por una mujer con el rostro cubierto de un denso velo.

—¡Muchas gracias, señora! — dijo el desconocido, saludando a la mujer, la cual, al verle, exclamó:

—¡Lorenzo! Desde cuando está usted aquí?

—¡Clara! ¡Qué feliz encontre!

—Entremos en casa. Esa niña está helada y hay que hacerle tomar en seguida algo caliente.

Clara Vanderstein dijo a la don-

cella, que la acompañaba que cogiese en brazos a la niña, y los cuatro entraron en una vetusta casa, situada en una de las calles inmediatas.

Las habitaciones estaban adornadas con tal lujo y elegancia, que Lorenzo no pudo dejar de exclamar:

—Veo, Clara que ha modificado usted de un modo notable su antigua casa.

—Tiempo he tenido para ello, puesto que hace años que soy su única dueña.

Después preguntó a Lorenzo:

—¿Cómo se llama esta hermosa criatura?

—María, como mi madre. ¡Cuántas cosas han ocurrido desde que nos separamos!

—Ya sé que se casó usted en la Martinica, y que presentó usted su dimisión de teniente de navío para dirigir una posesión de su suegra y de su mujer. Le habríamos dado a usted por muerto, si el notario Vauderterren no hubiese tenido noticia de su paradero.

—No me decidí a vender la casa paterna y vuelvo a ella para no abandonarla jamás. Hace tres años que murió mi mujer, dejándome solo con esa niña. Mi suegra había dejado de existir seis meses antes que su hija.

De pronto me asaltó el deseo de regresar a mi país, y después de

haber liquidado mis negocios, empecé el viaje de vuelta acompañado de este pedazo de mi corazón. Llegué a Dunkerque anteayer.

—Confieso — añadió Lorenzo Dekeyster — que me sorprende haberla encontrado a usted aquí. Hace dieciocho años que su padre de usted me dijo:

—Mi hija es una criatura encantadora, Lorenzo; pero te juro que nunca la casaré, y que cuando yo muera entrará en un convento.

—¿Y quién pudo hacer creer eso a mi padre? — preguntó Clara, que acababa de acostar a la niña en un sofá.

—Su propio egoísmo. El buen señor creía, sin duda, que sólo podía pretenderla a usted por su cuantiosa dote, y usted misma llegó a suponerlo también.

—Está usted en un error.

Lorenzo y Clara evocaron los pasados tiempos, y recordaron una conversación que habían tenido hacía ya muchos años.

Una noche, el oficial había preguntado a su amiga:

—Cree usted que una mujer juiciosa podría aceptar por esposo a un marino?

—¿Por qué no, si se le ama? — había contestado ella.

Al cabo de dos días, el padre de Clara decía a su hija:

—Lorenzo me ha encargado que le despida de tí, pues hoy mismo

ha salido precipitadamente para Tolón.

A la semana siguiente supo la joven que el marino había solicitado que le destinaran a la escuadra de Oriente.

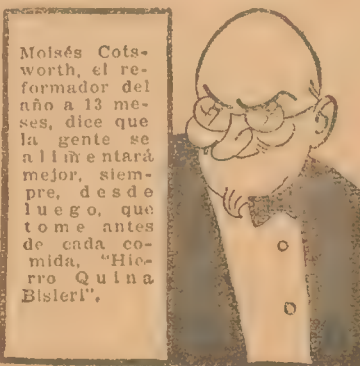
Lorenzo y Clara guardaron al fin silencio, y al cabo de un rato dijo el primero:

—No hay que mirar el pasado, y lo mejor será que reanudemus la conversación que teníamos hace dieciocho años. ¿Quiere usted servir de madre de María y ser mi esposa?

Clara harto emocionada para contestar, tendió una mano a Lorenzo, el cual imprimió en ella un apasionado beso.

Acto continuo trató el marino de despertar a María; pero Clara le contuvo diciéndole:

—Deje usted aquí a nuestra hija en mi compañía.



Melías Cotsworth, el reformador del año a 13 meses, dice que la gente se alimentará mejor, siempre, desde luego, que tome antes de cada comida, "Hicorro Quina Bistleri".

La venganza de Felipe

Por M. Proskauer

El maitre d'hotel del "Porridge" descolgó el audífono:

—¡Bueno! ¡Muy bien! ¿Inglés? Mandaré lo mejor que tenemos. — Colgó el aparato y dijo al mozo que esperaba junto al escritorio:

—Felipe: mande a la señorita Magdalena, que se presente inmediatamente en el cuarto 115. Quieren una camarera que hable inglés. Seguramente que habrá una propina extra aunque las señoras del 115 son muy exigentes.

—¿Son americanos ricos?

—¡Quién sabe! Seguramente unos nuevos ricos. Bueno; no nos incumbe; el "Porridge" es un hotel de lujo y no un plantel de educación. Además, el que alquile la suite en el primer piso, se puede limpiar las narices en las cortinas de Damasco, si le place, con tal de que pague la cuenta. Pero, ahora, a trabajar.

El mozo subió al cuarto de servidumbre del primer piso.

—Magdalena, ven acá un momento.

Una muchacha joven, delgada, bonita, salió al llamado.

—Anda, Magdalena; los americanos ricos del 115 quieren una camarera que hable inglés.

—¡Oh! — Magdalena hizo una mueca—. Ya las vi. Tan antipáticas. Berta se queja diariamente de sus exigencias.

—Pues no se puede remediar. El jefe lo manda; así es que, apúrate.

Mientras hablaban, aparecieron en el tablero señales de varios colores, y las muchachas que estaban en el cuarto salieron precipitadamente, dejándolo su almuerzo a medias. Magdalena entró al cuarto para cambiarse el delantal:

—Esta es una vida terrible. Felipe. Mira a las pobres muchachas, ni el almuerzo puede uno tomar en paz. Pero, en fin, bueno; ahora iré con las americanas. A ver cómo me va...

Felipe, poniéndole la mano en un hombro, dijo a Magdalena:

—Andate; ten paciencia. Nosotros también podremos tener suerte alguno de estos días.

—¿Cuánto necesitaríamos para salir de aquí?

—Para el principio tendríamos con 20.000 francos. Eso sería suficiente para abrir un pequeño negocio.

—¡Di de una vez un millón! — suspiró Magdalena.

La señorita Bloemfield se puso su monoclo y miró a la nueva camarera desdeñosamente:

—Se ve usted bastante bien; a

ver, voltéese. Tiene también hermosas piernas; yo no quiero que mi servidumbre me lastime mi sentido estético. ¡Mamá!... Vea acá un momento.

Mientras Magdalena seguía, con humildad, sufriendo inspección tan impertinente, entró del cuarto contiguo la mamá Bloemfield, una señora vestida con extremado lujo y muy vistosa, aunque las finas telas y los diferentes tintes de *maquillage* no le daban la apariencia por ella soñada.

—Bastante bien—dijo con su voz chillona—. Tú le dirás lo que tiene que hacer, Gladys. Fíjese bien: usted tendrá mientras nosotros nos alojamos en este hotel, que arreglar nuestro ropero, la ropa y limpiar los zapatos. Pero, especialmente, cuidará a *Suzette*.

Y, diciendo esto, la señora sacó de entre unos cojines de seda, una bola de lana café y blanca; es decir, un perrito japonés.

—*Suzette* vale dos mil dólares, y está muy consentida. Por todas las peripecias que le pasen a *Suzette*, haré responsable a usted y al hotel.

Magdalena vió de reojo a la perrita.

—Cada dos horas tiene que pasear a *Suzette* por el jardín: quiere decir, que en las escaleras la llevará usted en brazos y luego la pondrá con sumo cuidado sobre el pasto del parque. Los alimentos que tomará *Suzette* están escritos en este papel. Los pedirá a la cocina del hotel; pero tiene usted que probarlos antes, para que vea si están frescos y de buen color para que nuestro encanto no se vaya a enfermar. Después de cada comida le lavará los dientitos. Bueno; ahora, ordene mi ropero.

Tres días más tarde tenía Magdalena la tarde libre y salió del brazo de Felipe, su novio, a dar un paseo por el parque de Luxemburgo.

—Ya no puedo aguantar a esa gente—se quejó Magdalena—. Estas Bloemfields me molestan a propósito. La vieja es tonta y floja, pero la hija se divierte haciéndome renegar. Ayer le enseñé un vestido que tenía una mancha en la manga, y le observé que, poniéndole un puño nuevo, lo podía seguir llevando. Entonces me dijo:

—Yo no llevo vestidos remendados; ¿lo quiere usted?— Estaba estupefacta de su bondad—el vestido era primoroso—y le dije: —Sí, cómo no; si es que la señorita tiene la bondad—. Entonces ella se puso en un ojo su inseparable pedazo de vidrio, y dijo: —No, chiquita; la bondad no la tesgo—y

¡trás!—, raja el vestido de arriba abajo—. Yo no quiero que mi servidumbre use mis vestidos.

—¡Pobrecita!—la consoló Felipe—. Hay gente que no sabe ser de otra manera. Nuestro oficio no es agradable.

—Ya lo sé—replicó Magdalena—. No hace tan poco que sirvo en el hotel. Pero esas personas son intolerables. Oye más: hoy a medio día tenía yo que bañar a ese bicho, *Suzette*; pero a esto no le daba la real gana de meterse al agua y me mordió un dedo. Del susto pegué un grito, y entonces vino la señorita a ver qué sucedía.

—Dispense usted — le dije. — Nada más me asusté un poco, porque *Suzette* me mordió— ¿Qué barbaridad!—dijo la señorita—. ¡Lávele a *Suzette* inmediatamente la boquita!

Felipe exclamó, furioso:

—¡Esto ya es demasiado! Si se pudiera uno vengar de esas vejaciones. Pero si uso se queja, inmediatamente le quitan el empleo.

—¡Pues qué remedio! — repuso Magdalena—. Y estas Bloemfield deben de ser muy ricas. Ayer compraron brillantes, pulseras y un collar grande de perlas. Y las cuidan como a las niñas de sus ojos. Están pensando todo el día cómo pueden esconder las alhajas, pues en América tienen que pagar altos derechos por ellas. Quieren esconder sus joyas de tal manera que los aduaneros no las puedan encontrar.

—¿Y tú de dónde sabes todo eso, Magdalena?

—Pues porque ellas hablan todo el día de este asunto, y ayer le leyó la señora a la señorita un artículo de un periódico americano, y luego cambiaron de lugar las cajas con las joyas.

Felipe oía con atención:

—Oye: se me ocurre una idea—repuso—. ¿No pudieras encontrar el periódico ése de donde leyó la señora el artículo?

—Creo que lo puso junto con el papel de empaque en la bodega. Mañana en la mañana voy a ver luego. ¿Qué idea es esa que se te ocurre?

—Pues, bien a bien no sé. Pero, de todos modos, quisiera leer ese artículo.

Al día siguiente le llevó Magdalena a Felipe el periódico. Había mucho que hacer ese día, por lo que Magdalena no volvió a ver a su novio hasta en la tarde.

—Gracias a Dios, Felipe; ya pronto voy a estar libre de esta pla-

ga. Las Bloemfield ya salen mañana en la noche; recibieron un telegrama de Nueva York.

Felipe cogió bruscamente un brazo de la camarera:

—Oye; pero es que yo urgentemente me tengo que hacer conocido de las Bloemfield.

Magdalena lo vió azorada, y repuso, riendo:

—¿Por qué no? Tú puedes hacer tu visita y yo te presentaré muy ceremoniosamente; Gladys, permíteme que te presente al mozo Felipe, mi prometido.

—No seas chistosa, uchacha. Yo estoy hablando en serio. Yo necesito saber en dónde guardan las joyas que compraron. ¿Tú lo puedes indagar?

—¿Yo? ¡Imposible! ¿Pero qué es lo que piensas hacer?

—Nada malo, chiquita; te lo aseguro. Por lo pronto, oye bien: mañana en la tarde, cuando esté empacando sus petacas, cojes a la perrita, bajas con ella y me la das. Yo la escondo. Después de diez minutos subes otra vez y lloriqueas: —¡La perra ha desaparecido! Y, suceda lo que suceda, tú dirás únicamente que no sabes a dónde se fué el bicho. Después de media hora subiré yo con *Suzette* y diré la encontré en cualquier parte. Todo lo demás, déjalo a mi cuenta.

—Pero, Felipe...

—No hay peros; harás lo que te digo, y es posible que ganemos algo. Y, si no, tampoco perderemos nada. Bueno; hasta mañana en la tarde.

A la tarde siguiente entra asustadísima la camarera al cuarto 115, del "Hotel Porridge".

—¡Señora! ¡Señorita! ¡Me ha pasado una desgracia!

Gladys, algo asombrada, respondió fríamente:

—No haga tanto ruido. Usted no sabe si nos interesa a nosotros

—¡La perra! ¡*Suzette*! ¡Ha desaparecido!

Aventando el monoclo, Gladys, excitadísima al oír esa catástrofe, tomó el audífono:

—¡Que el director y el detective del hotel vengan inmediatamente al cuarto 115!

Mientras tanto, estaba Felipe en su cuarto y tenía a la perrita debajo de las sábanas de su cama:

—Estáte quieta. Tú tendrías que recibir una buena paliza por tus exigencias. Tu dueña te ha educado muy mal; bueno; ella no lo es-

ta mejor.

Después de transcurrida media hora escondió a la perra debajo de su frac, bajó por la escalera de servicio, pasó por el patio y el jardín y luego entró por el ancho portón principal con *Suzette* a la vista del público.

En el primer piso había gran alarma enfrente del cuarto 115, y se oían voces chillonas de mujer. Felipe se hizo paso a empujones por entre tanta gente y tocó fuertemente la puerta del cuarto. Gladys, llorosa, abrió la puerta; y Felipe, serenamente, dijo:

—Señorita, aquí está *Suzette*.

Dos gritos de alegría se oyeron.

—¡*Suzette*! ¡Tescro mío!

—No le ha pasado nada a la perrita—repuso Felipe.

Gladys cogió a *Suzette*.

—Mi pobre *Suzette*! ¿En dónde la encontró usted?

—Hace un rato oí de la pérdida, señorita, y bajé al jardín; y viendo que las rejas de los sótanos están bastante separadas para dar cabida a un perrito, entré a uno de los sótanos, y, efectivamente, allí encontré a *Suzette*.

Gladys se dirigió al detective:

—Como usted ve, señor, ya no hay aquí nada que hacer. Váyase; pero llévese a esta mujer, desobediente y descuidada.

El detective salió con Magdalena, la cual recibió de Felipe una mirada alentadora. Este, viendo que ya no tenía que hacer allí, hizo un movimiento para irse.

—Un momento—dijo Gladys, sacando algunos billetes de su portamonedas—. Aquí tiene su recompensa.

Muchas gracias, señorita. Pero me parece que las damas están empacando; si pudiera ayudarlas... pues como la camarera ya se fué... Tengo mucha práctica en empacar. El mes pasado vivió aquí la familia Rockefeller y estuvo muy satisfecha de mis servicios.

—Bueno—dijo con su voz desagradable la señora Bloemfield—. Si es que ha ayudado a los Rockefeller.

—Bien—dijo Gladys—, empaque la petaca grande; primero la ropa blanca y los zapatos.

Felipe, empacando ordenada y tranquilamente, en poco tiempo tuvo listo el baúl. Cuando hubo acabado preguntó:

—Tienen las damas bien escondidas las alhajas?

—¿Qué dice usted?—dijo Gladys.

—Pues las señoras de Nueva York siempre compran aquí joyas, por las cuales no quieren pagar derechos en América. La señora Rockefeller me permitió la ayuda a esconder las suyas.

—¿Y cómo?—preguntó interesada, Gladys.

—Pues de ninguna manera hay que guardar las joyas en los zapatos ni entre la ropa, como generalmente sucede. Tengo pensada una cosa nueva. Las piezas chicas, como anillos, las guardaremos en un

tubo de pasta dentrífica.

—¿Qué bien está eso!—exclamó Gladys—. ¿Pero cómo?

—Es muy fácil—contestó el mozo.

Y con una navaja abrió un tubo. Luego colocó entre la pasta un anillo y volvió a pegar el tubo de tal manera que no se notara el corte.

—Perfectamente—dijo Gladys—Ahora el prendedor. Tiene usted un talento maravilloso.

Un prendedor de brillantes desapareció en una caja de polvo y los otros anillos y pulseras en diferentes piezas de jabón.

—Ya puede usted irse—continuó Gladys—. Aquí tiene usted cien

gritó la señora Bloemfield.

—No, y tampoco me importa. Lo único que me incumbe es la lista de declaraciones.

—Ya la dimos por escrito—replicó Gladys—. Déjenos ya pasar.

—Al cuarto de junto, si me hacen el favor. Siganme y no hagan escándalo.

Y dirigiéndose a otro agente, el aduanero continuó:

—Jeffries, vea aquella petaquilla verde marcada "G. B. New York". Señoras, ¿me hacen el favor de dar me la llave? ¿No? Pues entonces tendré que hacer uso de mi llave especial, es igual... Ya está... A ver, Jeffries, déme un tubo de pasta dentrífica; no; un tubo rojo.



Cuatro semanas después decía Felipe a Magdalena:

—Oye, chica, pide mañana la tarde libre; quiero que em acompañes a un negocio.

Y al día siguiente, cuando ambos caminaban por la calle, Felipe explicó a su novia cual era el citado negocio:

—¿Te acuerdas del periódico americano que me trajiste con el artículo sobre derechos aduanales? Pues mira, de allí saqué una idea, y en este momento voy a ver qué resultado me dió.

Mientras tasto ya habían llegado Felipe y Magdalena al Consulado Americano. Parecía que Felipe ya era conocido allí, pues fué atendido inmediatamente por uno de los empleados; éste, después de buscar varios papeles, dijo a Felipe:

—La noticia que usted nos comunicó ha dado un magnífico resultado. A las señoras Bloemfield, que viajaban en el "Presidente Lincoln" les fueron halladas joyas cuyo valor asciende a cien mil dólares. Usted recibirá como gratificación el 25 por ciento; veinticinco mil dólares. Haga el favor de esperar un momento, voy por el cheque.

Y mientras el empleado regresaba, Felipe, cogiendo en vilo a su novia y dándole un tronado beso, exclamó:

—¿Qué viva la Aduana! ¡Viva!

¿Por qué vuelve a caer una bala que se lanza al aire?

Todos comprenden este principio cuando se refiere a cuerpos inmóviles, pero olvidan por lo general cómo se aplica a los cuerpos en movimiento. Se sabe que un cuerpo en movimiento no se detiene jamás, a menos que sea detenido por alguna otra causa. Se ve, en cambio, lanzar una bala al aire y se comprueba que ésta termina por detenerse. Esta misma observación se puede aplicar a casi todos los movimientos y algunos deducen por ello, después de un cierto tiempo se cansa y se detiene.

Sin embargo, esto no es así. Cuando se lanza una bala rozando la superficie del suelo, ésta no tarda en detenerse, pero no lo hace por el cansancio ni por la inclinación a detenerse, sino porque la resistencia del aire y su frote continuo se empeñan en detener su curso. La verdadera tendencia de todo cuerpo inmóvil es de permanecer inmóvil, lo mismo que la de todo cuerpo móvil es la de seguir en movimiento. Es, pues, la resistencia del aire la que detiene y hace caer a la bala.

dólares por su ayuda.

Felipe, deseándoles a las damas un buen viaje, salió. Al día siguiente pidió a su jefe dos horas de permiso, las cuales pasó en el Consulado Americano.

El transatlántico "Presidente Lincoln" había anclado frente al muelle de Nueva York. Por los pasillos de primera clase se oyen los gritos de los agentes:

—¡Pasar a la Aduana!

Y ahora les toca el turno a las damas Bloemfield.

—¿Nombre?

—Señora y señorita Bloemfield.

—¿Tienen algo que pague derechos... por ejemplos, joyas?

—Nada.

—¿Qué, no llevan alhajas?

—¡Bah, no nos moleste! ¿Sabe usted quiénes somos nosotras?—

¡Oh!

La señora Bloemfield se había desvanecido. El aduanero sacaba joyas y más joyas de los extraños estuches, poniéndolas en fila sobre una mesa.

—¡Esto es precioso, Jeffries!; que venga el avaluador. ¡Ah, "helo" Perkins, aquí está usted. A ver, ¿en cuánto avalúa usted todo esto?

—¡Hum! Pues todo junto tiene un valor de sesenta mil dólares, señor inspector.

—Muchas gracias, Perkins. Llévase todo esto y fijemos la multa correspondiente.—Y dirigiéndose a las damas, agregó el inspector:

—Bueno, esto estará ya listo. Ahora elijan ustedes entre pagar cien mil dólares de derechos y multa o dejarse confiscar las joyas.



En Rusia se acaba de inaugurar un servicio regular de pasajeros y correspondencia por medio de trineos movidos por motores en la Unión de las Repúblicas soviéticas. El nuevo servicio enlaza Cheborsary, el centro de la República de Chivash, con la estación más cercana de ferrocarril, regiones completamente incomunicadas anteriormente durante el invierno. Los trineos son metálicos y capaces para seis pasajeros. Pueden atravesar cualquier camino helado o ir a campo traviesa sobre la nieve blanda.

* * *

Una carta que escribió Lincoln en 1870 al Sr. Raymond, director del "New York Times", acaba de ser vendida en 7.800 dólares. Esta es la carta en que declaraba que no se había comprometido a la completa extinción de la esclavitud, que "no sostenía sin reservas que el negro fuera igual al blanco", y que nunca calificó al pueblo blanco del Sur de inmoral y anticristiano.

* * *

Noticias enviadas por la expedición que dirige el profesor Obruchaffs, dicen que ha sido descubierto un importante yacimiento aurífero en la provincia de Yakutsk, al norte de Siberia.

* * *

Una de las curiosidades más notables de la flora del Africa del Sur consiste en una orquídea cuya flor tiene arrollada una larga liana en forma de tubo, de la que se sirve para beber cuando tiene necesidad de agua, desarrollándola lentamente y sumergiéndola en el líquido, del cual está siempre cerca.

* * *

Hace más de cuarenta años que un gran filón de carbón se incendió cerca de la ciudad de Norman, sin que nadie hasta ahora haya encontrado el medio de extinguir este gigantesco incendio.

Cuando Alejandro Maskenzie descubrió la región en 1786 declaró ya que había encontrado un enorme yacimiento de carbón mineral que ardía en el interior de la tierra y emitía grandes cantidades de humo por los orificios abiertos.

Las depresiones causadas por el incendio interior de la tierra han provocado la formación de pequeños lagos que no son suficientemente grandes para extinguir el incendio que se extiende de día en

día, gracias a las diferentes ramificaciones del incendio.

Actualmente han llegado a Norman diversos peritos norteamericanos para estudiar este fenómeno e intentar encontrar un medio para extinguir el incendio y organizar la explotación del inmenso yacimiento de carbón existente.

* * *

Se han verificado pruebas con una canoa impulsada por cohetes que ha logrado alcanzar una velocidad de 35 millas por hora. Su inventor, Malcom Pope, ha manifestado que piensa próximamente realizar nuevas pruebas aplicando a la canoa cohetes de una potencia muy superior.

* * *

Según recientes estadísticas oficiales, el Japón aumenta en progresión tan creciente, que en 1880 contaba con 25 millones y en 1905, época de la guerra ruso-japonesa, llegaba a 50 millones; actualmente es de cerca de 70 millones. Sólo en los meses de enero, febrero y marzo del año próximo pasado, la población aumentó en más de 600.000 almas, calculándose que la progresión del aumento es de 171 por hora y aproximadamente de 3 por minuto.

* * *

La Comisión de la Sociedad Internacional de Socorros a los hambrientos chinos ha presentado su informe, relativo a las investigaciones que han sido practicadas en las provincias de Shan-Si Shen-Si.

En el mencionado documento se indica que asciende a más de cuatro millones el número de muertos a consecuencia de los terribles efectos del hambre, habiendo contribuido a ello las malas recolecciones desde el año 1927 y los rigurosos inviernos, que han impedido la prestación de auxilios.

También ha contribuido a estos tristes resultados el hecho de que los habitantes de esas provincias quemaron, para calentarse, los vehículos de que disponían y dieron muerte a los animales para alimentarse.

* * *

La nota característica de las grandes ciudades es el ruido, causante ya de nuevas enfermedades del sistema nervioso. En Nueva York se ha nombrado una Comisión encargada de acabar con las estridencias que perturban la vida ciudadana, tales como el remachar las armaduras metálicas de los edi-

ficios en construcción, el chirrido de los frenos automáticos, las bocinas y timbres innecesarios, sirenas, etcétera. También se suprimirán los molestos altavoces colocados en las puertas de los establecimientos,

* * *

Actualmente existen en el mundo 450.000 incunables. Alemania posee 160.000; Italia, 61.000; Francia, 55.000; Inglaterra, 25.000; Austria, 24.000, y los Estados Unidos de la América del Norte, 8.000.

Las bibliotecas mejor dotadas de incunables son las siguientes: Munich, 6.000; Nacional de París, 10.000; Museo Británico, 9.600; Nacional de Viena, 9.000; Nacional de Berlín, 6.000; Vaticano, 6.000, y Oxford, 5.000.

* * *

Cuando se repartan las hojas de empadronamiento para el nuevo censo de la población de los Estados Unidos, los cabezas de familia de Norteamérica se quedarán muy sorprendidos al leer una de las preguntas a las que tienen que contestar, y que acaba de ser introducida en el cuestionario de empadronamiento.

La pregunta es la siguiente: "¿Tiene usted instalado en su casa un aparato receptor de T. S. H.?"

* * *

Mediante un aparato llamado iconófono, dos personas desde sus respectivos domicilios, situados a milla y media de distancia, en Nueva York, han podido comunicar por teléfono, contemplando al mismo tiempo sus imágenes y movimientos.

El cuadro utilizado para esta experiencia ha sido sólo de siete pulgadas de alto por cinco de ancho.

La prueba se efectuó tanto en lo que se refiere a la visión como a la comunicación, en condiciones muy satisfactorias.

* * *

El día 30 del corriente Mayo el Sr. Hill se propone realizar el intento de atravesar el Niágara dentro de un barril. Este se construirá especialmente y estará completamente almohadillado para reducir al mínimum la posibilidad de la rotura de algún miembro. Medirá siete pies y medio por cuatro.

Con este motivo se recuerda que hace cuarenta años un inglés realizó la hazaña dentro de un barril, y aunque muy contusionado,

salió con vida. Hace unos dos años otro individuo se lanzó por las cataratas en una enorme pelota de caucho. El capitán Webb se ahogó al tratar de cruzarle a nado, y Blondin cruzó dos veces las cataratas sobre una maroma.

* * *

Se ha descubierto en los Estados Unidos una estratagema de que se sirven los contrabandistas de estupefacientes para ocultar materias de tráfico ilegal, como la cocaína. Se valen de las palomas mensajeras sujetando unas pequeñas cápsulas de aluminio, que contienen las drogas, a las patas de las palomas.

Cada una de éstas puede llevar estupefacientes por valor de cinco a diez dólares.

* * *

Veinte mil mil hombres y cincuenta mil cabezas de ganado es el número de víctimas que la India inglesa paga en tributo a la ferocidad de tigres y de leopardos.

* * *

El inventor alemán Max Valier está realizando pruebas de un nuevo "bólide" en Duisburg.

El coche que ha bautizado con el nombre de *Bak 5*, está movido por lo que puede ser llamado "la acción de rechazo" y por la expulsión de ácido carbónico comprimido, por medio de tubos de metal.

* * *

En Londres ha sido descubierto por un sabio investigador un "rayo blanco" que ilumina de modo suficiente los tejidos del cuerpo humano, facilitando el examen de un enfermo al comienzo de su mal.

* * *

El coral es una materia calcárea segregada por muchas especies de zoófitos, es decir, de seres que constituyen el límite entre los animales y vegetales. Los zoófitos que producen el coral son animales que se multiplican por una especie de gemación. De un pólipo brota otro, que contribuye con su porción de caliza que permanece fija, y después produce un nuevo pólipo.

De este modo los hermosos corales se constituyen por un medio natural; cada capa rodea y corona otra, y en el todo toma la forma de una copa, un abanico, un arbusto o una masa de musgo. Esta especie de musgo calcáreo se fortalece con una mezcla de materia animal córnea.

Cardenal colorado

Colorado cardenal!...
Que con tu fuerte silbido,
A despertarme has venido.
Colorado cardenal,
En la gloria matinal!...

En alegre amanecer
Tu silbido se levanta,
Porque en tí, un alma canta.
En alegre amanecer,
a la vida y al placer!...

La alegría de vivir
Es, que en tu alma se despierta,
Al salir de noche incierta.
La alegría de vivir,
Tu canción hace subir!...

Y tu canción sube al Sol,
Que tu copete ha encendido,
En alas de tu silbido.
Y tu canción sube al Sol,
Envuelta en bello arrebol!...

Colorado cardenal!...
Tu me llenas de poesía
Con tu encendida alegría!...
Colorado cardenal,
En la gloria matinal!...

Colorado cardenal,
Que entusiasmas con tu canto,
Comunicame tu encanto!...
Colorado cardenal,
Con tu flauta de cristal!...

Colorado cardenal!...
Tan rojo como el plumón
Es tu vivo corazón!...
Colorado cardenal!...
Nunca dejes de cantar!...

B. FIRPO Y FIRPO

Ennoblecer

Ennoblecer mi loca vida quiero
en una elevación definitiva,
cuando tú llegues, con tu gracia viva,
hasta la soledad en que te espero.

Eres consolación para el artero
dolor de mi honda herida rediviva,
y alumbra, como lámpara votiva,
el negror invernal de mi sendero.

Novia y esposa, hermana y compañera,
resucitas en mí la primavera
maravillosa de una nueva fe.

Por ello, amada siempre bendecida,
mi dichosa emoción agradecida
riba este verso que a tu altar alcé.

Oscar B. MOYANO EGUILUZ



D U D A

A mi amigo Adolfo Pacheco

El infinito amor de dicha creada,
Reposa entre tus brazos sin recelo.
Ni aun así, segura y conformada,
Miras con fe la gracia de ese Cielo.

Es monstruosa la duda cuando bate
Sobre el altar que la pasión anida,
Como el miedo que ruin en el combate,
Convierte al héroe en un vulgar suicida.

La duda es la flor de ese delirio
Que marcha en pos de la esperanza impía;
Sumisa esclavizada a su martirio,
Como la muerte cruel a su agonía.

La duda es un suplicio refinado,
Incubado por Dios en nuestra mente;
Para que eterno seamos condenados
Al poder de su ciencia Omnipotente!

De la duda surgimos a la vida,
Y en la duda vivimos doloridos;
Buscando con ahinco una salida
Para aplacar la sed de los sentidos!

Sin esa duda atroz que nos espera,
E inyecta al alma una inquietud profana;
Seríamos tal vez la calavera
Del tedio de esta vida oscura y vana.

Es en la duda, donde el hombre agita
Los más bellos matices de su ser;
Y los forja, los nutre y los medita,
En continuo y eterno amanecer...!

Es la duda, la esencia de la vida,
Que mantiene latente la ambición;
La ambición de vivir en esta vida!
Dónde solo es la muerte una expresión.

Sin esa duda, verbo de existencia...!
Podría el pensamiento delirar?
Tendríase la fe y la creencia,
Que el hombre necesita para amar...?

En la duda está Dios como tormento
Para tener despierto el corazón...!
En la Tierra y en todo el Firmamento
Está Dios en la duda como un guión...!

T. Rodolfo FERRAZZANO

Penas al viento

A veces mitigo
la pena que siento:
la transformo en canto
soltándola al viento.

En ondas sonoras
presto se dilata,
ya en mañanas de oro
o en noches de plata.

La pena se oculta
o se exterioriza
transformada en verso,
en llanto o en risa.

Dolor de una herida
te estás aliviando,
que han hecho sonriendo
y curo cantando.

Luis A. de LEON

Romance del caminito

Olvidado de la vida,
caminito, ¿con quién sueñas?,
acaso con quien te quiere
y sin quererlo te deja...

Caminito junto al río,
debajo de la arboleda,
no has conocido otro cielo
que las miradas de ella.

Pues con ella, caminito,
tenías la mejor fiesta,
y luz de amor y de sol
tenías con su presencia.

Te hallamos, en una tarde
lejana de primavera,
como una cinta de cielo
al borde de la floresta.

Ella no era mi novia.
Era una niña traviesa
que descolgaba los nidos
y libaba madre selvas.

Dulce como miel silvestre
su voz, sus palabras eran;
dulce como miel silvestre,
sabrosa como agua fresca.

Caminito, cuantas veces
te recuerdo, mientras rueda
nuestra vida oscura y triste
sobre mil calles de piedra.

Elías CARPENA

Más allá

Para FRAY MOCHO

En las ásperas rutas de la vida
Un día entré a rodar
En busca del olvido... Donde quiera
Que lo pudiera por mi bien hallar.

¿Es aquí? Preguntaba, con mis penas,
parándome a escuchar
la anhelada respuesta... pero el mundo;
más allá, contestaba, más allá...

Dejé atrás hondos valles florecidos,
me dispuse a luchar
y por tierras remotas, hasta el rumbo
perdí, para volver a comenzar.

Por todos los caminos mi pregunta
revelaba mi afán
Y en todos la respuesta era la misma:
más allá repitiendo, más allá!

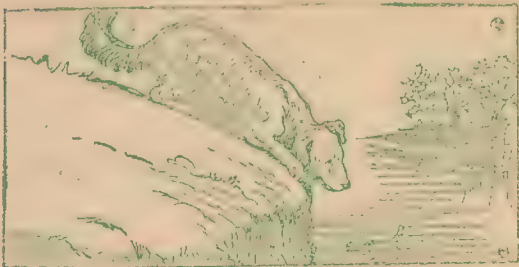
Más allá... alguien me dijo donde el mundo
no te sienta pasar...
Con tu lote de penas en el alma
Tu frente mustia, tu cansado andar!

¡Más allá! ¡Más allá! donde la vida
Tal vez no exista ya;
Donde todo se borra... hasta el recuerdo
De haber llegado: allí el olvido está!

María M. SAAVEDRA BASAVILBASO



PERDER LO CIERTO POR LO DUDOSO



Un perro una vez pasaba
otro río como el Duero,
y un pedazo de carnero
entre los dientes llevaba.

La sombra, que no era poca,
dentro de las aguas vió,
y por cogerla soltó
lo que llevaba en la boca.

Fué a asirla, y su desvarío
el perro al instante vió:
volvió a su carne y hulló
que se la llevó el tal río.

LOPE DE VEGA.

LA PALMERA Y EL OLIVO

Engreída, orgullosa, altiva y fiera,
una gentil Palmera
su pomposo penacho al aire daba,
y a un humilde aceituno desprecicaba
por no tener su erguida cabellera. . . .

"Mira mis trenzas—dijo—
y muérete de envidia al ver al hombre
buscarlas siempre con afán prolijo



cuando desea eternizar su nombre.
Mientras tú con tus hojas y ramajes
leña al fuego le das y leña sólo.
Rival yo excelsa del laurel de Apodo,
sobrevivo del tiempo al rudo ultraje,
y estimulando las ardientes almas
del mártir, de la virgen, del guerrero,
de cuántos héroes tiene el mundo entero,
premio a todos les doy y a todos palmas"

"En verdad que es así—dice el olivo—;
mas no por eso, con orgullo altivo,
en despreciarme cifres tu deleite,
que humilde como soy, produzco aceite
y alumbro los altares del Dios vivo.
¿De qué entonces allí sirven tus trenzas?
Para que te convezas
de tu vana altivez, sabe, hija mía,
que arde mi aceite allí de noche y día;
mientras al rayo de su luz contemplo
que esa tus palmas, con que así te embobas
le sirven solo al sacristán de escobas
para barrer el templo".

Nadie sea orgulloso, que es dislate
que con razón la fábula reprueba:
Dios al humilde y al modesto eleva
y al jactancioso y al soberbio abate.

Miguel Agustín PRINCIPE

FABULAS y APOLOGOS

LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO

(Pensamiento de la Fontaine)

A un labriego la fortuna
tanto le favorecía,
que una gallina tenía
singular como ninguna.

La gloria del gallinero
era la gallina hermosa...
Le costó muy poca cosa
y le daba buen dinero.

Tenía en ella un tesoro,
pues cada semana un día
un huevo sólo ponía,
mas era aquel huevo de oro.

Fuera el hombre de su centro,
decía el muy animal:—
—"No tengo duda, un caudal
tiene esta gallina dentro".



¿Pues no es una gran sandez
ir cogiendo de este modo
el oro, si puedo todo
cogérselo de una vez?...

Así, sin llegar a viejo,
de trabajar dejaré,
y en un momento seré
el más rico del consejo".

Esta idea sin reposo
al imbécil le trafa,
que era el hombre cada día
más bruto y más codicioso.

Y una mañana temprano
tanto el diablo le tentó,
que a la gallina mató
el grandísimo villano.

Abrióla por sacar fuera
el oro de aquella mina;
mas por dentro la gallina
era como otra cualquiera.

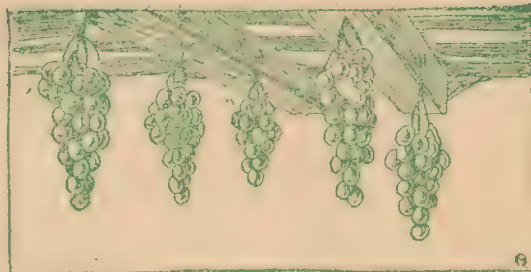
Su codicia castigada
quedó, lector, de este modo:
lo quiso de una vez "todo",
de una vez quedó sin "nada".

Con su inmoderado afán
de fortuna repentina
perdió el hombre la gallina,
la tranquilidad y el pan.

"Niños: vicio es la codicia
que cien males trae en pos,
y que lo castiga Dios
con su severa justicia.

Carlos FRONTAURA.

LA FRUTA PROHIBIDA



Mira: siendo yo muchacho,
había en mi casa vendimia,
y, por el suelo, las uvas
nunca me daban codicia.

Pasó este tiempo, y después
colgaron en la cocina
las uvas para el invierno;
y yo, viéndolas arriba,
rabiaba por comer dellas,
tanto, que trepando un día
por alcanzarlas caí
y me quebré las costillas

AGUSTIN MORETO.

EL COMPRADOR Y EL HORTERA

Cuentecillo forjado por deleite
parecerá, sin duda, la contienda
que se trabó en Madrid en una tienda
de vinagre y aceite.

Despachaba, en la calle de Torija,
líquidos un muchacho madrileño,
y otro, según la traza, lugareño,
fué por aceite allí con su vasija.



—Tú, cara de lechuza
—dijo sin aprensión el forastero—,
despáchame ligero,
lléname bien la alcuza.

—Cuando sepas hablar en castellano
—le replicó el hortera—
sabrás que lo que tienes en la mano
se llama la "aceitera".

—En toda tierra que garbanzos cria
—contestó el provincial enardecido—
alcuza siempre ha sido
y "alcuza" la nombramos en el día.

—En tierra—dijo el otro—de garbanzos
corre por aceiteras solamente,
y quien le ponga nombre diferente,
ha nacido entre malvas y mastranzos.

El patán en sus trece se mantuvo;
le rechazaba el hortera listo;
se incomodaron, y hubo,
por consiguiente, la de Dios es Cristo.

A las voces y apodos
cachetina siguió, larga y furiosa;
todo por una cosa
que se puede llamar de entrambos modos.

Fueril extravagancia
es, pero comunísima en el hombre,
no poner en disputa la substancia
y reñir por el nombre

HARTZENBUSCH.

LOS POETAS DEL PUEBLO

La vida triste y heroica de Milton

Para los que creen, suponen, piensan y afirman que los poetas son los eternos auxiliares de los poderosos, cuando no esclavos sujetos a la tutela de algún elevado mecenas, el ejemplo admirable del no menos admirable Milton, gloria legítima de Inglaterra, es la negativa más rotunda que puede oponerse a sus equivocadas afirmaciones.

No. No fueron siempre los poetas los más fieles aliados del despotismo y la usurpación. Hubo muchos que prefirieron una obscura e ingrata pobreza a la fortuna que les hubieran proporcionado los de arriba, figurando entre estos héroes el famoso autor de *El paraíso perdido*, cuya vida triste y heroica merece ser divulgada para conocimiento de muchos y estímulo también de muchos que en el curso de su existencia tiemblan y vacilan creyendo que el arte es una cosa distinta a la causa de toda la humanidad y a la de todos los ideales.

Probándonos lo contrario, con su valor sin igual surge Milton de la historia literaria, mostrándonos como uno de los luchadores más tenaces y entusiastas que ha tenido el mundo.

Hombre de convicciones sinceramente republicanas, deshecha su fortuna por haberla comprometido en las querellas religiosas y políticas que agitaban a la Gran Bretaña, se vio obligado a abrir un miserable colegio en uno de los barrios más pobres y sórdidos de Londres.

Allí, enseñando a los que no sa-

bían nada y plantando en sus almas la semilla de la cultura, sentíase más feliz que nunca, enterneciéndose su corazón de poeta con el espectáculo de aquellos niños que salían de la noche de su ignorancia gracias a él, que conmovido por la ceguera en que se tenía al pueblo, hubiera querido tener los medios suficientes para llevar la cultura a todas las almas, con lo cual la causa revolucionaria hubiera triunfado y triunfaría en todo el mundo.

Al mismo tiempo que ejercía aquel noble y hermoso apostolado, dedicábase a escribir libros y folletos contra el Rey, al que odiaba como a un símbolo aunque lo amara como a un hombre.

Era un puritano inmaculado y sin tacha y uno de los republicanos más entusiastas que han existido. Este entusiasmo le hizo a él —hombre de paz— tomar las armas y esgrimir las en favor de la causa que defendía, causa que triunfó, derribando la monarquía en Inglaterra y llevando al cadalso al desventurado Carlos I.

Cromwell, que tanto lo admiraba y conocía, lo nombró secretario suyo, cargo que desempeñó Milton con su rectitud acostumbrada.

Pero sobrevino la restauración, y el poeta fué encarcelado. Empezaba su calvario, que él seguía sin renegar de sus antiguas ideas, a las que continuaba siendo fiel. Antes de ser apóstata prefería la muerte, que hubiese recibido con la entrega de un corazón como el que latía en su generoso pecho,

siempre republicano y viril, tanto más viril cuanto mayores eran las desgracias que llovían sobre él.

En 1662 perdió la vista.

La noche se hizo en su alma; pero fué una noche llena de refulgentes estrellas que le hablaban de mundos desconocidos para los demás.

Aquellos mundos eran los de la fraternidad universal.

Y los de la paz y el amor uniendo a todos los hombres en un común y supremo anhelo de justicia y redención.

Gracias a su hija no murió de hambre. Aquella infeliz criatura era su auxiliadora más leal y constante. También era la más dócil. Y la más sumisa. Y la más buena. Escribiendo lo que Milton —¡pobre ciego!— le dictaba contribuía a que las obras del gran poeta no quedaran en el alma del bardo inglés, que, a semejanza de Homero, quién sabe si cegó para no ver las locuras y las luchas fratricidas y cruces de los hombres.

En aquella época angustiosa dictó a su hija *El paraíso perdido*, que es una de las obras más grandes que existen en la historia literaria.

Los rasgos predominantes en Milton fueron el amor a la verdad, a la justicia, a la libertad y al arte. Haciendo compatibles y armonizando estos amores vivió feliz dentro de su pobreza y de su desgracia. Vendía sus obras a los editores por un puñado de guineas, y se creía más rico que nadie porque era entusiasta, afable, optimista y confiaba en la salvación de la

humanidad. Estas dulces y puras ilusiones llenaban de luz su espíritu.

¡Bienaventurados los que creen bienaventurados los que esperan la hora de la justicia universal, que vendrá cuando los hombres despierten de sus locos sueños, y al despertar se conozcan, y al conocerse se amen y se abracen por encima de todas las fronteras y todos los obstáculos interpuestos entre ellos!

Milton era considerado como el mejor humanista que tenía Inglaterra. Su erudición abarcaba la filosofía, las ciencias naturales, las lenguas clásicas, las vivas y algunas del lejano Oriente. Cuando joven había recorrido casi toda Europa estudiando sin cesar. En sus luchas políticas, había empleado y gastado toda su fortuna, sin que le importara nada recordar en las tristes horas de su miseria su pasada opulencia ni su pasado bienestar. Era un estoico y un hombre de convicciones tan firmes como arraigadas. Como vivió quería morir, libre e independiente, sin unirse a la carroza triunfal de los poderosos ni arrancar a su lira cantos de adulación ni de servilismo.

Sintiéndose morir quiso escribir y escribió por mano de su noble hija—el poema de la redención humana. Este poema se titula *El paraíso encontrado*. Fué su última obra, pues a poco murió, dejando en la Historia una heroica estela luminosa, admirable y ejemplar.

Juan LOPEZ NUÑEZ.

LA LEYENDA DE LA SEDA

A creer la cronología china, el arte de criar el gusano de seda nació hace la friolera de cuarenta y siete siglos. Sin embargo, Hün Chin, autor de un sabio diccionario etimológico chino muy antiguo (el *Chue-nen*), que vivió en el siglo II de nuestra Era, afirma que los caracteres en los que entra el signo de la seda no se remontan más allá del siglo XII antes de Jesucristo.

Sea de ello lo que quiera, que poco importa, por ser imposible de comprobar, es preferible atenerse a la leyenda.

La cría del gusano de seda se debió al capricho de una mujer—¿cómo no?—, la del primer soberano de la China, hada caprichosa, ángel malicioso, princesa de porcelana, fantástica y coqueta, que entretenía sus ocios jugando con pétalos de flores y con alas de mariposas, y acechando el misterio de las transformaciones de los insectos, sorprendiéndose de ver nacer sucesivamente la oruga de la mariposa y la mariposa de la oruga, y

el intermedio enigmático de la crisálida adormecida como una princesita muerta en un sudario de vendas suavísimas.

Un hada benéfica debió inspirarle cierta tarde la idea de emplear sus finos dedos, de uñas largas y delgadas como élitros, en desenmarañar, como si fuese un ovillo, los hilos del capullo de un gusano de seda, aquellos hilos tan tenues, tan sutiles, tan vaporosos, que había de reunir un centenar de ellos para alcanzar el grosor de uno solo de sus regios cabellos de Mongolia.

Pensar que con aquellos hilos podía formarse un tejido maravilloso y desear ceñirse la preciosa tela que había de resultar, fué cosa de un segundo.

Con el gesto imponente de una emperatriz mimada y en tono vehemente de una niña consentida cuyos caprichos se obedecen sin discusión, exclamó en seguida:

—Quiero un vestido tejido con este hilo, un vestido tan sutil que pueda pasar a través de mi anillo nupcial.

Su mandato voló hasta las fron-

teras del país de los enanos amarillos más sútiles y más diestros que los Nibelungo de las leyendas nórdicas.

Por todas partes los jardineros cosechaban los capullos, suspensos, como nidos, de las moreras cargadas de moras; por todas partes se agitaron los dedos de las devanadoras, se vió danzar en los telares la lanzadera. Labor improba. ¡Cuánto hilo roto, cuánta trama deshecha! ¡Cuántos lindos ojos de almendra se apagaron para siempre por haberse aplicado en demasía a distinguir lo imperceptible!

La emperatriz, cansada de vestirse con pesadas pieles en invierno y con lienzo y cáñamos en verano, apremiaba a los artífices para que terminasen pronto su labor.

El regio capricho quedó satisfecho. La emperatriz tuvo un vestido tan fino, que podía encerrarlo en su anillo de bodas, y mantos y manteletas divinas, mágicamente bordados, como por diosas, con los pájaros más fantásticos y las flores más maravillosas que el ensueño de un poeta, hechizado y hechi-

cero, pudiera plasmar.

La China, instruída en su arte de trabajar la seda, orgullosa de aquel milagro casi divino, guardó celosamente, durante miles de años, el secreto de vestir a sus dueños y a sus dioses con una materia tan ligera como una nube, tan preciosa y aún más que la plata y el oro.

Leyes rigurosas, sancionadas con los más espantosos suplicios del infierno chino, prohibieron la exportación de la seda, del capullo, ni de la simiente...

Y ved, mujeres, que en las noches de verbena deslumbráis con la alianza de vuestros encantos y de la belleza de vuestro mantón, ¿sabéis a quién debéis que Europa conociese estas vaporosas y codiciadas telas de sedas? A unos monjes griegos que recorrieron el Asia, con el corazón palpitante, la mirada inquieta de temor, y llevaron a Constantinopla, en unas cañas huecas, unos rosarios de capullo de seda...

El Napoleón Rojo

El general Budenny refiere cómo llegó al mando del ejército soviético

Hace quince años el paisano Simeón Michailovitch Budenny, de la aldea de Polotvsk, lejana provincia de Voronege, recibió la orden oficial de incorporarse a su regimiento. Desde hacía algunos meses llegaban allí ecos de guerra; pero el documento oficial que llamaba a Simeón les dió consistencia de realidad.

Fué un día triste para la villa el de su salida. Tres años antes había concluido el servicio militar de ocho en Caballería y había regresado al seno de su familia y a sus tierras. Y era necesario abandonarlo todo. ¡Qué duro resultaba vivir en Rusia! No se podían cultivar en paz algunas parcelas. Así se lamentaba la población mientras bebía por la vuelta de su convecino.

Era hacia fines de 1914.

RUSIA ACLAMA A UN HEROE

Seis años después, en 1920, mientras los estadistas europeos estaban asombrados por la serie de catástrofes que ponían en derrota las fuerzas controrrevolucionarias mandadas por Denikine, Wrangel, Kolchak y los polacos, el pueblo ruso aclamaba a un nuevo héroe nacional, a un general rojo, llamado Simeón Michailovitch Budenny. Su nombre figuraba en las canciones; se ponían en verso sus hazañas; había entrado en la historia. Los militares europeos se preguntaban quién podía ser aquel Napoleón rojo. Sin él y sin sus temerarios regimientos de Caballería no habría hoy gobierno de los soviets en Rusia.

En las postrimerías del verano de 1919, cuando el fin del régimen soviético parecía ser cosa de días, Budenny se lanzó por las estepas de Kaban al frente de millares de jinetes astrosos y dió el golpe de muerte a los enemigos del bolchevismo. Los contrarrevolucionarios fueron aplastados y puestos en fuga.

En una año, hacia el otoño de 1920, aniquiló al ejército de Demikine, rechazó a Wrangel en el mar del Norte, y expulsó a las legiones polacas que habían invadido el suelo ruso. Después dirigió sus escuadrones más allá de las fronteras de la Unión Soviética, y antes de atacar Lemberg, en Galitzia, arengó a su ejército:

—Haremos la guerra hasta que todos los proletarios del mundo sean libres.

Y su ejército exclamó:

—¡Tomemos Varsovia! ¡Tomemos Berlín!

EL FIN DEL SUEÑO POLACO

Eso no era una amenaza vana. Era la expresión de la revolución

mundial prometida por los jefes rojos al pueblo ruso. Bien pronto el nuevo general se acercaba a las puertas de Varsovia y sus líneas se extendían hasta la frontera alemana. A la cabeza de sus ejércitos grotescos, él semejava un coloso, y su sombra se proyectaba por toda Europa.

En la primavera, Budenny volvió sus fuerzas móviles para atacar a los ejércitos polacos en Pultava. Los polacos habían invadido Rusia por el Sur y ocupaban casi toda la Ucrania, incluso Kíef, su capital. A fin de septiembre, el sueño polaco de un Imperio extendido desde el Báltico al mar Negro se había desbaratado. En noviembre, Budenny estaba a diez kilómetros de Varsovia, defendida desesperadamente por franceses y polacos. En este momento Trotski ofreció condiciones de paz, que los polacos aceptaron.

En el invierno de 1920 pudo repetirse la historia: el anónimo al-

deano Budenny habría podido imitar el ejemplo del corso, que se elevó al trono francés. Pero el aldeano de Polotvsk no conocía la historia ni el ejemplo. Sin embargo, los jefes bolcheviques en el Kremlin temían que supiera demasiado.

Budenny no tenía tales intenciones. Terminada la guerra civil, llevó sus escuadrones rojos a la plaza Roja de Moscú, y allí juró fidelidad al Gobierno, feliz porque podía volver a la obscuridad de que había salido. Pero Trotski, entonces comisario de la Guerra, y Lenin, jefe del Gobierno, no quisieron que fuera así. Budenny se había convertido en el símbolo del sacrificio revolucionario y del heroísmo sin par. No podía volver a su aldea.

Lenin le dió el mando de toda la Caballería de la Unión, con carta blanca para reorganizarla, y lo puso en íntima relación con el Gobierno. Vea Lenin claramente que algún día el Gobierno tendría ne-

cesidad de Budenny. Ese momento llegó: telegramas de Moscú hicieron saber no ha mucho que Budenny había sido encargado de los ejércitos movilizadas por los soviets por virtud del conflicto con China.

¿QUIEN ES BUDENNY?

Qué clase de hombre es Budenny? ¿Cómo ha pasado de su aldea al más alto puesto de la República? ¿Cuál fué su carrera? En mi viaje por Rusia he buscado la respuesta.

La leyenda que a él se refiere es de tal modo fantástica, que hay que proceder discretamente al elegir fuentes de información. El mismo Budenny me puso en guardia a este respecto. En definitiva, después de una interviú de tres horas que tuve con él en Moscú, en el Departamento de la Guerra, me dijo:

—La mayor parte de los hechos de que usted ha oído hablar en sus viajes, referidos a mí, son absurdos. ¿Cómo, por ejemplo, habría podido yo cubrir doscientos kilómetros en un solo día con mi ejército? Esto es inexacto, he ahí todo; pero comprendo que eso halaga la imaginación de los sencillos campesinos, como los de mi aldea de Plotovsk. El noventa y nueve por ciento de las historias sobre mis aventuras no tiene ninguna base de realidad.

Por eso yo voy a narrar algunos de los hechos de la existencia de Budenny, tal como él mismo me los ha descrito.

No es difícil comprender que los hombres lo seguían voluntariamente "al combate, a la gloria y a la muerte", como cantan los de prasnaya Konitsa. La frase "sencillo y sin afectación" le encaja perfectamente. Sus ojos azules miran placidamente; pero cambian de expresión con los pensamientos que pasan por su espíritu. Cuando habla de la bravura y del heroísmo de los budennistas (sus hombres) destellan sus ojos una alegría infantil; pero cuando habla de su caballo negro muerto a bayonetazos brillan de furor sus ojos.

LOS LAGOS MASURIANOS

La historia de su vida es la de un Cincinato sólo que en su caso los jefes rojos no le permitieron volver al arado, sin que lo elevaron a un puesto importante. A los veintinueve años fué reclutado y se incorporó a la Caballería. Su inteligencia le hizo lograr pronto un empleo de ordenanza del general de la división, y después los galones de sargento. Permaneció durante ocho años bajo banderas y tuvo ocasión de estudiar los rudimentos tácticos de la ciencia militar.

Los suicidios de Páncreas

Cuando Páncreas advirtió que no tenía dinero, trabajo ni esperanza, decidió morir. Era un muchacho taciturno que siempre había tenido ideas lúgubres. De la mesilla de noche sacó un revólver, puso la boca del cañón junto a la sien y apretó el gatillo. Pero era un arma muy vieja y el tiro no salió.

Páncreas tuvo una sonrisa de piedad, arrojó el revólver en el cubo del lavabo y buscó otra cosa. Para ahorcarse tenía el gancho de la lámpara que pendía del techo. Cogió una cuerda, hizo un nudo corredizo, lo preparó todo, y cuando ya estaba suspendido en el aire la cuerda se rompió. Utilizó otra cuerda más resistente, y esta vez fué parte del techo lo que se vino abajo con gran estrépito.

Vivía en un quinto piso, y se arrojó al vacío. Pero no llegó a caer. Quedó sujeto del adorno de un balcón del piso cuarto, de donde lo libertaron los bomberos.

—Emplearé otro medio — dijo Páncreas.

Se dirigió a la orilla del Sena y se arrojó al río. Pero la gente lo advirtió, y veinte personas se lanzaron a recogerlo y lo lograron.

—Me queda el veneno — se dijo Páncreas.

Entró en una farmacia y pidió alguna substancia tóxica para desembarazarse de un gato, según explicó. El farmacéutico le oyó con algún recelo, pero después de reflexionar le entregó un frasquito con un líquido amarillento y espeso.

Corrió a su casa, y sin quitarse el abrigo bebió el contenido del frasco y aguardó los efectos. Estos fueron muy distintos de los deseados, pues el farmacéutico tuvo la precaución de vender a Hilarión una substancia purgante.

—Decididamente — gimió el pobre Páncreas — la muerte no quiere vérselas conmigo.

En aquel instante llamaron a la puerta. Abrió. Era el cartero, portador de un pliego certificado.

Lo abrió y leyó:

"Notaría de Santiago Cornavin. Rodolfo Páncreas, fallecido en Bombay... Hilarión, único pariente... Herencia de dos millones."

¡Dos millones!

Cayó desplomado.

—¡Caballero! — exclamó el cartero—. No me ha firmado usted el recibo.

Pero Hilarión Páncreas no contestó; no volvió a contestar jamás. No firmó el recibo del pliego. La emoción lo había matado.

Henry MEGUIN

Volvió a su hogar, y llamado después a las armas a los cuatro meses de la guerra mundial, fué enviado al frente alemán. Vió allí a sus camaradas en los lagos masurianos; después de la gran victoria de Hindenburg, Budenny advirtió pronto que el ejército había sido traicionado y derrotado. La rabia se apoderó de su corazón.

Al producirse la gran crisis de 1917, Budenny estaba con su regimiento en el frente turco, cerca de Bagdad. Cuando llegó la noticia de la revolución a aquella región apartada del Asia Menor, Budenny hizo lo que varios millones de soldados rusos de la misma época: abandonó su regimiento sin esperar la desmovilización.

Budenny volvió del Asia Menor solo, a caballo huyendo de los caminos. Su objeto era verse en su hogar y vivir en paz; pero cuando llegó a su aldea, en febrero de 1918, ni había hogar ni paz. La aldea estaba en ruinas; el ejército de Denikin había pasado por allí. La guerra civil y el pillaje arrasaron el país.

Cuando algunos días después de su vuelta vagaba sin objeto por un bosque de Voronege con seis compañeros también desertos vieron sobre una altura un destacamento de fuerzas de Denikin. Budenny y sus compañeros no tenían más que un fusil, cuatro cartuchos, un revólver con siete proyectiles y un sable. Con estas armas los siete hombres esperaron la noche y atacaron al destacamento mientras dormía. Con el pavor de un despertar semejante los contrarrevolucionarios huyeron.

En un carnet de bolsillo, Budenny me lee el botín de aquella noche: cuatro ametralladoras, doscientos setenta y cinco caballos, trescientos sesenta fusiles, diez y seis mil cartuchos y ocho prisioneros, que se unieron a él. Además, víveres en abundancia.

Se encontraba en una situación singular. Tenía armas y municiones; pero hombres catorce solamente, fuerzas insuficiente incluso para abordar los caballos capturados.

Y entonces lanzó desde su aldea de Polotowsk un llamamiento que pronto resonó en toda Rusia: "¡Proletarios, a caballo!"

Antes del 26 de febrero había reunido sesenta hombres, armados y equipados con el botín. Este fué el principio de la famosa *budennvskaya honarmia* (los caballeros de Budenny), que vino a cortar la contrarrevolución y la invasión extranjera. De todas las aldeas de los alrededores llegaban hombres a ofrecérsele. Al terminar la primera semana mandaba ya doscientos cincuenta.

La banda combatía a todos los destacamentos que encontraba. Vivía en el bosque, y no salía más que por la noche para caer sobre los pelotones del ejército de Denikin o los grupos de francotiradores. Los dispersaba y se apodera-

ba de sus armas y municiones. Cuando tuvo ya reunidos 350 hombres se decidió a un golpe de audacia: un ataque nocturno a un regimiento de 3.000 hombres del ejército de Denikin.

Probablemente esto decidió el régimen bolchevique en Rusia, aunque los jefes comunistas no lo supieran. Budenny me dijo:

—Yo me jugaba en este combate el todo por el todo. Si ganaba podría reunir bajo mi mando millares de hombres y organizar un ejército. Si perdía, perdía hasta el derecho a la vida.

Venció. A favor de las tinieblas atacó por sorpresa al regimiento y lo derrotó.

Aun lo imprevisto vino a contribuir. Muchos hombres del regimiento escaparon; otros perecieron; pero un grupo de 2.000, que conocía el valor de Budenny, desertó de las filas de Denikin. Por

atribuía al mal gobierno del Zar. Tenía la evidencia de que los Denikin, los Kolchak, los Idenich, no valían menos que los que empujaban a los escuadrones en los lagos masúricos. Se decidió a probar su suerte con los soviets. A principios de 1919 había reunido una fuerza de 15.000 caballos y resolvió entrar en la lucha.

Moscú estaba en peligro. Los restos del ejército de Kolchak vagaban por las montañas del Ural. Idenich amenazaba a Petrogrado. Al Sur, Denikin había conquistado casi toda la Ucrania. Había tomado Kardof y avanzaba irresistiblemente sobre Moscú. En 1919 estaba a las puertas de Kursk, a quinientos kilómetros de la capital. Tomó Kursk después de infligir una sangrienta derrota al ejército rojo.

En el Kremlin, Trotski, dramatizaba la guerra. Cuando Denikin

y gritó a sus hombres:

—Vamos a ganar esta guerra. Era Budenny. Recordó los débiles esfuerzos de Rusia contra Alemania. Contestaron sus tropas entonando una canción marcial:

"Codúcenos, hermano; llévanos al combate, a la gloria o a la muerte. Llévanos a la lucha, pues la vida es lucha también".

Así dice la "Marcha de Budenny".

HAIRAPOS A CABALLO

El grito de Budenny: "¡Proletarios, a caballo!", resonaba dondequiera que se presentaba él a la cabeza de sus tropas. Dejaban sus granjas los campesinos. Los ocheros de punto cogían el caballo y se incorporaban al Ejército. Escuadrones de cosacos de Denikin desertaron y se unieron a Budenny.

Budenny, al tomar Karkof, la nueva capital de Ucrania, entró en la ciudad a la cabeza de un ejército como no se había visto nunca; una masa grotesca, destrozada, provista de armas de los más diversos géneros, hoces, hocas, fusiles y ametralladoras cogidos a Denikin. Hocas y hoces servían de lanzas. Los sables desnudos colgaban de las sillas. Sobre los caballos iban fusiles de todas las marcas, rusos, franceses, ingleses, tomados a los ejércitos contrarrevolucionarios.

El secreto del triunfo de Budenny fué su audacia sin precedentes y su valor temerario. Ignoraba casi por completo la estrategia militar; tenía la suya propia. Se presentaba con fuerzas de gran movilidad en los sitios donde menos se le esperaba; daba un golpe rápido, enérgico, y volvía a ocultarse en los bosques. Su frente alcanzaba a todos lados.

FE EN LA INSTRUCCION

En una reunión del Comité Central ejecutivo de todas las Rusias, con ocasión de estarse discutiendo proyectos de electrificación del país, tomó la palabra:

—¿A qué viene todo este debate sobre la electrificación? No necesitamos electrificación, sino "caballización". No tenemos bastantes caballos para el Ejército.

La "caballización" de Budenny hizo fortuna. Todavía se habla de ella en Rusia.

—La instrucción—opina—es lo más grande de que el hombre tiene necesidad. Es la esperanza del pueblo. Veréis lo que es nuestro pueblo en pocos años. Se aficiona a la instrucción como el cosaco al caballo: la devora. Conozco el alma de mi país. Désele una oportunidad, y se pondrá a la cabeza del mundo.

SAMUEL CHAN.

LA SELVA

Aquéllos árboles indios cuyos ramajes entrelazados dan a las selvas inexploradas y vírgenes aspectos de monumentos; aquellas sombras que se caen de súbito, como desvestidas por el mágico arte y devoradas instantáneamente por los profundos abismos; aquellas diáfanas evaporaciones surgidas al beso de la primera luz, y que recuerdan nubarrones transparentes o cristalinos océanos; aquel rápido paso de la noche al día, en que un estruendo de notas fragoroso estalla y una catarata de vida nueva cae por doquier y lo inunda todo bajo diluvios de calor y electricidad; los desperezamientos de numerosas especies; el despertar de insectos cuyas alas multicolores forman volanderos cambiantes iris; las bandadas múltiples de aves con plumajes increíbles como sedas y piedras preciosas adornadas y ceñidas; los innumerables reptiles con lacas por pieles, de un brillo indefinible, arrastrándose sobre las camas de sorgos y entre los cañaverales de bambúes, cuyos cuerpos ora se ciñen y enroscan a las palmeras, ora levantan sus ojos magnéticos y sus purpúreos áspides mientras las águilas revolotean por el cogollo de los cocoteros; todas estas particularidades tan extrañas, que nos parecen odiosas y hasta repulsivas, por ajenas al medio ambiente nuestro y extravagantes en el modo que tenemos nosotros de sentir la naturaleza, andaban errantes de labio en labio por los pueblos que guardan la cuna de los astros y de los dioses.

José ECHEGARAY

la noche era jefe de una fuerza imponente.

Cambió desde entonces su táctica de guerrillas. Presentó batalla en pleno día a fuerzas superiores. Su ejército aumentaba; pero él no daba cuenta a nadie. Era un capitán de bandidos que combatía a todos los adversarios, amigos o enemigos.

SE UNE A LOS SOVIETS

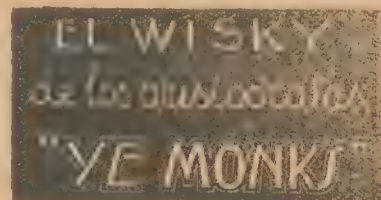
Igualmente se, levantaron en otros puntos de Rusia jefes de partida que recorrieron el país: Machino, en el Donetz; Petlura, en Ucrania (fué asesinado en París hace unos años); Bulak Bulakovich, Hetman Zeleni, Ataman Shoropadski, el general Seminof, en Siberia (quizá este Seminof es el que organiza en China las fuerzas blancas contra Rusia).

Budenny se acordó de la traición de la Caballería; no había olvidado la humillación de Rusia, que

tomó Kursk y empezó a avanzar sobre Orel, Trotski lanzó uno de sus famosos manifiestos: "Orel es el Verdún rojo. ¡No pasarán!" Pero en menos de tres semanas Orel caía y a Denikin lo separaban solamente trescientos kilómetros de Moscú.

Se produjo entonces un acontecimiento que petrificó de asombro a Europa. Un ejército cuya existencia era desconocida aun para los bolcheviques atacó en Kursk la retaguardia de Denikin, barrió sus tropas de esta ciudad y dividió en dos su ejército concentrado en Orel. Pronto toda la línea de Denikin, desde el mar Negro a Orel, se rompió en varios trozos al ímpetu del ejército surgido inopinadamente.

Cuando el ejército que había rechazado a Denikin de Kurst entró en la ciudad, su jefe, en la plaza Mayor, a la cabeza de la columna, se alzó sobre los estribos





EL MILAGRO

Desparramados por las rotativas a los cuatro puntos cardinales del planeta, los ecos de la fastuosa solemnidad iban pasando por sobre las ciudades indiferentes y al dejar atrás los penachos de humo de las altas chimeneas de las fábricas donde se forja una parte de la grandeza argentina, llegaban hasta la campaña, turbando la quietud habitual de los sitios rurales y sorprendiendo al paisanaje con los sonos de las músicas marciales y la gritería de los entusiasmos delirantes.

La pobre gente campera, que con su tributo al fisco había contribuido a costear el fausto faraónico de la grandiosa ceremonia, oía hablar de evocaciones milagrosas, de guerras ganadas por la fe en una santa imagen, de pueblos conquistados por inspiración divina, de unos graves señores investidos de soberanía popular que se ponían de pie en señal de rendido homenaje a la generala de los ejércitos de San Martín; oía el relato de fiestas magníficas, de orquestas magistrales, de recepciones olímpicas, de bailes resplandecientes, de banquetes y comilonas pantagruélicas y de una caravana de gobernadores de insulas Baratarias, que con la misma decisión, con el mismo entusiasmo y con la misma ardiente fe que ponía alas a aquellos sublimes cristianos que iban por el desierto, camino de Constantinopla, a conquistar la Cruz, llegaban al país de las montañas, de las uvas y de los coyuyos, a caer de bruces a los pies de la adorada Virgen...

Pero de todo eso, el paisanaje no entendía un pito. Escuchaban la lectura de las crónicas casi con rabia, porque su escasa facultad ideológica no les permitía desentrañar el significado de esa extraña resurrección medioeval, de ese portentoso paso atrás que los retornaba a la época remota de los milagros y de las revelaciones de cosas del otro mundo, que para muchos no existían ya sino como un recuerdo de tiempos oscuros, en que viejas embausteras y sacerdotes vividores explotaban la ignorancia, inventando novelas que luego le colgaban a la primera imagen de palo que hallaban a mano.

—Yo,—dice uno de los paisanos, un hombre gordo y que a pesar de su pescuezo de toro no se consideraba con tragaderas bastante anchas para apechugar el milagro de las batallas ganadas por la Virgen de Cuyo,—no creo en nada de eso. Es un cuento...

—¡Usted es un incrédulo! ¡Usted es un mal cristiano!, le responde el mayordomo de la estancia, que de pie y recostado en el marco de la puerta

usted es de los que creen que Chile y el Perú le deben su independencia a la Virgen de Cuyo? ¡Pues... arrégleme las cuentas inmediatamente, que me voy de la estancia!

—¡Por eso no más?

—¡Y le parece a usted poco? Veo que se está agravando la memoria del coloso que nos redimió de la esclavitud. Y siento ya que mi sangre argentina comienza a hervir... ¡Si me quedo, va a pasar algo!

scándose a solas y meditando sin encontrar un recurso que hiciera renacer en las filas de sus aguerridos batallones, el ardor, la fe en el triunfo y el amor en el combate.

Una tarde, en uno de los altos que la tropa hacía para reponerse de las fatigas de la marcha, por curiosidad el general llegó a un rancho, y por curiosidad también empezó a escrutar con la vista todos los rincones de la habitación.



de la cocina ha escuchado con interés la conversación de los penoos.

—Seré todo lo que usted quiera. Pero nadie me quitará de la cabeza que las victorias del ejército de Los Andes se la debemos a San Martín y a sus bravos granaderos. ¡Estaría bueno que ahora los curas metieran la pata y pretendieran quitarle glorias al gran capitán para echárselas... ¿a quien? A una muñeca, como cuentan que dijo un doctor? ¡No, hombre! Tengamos un poco de juicio, porque si los gringos se enteran que andamos haciendo el papel de beatas, nos van a tomar para la chacota...

—Está visto,—replica el mayordomo,—que el hombre está influenciado por los masones o por el demonio...

—¿Quiere decir, entonces que

—Muy bien. Esta misma noche le arreglo sus cuentas. Pero antes va a escuchar el relato de un episodio sentimental, algo así como un romance de amor, que se cierra con el dorado broche...

—¿De un milagro?

—Precisamente De un milagro de esa virgencita que usted mira con tan encarnizada ojeriza. ¿Quiere que se lo cuente?

—Vamos a ver...

—Bueno. Sucedió que el ejército no incurrió en actos de indisciplina, pero remoloneaba. El cansancio iba batiendo el entusiasmo de los soldados. Y el general estaba triste. El desgano de sus granaderos, en el momento en que se disponía a cruzar la cordillera, lo tenía seriamente preocupado. Largas horas del día se lo pasaba pa-

De repente fijóse con atención en un objeto que estaba encima de una repisa. Era una virgen chiquita, tallada en madera de sándalo y vestida a la usanza valenciana. Por su propiedad, el Libertador supo que aquella era la Virgen del Carmen y, averiguando más, llegó a enterarse de su procedencia: La imagen había sido llevada allí desde Misiones y el autor de la escultura, que revelaba a las claras las imperfecciones de un arte embrionario todavía en este país, era un pobre misionero que había rendido su alma a Dios sin sospechar siquiera que su obra había de pasar a la posteridad entre clarinadas de entusiasmo y homenajes delirantes de misticismo recalentado y coronada su frente con una fortuna de cerca de cien mil pesos en oro y pie-

dras preciosas...

El general meditó un instante y como si hubiera hallado en la imagen la solución del problema, su rostro se animó con los arabescos de la sonrisa, y esa misma tarde estimuló la fe religiosa de sus soldados, invocando en su presencia la protección de la santa y haciendo que los regimientos juraran ante el altar improvisado en el rancho. Los soldados, que por apego a las tradiciones mantenían vivo en sus pechos el fanatismo importado por los colonizadores, creyeron en el fervor del general, creyeron en el milagro que podría operar la demanda de auxilio divino... ¡y juraron!

Lo demás lo saben todos. Lo dice la historia. El ejército cruzó Los Andes, peleó, venció y afianzó la libertad de medio continente...

—¿Y el milagro?

—Ahora viene. La dueña de la Virgen tenía una hija, una joven morena, de ojos renegridos, labios rojos como claveles reventones y una gracia incomparable, tentadora, provocativa, que hacía perder la chaveta a la legión de paisanitos que como moscardones zumbaban

en torno suyo, deshaciéndose en requiebros de amor. Pero ella ¡maldito el caso que les hacía!

Cuando el ejército acampó en las inmediaciones de su casa, dos nuevos adoradores comenzaron a arrastrarle el ala: eran el asistente de un coronel y el trompa de órdenes, un tappecito correntino el primero y un negro de prominentes labios y mota pegada el otro.

La joven se mostró esquiva a los galanteos de los milicos durante unas cuantas horas; pero al fin el tape la rindió, y una noche, bajo la parra, a la luz de un claro de luna, las dos almas enamoradas se juraron eterno amor y sellaron el compromiso con un beso tan sonoro que despertó a la vieja, que dormitaba en un banco, a corta distancia de los novios.

Poco después el asistente marchó a la guerra con su coronel y la joven quedó en su rancho anegada en un mar de lágrimas. Lo vió partir, lo vió alejarse, vió como su silueta se perdía en el confín y cuando ya las últimas líneas de la retaguardia del ejército desaparecían entre la polvareda del

camino, corrió a las casas y, llorando como una Magdalena, se postró a los pies de la santa y le hizo una promesa.

Sí, una promesa. "Virgen santísima:—imploró,—Yo, que te adoro, pídate que hagas el milagro de velar por él! ¡Ampáralo y sálvalo de la muerte, que después que termine la guerra, cuando él retorne a cumplirme su compromiso, yo, en pago del milagro, me cortaré las trenzas y las depositaré en tu altar, te encenderé velas durante un mes, mandaré rezar una novena y caminaré a pie... hasta Europa!"

La Virgen no respondió, pero a la enamorada le pareció notar que le guiñaba un ojo, como diciéndole: "No te aflijas, que el tape volverá".

Y efectivamente, volvió, al tiempo, después de concluídas las operaciones del ejército. Pero, ¡cómo estaba de cambiado! Le faltaba un brazo y una pierna. Caminaba afirmándose en un par de muletas. Y, para colmo, un trozo de granada le había arrancado media quijada. ¡Estaba hecho una lástima!...

La joven se sorprendió al ver a su novio en semejante estado,

y, en vez de correr a su encuentro, le volvió la espalda y le cerró la puerta.

El inválido sonrió, bajó la cabeza y se alejó del rancho.

Esa misma noche, en sueños, la joven tuvo una visión. En medio de un nimbo de luz vió a la Virgen que le reclamaba el pago del milagro. "No, —le alegaba la joven.— Eso no puede ser. Hay trampa. Ese asistente que me devuelves será muy bueno como reliquia, pero es demasiado grande para llevarlo en mi escapulario".

La santa insistía: "Eres una tramposa. Tú me has pedido que lo retornara vivo. ¿Acaso no he cumplido?"

Y la joven replicaba: "Sí, vivo, pero no hecho pedazos. Le falta una pierna, le falta un brazo, le falta media carretilla. ¿Y supones que un hombre en semejantes condiciones puede ser buen candidato para marido? No, Virgen amada; yo no cumplo la promesa. Ese hombre es hoy un inválido, un ser inútil, un estorbo. Además, a mí ya no me gustan los asistentes. ¡Yo quiero ahora... al trompa de órdenes!"

L. F. CHURRUARIN.

El alimento de las plantas

Las plantas, como todos los seres vivientes nacen, crecen, se reproducen y mueren.

Durante el período germinativo, en el momento en que la energía vital se despierta en el embrión, las materias de reserva ayudan a la nutrición del vegetal naciente.

Después, cuando las hojas y las raíces han aparecido, el joven retoño, irremediablemente delicado, vivirá a sus riesgos y peligros. Y mientras que las ramificaciones subterráneas desarrollan su superficie de absorción, el tallo crece en la atmósfera con sus recientes hojas, respirando, transpirando y asimilando.

Lo mismo que el animal salvaje, la planta debe asegurar, ante todo, su subsistencia, para constituir, sostener, aumentar y reparar sus órganos.

¿Será necesario decir que su crecimiento y su desarrollo dependerán (igual que para los niños) de la proporción y de la calidad de los alimentos? Pero ¿cuál es el alimento necesario a un vegetal? ¿Y de dónde lo saca? "Dime de qué estás hecho, y te diré lo que comes", pensarán los biólogos. Un sencillo análisis les demostró que de ordinario se cuentan catorce elementos constitutivos de una planta.

Primero, el carbono, el oxígeno y el hidrógeno, que le son suministrados por el aire y por el agua; después, el nitrógeno, y por últi-

mo, las otras diez materias minerales: fósforo, potasio, calcio, sodio, cloro, magnesio, azufre, silicio, hierro y manganeso, todas ellas suministradas por la tierra.

Es necesario, por lo tanto, considerar la planta como un maravilloso transformador que, cogiendo a la vez en el aire y en el agua las materias inertes, organiza éstas en una incomparable sustancia viviente.

Sin embargo, hay que averiguar si la naturaleza previsora no deja nunca carecer de nada a los productos de su suelo. En otros términos: ¿Debe la planta pasarse a veces sin "comida"? Es cierto, como queda dicho, que sus tres principales elementos nutritivos (el carbono, el oxígeno y el hidrógeno) los encuentra en el aire, inextinguible depósito cuya provisión se renueva sin cesar de ella misma. Respecto al magnesio, al silicio, al cloro, al azufre, al hierro, al sodio y al manganeso, la mayoría de las tierras contienen proporciones suficientes.

Quedan el nitrógeno, el ácido fosfórico, el calcio y el potasio; de éstos se puede decir que el suelo no es siempre un buen proveedor. Así es que la planta puede tener hambre y no poder satisfacer su apetito. Si el niño y el animal saben hacer conocer sus deseos de nutrición, ¿cómo puede el vegetal reclamar la suya? Tratándose de plantas o de animales, hay

una prueba cierta de la satisfacción orgánica: el ligero exceso de alimentos sin consumir. Seguridad absoluta e incontestable, si todos los elementos están representados en el sobrante de ración. De donde un medio de averiguación formal, de subalimentación vegetal, el análisis de ese gran almacén de abastecimiento, de ese gran laboratorio donde se elaboran los principales alimentos nutritivos, o sea la tierra.

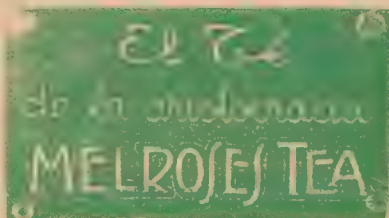


Una ciudad sumergida

Según una noticia de Nueva York, tres "destroyers" han sido enviados por el Ministerio de Marina de los Estados Unidos para comprobar la exactitud de un rumor, según el cual cerca de la isla Nueva Providencia, perteneciente al archipiélago de las Bahamas, ha salido un islote del mar como consecuencia de una sacudida sísmica submarina. Los buques de guerra enviados han efectivamente, encontrado en aquella región una isla que no consta en ningún mapa; pero la más interesante del caso es que se han descubierto en ella las ruinas de una ciudad que debió ser bastante populosa y que se supone es de gran antigüedad. Se está preparando una excursión científica para escrudinar los restos.

Muebles fabricados con Algodón

La prensa de Londres hace grandes elogios de un invento hecho por un habitante de aquella capital que consiste en la preparación de una pasta conteniendo el 90 por 100 de algodón y que se presta admirablemente a la fabricación de muebles y casas, en sustitución de la madera, que resulta mucho más cara. Según manifestó el inventor a los reporteros que le han entrevistado, esta "madera sintética" puede moldear, tornear y aserrarse lo mismo que la madera legítima; se le puede dar por medio de barniz la apariencia de cualquier madera fina, como caoba, nogal, etc. es impermeable y no se deteriora bajo la influencia de la intemperie. Su duración es por lo menos igual a la de la madera y como quiera que resulta mucho más barata que esta última, se supone que producirá una verdadera revolución en el mercado.



Genialidades de Hombres Célebres

Luis XI de Francia

He aquí un Rey: Luis XI de Francia. Pocas vidas tan paradójicas como la suya son posibles, por las grandezas y las pequeñeces, mejor dijera ruindades, que la Historia le atribuye, fué, según un historiador tan imparcial cual compasivo, "más mentiroso que discreto, previsor menos por prudencia que por miedo; desconfiado de todos los hombres por creerlos semejantes a sí mismo; vengativo, pero prefiriendo las venganzas ocultas a los golpes de Estado".

Bárbaro y rebuscado en su crueldad, quiso que la sangre del desdichado conde de Nemours, su compañero de andanzas y alegrías juveniles, corriese, después de horrendo suplicio, por encima de los hijos de la víctima, atados al pie del cadalso. Igual desdicha cupo a la duquesa d'Armagnac, que vió a su esposo morir asesinado en sus propias rodillas. No satisfecho con esto Luis XI, la hizo envenenar, y para que nadie pudiese contarle, por su orden el Cardenal Albi, a quien llamaban "el Diablo de Arras" muy merecidamente, mandó saquear e incendiar la población de Lectoure, donde la tragedia se había desarrollado, y degollar a sus moradores, de los que apenas si quedaron media docena entre hombres y mujeres por una verdadera casualidad. Pérfido y cobarde en sus resentimientos, se le atribuye el envenenamiento de su propio hermano. Su bufón—según cuenta Brantôme—le oyó rezar un día en Clery de esta suerte a Nuestra Señora:

"Buena Señora, amita mía, mi gran amiga en quien siempre confié, ruégote que intercedas para que Dios me perdone la muerte de mi hermano a quien he hecho envenenar por ese perverso abad de San Juan. Yo me confieso a ti como a mi buena abogada y dueña; pero también, ¿cómo lo hubiera yo pasado si no? No hac'a él más que incomodar mi reino... Consigue, pues, mi perdón, que yo sé lo que te daré..."

Verdad o mentira esta anécdota, lo cierto es que el monje envenenador, encerrado en una torre, desapareció una noche del modo más extraño. El carcelero dijo que había oído un gran ruido en el calabozo y que sin duda el diablo se había llevado al perverso abad... Y sabido es cómo se las componía Luis XI para deshacerse de quienes le guardaban un secreto.

Después de enterrados veintitrés de los primeros ciudadanos de Arras, a quienes había hecho decapitar por sospecha de serle infieles, mandó desenterrarlos, y a uno de ellos a quien ofreciera una plaza de consejero en el Parlamento

de París, hizo por un capricho bárbaro que tocaran su cabeza con un bonete de escarlata forrado de armiño como lo llevaban los presidentes del Parlamento.

"Para que fuese bien conocida su cabeza la hice ataviar con un hermoso gorro, y está en el mercado de Herdin presidiendo—escribía luego a Mr. de Bressuire."

Era profundo político, si se puede aplicar semejante calificativo a quien no firmaba los tratados sino para infringirlos; ni abrazaba a sus enemigos más que para ahogarlos. Sin embargo, la abolición de las pretensiones de Inglaterra sobre Francia, y el afianzamiento de su autoridad sobre los grandes vasallos, a los que redujo a una verdadera subordinación, le valieron el sobrenombre de Restaurador de la Monarquía. ¡También el de *muy cristiano*, que se había dado a muchos predecesores suyos por el Papa y el clero francés, se le dió a Luis XI! Y desde este príncipe se dió a todos los que le sucedieron y quedó el título como fórmula de las cartas apostólicas a los reyes franceses.

También en Luis XI se empezó a dar a los monarcas el título de Majestad, poco usado hasta entonces.

Bajo su reinado en 1470 se establecieron en Francia la imprenta y las primeras manufacturas de seda. Los primeros impresores establecidos en París fueron Ulric Gering, Martín Krautz y Miguel Friburger, impresores de Maguncia atraídos por los doctores en Teología Guillaume Ficher y Juan de la Pierre. Se alojaron en el Colegio de la Sorbona, donde instalaron su primer establecimiento.

Las primeras manufacturas de seda en Francia nacieron en Tours, bajo la dirección de obreros llevados de Venecia, Génova y Florencia.

En el orden religioso, durante 1472, Luis XI mandó que tocasen siempre a mediodía las campanas el *angelus* y que al oírlas, todo el mundo, rodilla en tierra, rezase tres veces el *Ave María*.

A todos los defectos que se le conocían hay que agregar el de una superstición ridícula por lo exagerada. Nunca quiso jurar sobre la cruz de Saint-Ló-d'Anger porque, aceptando una vieja creencia, estaba convencido de que seguía una suerte miserable a quien violase aquel juramento. Sus enemigos políticos se aprovecharon más de una vez de tan extravagante opinión para descubrir lo que más oculto tenía en su alma. Si al exigirle que jurase sobre aquella cruz se negaba se descubría su falta de sinceridad y su propósito de no cumplir lo que prometía.

Había Luis XI creado los Parlamentos de Burdeos y Dijon y la Universidad de Bourges. No obstante lo cual, decía que tenía todos sus consejeros en su cabeza. El conde Dommartin, cabalgando un día con él, le dijo: "¿Cuánto admiro la fuerza prodigiosa de vuestro caballo!" Y como su regio interlocutor le preguntase el por qué, añadió: "Porque lleva encima al Rey con todo su Consejo".

La superstición proveyó a la historia—o a la leyenda—de un episodio tan interesante como gracioso:

Un astrólogo que el rey mantenía a sus expensas predijo la muerte de Margarita de Sassenage, a quien el rey había amado y quizá amaba aún sobre todas las mujeres; y como la predicción se cumplió, Luis XI dió orden de que prendiesen al augur y lo arrojasen por una ventana a una señal que él haría.

—Tú que pretendes saber tanto—dijo el rey al astrólogo así que le tuvo en su presencia—y que anuncias la muerte ajena, dime cuál será la tuya y cuándo tienes que morir.

Sea que el astrólogo estuviera secretamente advertido del propio rey, o presintiese lo que se le tenía preparado, ello fué que se aprovechó de la superstición de su dueño para librarse de sus iras.

—¿Que cuándo moriré?—dijo el astrólogo tranquilamente y sin dejar traslucir el menor asomo de espanto—. Sire, yo moriré tres días antes que Vuestra Majestad.

El monarca al oír esto, teniendo sin duda presente la memoria del rey Fernando, el Emplazado, lejos de ordenar que arrojasen al augur por la ventana, mandó por el contrario que cuidasen de su vida y de su persona con tanto interés y celo como las del propio y cándido rey.

Cuando su cobardía se manifestó en todo su esplendor fué en los últimos meses de su vida. Por medio a que atentasen contra él y le despojases del trono se encerró en su castillo de Plessis-les-Tours, rodeándose de todas precauciones concebibles porque desconfiaba de todos, hasta de su propio hijo y heredero de la corona, y a todos hacía registrar antes de recibirlos para convencerse de que no llevaban armas.

Sin embargo, un hombre había que era libremente admitido a su presencia y tolerado y aun sufrido por muy impertinente que fuese: su médico Jaime Coitier. Inferíale a su angustio enfermo injurias tan graves que no las sufriera seguramente el criado de más baja

estofa. El rey no sólo le sufría sino que le había regalado en cinco meses cincuenta y cuatro mil escudos mensuales, el obispado de Amiens para un sobrino y otros empleos y tierras para él y sus amigos. Si alguna vez se impacientaba e iba a dar rienda suelta a su enojo por la sumisión inexplicable en que vivía para su médico, él, ¡el soberano de toda Francia sometido!, Coitier le tapaba la boca y le desarmaba con estas osadas palabras:

—Sí, ya sé que la mejor mañana me despediréis, como con otros muchos habéis hecho. Pero, ¡voto va!—y soltaba un trueno de juramentos y blasfemias—, que reventaréis ocho días después...

Ya más muerto que vivo, y como no pudiese salir de caza, se le procuró el entretenimiento de cazar ratones. Para ocultar a todo el mundo la pérdida creciente de sus fuerzas, se vestía con trajes suntuosos, mandaba imponer castigos horribles para hacerse temer por cruel, por miedo a que le perdiesen obediencia, según decía él mismo, y para que se hablase de él dentro del reino y fuera, con objeto de que no se corriese la falsa noticia de su muerte y quisieran arrebatarse el poder, que se le iba de las manos mortales. Así se le temía más que nunca.

En las postrimerías de su existencia le entró una imponderable devoción. Compraba las reliquias más raras y veneradas... Pero esta piedad falsa e hija del miedo nunca hizo brotar en su alma ni asomo de compasión hacia las víctimas de su perfidia. Las pocas veces que osaba pasear por su parque oía sin remordimiento confundirse los cánticos de los religiosos y los gritos de dolor de los ajusticiados. De éstos no libertó ni uno.

Cuando se le vió en trance de muerte, Jaime Coitier, su médico y casi su castigo, se fué derecho al rey, y sin ceremonia, compasión ni rodeo, como lo hubiesen hecho sus víctimas, se encaró con él y le espetó, palabra más o menos, estas insolencias:

—Señor, no hay que hacerse ilusiones con este santo varón—por sí mismo—ni con nada de este mundo. Aquí no tenéis nada que hacer. Pensad en vuestra conciencia, porque no queda otro remedio...

No resignado aún le replicó el rey:

—Dios me ayudará. Porque es posible que no esté tan grave como pensáis.

Un hombre en un "taxi."

Por RENE LEHMANN

El hombre fué introducido violentamente en el despacho del comisario de policía. Tenía el rostro demudado, los cabellos alborotados y caídos sobre la frente, el traje en un estado deplorable.

—Señor comisario, es un hombre que esgrimía un revólver dentro de un "taxi". Los pasajeros de la plataforma de un autobús lo han visto, han sentido miedo de su aspecto y lo han denunciado a un agente.

El desconocido se encogió de hombros, sin proferir palabra, sacudido por un temblor nervioso. El comisario, mientras lo miraba severamente, le preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

—Eugenio Marchand.

—¿Domicilio, profesión, edad?

—Trudaine 36... Empleado de comercio... Veintiocho años...

—Muéstreme sus documentos de identidad.

El hombre no se movió ni dijo palabra.

—Lo hemos registrado, señor comisario — dijo un agente. — No le hemos encontrado ningún papel... fuera de esta carta:

El comisario tomó la carta, y leyó a su vez:

"Querido: Tienes que ser razonable. Me voy con Francisco. Sabes que siempre lo he querido. Te lo previne lealmente cuando tú me invitaste a vivir contigo. ¿Recuerdas? Te dije que ya no era dueña de mi corazón y que no te pertenecería jamás. Yo sabía que Francisco volvería de América y que no podría olvidarme.

"Durante dos años, tú y yo hemos vivido en perfecta unión. No es culpa mía si tú me has amado así. Tu cariño me ha asustado bien a menudo. Evitábamos hablar del porvenir, pero reconocerás que nunca te he mentado. Te he dicho mil veces: "Eugenio, tú has recogido a una niña perdida que aguarda a que la vengan a buscar. No creas que has de guardarla siempre a tu lado, no alimentes esa ilusión. A ella le conmueven tu buen corazón, tus atenciones, tu amor; pero ella no te ama como tú la amas". Parto de improviso. No tengo valor para decirte adiós. Porque nosotros no volveremos a vernos nunca más. Disculpame, perdóname. —Teresa".

—¡Ahora comprendo! —dijo el comisario con voz menos ruda. — ¡Penas de amor!... ¡Hum!... ¿Adónde iba usted, en un "taxi", revólver en mano?

—Ya no lo sé... Di al chofer la dirección de una estación de ferrocarril... Quería matarme en el coche... Los pasajeros del ómnibus

me han visto y se han puesto a gritar... ¡Imbéciles! Han tenido miedo por ellos...

—¿Está usted seguro de haber tenido la intención de matarse? ¿No ha pensado usted en malar a su amiga y al amante?

—¡Oh, señor comisario! Yo soy un hombre honrado... un apocado... un débil... ¡Yo hacer daño a mi Teresa?! No... yo amaba demasiado a Teresa... Cuando he leído su carta la vida me ha parecido una cosa absurda, una pesadilla... y he querido que la pesadilla terminase de una vez.

—¿Por qué se ha resistido usted a los agentes?

—Porque pretendían obligarme a vivir.

—Está usted demasiado exaltado para ser un apocado y un débil. Irá usted al Departamento, hasta tanto terminen las averiguaciones.

—¡Pero yo no soy un malhechor, ni un asesino! Ustedes no tienen el derecho de detenerme!

—No hable usted de derecho. ¿Acaso no llevaba usted consigo un arma prohibida?... ¡Llévenlo!

Eugenio Marchand pasó cuatro días en el Departamento. Luego dejáronle en libertad, después de confiscarle el revólver y de hacerle pagar una multa por portación de armas. Un comisario lo sermonizó amablemente:

—Prométanos que no volverá a pensar en ningún gesto de violencia. Cuando se es joven y robusto como usted, se cura, quiérase o no de las heridas de amor. Júreme que no atentará usted contra su vida. ¡Ea!, jure formalmente, como un hombre que no tiene el derecho de desespérer.

—¡Señor comisario, se lo juro!

Eugenio se encaminó hacia su casa dolorosamente. Sin aquellos escandalosos del autobús, a estas horas él estaría muerto y enterrado. Los representantes de la justicia acomodan a su antojo las penas de amor... "Se cura... El tiempo borra todo... Hay otras mujeres"...

¡Otras mujeres! Eugenio sonrió. ¿Cómo había él creído amar, antes de encontrar a Teresa! Y el recuerdo de esta mujer grabóse en él con una cruel fidelidad. ¡Qué carta seca, lacónica, incoherente y que había servido de pasto a los magistrados burlones: "¡No es culpa mía si tú me has amado así!"... ¡Ah, qué exclamación tan páfida,

desprovista de emoción, de nobleza y de pudor!

Teresa había iluminado repentinamente su vida dos años atrás. Mostraba entusiasmo en el cuidado de su modesto departamento y en ayudar a los gastos comunes trabajando de modista. Se vestía con nada, coquetamente, deliciosamente, como sólo sabe hacerlo una parisense. ¡Y su manera de dejarse besar, parpadeando míosamente? ¡Ah, la dulzura de sus besos, de sus caricias! ¡El sonido de su voz, tan maravillosamente grave y musical! ¡Sus veladas junto a la radiola que tantas sorpresas les traía a través del éter, o de la ortofónica donde hacía girar los discos preferidos, aquel "Blue Heaven", interpretado al órgano, o el risueño fox-trot "Show boat!"

Todos estos pensamientos que le obsesionan hacen revivir el amor de Eugenio y le oprimen la garganta en sollozos angustiosos. Cuando se ama como él no hay cabida para una justa cólera que denuncie las culpas de la infiel y estimule un orgullo dispensador de olvido y de resoluciones viriles. Teresa ha partido. Ha vuelto a encontrar a ese músico que la abandonara para ir a recoger no sé qué fortuna de dólares. Eugenio, ¡ay, sólo ha servido de compás de espera.

Mientras subía la escalera lentamente, Eugenio pensó en el horror de vivir nuevamente sin ella, en la terrible perspectiva de distribuir su día entre las casas de seda donde manejaba piezas de tejido durante toda la jornada de labor, el restaurante donde debería comer solo, a disgusto, buscando distracción en la lectura de un diario, y por las noches... ¡Ah, por las noches! Tendría que buscar una mujer, una compañera... "Hay otras mujeres", había dicho el comisario.

—No sé, no puedo olvidar — murmuró Eugenio mientras introducía la llave en la cerradura.

—¡Ah, por fin llegas!... —dijo Teresa con voz descontenta.

El la miró en silencio, penetrado de tal emoción que creyó morir. Ella acaba de poner la mesa...

—Tres días que te espero — prosiguió Teresa sin cólera, pero con acento severo. — Tú no me habías acostumbrado a estas fugas. He telefonado a la casa de sedas. Tampoco tenían noticias tuyas, y el señor Blum me ha dicho que esa no era manera de despedirse, sin avisar. Creímos que te hubiese ocurrido algún accidente, pero los días

rios, no traían nada, felizmente. ¡Oh, he pasado horas amargas aquí, completamente sola!... Eugenio, mi Eugenio, ¡no sabes lo que me ha ocurrido!...

El la miraba sin pestañear, tan frío, tan inmóvil que ella redobló su ternura.

—Mi Eugenio, te pido sinceramente perdón por haberme ido el otro día y haberte dejado esta carta tan incoherente. Pero volví y tú no estabas. ¡Ah, el pasado está ahora bien muerto, definitivamente!... ¿Sabes? Ese Francisco que me amaba tanto y por quien yo creía sentir aún un sentimiento tan vivo... Pues bien: el muy miserable no me había citado más que para anunciarme su matrimonio con otra y pedirme que le devolviese sus cartas. ¡Oh! En el primer momento creí morir. Y luego sentí odio, repulsión... Le he devuelto sus cartas, que volví a buscar aquí, y ni siquiera le he dicho adiós... Eugenio, Eugenio, no me guardes rencor!... ¡Mi Eugenio!

El había vuelto la cabeza para que ella no viese la invasión tumultuosa de su alegría. Dirigióse al vestíbulo a dejar su sombrero y a respirar a grandes bocanadas, como si hiciese un siglo que le faltara el aire.

Cuando volvió, ella se arrojó a sus rodillas, le besó la mano.

—Eugenio, tú me perdonas...

—Quizá...

Ella sonrió, tranquilizada a medias.

—¿Y qué has hecho tú durante todos estos días?...

El se encogió de hombros, superior.

—Es mi secreto. Y ahora dame de comer. ¡Tengo hambre!

Las grandes reservas de oro

Solamente hay diez países que tengan una reserva de oro superior a cien millones de dólares. Son por este orden:

Los Estados Unidos tienen 2870; Francia, 711; Inglaterra, 703; la Argentina, 436; Alemania, 288; Italia, 219; Canadá 203 y Holanda 178.

Otros veinticuatro países se reparten el resto del oro y su reserva varía de diez a cien millones de dólares.



Los grandes viajeros

El naturalista Fritz Sarasin

Acabó de cumplir setenta años un sabio suizo cuyo nombre se pronuncia en los centros científicos del mundo con el fervor que sólo inspiran los hombres que han realizado una labor magna; magna por sus resultados admirables, magna por su vastedad y magna, especialmente, por el desinterés, por la absoluta pureza con que se emprendió y se llevó a cabo, sin que los obstáculos hicieran vacilar el ánimo templado para los grandes sacrificios silenciosos, ni las seducciones de todo género torcieran el propósito con la oferta de medros y provechos que con tanta frecuencia sojuzgan a los que no conocen el valor de la propia estimación. Es Fritz Sarasin, un naturalista consagrado desde hace cuarenta y cinco años a la investigación científica.

Zoólogo emiente, comenzó por estudiar la fauna de la región jurásica; pero pronto fué ascendiendo en la escala: abarcó mundos nuevos, cruzó el mar, convivió con razas extrañas y sugestivas, y vióse obsesionado por el gran problema del origen del hombre.

En su primer viaje a la isla de Ceylán descubrió la anatomía de los equinotúridos, los ojos de los erizos de mar y dió interesantísimas informaciones de los caracoles parásitos; pero en la obra en tres volúmenes que a su regreso publicó en Wiesbaden consagró un volumen entero a los Weddas, la primitiva población ceyleana.

Este fué el punto de partida. La antropología física, la paleontología humana y la etnografía absorbieron la sutil atención del naturalista. Empezó nuevos viajes a Ceylán, a las Célebes, a Nueva Caledonia. Escribió otros libros fundamentales. Enriqueció las colecciones de los museos helvéticos. Fué requerido por las más prestigiosas entidades para que cooperase en la gran obra de investigación, a lo que siempre estaba propicio.

Su último viaje acabó en 1912, y desde esta fecha prosiguió tenazmente su obra recluso en una modesta casa de Basilea, a la que nunca llega el estruendo vanidoso del mundo ni se acerca el éxito más que en la forma sencilla y reverente con que otros espíritus selectos muestran acatamiento al sabio suizo, "que al cumplir los setenta años—escribía recientemente el ilustre Eugenio Pittard— se le

vanta como un ejemplo de pureza y de austeridad".

No es propósito nuestro vulgarizar—menos analizar—la obra de Sarasin. Nos importa, en cambio, en esta fecha, ensalzar su figura, porque siempre será poco lo que se haga en países como el nuestro por atraer la atención y fomentar el respeto público hacia estos nombres que, desdeñando todas las pueriles grandezas sociales, saben seguir un camino pródigo en adversidades y en renunciamentos para alcanzar un fin que sólo puede proporcionarles lo único que aun se les regatea y otras veces se les da con sobrada inconsciencia: la ajena admiración.

Federico Sarasin es el único sobreviviente de los grandes viajeros europeos, esos hombres admirables que no vacilaron en lanzarse a las selvas vírgenes, a los yermos aterradores, a las soledades desconocidas en que sufrieron toda suerte de privaciones y necesitaron realizar esfuerzos muy superiores a los que podía desarrollar su constitución física, no para agenciarse riquezas ni para escalar situaciones eminentes, ni para verse envueltos en la adoración irracional

y primitiva de las multitudes, sino para observar el vuelo de las aves, sorprender las costumbres de los reptiles, conocer la distribución geográfica de las plantas, descubrir la anatomía de los seres minúsculos o gigantes y arrancar a las capas geológicas el secreto de la vida remota.

Ese núcleo de hombres extraordinarios quedará como ejemplo eterno, porque es el que ha hecho avanzar el conocimiento humano estableciendo bases científicas esenciales.

Sin embargo, estos hombres han vivido siempre rodeados de la incompreensión un poco burlona de las gentes, que tenían, y aun tienen, de ellos el más absurdo concepto.

El tipo del explorador solitario, con sus artefactos científicos, sus vestidos nada elegantes y su inagotable curiosidad, que tan poco lúero personal le proporcionan, no ha ocupado nunca en la organización jerárquica el lugar que le corresponde.

¿Qué es al lado del capitán victorioso, del mercader enriquecido, del político sagaz o del atleta famoso?

Realmente, muy poca cosa. Pero es así porque un criterio rudimentario y bárbaro influye—cada vez

menos, naturalmente—en el concepto que merecen las diversas actividades humanas.

Y esto es lo que se debe destruir, para bien de todos. Y esto es lo que se destruye conforme los pueblos van perdiendo sus hábitos primarios y tejen fuertemente su civilización.

Pero aun queda mucho camino por hacer, y no es inútil que con todo motivo nos esforcemos en proclamar la excelsa estirpe de estos sabios, que, como Sarasin, han hecho más por el género humano que todos los personajes de que están plagadas las historias.

Con ello conseguiremos que los espíritus nuevos no se contaminen de la apestosa vulgaridad ambiente y que, desdeñando el relumbrón, casi siempre sangriento e inútil, sepan reverenciar la efectiva grandeza del investigador científico: un viajero estafalario que, como Darwin, pongamos por ejemplo, recorre cientos de kilómetros cabalgando para guardar en su gaveta unas piedras, o tomar en su cuaderno unas cuantas notas.

Y de Darwin son éstas, que sintetizan el fruto de una larga jornada entre gauchos, indios y fieras:

"El *Ioxodon*, por su tamaño, se parecía al elefante o al megaterio, pero la estructura de sus dientes prueba que estaba muy próximo a los roedores; en bastantes puntos se asemeja a los paquidermos, y a juzgar por la posición de sus ojos, orejas y nariz tenía probablemente costumbres acuáticas, como el Dugong y el Manatí, a los que también se parece. ¡Cuán pasmoso es hallar estos diferentes órdenes, hoy tan bien separados, confundidos entonces en las distintas partes de la organización del *Ioxodon*!"

"Entre los batracios me chocó un sapito (*phryniscus nigricans*). Puede formarse idea de su aspecto imaginando que primero se le metiese en tinta de las más negra y luego se le permitiera arrastrarse por una tabla recién pintada de bermellón. Si esta especie no hubiera recibido nombre aún, merecería el de "diabolicus", pues es un sapo digno de hablar con Eva".

"Esa guerra (la de Argentina y Brasil) tuvo deplorables consecuencias para este país, no tanto por sus efectos inmediatos como por haber sido origen de la creación de una multitud de generales y otros oficiales de todas graduaciones".

RAFAEL ALVAREZ.

Anécdota

Durante los años en que el doctor Eduardo Wilde fué ministro plenipotenciario de la Argentina en Madrid, recibía toda clase de atenciones de la sociedad, y los chispazos de su ingenio eran muy celebrados en los salones de la heroica villa.

Cierta día recibió una cesta de manzanas, y, encontrándolas muy hermosas, las envió a los Reyes por intermedio del jefe de palacio, el elegante marqués de Tordesillas, acompañadas con las siguientes líneas:

"Marqués:

Sírvase hacer llegar a la real mesa esas maravillosas manzanas, rogando a sus majestades que, al admirarlas, no olviden que una manzana sirvió a Newton para descubrir las leyes de la gravedad y otra a Eva para perderla".

La reina encontró que aquello no estaba muy ajustado al protocolo, pero su real consorte envió en la misma tarde esta amable respuesta:

"Señor ministro:

No sé que admirar más, si las hermosas manzanas, las seducciones de Eva, el genio de Newton o el ingenio que demuestra su carta.

ALFONSO".

LA CARIDAD

Por Henri Duvernois

Apenas hubo ocupado su puesto Raimundo Chocalte en la gran mesa de aquel aburrido y solemne banquete, cuando comprendió que su vecina Colette Flousseneuille le había dado el flechazo.

Era aquella mujercita rubia y delicada el ideal para un médico principiante que deseaba crearse un hogar y pescar una dote.

Dió motivo a que se trabase entre ellos la conversación un ente ridículo, el señor Sennevois, que, llevando embotellado un discurso y no encontrando ocasión propicia para soltarlo, exclamó echándose hacia atrás las melenas blancas:

—Hablaré cuando haya silencio; los jóvenes debieran ser los primeros en dar ejemplo.

—Y pensar—dijo Raimundo—que ese imbécil será dentro de poco un muerto ilustre.

Colette se volvió hacia el interesado.

—Muchas veces he pensado en lo que acaba usted de decir... Pero hay que ser indulgentes. Hablamos bajo para hacer feliz a ese latero. No hay nada en el mundo como la bondad.

—¡Ah, sí, señorita! La bondad sobre todo.

Habiendo cogido este tema de conversación, lo desarrollaron extensamente. Por supuesto, no se trataba de una bondad cualquiera, sino de la bondad con una B mayúscula; la bondad activa que levanta a los caballos que se caen en la calle y que se encarama hasta las buhardillas de los pobres que se mueren de hambre.

—Tengo en mis protegidos—dijo Colette—una pobre vieja; no puede usted formarse idea de una miseria más grande. No tiene más que cinco francos mensuales que le da la Beneficencia. ¡A los setenta y dos años! ¡Y qué casa! ¡Da horror!

Raimundo sacó un carnet.

—¿Quiere usted darme las señas?

—Con mucho gusto. Señora Lard, calle de Noyaux, 107.

—Debo conocer la casa, pues conozco todas las de aquel barrio... Asisto a familias enteras, y al marchar dejo siempre algunos céntimos para las medicinas... Son mis honorarios.

Después se pusieron a lamentar el egoísmo de aquellos burgueses que creían aliviar sus conciencias subvencionando asilos o arrojando algún céntimo a los mendigos.

—Por mi parte—dijo Colette—, siempre que asisto a una comida como ésta me acuerdo de los pobres que tienen hambre.

—Lo mismo me sucede a mí.

Llegaron los postres. Era la hora placida de la digestión. El señor Sennevois hacía inauditos esfuerzos para retener la atención general con ademanes de director

de orquesta que prepara a sus músicos.

—Quedo complacido de haber tenido la suerte de pasar el duro trance de este banquete al lado de usted, señorita—dijo Raimundo—. ¡En estos tiempos es tan raro encontrar cierta clase de sentimientos!... Espero que la casualidad hará que nos volvamos a encontrar en alguna de nuestras visitas benéficas.

El jueves siguiente, Raimundo fué a visitar a un pobre a la calle de Noyaux, 107. En la escalera, estrecha y desigual, tuvo que apartarse para dejar paso a Colette, que subía acompañada de su doncella. Los dos hicieron una pequeña exclamación de sorpresa en complicidad y se ruborizaron un poquito.

Aquel romántico encuentro con el doctor, providencia de los desamparados, trastornó a Colette.

En realidad, ésta no había visto a la señora Lard más que una vez, en compañía de su madrina, que era dama benéfica de nacimiento. Se encontró con una borracha trágica muy sentada ante una bolleta vacía y que apenas la vió cuando se puso a contarle toda su historia.

—Mi primer marido se emborrachaba. ¿Sabe usted? Bueno; pues se murió. Me volví a casar, y el segundo se emborrachaba más "en todavía" y me dejó plantá. ¡Las he pasao muy negras!

—Verdaderamente, tiene usted poca suerte...

—Pero ahora ya me tiene sin cuidao todo esto, porque también yo me emborracho. Para olvidar, ¿sabe usted? El aguardiente, querida señorita, es la leche de los viejos.

El jueves siguiente la señora Lard tenía sábanas limpias y un cómodo sillón.

En el mismo descansillo de la escalera, el tío Pftutz, protegido de Raimundo, esperaba la visita del médico, que llegó cargado de flores.

—Mire usted lo que le traigo—dijo Raimundo.

—Por Dios, caballero, no haga usted eso—gimió Pftutz—. No puedo soportar los olores fuertes; me atacan al estómago y me revuelven lo sangre. Otro día traigame el dinero y compraré roquefort.

La señora Lard padecía de asma, según dijo la portera, y poco después entró Raimundo a visitarla.

Encontró a Colette a la cabecera del lecho. El idilio empezaba.

Pero Pftutz, que no estaba muy conforme con sus flores, pasó al cuarto vecino para decirle al doctor si se las quería cambiar por un frasco de ron. La señora Lard le llenó de improperios.

—Un embustero, señorita, que recibe doce francos de la Benefi-

cencia. ¿Quiere usted largarse, vejatorio? Ya le enseñaré yo a usted a meterse donde no le llaman.

Pftutz gruñó:

—¡Miren quién habla, la señora Burla la Muerte! Tiene escondidos los cientos y los miles, en el colchón. Es una avara asquerosa. La deshonra de los necesitados. Lo han de saber ustedes: pone expresamente el cesto de la basura frente a mi puerta.

Colette procuró reconciliarlos:

—Quiero que vivan con buenos vecinos; si no lo hacen no volveremos más. ¿Verdad, doctor?

Y viendo que el viejo socarrón se disponía a dar un abrazo a su vecina, exclamó Raimundo:

—¡Apostamos a que esto acaba en boda?

Y en boda concluyó, en efecto: la de Colette con Raimundo.

La primera flor que aquélla recibió de su novio fué una que éste había arrancado al ramillete del tío Pftutz aquel día memorable.

—Vea usted; además del pan y de las medicinas, yo les doy lo superfluo, cosa de que no se acuerdan los bienhechores al uso.

Fueron unas relaciones adorables. El día de la boda, los dos inquilinos de la casa número 107 de la calle de Noyaux bebieron "champagne".

—Son rarezas suyas—dijo sentenciosamente el padre del novio hablando de la feliz pareja—; pero aun son jóvenes y el tiempo les corregirá.

Fueron a pasar la luna de miel a Italia, ebrios de amor.

Una mañana, en Venecia, recibieron la siguiente carta del tío Pftutz:

"La presente tiene por objeto el manifestarle que habiendo ido a visitarnos un empleado de la Beneficencia vió los ramos de flores que me regaló el señor doctor. Y al verlas me dijo que puesto que podía comprar flores no debía quitar el pan a los demás.

La señora Lard me ruega que les salude de su parte. El día en que le enviaron ustedes "champagne" fué detenida por los guardias en vista de que iba cantando por la calle a una hora demasiado avanzada para sus años".

Colette dijo:

—Habrá que mandarles algo...

—Sí; pero quisiera, sin embargo, no ser explotado. Hay que ser bueno, pero no tonto.

—Tienes razón. La verdad es que cuando yo decía que la bondad es lo mejor que hay en el Mundo no sabía...

Volvieron a París y se instalaron en un lindo hotel. Raimundo escogió las especialidades de la gota y la neurastenia, enfermedades de ricos. Y como podía esperar a hacerse nombre, puso la consulta a cuarenta francos.

Colette, activa y trabajadora, or-

ganizó la lucha al céntimo, apuntando todos los gastos por ínfimos que fuesen: "Diez céntimos a las hermanitas; diez céntimos a los huerfanitos de Telégrafos".

—¿Y los pobres, señora?—preguntó la doncella—. No dejan de llamar a la puerta y no hay quien les eche.

—Pues llama a un guardia.

Y añadió, volviéndose hacia su marido:

—Ya hemos hecho bastante por ellos; ¿verdad, querido Raimundo?

Pero un domingo les dijeron que es esperaban en la sala la señora Lard y el señor Pftutz, los cuales aseguraban ser amigos suyos y que deseaban hablarles.

—Esto es ya abusar—dijo Colette—. Voy contigo. Tú eres demasiado bueno y te dejarías engañar.

La señora Lard se había instalado en un sillón con la mayor frescura. Pftutz miraba los cuadros con aire de entendido. Habló el primero.

—De verdad les aseguro que nos han hecho ustedes un flaco servicio. Sin contar con las malas caras que nos ponen los vecinos. Dicen que nuestros parientes son unos desastados. Le habíamos dicho que eran ustedes de la familia para que no les molestasen los demás.

Raimundo sacó una moneda de cinco francos.

—Me están ustedes cargando con sus cuentos. Tomen cinco francos y que no les vuelva a ver más por aquí asustando a la señora.

—¡Cinco francos!—exclamó la señora Lard—. Vaya una miseria.

Y Pftutz, irguiéndose, emitió su opinión de hombre libre:

—¡A nosotros, que hemos arreglado la boda! ¡Todos son iguales estos burgueses! Cuando alguna persona de su rango hace lo que nosotros hemos hecho por ellos, lo menos le dan el diez por ciento de la dote.

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de olisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones
Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

PUJOL, PREYSLER & Cía

CORRIENTES 1138

Buenos Aires

Unión Telef. 35, Libertad 2428

El ocaso del canibalismo

El doctor Fernando Ossendows-ki, eminente explorador, acaba de regresar de un viaje por el África occidental francesa, donde ha estado un año, y declara que el canibalismo casi ha desaparecido por completo en esta parte del mundo. Asegura que solamente dos o tres tribus de las que habitan en los bosques persisten en la práctica de comer carne humana.

Constituye el caso una importante transformación respecto de lo que ocurría hace no más de veinticinco años. El canibalismo era en aquella época bastante común en África. La mayor parte de los caníbales africanos comían carne humana, no por necesidad ni por rito religioso, sino porque les gustaba. No obstante, en algunas tribus el canibalismo formaba parte de la religión.

Las naciones Nian-Nian y Monbutú, hasta hace poco tiempo, movían guerras únicamente a fin de procurarse carne humana para el consumo. No era raro entonces ver cuartos de carne humana puestos en la venta en los centros de aglomeración indígena del África occidental. La tribu de los Bangala, que habita en el Congo y ha alcanzado un alto grado de cultura, hasta tiempos recientes practicaba el canibalismo en gran escala.

En algunos sitios se mataba a los parientes viejos o enfermos y se comían su cuerpo. Unas veces se consumía la carne cruda; otras, cocida. Algunas tribus de África y de Australia preparaban los cadáveres de cierta manera que los hacía conservarse algún tiempo, y en ese estado se los consideraba manjar de excelente sabor. No faltan tampoco sitios en que se comía el cadáver del pariente muerto como prueba de respeto.

En otros el asesino se comía el cuerpo de su víctima para no verse visitado por su sombra.

Los ritos caníbales más sangui-narios eran los que se practicaban en el Dahomey. Dos veces al año se celebraban crueles ceremonias, en que figuraba el sacrificio de centenares de víctimas por el reposo del alma del rey o de uno de sus antepasados. Con este objeto, el ejército hacía una expedición por el reino de algún otro monarca negro y se procuraba las necesarias víctimas. Reunido un número suficiente de prisioneros se les vestían las ropas litúrgicas y los encerraban entre altas empalizadas espinosas.

Reunía el rey entonces su Cuerpo de amazonas y les ordenaba tomar el fuerte en que los prisioneros habían sido encerrados. Lanzábanse ellas contra los espinos, destrozándose el cuerpo; entraban por fin, y cada una se apoderaba de un prisionero y, triunfante, se lo presentaba al rey. Los honores

eran para la primera amazona que volvía con su prisionero, y consistían en que el rey tomaba el sable de la heroína y con él cortaba la cabeza a la víctima por su propia mano.

Esa era la señal de la matanza. En medio de gritos y aullidos, las víctimas eran destrozadas con lanzas y sables a la vista del rey y sus nobles. Se llegaban a sacrificar así a veces 500 prisioneros. En seguida se encendían grandes hogueras, donde se asaban cuidadosamente los cadáveres.

En el Gran Basán tenían los indígenas la costumbre de celebrar con un festival la fundación de ca-

da poblado nuevo. Todos los que tomaban parte en la ceremonia comían la carne de las víctimas sacrificadas. Los basutos de África del Sur, cuando mataban a un valiente guerrero, el vencedor le arrancaba inmediatamente el corazón y se lo comía, creyendo que así aumentaban su fuerza y su valor. Ciertas tribus no permitían nunca a las mujeres participar en los festines de carne humana. Como creían que la carne humana era buena para el alma y que las mujeres no tienen alma, no les era necesario participar en el banquete.

El canibalismo no está confina-

do al África. No es desconocido ni aun ahora en Australia ni en las islas del Pacífico.

Hace tiempo estaba muy extendido en toda Australia, entre las poblaciones negras del continente. En la tribu Luricha era costumbre alimentar a los niños débiles y enfermizos con carne de niños robustos capturados en las expediciones guerreras. Hoy mismo, a pesar de la vigilancia ejercida por las autoridades, los indígenas comen carne humana.

Entre los dyaks de Borneo el deporte más popular y divertido era la caza de cabezas, y había la costumbre de torturar a las víctimas y comérselas bajo los vigilantes ojos de los sacerdotes.

Recientemente se ha descubierto, en el Perú, una tribu de indios, los encumás, que siguen siendo caníbales furiosos. No sólo se comen los cadáveres de sus parientes, sino que machacan los huesos, y el polvo así obtenido lo toman con bebidas fermentadas. Esta tribu es la más feroz de todo el continente sudamericano.

En algunas de las lejanas tribus esquimales las mujeres sospechosas de sortilegio son horriblemente mutiladas y se acaba por asesinarlas.

La historia de ciertas tribus indígenas de la costa occidental de la América del Norte prueba la existencia de sociedades secretas que practican el canibalismo, sin lo cual no puede ser admitido en la Sociedad ningún miembro.

Pero los peores caníbales de que se tiene conocimiento fueron, sin duda, los aztecas, de Méjico, hasta 1521.

Esta populosa nación, que había alcanzado un grado superior de cultura bárbara, hacía la guerra con el único objeto de procurarse víctimas que sacrificar al dios de la guerra: Huitzilopochtli.

Los sacerdotes llevaban al templo a los prisioneros y les arrancaban el corazón para echarlo a la boca del dios. Luego se echaban los cuerpos a los guerreros, que se los llevaban para comérselos.

Algunos años pasaron de cien mil las víctimas así sacrificadas y comidas. La llegada de los españoles puso fin a tan horribles costumbres.

Ocorre aún oír hablar de antropofagia en distritos de China invadidos por el hambre o en expediciones perdidas en regiones inexplorables; pero el desarrollo de la civilización, con las facilidades para el aprovisionamiento de víveres, van poniendo fin a esta horrible necesidad. África era el último refugio del canibalismo. Puede asegurarse que en diez o doce años esta costumbre bárbara habrá desaparecido por completo.

H. G. FOWLER

UNA TORPEZA

Después de un largo silencio, la señora Jacquemont, sonriendo irónicamente, preguntó:

—¿Y es esto todo lo que tiene usted que contarme?

—Perdóneme—contestó el señor de Barcilly—, pero estoy tan conmovido... Es la primera vez que nos encontramos a solas desde hace veintitrés años.

—¿Qué memoria tan feliz tiene usted! Yo no me acuerdo.

—No me extraña su olvido. Yo, en cambio, tengo todas las razones para recordar.

—¿Qué razones?

—¿Quiere usted saberlas? Pues bien: ha llegado el momento de la confesión que tenía que hacerle, Germana. ¿Me permite que le dé este nombre familiar del tiempo de mi juventud? No tengo necesidad de evocar aquella juventud, Germana, que creo que aun estará presente en su espíritu. ¿Recuerda usted nuestra vecindad en aquella pequeña capital provinciana donde nacimos? Recuerda nuestros juegos y disputas de niños, la corte tímida que le hice cuando cumplimos nuestros diez y ocho años, mi desesperación cuando mis padres me mandaron a estudiar a París. Entonces empieza otra historia.

El señor Barcilly inclinó la cabeza pensativo. La señora Jacquemont, conmovida, murmuró con tono de ternura:

—¿Enrique!

—Cinco años pasaron sin que volviese a verla. Usted no pensaba en mí, y yo, lo confieso, tampoco. Nuestras dos existencias parecían separadas para siempre. Y hace veintitrés años volví a la ciudad de nuestra juventud. Supe que se había casado con el señor Jacquemont, y la casualidad nos puso frente a frente. Hablamos. Conversación banal, al parecer. Pero toda mi alma se concentró en mis ojos para mirarla, y yo repetía dolorosamente: "Es demasiado tarde para decirle..."

—¿Qué, Enrique?

El Sr. Barcilly no contestó. Prosiguió su relato.

—Aquel día fué toda mi vida. Regresé a París. Años después vino usted a vivir con su marido. Más de una vez ha intentado usted atraerme a su casa. He fingido indiferencia y solo nos hemos encontrado en sociedad, en reuniones solemnes, entre gente. Pero hoy... hoy es otra cosa. Es preciso que le diga lo que no me atreví a confesarle hace veintitrés años: ¡la he amado con locura, Germana!

La señora de Jacquemont no pareció sorprendida. Silenciosa, se levantó y se acercó a un espejo, y contempló su rostro de mujer de cuarenta y cinco años, en el que ya estaba marcada la huella del tiempo.

—¿Y por qué me habla usted así esta noche?

—Porque ahora—respondió él ingenuamente—esta confesión no es peligrosa ni para usted ni para mí.

—Porque ya soy una mujer vieja, ¿verdad? Gracias, amigo mío. Aun conservaba ilusiones, pero usted me las ha hecho perder.

Y el Sr. Barcilly tuvo la impresión desesperada de que su torpeza había hecho de la mujer que quería enternecer o halagor una enemiga.

Roger REGIS

Animales que ven con las orejas o con la nariz

Atardeciendo suelen salir de sus escondrijos muchas alimañas que contribuyen con sus desconocidas y misteriosas actividades a realzar el miedo a las sombras. El murciélago se asocia en la imaginación con posibles desventuras.

El vampiro, que no es más que un murciélago gigantesco y dado a morder a los animales y aun al hombre para sorberles la sangre, que es su alimento favorito, ha dado lugar a leyendas macabras y terribles de personas que salen de sus sepulcros a alimentarse con la sangre de los vivos, y su nombre ha venido a aplicarse, merced a una bellísima poesía de Rudyard Kipling, a las mujeres que, metafóricamente, chupan la vida y el alimento a los hombres que de ellas se apasionan.

El murciélago dista mucho de ser el sanguinario vampiro sudamericano y africano. Vive de insectos, especialmente mosquitos y otros enemigos del hombre y de sus plantas y frutas, por lo que en ciertas regiones se le protege, dotándolo de torrecillas y habitáculos como los palomares.

Los ojos del murciélago son minúsculos. Sólo el topo los tiene más pequeños y más útiles. El topo, que vive y se mueve en galerías subterráneas apenas del diámetro de su propio cuerpo, apenas tiene un ojo de un milímetro de diámetro y unos párpados que reducen a un punto la abertura por

donde pueda entrar la luz. Esto es una protección para este roedor, que, de otra manera, estaría expuesto a que la tierra y piedrecitas que pone en movimiento al hacer su laborioso trabajo de zapa, le entrara en los ojos y se los lastimara, causándole dolor. Además, el topo ha renunciado a ver, y cuando un sentido no se usa, desaparece.

El topo, verdaderamente "ve" con las narices. Tiene un gran olfato. Al través de los húmedos olores de la tierra percibe los de los raíces que apetece, y emprende sus trabajos de mina hasta dar con sus golosinas predilectas.

Pero el murciélago "ve" probablemente con las orejas. Al menos con todas esas complicadas membranas que en torno del oído y del olfato trazan sus extraños laberintos.

Los experimentos de Spalanzani, demaciado crueles, pues consistían en sacarles los ojos y examinar hasta qué punto se entorpecían sus movimientos, probaron que en nada les hacía falta el órgano de la vista para dirigir sus vuelos.

Las experiencias de Bowden fueron, al mismo tiempo que más ingeniosas, menos, crueles y más convincentes. Esta eminente observadora capturó un murciélago que medía treinta centímetros de punta a punta de las alas abiertas. Lo soltó en una habitación en la que había tendido redes cuyas mallas

eran de treinta y cinco centímetros y cuyos hilos terminaban en un alambre donde pendía una campanilla. Los observadores se colocaron en un rincón y se hizo la más completa obscuridad.

El murciélago voló por más de media hora en todas direcciones, sin que jamás sonaran las campanillas. Los observadores llegaron a sentir cerca de sus personas el abanico de las alas del murciélago al pasarles muy cerca, pero ebidentemente nunca tropezaron esas alas con ninguno de los hilos de la red.

Se dejó entrar la luz y el murciélago se retiró al rincón más obscuro del cuarto.

Sin duda, no es la vista lo que los guía, sino algún sentido delicadísimo de tacto, cuya fuente nos es desconocida, pero que la suponemos depender de las membranas interdigitales y de los laberintos faciales.

Los ciegos afinan el oído y el tacto más que ningún otro sentido. Se dice que por las resonancias y corrientes de aire modificadas al tropezar con los cuerpos, llegan a percibir la inmediatez de su obstáculo.

El oído y el tacto—cuyo órgano es la piel—deben ser los ojos del murciélago. Todas esas circunvoluciones membranosas que surcan su rostro reciben, al par que los concavidades auriculares, corrientes de aire, cuyos ecos y resonancias de presión dicen al murciélago, con

exactitud pasmosa, la presencia de una hebra de hilo, y con más razón la de un mosquito que zumba y pretende huir.

Su vuelo no le estorba, porque es el vuelo más silencioso que se conoce. Ni las aves de más fino plumaje se deslizan con más suavidad que los murciélagos, ni los patos ni los peces rozan el agua con más silencio que las alas del murciélago. Así es que su vuelo no perturba, por delante, las capas de aire.

Y es por delante, con la cara, como recibe el murciélago la impresión de lo que tiene enfrente y a los lados.

La mayor parte de los murciélagos son insectívoros. Pero en los trópicos los hay de gran tamaño, que pueden cargar con un higo o una guayaba hasta su escondrijo para comerlos. Y en ciertas regiones sudamericanas y africanas hay famosos vampiros que maman la sangre de los mamíferos.

Cómo aprendieron éstos a beber sangre no se sabe; pero son contadísimas las especies de vampiros, los Phyllostomidae, cuyas caras horrendas parecen caretas diabólicas. Cuando éstos "pican" al hombre, generalmente su mordedura se localiza en la nariz, o en los dedos de los pies, y sin ser demasiado grande, suele ser difícil contener la hemorragia que provoca.



EL INCENDIO

Brusca, rápidamente, el fuego había tomado colosales proporciones. Las llamas salían a la parte exterior del edificio, lamiendo los muros y avanzando, avanzando siempre... El primer grito de alarma sonó en la escalera, llena ya de humo denso. Mi pobre amigo sólo tuvo el tiempo necesario para coger una pequeña caja de cartón, en la que guardaba el producto de sus ahorros, y para salir a la calle arrastrando en pos de sí a su esposa. Una vez en la vía pública, mezclados con los demás vecinos que habían podido salvarse, con los curiosos y con los agentes de la autoridad, quedaron ambos inmóviles, contemplando con espantados ojos la marcha destructora del fuego, que acababa de invadir el cuarto en que ellos habitaban.

Después de algunos segundos de contemplación, lanzó él un suspiro tristísimo. Figurábase estar presenciando los estragos que el terrible elemento haría en la que, hasta pocos minutos antes, fué su vivienda.

Veía cómo devoraban las llamas sus muebles, sus ropas, sus cuadros, sus libros...; todos, todos los objetos acumulados durante tanto tiempo, todo lo que constituía su encanto y su orgullo, todo lo que

había adquirido a fuerza de trabajo penoso, de grandísimas privaciones... Le pareció escuchar el ruido que producían, al desplomarse, su biblioteca repleta de obras, su armario de luna, sus caprichosas rinconeras... ¡Oh, qué horror!

De nada habían servido veinte años de fatigas, de penalidades. Aquellos objetos de más o menos valor que, puestos en venta, hubieran producido lo suficiente para atender a los gastos de una enfermedad, o para proporcionar recursos en épocas en que faltara o escaseara el trabajo, ya no existían.

Por los grandes huecos de las ventanas ennegrecidas continuaban saliendo gigantesco lenguas de fuego que, retorciéndose y arrojando miradas de chispas, iban o perdíanse allá arriba, en el tejado, lleno de nubes de humo. Los bomberos combatían heroicamente, arrojando torrentes de agua y cortando el paso al monstruo devastador. Al cabo de media hora el incendio quedó dominado.

Le faltó tiempo a mi infeliz amigo para lanzarse al portal y salvar la distancia que le separaba del piso cuarto. Al entrar en su habitación tropezaron sus pies con una masa inerte y requemada. Era el cadáver de "Leal", su

pobre perro, su compañero, a quien había olvidado cuando emprendió precipitada fuga.

¡Qué espectáculo tan desconsolador!...

Aquí y allá grandes charcos de agua, varios muebles carbonizados; otros a medio quemar o ennegrecidos simplemente; infinidad de objetos rotos, esparcidos por el suelo... ¡Un montón de ruinas! ¡Las ruinas de su bienestar y de su dicha!...

¡Ah!... En el primer momento, cuando una fuerte excitación se apodera del sistema nervioso, en el atontamiento que produce lo inesperado, lo terrible, no es posible ver el desastre en toda su magnitud.

Transcurridas algunas horas y alejado el peligro, es cuando el espíritu y los ojos pueden apreciar el daño, reconstituyendo "lo que fué" y comparándolo con "lo que es".

De esa doble ojeada comparativa nacen las más horribles angustias, los más sonoros gritos de desesperación. Entonces, entonces es cuando el corazón se oprime, y las lágrimas acuden a los ojos y el sentimiento invade nuestro ser.

Tan pronto como leí en los diarios de la mañana los pormenores del siniestro corrí a casa de mi amigo.

Por Maurice Guillemont

Le encontré en ese estado de doloroso ensimismamiento que sigue a las grandes desgracias. Encorvado, tambaleándose, salía de una habitación, penetraba en otra y volvía sobre sus pasos, sin saber a lo que iba, mudo, con la mirada errante, contemplando una y otra vez los restos de su ajuar.

Su mujer, silenciosa y abatida, sentada en un rincón, le miraba tristemente y dejaba escapar hondos suspiros.

Tendido en el suelo de la cocina, y envuelto en un paño blanco, estaba el cadáver de "Leal". Mi amigo se detuvo ante él unos instantes, y sonrió con amargura... Envidiaba la suerte de su perro, de su viejo amigo, que había encontrado el fin de sus sufrimientos allí donde él veía el comienzo de una horrible y gigantesca lucha, más gigantesca, más horrible que la sostenida durante veinte años para alcanzar una a una las comodidades que el fuego acababa de destruir, produciéndole un dolor comparable al que experimentaría viendo morir, en un momento dado, a muchos seres queridos que fueron testigos de nuestros pesares y de nuestros goces...



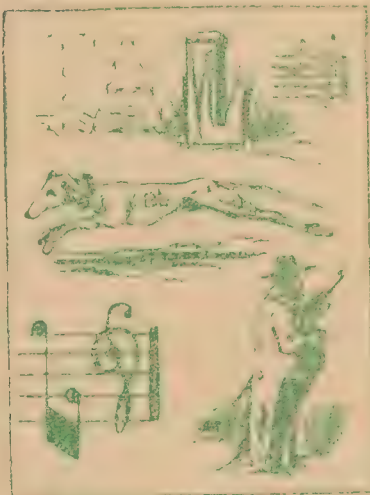
Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLIFICOS,
CHARADAS, etc. PARA DISTRACCION DE
CHICOS Y GRANDES

No. 1 — REFRAN CHARADA

El TODO aclara sin yerro, que el mundo con sus primores no deja de ser destierro con angustias y clamores. Es conjunción la PRIMERA, un artículo SEGUNDA, y cierta cárcel TERCERA, que en corredores abunda. Un accidente de verbo en la CUARTA encontrarás, y preposición observo con la QUINTA nombrarás. Es la SEXTA esplendor vano para el hombre espiritual; el rey del mundo pagano... el dios del hombre sensual. La SEPTIMA es un adverbio que pocas veces agrada; si el verbo de OCHO el soberbio su pasión no se degrada. NUEVE tiene el mismo oficio que la QUINTA en la oración: DECIMA es el beneficio que se admira en la creación. El padrón de iniquidades en la UNDECIMA hallarás, salo ciertas entidades que inocente juzgarás.

No. 2 — JEROGLIFICO



No. 3 — ADIVINANZA

¿A quién, que nació vestido y que desnuda tenéis, le mutiláis la cabeza para formarle los pies; y luego en diversos llanos sumisa la hacéis correr, bañada en lágrimas muchas cantando lo que queréis?

No. 4 — PROBLEMA

Compró Juan Diego un caballo tordillo, uno negro y una silla que valía cien pesos. Si le ponía la silla al tordillo y sumaba su costo con el del caballo, valía doble que el negro; y si se la ponía al negro, valía éste triple que el tordillo. ¿Cuánto costó cada caballo?

TRUCOS DE PRESTIDIGITACION.

ENCANTAMIENTO.—Una hoja de cartulina de 12 por 16 o cuadrada se enrolla en forma de tubo; sobre este tubo se echa agua, pero, contra lo que el público espera no pasa al través, y el artista puede sacar de él gran cantidad de serpentina. Después se saca el tubo de cartulina para indicar que el agua ha desaparecido.

Para producir este efecto se coloca una aduja como se indica en el grabado, que recibe el agua y al mismo tiempo sirve para ocultar la serpentina. Esta aduja se enrolla con la cartulina, y cuando se llena con agua se empieza a sacar la serpentina, y al hacerse un montón el artista la desliza con cuidado dentro de él.



No. 5 — CHARADA

Combinar las letras de mi TODO, de manera que, siendo nombre de mujer se convierta en animal y verbo en imperativo.

No. 6 — PROBLEMA

Una pirámide exagonal tiene en un lado de su perímetro cinco metros, siendo su altura de ocho metros, ¿cuál será su volumen?

Pensamientos

El gusano se enrosca cuando lo pisan. Esto es muy prudente, puesto que reduce las posibilidades de que lo vuelvan a pisar. En moral, eso se llama humildad. — NIETZSCHE.

* * *

La tierra es una mortal mansión, en la cual no hay más que resignarse a vivir aprovechando los pobres recursos de la vitalidad, dicha, amor y perfectividad de que la pobre humanidad disfruta. — JOSE ZORRILLA.

* * *

Se puede ir con rapidez cualquiera, durante cualquier número de siglos, hacia una dirección cualquiera del cielo, y jamás llegaremos a término alguno, nunca adelantaremos un solo paso, porque el centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna, porque la eternidad misma no puede vencer a lo infinito. — CAMILO FLAMMARION.

* * *

La sabiduría consiste en persuadirse de que el hombre no es feliz más que cuando se ha enriquecido con los bienes del espíritu, y que los honores, la cuna y la riqueza no lo hacen mejor ni de condición más perfecta. — ERASMO.

* * *

En la vida moderna impera más el que vale que el que tiene; el capital numerario o la propiedad territorial necesitan la savia del valor interno del que los utiliza; más rica herencia se lega a la sociedad creando personalidades productoras atesorando productos expuestos a la dilapidación de la ineptitud y la inexperiencia. — JOSE CANALEJAS.

* * *

Vano orgullo, fuerza cruel. Cuanto más profundo es el orgullo, más tortura. Es un ácido de esos que curan las heridas, pero devoran los tejidos. — ANDRE SUARES.

No. 7 — EJERCICIO DE PACIENCIA



Dividir la esfera en cuatro partes, de modo que cada una de las cifras que quedan en cada parte sumen quince.

No. 8 — CHARADA

¡Infeliz del que carece de primera repetida! ¿quién no presta su atención a la dos prima sonora de la expresiva canción que cautiva y enamora? ¿Quién no tercera final cual si fuere una señal su boca, en la fresca flor, de declararle su amor? ¿Quién no contempla encantado de mi total, los colores? ¡solo el que esté sepultado, como éste, en grandes dolores! Mientras él en su tristura se bebe el llanto caliente, escucha con amargura la dos cuatro de la gente!

No. 9 — PROBLEMA

Se sumerge una esfera de madera, cuya densidad es 0.524, en un líquido cuyo peso específico es 1.2; se pregunta la relación que hay entre el volumen sumergido y el no sumergido.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR:

- 1 — Onomatopeya
- 2 — Río Abajo
- 3 — Sobrevino una reyer-ta.
- 4 — Esponja
- 5 — En ocho lances pescó y en cuatro no.
- 6 — Dame pan y llámame tonto.
- 7 — Todopoderoso.
- 8 — El dinero
- 9 — Margarita
- 10 — En el arca abierta, el justo peca.

Misterio de la mona que no era mona

Hará unos quince años, el capitán de una nave danesa, de regreso del Africa, dijo haber visto, así como otros seis hombres de tripulación de su buque, unos extraños monos parecidos al hombre. Durante mucho tiempo, los exploradores de todo el mundo se interesaron por la narración aparecida en muchos periódicos de la época.

El italiano de Copenhague.— Según lo dicho por el capitán danés, después de haber viajado a través del Congo belga hasta donde se unen los dos grandes ríos: Ubangho y Congo, tuvieron la ventura de ver unas cincuenta bestias, que semejaban hombres, con las piernas cortas y los brazos largos; parecían viejos que caminaban inclinados hacia tierra por la curvatura de sus espaldas, y a diferencia de todos los demás monos conocidos, no apoyaban las manos en tierra.

Después de este relato de los marineros daneses, un italiano, Luis Bertelli, que vivía en Copenhague decidió irse al Africa para capturar a alguno de aquellos extraños monos.

Después de un viaje—no breve—la expedición Bertelli, de la que formaba parte la esposa de éste, una blonda y gentil dinamarquesa, llegó a Leopoldville, capital del

Congo belga. Tan pronto como Bertelli y su esposa pusieron pie en el continente africano, los exploradores encontraron las primeras dificultades al tener que reclutar mensajeros, guías y demás gente del personal preciso para esta clase de empresas.

Desaparece la expedición Bertelli.— Los congoleses no querían aventurarse por el territorio que Bertelli tenía intención de explorar porque todos sabían que iban a encontrar enemigos peligrosísimos, tales como las serpientes, los insectos que matan con la primer picadura de su aguijón, los salvajes que viven en el corazón de la selva. Pero Bertelli prometió a los negros pagarles soldadas elevadísimas, y así consiguió vencer el temor de los indígenas.

La expedición salió al fin de Leopoldville, remontando con pequeñas embarcaciones el río Congo. Bertelli pagó con la vida su audacia. Algunos días después de que partiera la expedición fueron encontradas dos embarcaciones vacías, una a medio quemar y la otra anegada casi por completo.

Pasaron los años y la expedición Bertelli fué olvidada por todos; pero por huir a la justicia atravesando la jungla llegó al Congo francés, un indígena que hizo un relato

algunos huesos humanos. La mona por el cual los europeos residentes en aquellas latitudes pensaron que algún componente de la expedición del italiano debió sobrevivir a la catástrofe.

A la luz de la luna.— El fugitivo narró que una noche vió un grupo de extraños monos y se puso a seguirlos desde cierta distancia, hasta que la noche le sorprendió y tuvo que encaramarse a un árbol para dormir. Durante la noche pudo ver, auxiliado por la clara luz de la luna, que uno de aquellos monos, que de modo particular semejaba una niña de piel oscura y cabello rubio, descendía de un árbol para dirigirse a un arroyuelo que se deslizaba cercano. El indígena bajó también y vió, con sorpresa, que la piel de aquella criatura, si bien era oscura como la suya, no estaba recubierta de pelos y menos de tatuajes, adorno imprescindible de las mujeres de esta parte de Africa. El indígena trató de hablar con aquella extraña criatura, usando palabras de diversos dialectos de la región: francés, inglés y alemán; pero sus locuciones no fueron comprendidas. El animalito, de quien había ganado el indígena la confianza con su actitud, agarró a éste de la mano y lo condujo a un lugar donde por entre montones de tierra surgían

—pues la bestezuela pertenecía al género femenino—desenterró unos mechones de cabellos rubios y, queriéndose expresar en un extraño lenguaje, consiguió que el indígena comprendiera que aquellos pelos rubios pertenecieron a alguien que debía ser muy querido por aquella niña con aspecto de mono o aquella mona con aspecto de niña.

De pronto aparecieron los monos y el indígena tuvo que refugiarse en un árbol.

El balazo del alemán.— También la aventura del negro fué olvidada; pero algo después, cazando un día un alemán en la selva, derribó de un árbol, de un balazo, una extraña criatura. Con gran sorpresa vió que parecía una muchacha de negra piel y cabello rubio. Desde entonces, los habitantes del Camerón y del Congo, particularmente los europeos, suponen que los salvajes que exterminaron a los componentes de la expedición Bertelli respetaron la vida de la mujer del italiano, de la cual pudo haber nacido aquella criatura, que, abandonada tempranamente en la selva por la muerte de su madre y como consecuencia del influjo del medio, del contacto con las bestezuelas del bosque, por numen y otras causas explicables, llegó a convertirse en una especie de mona, conviviendo con los simios.

DELITOS DE ENVENENAMIENTO

Por la Doctora C.

Muy célebres fueron en París los procesos de la Cámara Ardiente; de entre ellos podemos recordar el que originó la acusación de la envenenadora La Voisin, mujer de un joyero—Monvoisin—, que celebraba sortilegios los viernes a la puerta de Notre Dame.

Era Catalina Deshayes, conocida con el nombre de La Voisin, mujer de extraordinaria belleza, y cuando quería deshacerse de algún enemigo acusaba ante los Tribunales de crímenes verídicos que ella misma cometía, inculcando a sus víctimas, así fué como el poeta Racine fué acusado por ella de haber envenenado a la célebre Teresa du Parc, cantante famosa, a quien había envenenado La Voisin por resentimientos amorosos, en los que jugó importante papel el poeta francés. Después de sufrir prisión por algún tiempo, Racine demostró su inocencia, castigándose a la mujer del joyero.

Al verse procesada envolvió con sus acusaciones a los más altos personajes palatinos, revelando entre otras muchas monstruosidades los sortilegios efectuados delante de un noble inglés que le había prometido 100.000 libras si envenena-

ba al rey, narrando con todo detalle las escandalosas escenas habidas en casa de Mme. Montespan la favorita de Luis XIV, que dejaba decir sobre su vientre desnudo las misas negras para impetrar al diablo y que continuase su favor con el monarca, anulando a sus rivales y haciendo infecunda a la reina.

Al morir hizo nuevas y horribles confesiones La Voisin, asegurando haber dado muerte por la cremación a más de 25.000 criaturas, aparte de los 2.000 infanticidios que cometió y los 500 abortos que por medio de sus drogas había provocado.

El Tribunal de la Cámara Ardiente deliberó sobre 452 acusados, decretando la prisión de 360, condenando al último suplicio a más de cuarenta.

El delito de envenenamiento, que había sido hasta entonces patrimonio de las clases privilegiadas, desaparece en el siglo XVII como profesión, haciéndose democrático el uso de drogas mortíferas.

En las poblaciones rurales alcanza este crimen una alarmante proporción teniendo como origen el deseo de herencias y los bajos

apetitos, pudiendo citar entre otros envenenadores famosos, al sacerdote Agustín Lemarchant, religioso de la Orden de San Francisco, que cometió una gran cantidad de muertes, suministrando remedios para ciertas enfermedades; a Eugenia Pieeg y María Texiers, condenadas en 1732 a ser quemadas vivas; a María Veroneau, a Barbe Lelen y a Casse, que intentó envenenar al verdugo de Lyon.

La droga utilizada generalmente era el arsénico, y muchos delitos cometidos por este medio quedaban impunes, permaneciendo en el misterio las más terribles tragedias; pero con los adelantos de la ciencia no pudo usarse esta droga, pues el aparato de Marx, descubierto por entonces, determinaba con marcada precisión las más pequeñas cantidades de arsénico contenidas en las vísceras humanas.

Fué sustituido desde entonces el arsénico por los alcaloides, siendo los procesos más famosos registrados por este medio de envenenamiento el de María Sotton, mujer de un panadero, que envenenó, con la ayuda de un farmacéutico, con el que sostenía relaciones ilícitas, a sus cuatro hijos y a su marido,

siendo condenada a la horca, así como su amante, y los cuerpos de los adúlteros fueron quemados en una hoguera.

Muy escandaloso fué el proceso de la criada Mangras, condenada por el Parlamento de Soisson a hacer penitencia pública, llevando en el pecho y en la espalda un cartel con las siguientes frases: "Envenenadora de profesión". Había matado a un sacerdote y a su sobrina, a dos hijos naturales habidos con uno de sus amos y a la señora Renaut, virtuosa dama que la acogió siempre haciéndola caridades infinitas.

Aparte del proceso de Juan Fonasson, conmovió a todo París la causa de Antonio Francois Desrues, administrador de la familia Motte, burgueses acomodados, que consiguió reunir una cuantiosa fortuna merced a la acertada dirección que en los negocios ejercía el favorito Desrues. Su ambición le llevó a desprenderse con perfidia y astucia de toda la familia Motte, a excepción de la madre y el menor de los hijos. Una dolencia desconocida de los físicos llevaba poco a poco al sepulcro a la numerosa descendencia.

"AMERICA"

Poema de Juan M. Leiseca.

Cuba es un país que por su belleza natural, bien podría decirse que es el seno de donde han surgido plumas maravillosas. Todo allí contribuye a encender el alma, la magnificancia de sus paisajes arbolados, la exuberancia de su vegetación, la elocuencia de sus cielos y la divinidad de sus crepúsculos en los atardeceres. Quizá por eso el escritor Miguel de Marcos que prologa el libro AMERICA del poeta Leiseca, dice en uno de sus párrafos: "En Cuba hay poetas, verdaderos poetas, que saben fabricar sus ensueños entre el soberbio prestigio de los alejandrinos y tienden sobre el verso la áurea polvareda de sus delirios, de sus ansias y de sus emociones".

De esa tierra magnífica han surgido Federico Uhrbach, Juan Manuel Carbonell el cancionero del amor, Félix Calleja, sentimental, Andrés de Piedra Bueno el poeta expatriado que en su lira esconde toda la armonía extraña de su alma, luego Herminia del Portal, lo más exquisito de las poetisas de aquel lugar de ensueño, y por último Juan M. Leiseca, cuya alma encerrada en versos clásicos y profundos, ha conquistado un puesto de honor en las letras cubanas.

Un raro misticismo fluye de sus cantos, que se aduna a una pena expresada casi siempre con soltura, sin convertirse en una lamentación. El corte de sus poemas es perfecto, a la usanza antigua. Las corrientes modernas no lo subyugan. Hay en sus endecasílabos arrogancias y desfile de visiones, de esas visiones que sorprenden a los elegidos de los dioses.

Sin entrar a analizar las poesías de sus obras nos detendremos solamente en su poema AMERICA, obra de fuerza y de una gran expresión sentimental, la cual puede decirse que está dividida en varios cuadros. En uno desfilan los caudillos, los conquistadores, los portaliras. El poeta, figura bien trazada, que la torna luminosa se eleva con suma majestad sobre la elocuencia de sus descripciones.

Después de un paréntesis el poeta describe cómo surge la aurora que anuncia sus claridades de fe, de paz y gloria. Termina su poema con el cortejo de los caudillos, poniendo de relieve a Bolívar, Artigas, Mitre, y toda esa legión de hombres que han dejado una historia y han trazado una estela de luz sobre los campos de la América.

Y este poema es la síntesis de una unión de todos los pueblos de

Papel y Tinta

este continente hispano, el anuncio de un abrazo fraternal, la suplica de un solo amor y de una sola alma, vertida por la voz del poeta, que sobre la voz del canto de augur y de esperanza deja pasar su alma como la esencia pura sobre los innumerables pétalos de una flor.

El poeta Leiseca, en su país, aspira también a la unión de todos los escritores; para tales fines ha fundado y preside una Asociación Cubana de Poetas, que propende a agruparse todos los que cultivan la poesía, como expresión del pensamiento, o se sientan obligados

pues un rico temperamento artístico capaz de darnos obras realmente bellas.

"LA MUSICA ESCONDIDA"
por Pedro LIEBBE

El autor de "La música escondida", señor Liebbe, es un poeta sencillo, sin mayores pretensiones literarias; él mismo nos confiesa en algunas de sus estrofas: "Son versos amantes del sol y del agua, — del árbol fragante, de la flor y el trigo: — son como la grata quietud de los valles — en las mañanitas frescas de rocío... Efectivamente, leyendo este libro de ver-

ción aumentada, del "Manual práctico de italiano", cuya primera publicación se ha agotado.

Recorriendo sus nutridas páginas, notamos que este libro reúne las cualidades que son esenciales para esta clase de obras. Al par que un libro de enseñanza del italiano, es un medio para ir adquiriendo más amplio conocimiento de nuestra gramática castellana.

Ha hecho bien el autor de esta obra, al introducir y ampliar algunos capítulos, pues el mundo estudiantil, que es a quién se dirige, seguramente le estará agradecido por los múltiples beneficios que les reportará. Y, los que no son estudiantes, y quieran estudiar la bella lengua italiana, encontrarán también en sus páginas últiy amena enseñanza.

"HABLA UNA MUJER",

por Enriqueta LEBRERO DE
GANDIA

La autora de "Chispas de vida" y de otros libros también interesantes, acaba de publicar "Habla una mujer", en el cual se aborda el pensamiento breve, la frase aguda, proverbial, o resumen de un alma inquieta sedienta de mayores horizontes. A pesar de los chispazos agudos, base exclusiva de su prosa, leyendo sus páginas nos resulta interesante y atrayente a la vez, por cuanto su autora es una escritora que sabe hacer amenos los temas que toca y, también, aparte de que conoce los recursos de su idioma, es fina observadora y de una gracia exquisita tal que sus pensamientos y sentencias, consi-guen el valor de un proverbio o el fondo moral de una elevada filosofía.

"Habla una mujer", de la señora de Gandía, es un libro que merece leerse.

"ROSAS Y SUS OPOSITORES"

por José RIVERA INDARTE

La biblioteca de 'Grandes escritores argentinos' acaba de dar a publicidad la más importante obra de Rivera Indarte cuyo epígrafe encabeza estas líneas.

"Tabla de sangre" es la continuación y complemento de "Rosas y sus opositores". En esta última obra, se enumera en forma ordenada los crímenes cometidos por Rosas en los catorce primeros años de su gobierno. Y por último, formula un balance según el cual pasan de veinte mil las víctimas del tirano.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades
internas

MÉJICO 1360

Horas de consultas: de 14 a 16
Unión Telefónica: Libertad 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

De 14 a 16 y 30 horas
PARAGUAY 1615
U. T. 7297 Juncal

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Director de los Servicios Médicos
del Jockey Club y del Círculo de
la PrensaAtiende especialmente enferme-
des del corazón, aorta y sangre
Consulta: de 16 a 19 horas
CALLAO 433, 1.º piso
U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 251
U. T. 38 Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta,
nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebileau (París)Consultas: de 14 a 16 horas
GUIDO 1685 U. T. 41 2957
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
Matriz, ovarios y cirugía de
SeñorasSUIPACHA 27 U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miérco-
les y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital
PirovanoEnfermedades de los ojos
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7385 Av.

por razón de afinidad o gusto artístico a considerarla factor útil en el concepto espiritual de la vida.

"LA CATEDRAL DE ORO",
por Alfredo TARRUELLA

He aquí un poeta nuevo que se inicia bien; sus versos se leen con simpatía y, sin esfuerzo, consigue transmitirnos sus motivos sentimentales. Se ve que su autor, el señor Tarruella, gusta mucho de los días grises, lluviosos y, también, de la luz mortecina, pues le place los callados paseos y la paz de las ciudades, — según nos confiesa a través de sus composiciones.

"La catedral de oro", libro de versos al cual nos venimos refiriendo, contiene interesantes muestras de excelentes poesías, expresadas con sincero entusiasmo lírico y emoción personal.

"La catedral de oro" señala,

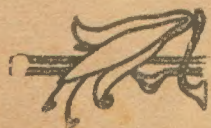
se advierte un entusiasmo juvenil comunicativo, y un acierto feliz en la realización de sus composiciones. Nótese además, una facilidad y naturalidad para adaptarse al tema de sus trabajos, que en realidad resulta agradable seguirlo a través de sus creaciones. Otras de sus características es la rica eufonía que logra sencillamente por la diestra elección de los vocablos.

"La música escondida", revela que el señor Pedro Liebbe posee condiciones innegables para abordar obras de mayor aliento artístico.

"MANUAL PRACTICO DE ITALIANO",

por Oreste CIATTINO

El profesor don Oreste Ciattino acaba de publicar la segunda edi-



Fotografía artística

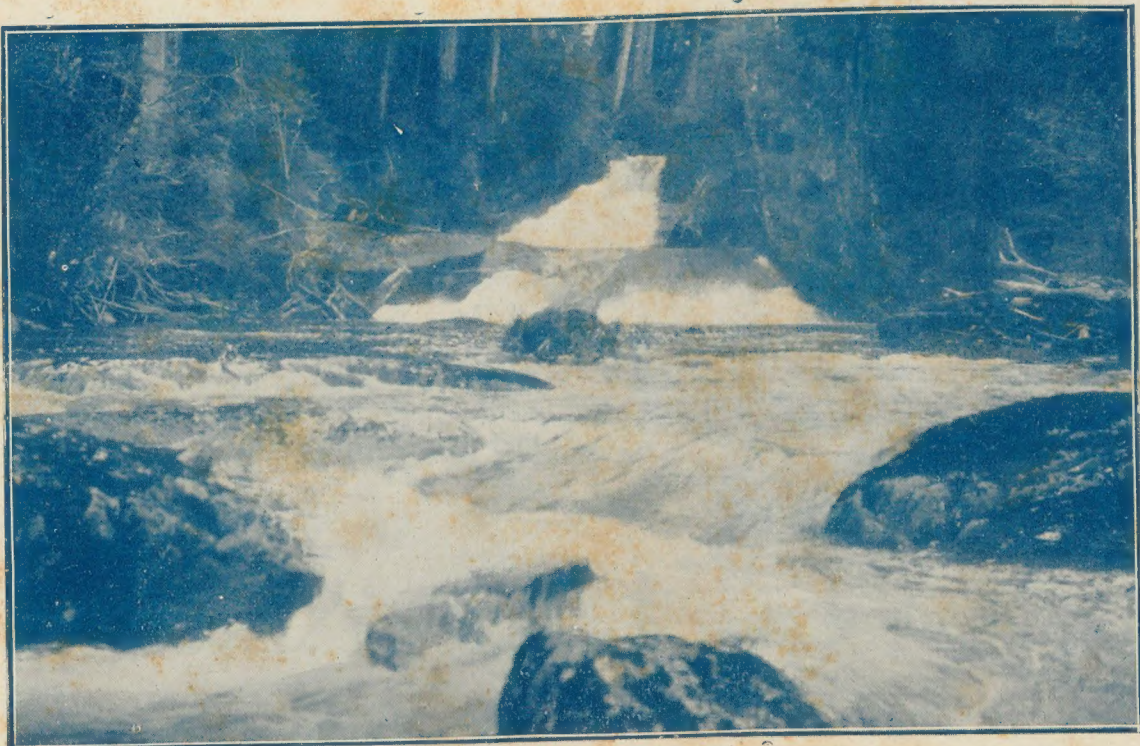
Un atardecer en el lago Nahuel
Huapi



Un detalle de la selva en el ca-
mino de Bariloche a Puerto Pa-
ñuelo, sobre el lago Nahuel
Huapi.

La desembocadura de la cascada
de "Los Cántaros", en la cual
puede apreciarse la maravillosa
vegetación de sus alrededores.

Fots. Dantiaeq



FUME Vd.

UN CAMEL



El cigarrillo del
cual puede Vd. estar
orgullosos.-

"Camel"

R. J. REYNOLDS TOBACCO COMPANY, WINSTON-SALEM, N. C.

Unicos Agentes MASSALIN y CELASCO - Tacuarí 560 - Bs. As.